



Patty Love

REGRESO

A

WATERLY INN

Patty Love

REGRESO
A
WATERLY INN

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título original: Regreso a Waterly Inn

Patty Love©, noviembre 2019

Imagen de portada: Shutterstock

ISBN: 9781707902347

Prólogo

2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59

60

61

62

63

64

65

66

67

Epílogo

Prólogo

April

Una madre, en el sentido más estricto de la palabra, es aquella que te da la vida y en cierto modo te la hace más fácil. Te cuida, te protege y te quiere por encima de todas las cosas. Todo eso, en el más estricto sentido de la palabra para otras personas, pero en mi caso no fue así.

Grace Chase era una viuda y una madre fuerte hasta que las adversidades de la vida la pusieron en una tesitura difícil de lidiar en su cabeza, anteponiendo las cosas menos importantes a mi persona. Y, en consecuencia, alejándome de ella y de Waterly para siempre. Tal vez fui yo la que decidió poner tierra de por medio. Quizá. Pero su actitud no ayudó mucho a que desanduviera mis pasos aquel día y decidiera no subir a aquel autobús de la compañía Grayhound que, en cierto modo, me dio la libertad.

Ahora, todos en Waterly sabían que mi madre se moría, todos menos yo. Yo fui de las últimas personas en enterarse. Eleanor Thornberry, la mejor amiga de mi madre, me buscó en la guía telefónica de San Luis y me hizo la llamada de rigor para comunicarme la noticia. Hubiera preferido que lo hiciera Grace, pero suponía que se llevaría su gran orgullo hasta la tumba. Me sorprendió de un modo inimaginable saber que estaba enferma, nunca había pensado que mi madre con toda su fuerza y energía fuera capaz siquiera de coger un triste constipado. Sin embargo, a sus sesenta años le habían diagnosticado un cáncer terminal de esófago. Me parecía increíble, la verdad. Nunca lo hubiera esperado de una persona como ella.

Grace nunca había fumado ni bebido alcohol ni hecho nada que se considerase mínimamente perjudicial para la salud. Vivía desde siempre en el pequeño Waterly, un pueblo al norte del estado de Illinois, alejado de cualquier tipo de contaminación, y lo más tóxico que uno podía respirar en aquel ambiente era los sudores del señor Hunter, el jardinero municipal. No podía comprender cómo esa horrible enfermedad había llegado a su organismo y se había cebado con ella.

Tras cortar aquella llamada, que en el fondo agradecí, busqué información en internet. Cuando vi la gravedad de ese tipo de cáncer y los pronósticos de vida, he de reconocer que me eché a llorar. De un modo que no entendía, sentí cierta pena por ella y también por mí. La gente suele decir que no nos damos cuenta de la importancia de las cosas hasta que las perdemos, pero ¿habría llorado ella igual que lo estaba haciendo yo? No lo sé, tampoco sabía si lloró el día que me marché o si se había arrepentido en todo ese tiempo por no haberme retenido a su lado.

Echando cuentas, hacía algo más de quince años que no la había vuelto a ver. Hacer cuentas era fácil para mí, no tenía más que pensar en la fecha de cumpleaños de Olivia, mi hija adolescente, y sumarle unos cinco meses más. Aquel día cuando me marché del Waterly Inn, la preciosa casa azul donde crecí, con una barriga no demasiado grande todavía, no pensaba que me iba para siempre. Eso vino después, con el nacimiento de Olivia. Fue verle la carita y saber que nunca podría separarme de ella, sumando con ello, más animadversión hacia mi madre, para ella sí fue fácil separarse de mí o eso parecía.

Grace no quería que volviera a casa con un bebé en los brazos y yo supe desde el principio que vivir sin mi pequeña sería algo que no podría soportar. Tomé una decisión importante entonces. Es lo que ocurre cuando te ponen entre la espada y la pared y no tienes más remedio que coger las riendas de tu vida. En ese momento tuve que colocar en una balanza imaginaria a Waterly con mi madre, mis amigos y el padre de Olivia, que nunca quiso saber de ella, y a mi pequeña, tan bonita y rosada que parecía una flor delicada. Ganó Olivia. Ella pesaba más que todas esas cosas juntas. Así que todo

quedó allí, atrapado en un tiempo pasado, igual que en una bola de cristal donde un pequeño mundo queda estanco y solo adquiere vida si lo agitas para ver la nieve caer, pero, aun así, tampoco ocurre nada que te sorprenda. Hasta que Eleanor Thornberry decidió marcar mi número de teléfono. Con ese pequeño gesto consiguió que esa bola inerte y pesada cayera de mis manos y se estampara contra el suelo, rompiéndose en pedazos y liberando todos los recuerdos, sentimientos y emociones que creía relegados al más profundo de los olvidos.

1

April

—Está bien, señor Mayor, en cinco minutos estoy allí.

Colgué el teléfono y apreté los puños. Últimamente no salía del despacho del director de la Academia Loyola de San Luis. Se había convertido en mi segunda casa por así decirlo. Mi dulce angelito se había convertido en «algo» que se me escapaba de las manos y no había semana en la que no recibiera alguna llamada del centro para convocarme a una reunión sorpresa. Esta vez no sabía con qué iba a encontrarme, solo esperaba que mi hija no hubiera prendido fuego al laboratorio de Químicas.

Hacía unos ocho meses que mi preciosa Oli había cambiado su vestuario por horribles prendas negras, algo a lo que no le di importancia entonces, pues es normal en todo adolescente sumarse a alguna moda estúpida, sin embargo, la cosa había ido más allá y comenzaba a preocuparme seriamente, y también a Peter Summers, mi jefe.

—He de irme, Pete, me han llamado del instituto —dije cogiendo mi bolso apresuradamente. Terminaba de cambiarme para la jornada diaria y me acerqué al gestor del turno con mi ropa de camarera de hotel.

—Chase, es la tercera vez este mes. Pon a esa chica en vereda o perderás el trabajo —me dijo seriamente repasando mi atuendo como siempre hacía, no porque le interesara mi persona, sino por asuntos profesionales. Era su deber revisar el perfecto estado de la indumentaria de los empleados antes de ponernos en marcha con las tareas diarias.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? No puedo pasar por alto la llamada del director.

—No, no puedes, yo también tengo hijos, ¿recuerdas? Pero se te paga por trabajar y durante las últimas semanas has estado fallando mucho. Las habitaciones no se limpian solas, y Wendy está cansada de cubrirte las horas que te ausentas. Además, es viernes y los huéspedes del fin de semana llegarán de un momento a otro.

—Te las devolveré, Pete, pero he de irme.

—Advierte a esa jovencita de que la próxima vez que haga una de las suyas su madre se quedará sin trabajo. ¿Entendido? —Esa vez parecía que Pete hablaba muy en serio. Su dedo me apuntaba amenazante y en el fondo tenía razón. Me merecía la reprimenda, pero no podía obviar mis problemas familiares.

—No puedo prometerte eso. Oli está pasando una etapa difícil y no creo que pueda controlar esas cosas.

—Pues tendrás que tomar una decisión. No puedo seguir dándote tantos privilegios. Las demás camareras se me pondrán en huelga si sigo haciéndolo. Tómame unos días si lo necesitas, soluciona tus problemas, pero no me hagas cómplice de ellos.

—Lo pensaré. He de irme —dije y me marché antes de empezar mi turno, otra vez.

Ser madre adolescente no te permite avanzar. No terminé mis estudios. Siempre había soñado con ser alguien importante en la vida, supongo que como cualquiera, pero acabé siendo alguien importante en la vida de otra persona, fui madre. No le quito méritos al asunto, pero esperaba algo más de mí. Solo que no me fue posible.

Me valí de mis pocos conocimientos de informática para crearme un currículum, poco extenso, y salir a las calles de San Luis para buscarme el pan y la leche de fórmula para Olivia. No pude permitirme darle el pecho, necesitaba trabajar y de haberlo hecho hubiera sido casi imposible compaginar el horario laboral con su alimentación a demanda.

Saqué partido de mis conocimientos en hostelería, más en concreto de los de mi madre, y la suerte estuvo de mi lado por una

vez. Encontré un trabajo de camarera de habitaciones en un hotel antes de que Olivia cumpliera su primer mes de vida y me dediqué a trabajar duro para mantenernos a flote en esa ciudad que apenas conocía.

Nunca nos faltó de nada, tampoco nos sobraba. Vivíamos con lo justo, pero avanzar, avanzar... Lo que se dice avanzar, avancé poco, tras quince años seguía dedicándome a lo mismo.

El Moonrise Hotel me acogió en su plantilla de camarera de habitaciones, lugar del que ya no salí desde el día que pisé por primera vez su moqueta azul, dejando a Olivia a cargo de una vecina a la que pagaba unos pocos dólares por cuidarla el tiempo que me ausentaba. La señora Agron se solidarizó conmigo y me ayudó mucho hasta que pude escolarizar a Olivia. Lo hacía prácticamente gratis, le encantaban los niños y la naturaleza le había negado esa bendición, así que ejerció de abuela de mi hija hasta que pudo. Unos años después el Parkinson se cebó con ella y un sobrino suyo decidió ingresarla en un centro especializado. Estuvimos yendo a visitarla con asiduidad durante un año, encontrándola cada vez más marchita, alejándose a pasos gigantes de la pizpireta y activa mujer que había sido toda su vida, hasta replegarse en un capullo seco, que en sus últimos días apenas gesticulaba. La enfermedad terminó por llevársela dejando un gran vacío en nuestros corazones y nuestras vidas.

Olivia parecía no tener derecho a tener una abuela y yo, en cierto modo, el calor de una madre, aunque no fuera una propia. Pero así era mi vida, dura, cruda y sin muchos adornos. Asumí aceptarla con resignación.

Con el dinero que gané durante los primeros meses en el Moonrise, pude por fin alquilar mi propio apartamento. Era pequeño, austero y un poco triste, la verdad sea dicha, pero podía permitírmelo. Era mío, nuestro, al completo, con su único dormitorio con cama de matrimonio, una minúscula cocina en office y un baño con una ducha tétrica, pero que por fin era solo para nosotras. Además, estaba a un tiro de piedra del Delmar Boulevard, cerca de mi trabajo y de la universidad (por aquel entonces pensaba ilusamente que podría encontrar el modo de terminar el bachillerato

y optar a una carrera), y a tan solo unas manzanas de la residencia compartida en la que había vivido hasta entonces, y donde seguía viviendo la señora Agron. Ella no tenía problema en desplazarse a nuestro apartamento para estar con Oli y, en caso contrario, podía acercársela yo dando zancadas hasta su casa.

Con el tiempo, mi estatus aumentó y hasta pude comprar un Ford Explorer del año 2.000, con pocas abolladuras y un kilometraje más que aceptable, que a día de hoy todavía seguía en pie y que Olivia por supuesto detestaba.

Aparecer en el aparcamiento de su instituto con ese «cacharro», como ella lo llamaba, la avergonzaba. Lo sabía, pero era lo que había. La Academia Loyola era un centro católico de pago que aspiraba a educar a los jóvenes en la fe de Cristo. Que Olivia estudiase allí constituía una de las principales fuentes de orgullo de mi vida. Sin embargo, en consecuencia, también era un hervidero de niños pijos procedentes de familias igualmente pijas. Nosotras no entrábamos ni de lejos en esa clasificación y eso era algo que mi viejo coche ponía en evidencia cada vez que irrumpía en el aparcamiento.

A ningún adolescente le gusta destacar negativamente y Olivia no iba a ser menos que los demás. Ya tenía la cruz puesta por ser una becada, un detalle que yo admiraba, porque premiaba el ser una buena estudiante, pero que, en un centro privado y elitista como aquel, suponía una lacra en su imagen. Las personas con falta de recursos obtenemos esos beneplácitos por pena, y eso era lo que debía estar infundiendo en la mente adolescente de mi querida hija, pena, pero en mayúsculas. Los hijos son las personas más desagradecidas del mundo, y Olivia tampoco iba a ser diferente al resto en eso. Yo sabía lo que estaba pasando. En cierto modo, estaba cargando toda su ira contra mí, haciéndose notar de manera «cool» en el instituto.

—Señora Chase, el comportamiento de su hija este curso está causando gran conmoción en la junta escolar. No sabemos qué tipo de problemas puedan tener en su casa, pero no vamos a tolerar que

esta jovencita altere el buen estatus de esta institución. —El director Mayor tenía el rictus más serio de habitual.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Drogas, señora Chase. Algo que está totalmente fuera de los parámetros permitidos en un centro como este.

—¿Acaso están permitidos en cualquier otro? —No sé por qué dije aquello, obviamente la palabra droga me caló tan hondo que el corazón me dio una descarga.

—Por supuesto que no, pero entiendo que un poco de marihuana en otras instituciones puede pasarse por alto con más facilidad.

—Permítame que lo dude, señor Mayor, y créame que yo tampoco voy a pasar por alto algo tan grave como eso.

—La beca de su hija pende de un hilo. Eso sería nefasto para su historial académico. Creemos en las posibilidades de Olivia como estudiante, pero necesita que alguien esté más atento a su conducta.

—¿Insinúa que no estoy pendiente de mi hija?

—Insinúo que debería estarlo más, señora Chase. Olivia queda expulsada hasta la vuelta de las vacaciones de Navidad.

—No le haga eso, señor Mayor, prometo que voy a hablar con ella y que no volverá a ocurrir —supliqué un poco aguantando la compostura, por dentro, me hervía la sangre y hubiera cogido a mi hija por el cuello.

—Lo siento, pero ha sido demasiado grave esta vez. Le recomiendo que pase más tiempo en casa o incluso hable con un psicólogo. Olivia está echando a perder su vida poco a poco, no somos nosotros los que tenemos que educar a su hija, señora Chase. Es usted.

—Lo comprendo, pero tengo que trabajar, soy madre soltera, usted ya lo sabe. Lo hago lo mejor que puedo.

—No me cabe la menor duda, pero priorice, es el futuro de su hija el que está en juego.

Salí de allí con el rabo entre las piernas. Quizá el señor Mayor tuviera razón y era momento de sopesar ciertas cosas en mi vida. Mis prioridades, todos esos años, habían sido poner un plato

caliente en la mesa y mantener un techo en condiciones, donde descansar y estar a salvo de las inclemencias del tiempo. Pensaba que todo estaba bien, que Oli era feliz y no necesitaba nada más, que se lo había dado todo, y quizá me había equivocado.

¿Marihuana? Eso era algo que se me escapaba, claramente. Nunca había advertido señales de que Olivia estuviera consumiendo estupefacientes, sin embargo, si no ponía remedio pronto, ¿qué sería lo próximo? ¿Heroína? El miedo se apoderó de mi cuerpo.

—Mamá, no era mía —me dijo en cuanto me vio salir del despacho.

Me esperaba sentada en una silla pegada a la pared con las piernas juntas y la cabeza gacha. Pese a que llevaba puesto el uniforme de la academia, había acicalado su *look* colegial con un tocado fúnebre, cuyo tul negro cubría parte de su frente a lo novia cadáver. Llevaba los ojos demasiado maquillados en tonos ahumados y los labios perfilados con un lápiz negro que le empequeñecía la boca. Tenía que admitir que estaba guapa, pese a que, tanto el tocado como el maquillaje, eran horribles. Pero Olivia era así, era de ese tipo de chicas a las que hasta un saco les queda bien. Me recordaba mucho a mí a su edad, solo que ella tenía el color de cabello de su padre, un rubio dorado, que lógicamente había comenzado a estropear tintando estratégicamente de violeta algunos mechones. Si algún día al llegar a casa me la encontraba con el cabello teñido a lo novia de Frankenstein no me hubiera extrañado. Casi lo estaba esperando visto el rítmico cambio de detalles en su apariencia en los últimos meses.

—No quiero hablar de eso aquí y ahora, Oli.

—Pero mamá...

—Habla en casa. Ahora, por favor, sal delante de mí —le dije con todo el cabreo que llevaba encima. Si me ponía a hablar allí mismo armaríamos un escándalo que poco beneficiaría a su ya manchada reputación en esa institución.

Entré en el coche soltando todo el aire que había acumulado en mis pulmones minutos antes.

—Marihuana, Olivia, ¿en serio?

—Ya te he dicho que no es mía. Es de Blaine Hudson. No soy tan tonta de destruirme las neuronas con esa mierda.

—¿Y sin embargo te dejas inculpar por algo que hace otra persona? —bramé fuera de mis cabales.

—Ese tío me gusta, vale, ¿acaso no has hecho tú cosas inconscientes por alguien alguna vez? —Sabía bien cómo tocarme la fibra y sabía por dónde quería ir Olivia.

—Por eso quiero que seas mejor que yo. Un hombre que te hace cargar con las culpas de algo de esa manera, no es alguien con el que te convenga ir.

—¿Acaso no te dijo tu madre eso a ti antes de tirarte a ese tío? —Olivia sonrió de medio lado. Juro que me dieron ganas de cruzarle la cara de un bofetón, pero no lo hice.

—¿Eres consciente de lo que me estás diciendo? ¿Por un segundo te paras a pensar en las cosas que dices?

—Digo la verdad.

—La verdad es que yo fui una tonta, sí, pero no te he criado para que tú lo seas. Te han expulsado, Olivia, y ese chico al que le guardabas esa guarrada está impune ahí dentro, seguramente jactándose de su inteligente hazaña. Solo quiero que comprendas eso y que sepas el daño que me haces con tus injustas palabras.

—Quiero irme a casa. —Ni siquiera se dignó a mirarme, giró la cara hacia la ventanilla y se colocó los auriculares del demonio.

Arranqué y salí del aparcamiento. No podía volver al hotel y seguir con mi jornada. Aquello era serio, demasiado serio como para dejar los problemas aparcados en casa y esperar a otro momento para tener una conversación coherente con Olivia. Era momento de tomar decisiones drásticas. Quizá Pete tuviera razón y necesitaba un tiempo para organizar mi vida familiar. Mi hija se estaba descontrolando y no podía ni debía dejar las cosas como estaban. Debía actuar. Expulsada, además, tenía la excusa perfecta para holgazanear durante casi un mes y quedar a escondidas, mientras yo limpiaba la mierda de otros en el hotel, con ese idiota de Blaine Hudson.

2

April

—Mañana harás las maletas —le dije a Olivia saliendo de la habitación. Había estado hablando con Pete sobre la posibilidad de cogermé unas semanas libres y no le había hecho ni puñetera gracia. Unos días le parecía bien, pero cuatro semanas era excesivo. Sin embargo, me debían todas mis vacaciones y le comenté que era vital disfrutar de ellas en ese momento. Mi hija acogió la noticia con la misma emoción que un anciano su dosis diaria de somníferos. No levantó la vista de la revista que estaba hojeando con cara de aburrimiento y tampoco dijo nada, así que insistí—: ¿Me oyes? —Esperé un par de segundos. Viendo que la respuesta era un no, me acerqué y le arrebaté la revista de las manos.

—¿Qué haces? —Clavó su mirada furiosa en mí. Todavía llevaba los ojos maquillados en plan gótico lo que la dotaba de un aspecto bastante tenebroso.

—Intentar que me escuches.

—Pues habla.

—Lo hago pero no me escuchas.

—Será que no me interesa lo que tienes que decirme.

Traté de no poner ninguna cara rara. Respiré hondo, muy hondo. Mi hija me hacía daño intencionadamente y no entendía el porqué, pero no iba a darle el gusto de dejarle saber que aquello me dolía. Siempre había tratado de hablar con ella, ser una madre sensitiva y empática, quería demostrarle que podía ponerme en sus zapatos y hacerle saber que podía contar conmigo y contarme cualquier cosa, lo que fuera. Yo podría entenderlo mejor que nadie. ¿Quién mejor

que yo? Yo, que había sufrido la incompreensión de mi madre. Sin embargo, tal vez, me había pasado en permisiva, o tal vez no, pero mi dulce niña se había mudado a vivir a la estrella de Nunca Jamás y las sombras de la noche me habían devuelto en compensación a la muñeca Annabelle vestida de riguroso negro. No hablábamos ya, no nos entendíamos, estábamos en bandos enemigos y jugando en campos contrarios. En muy pocos meses había pasado de quererme mucho a quererme perder mucho de vista. La situación empezaba a tornarse insostenible y por ese motivo había tomado una decisión que un tiempo atrás me hubiera parecido imposible.

—Te he dicho que mañana hagas las maletas. Mete ropa de mucho abrigo y botas para la nieve.

—¿Me vas a ingresar en un centro de niños problemáticos en Canadá?

La miré sin saber si hablaba en serio o no, opté por no responder y le aclaré.

—Nos vamos a Waterly.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Waterly? —Cogió el móvil para seguramente consultar en internet sobre el pueblo, pero me adelanté

—Yo me crie allí, ya lo sabes.

—Y nunca hemos ido, ¿por qué ahora? —Abrió los ojos desorbitadamente y apretó la boca en una mueca de asco—. Ya sé, quieres alejarme de mi vida, ¿verdad?

—En parte sí —no fui capaz de mentirle—, pero no es solo por eso. Vamos a ver a tu abuela. Está muy enferma y quiero que la conozcas.

—No quiero ir y mucho menos conocer a esa vieja.

—Vendrás.

—No me puedes obligar.

—Sí puedo, mientras seas menor de edad puedo hacerlo.

—Me escaparé.

Me encogí de hombros y le dije:

—Hazlo y verás lo bien que te va.

—Pues como a ti. —Sonrió de un modo tan cínico que incluso me entraron ganas de llorar. Pero no lo hice. Me contuve.

No tuve ganas de seguir con aquella charla, la verdad. Ya habíamos tenido demasiadas palabras por aquel día. Además, yo había tomado una determinación. Iba a volver a Waterly. Mi madre se moría y no podría perdonarme no verla antes de que estirase la pata. Sabía que al llegar podría encontrarme con su negativa y que me cerrara la puerta en las narices en cuanto me viera pisar los tablones de madera del porche de su casa azul.

Mi casa azul. Mi preciosa, maravillosa, espaciosa y luminosa casa azul. El Waterly Inn era una pensión distinta a las demás del condado de Morgan. Era única en su género. Mi madre tenía alquiladas desde siempre todas las habitaciones a personas que, por su estado o situación, no tenían vivienda propia, pero no querían vivir en soledad. Compartían el uso de la cocina, la salita, el salón, la biblioteca y los aseos de la planta baja y disfrutaban cada uno de la intimidad de su dormitorio con baño en suite en las plantas superiores. Tras quince años, desconocía quiénes podrían ocupar esas habitaciones, que habían sido bautizadas con nombres de ciudades europeas y decoradas con afinidad a las mismas: Venecia, París, Londres, Praga y San Petersburgo, o si mi propia habitación seguiría tal cual la dejé, o habría sido restaurada para agregar una nueva ciudad al mapamundi particular que mi madre había creado, desde la muerte de mi padre, en nuestro hogar. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que tenía que ir. Yo lo necesitaba. Grace tal vez no. Pero yo no podría seguir con mi vida sabiendo que no lo intenté al menos. No sería por mí. Además, necesitaba salir de San Luis para llevarme a Olivia a otro lugar alejado de todo lo conocido. Necesitaba congraciarme con ella, estrechar de nuevo nuestros lazos, volver a ser nosotras dos. Creí entonces que mostrarle de primera mano lo que la separación, la ira y el orgullo podían hacer en una relación podría beneficiarnos a ambas.

Aquella noche no dormí bien, estaba nerviosa y expectante. Hacía tiempo que no me sentía tan inquieta. Parecía una niña pequeña a la que se le ha prometido ir al parque de atracciones, solo que mi viaje no iba a ser tan divertido, ni la compañía se mostraba tan radiante por las expectativas de nuestra excursión a

Waterly. Tal vez había tomado una decisión precipitada. Quizá volver a casa no era tan buena idea. Mi cabeza no paraba de darle vueltas al asunto, pero ahora no podía desdecirme, ya se lo había dicho a Olivia y recular sería mostrarle una debilidad que ahora mismo no podía permitirme.

Me levanté pronto y saqué del altillo del armario la única maleta que tenía. Era grande y antigua, ni siquiera tenía ruedas y tendría que llevarla a cuestas hasta mi Ford Explorer aparcado a una manzana, mientras Olivia arrastraba un *trolley* nuevo de brillante plástico rojo que le había regalado las últimas Navidades. Entonces le había encantado y lo había lucido con orgullo en un viaje de su curso a la nieve, sin embargo, presentía que ahora ya no le agradaría tanto llevar consigo algo tan alegre y vistoso. Pero ya lo he dicho, la vida es dura y no siempre se presenta del color que nos apetece.

Metí toda la ropa de abrigo que creí necesaria para un mes, el tiempo que había previsto que estaríamos allí solucionando nuestras vidas. Pensé que no había prenda en ella capaz de protegerme del orgullo de mi madre. Quince años eran muchos años, aunque presentía que habían pasado muy rápido, demasiado. Yo había cambiado mucho, suponía que mi madre también, pero de un modo diferente.

Entonces yo tenía poco menos de diecisiete, Grace, cuarenta cinco. Mis caderas, cintura y pechos se habían redondeado, dejando atrás a la chica de angulosas curvas que fui entonces. El tiempo había puesto algunos kilos en mi báscula personal y, aunque no me gustaba verme así, tampoco hacía nada por enmendarlo. Trabajaba mucho y tenía poco tiempo para dedicarme a mí misma. Esa era mi excusa, tal vez no era muy buena, pero a mí me valía.

Me miré en el espejo y me vi tal como era. Ojos verdes encima de unas ojeras considerables, cabello de un color indefinido entre cobrizo y rubio, fruto de los tintes baratos que usaba para cubrir lo que antes fue un castaño oscuro, y una boca carnosa que no había perdido todo su encanto. No estaba mal a mis treinta y dos años, pero, sin duda, podría estar mucho mejor. Con los dedos me peiné el pelo hacia atrás y me lo anudé en una coleta floja que decía

mucho sobre mi vanidad. Era cero absoluto. La April que se pasaba tres horas frente al espejo acicalándose se había quedado frente al espejo de su dormitorio de Waterly Inn. La chica preñada de largo cabello ondulado que subió al autobús rumbo a San Luis no tenía tiempo para esas fruslerías de niñas.

Eran las diez, no tenía prisa por salir y el trayecto no era demasiado largo. Con la parada de rigor para comer en algún restaurante de carretera, como mucho en tres horas y media estaría de nuevo frente a mi antiguo hogar. Lo añoraba, cada espacio, cada estancia, cada detalle, cada olor que impregnaba sus muebles y tejidos. Mi madre siempre tuvo buen gusto para la decoración y así lo hizo notar en el ambiente que en general se respiraba en su singular hostel. ¿Todavía seguiría siéndolo? Suponía que sí, pero tal vez eso también había cambiado. Pronto lo sabría.

Decidí despertar a Olivia. Tenía el sueño profundo, de pequeña siempre había sido madrugadora y se levantaba con los primeros rayos de sol entrando por la ventana de nuestro dormitorio, ese que habíamos compartido desde siempre, pues no había otro en el apartamento. Sin embargo, desde los doce años había empezado a estirar el sueño, dejándose acurrucar por las sábanas hasta bien entrada la mañana en los días libres y a salir de la cama a trompicones los días de clase, urgida por las prisas de no llegar tarde al instituto.

Mientras arreglaba la maleta, Olivia había permanecido dormida y ahora su cabeza descansaba mirando en mi dirección. Los párpados cerrados acomodaban sobre sus redondos pómulos unas espesas pestañas que también había heredado de su padre. Me pregunté entonces si alguien en Waterly se daría cuenta del parecido entre ellos y me cuestioné de nuevo si hacía lo correcto. Iba a ponerla en el punto de mira de toda esa gente. Personas que no conocía y que, tal vez, ya la mirarían raro por su vestimenta y maquillaje. Quizá Waterly también había cambiado durante mi tiempo ausente y el instituto fuera ahora un nido de especímenes complejos, diferentes y tan estafalarios como mi propia hija.

La miré durante unos segundos, unos preciosos segundos en los que podía verla como el mejor regalo que la vida me había dado.

Puede que mi vida no hubiera sido fácil, pero nunca renegaría de ella y me arrepentiría de lo hecho. Me acerqué a la cama que habíamos decidido comprar hacía medio año, cuando me dijo que compartir el lecho conmigo a su edad era antinatural.

Aquello supuso un agravio importante para el tamaño de la estancia, pues con la cama de matrimonio ya se veía bastante justa, pero no le pude negar ese pequeño detalle que la dotaba de cierta independencia. Habíamos ido a Ikea y había elegido una cama a su gusto, junto a un edredón negro y unos cojines morados. Aquello la hizo feliz y yo me sentí bien por ella, pero echaba de menos su calor por las noches, cuando no tenía más que estirar las manos y tocar su cuerpo para sentirme a salvo.

La desperté con cuidado, no gozaba de buen humor cuando se irrumpían sus sueños. Le dije con palabras mimosas que tenía que levantarse y preparar su equipaje. Abrió los ojos lo justo para lanzarme una mirada homicida y darse la vuelta cubriéndose hasta la cabeza con su edredón negro.

—Olivia —le insistí—, tienes que levantarte ya.

—Déjame en paz —fue su respuesta.

—Olivia, en pie. Tienes que hacer tu maleta.

—No pienso ir a ningún lado —refunfuñó.

—Ya te he dicho que esto no es nada en lo que tú puedas decidir. Nos vamos en una hora.

Ya no dijo nada más, siguió en la misma posición como si mi orden fuera lluvia cayendo en la calle.

—Tienes una hora —le recordé antes de abandonar la habitación. Quería hablar con el casero y pedirle el favor de que me recogiera el correo y regase mis pocas plantas durante nuestra ausencia. El señor Arnstein no era muy agradable, pero por unos dólares convenidos lo haría a regañadientes.

Cuando volví a casa, Oli seguía acostada haciéndose la dormida. Esos ronquidos no eran naturales, yo también sabía fingir en mis años adolescentes y no iba a engañarme con tan manida artimaña.

—Olivia, levántate ya —esta vez no me mostré tan delicada. Debía dejar claro quién mandaba todavía. Siempre he pensado que

hay dejar una cuerda de unión entre los niños y los padres, con el tiempo puede que sea más larga, pero siempre debe ser lo suficientemente corta para estirar a tiempo y demostrar quién es el que toma las decisiones importantes.

—¿En qué idioma quieres que te diga que me dejes en paz de una maldita vez?

—Prueba en francés si quieres, o en chino, o en ruso, o en el que te dé la gana, me da igual. Te he dicho que te levantes y prepares tu maleta. Nos vamos —consulté mi reloj de pulsera— en quince minutos.

En realidad no había prisa alguna, pero debía mantenerme inflexible y que ella lo viera.

—¿Qué prisas tienes en ir a ese pueblucho?

—Tu abuela Grace está enferma, ya te lo dije ayer.

—¿Y a mí qué me importa? No la conozco de nada y que yo sepa a ti te importan una mierda ella y su enfermedad.

Respiré hondo, muy hondo.

—Ya sé que siempre te he dado la impresión de que mi madre no me importaba mucho....

—Y no te importa —me cortó con desprecio. Tal vez me lo merecía. Tal vez le exigía una comprensión que yo no había sabido transmitirle en todos aquellos años. No le hablaba apenas de mi madre ni para bien ni para mal, pero Olivia sabía de los motivos de mi marcha de Waterly y eso la había puesto en contra de Grace.

—Aunque no lo creas, me importa. Se va a morir y quiero que la conozcas.

—¿Por qué? Ella nunca quiso saber de mí.

—Es cierto —dije y bajé la cabeza. Tenía lágrimas agolpadas en los ojos y no las quería dejar salir—. Pero iremos de todos modos.

Con el gesto fruncido se levantó sin ganas de la cama y arrastró los pies hasta el baño. Estuvo allí durante quince minutos, cuando salió yo la estaba esperando con las dos maletas junto a la puerta de entrada del apartamento.

—Vístete, nos vamos.

—¿Me has hecho la maleta?

—He metido toda tu ropa de invierno, menos un conjunto que he dejado sobre tu cama para que te vistas ahora.

—Lo has hecho para nada.

—Bueno, en ese caso supongo que no la echarás de menos este mes —dije y abrí la puerta en señal de que pensaba marcharme con o sin ella.

—¿Dónde te la llevas?

—Conmigo a Waterly. Tú puedes quedarte en casa. No sé cuánto tiempo podrás subsistir con la comida que hay en casa o si podrás salir a la calle con la ropa de verano, pero no es mi problema. Tú has elegido quedarte.

—No puedes hacerme eso.

—Claro que puedo y lo haré —asentí convencida y salí de la casa, dejándola con la boca abierta.

Conté los segundos que tardaba en reaccionar con los latidos de mi corazón, mientras arrastraba aquel pesado equipaje por las escaleras de nuestro edificio. Olivia se hizo de rogar, ya sabía que sería así. Pero, cuando puse un pie en la acera, escuché su voz llamándome desde la ventana de nuestro piso en la tercera planta. Alcé la cabeza y esperé a que dijera algo.

—Está bien, tú ganas. Dame diez minutos —me gritó.

—Que sean cinco —puntualicé alzando la voz.

3

April

En cuanto la vi aparecer por el portal tuve que reprimir una sonrisa. No solo la estaba obligando a hacer algo que detestaba, además, lo estaba haciendo con una ropa que había relegado al rincón más hondo de su vestuario. Sin embargo, había tenido cierta piedad y no había dejado sobre su cama un suéter de lana rosa que había llevado con mucho orgullo antes de entrar a lo grande en su etapa fúnebre.

—Gracias, qué bonito —comentó con ironía, refiriéndose a los sencillos vaqueros y a la sudadera gris que llevaba puestos.

—Es atemporal.

—Atemporal eres tú. Mírate. —Me señaló con cara de asco el plumífero rojo que llevaba yo puesto—. Vas a conjunto con mi maleta. Podrías llevarla tú. Te quedaría genial.

—¿Prefieres llevar tú mi maleta? Pesa mucho.

—Cualquier cosa menos eso.

—Antes te gustaba.

—Antes, sí... Antes de tomarme la píldora azul.

—¿Qué píldora azul? —Me detuve para cuestionarla—. ¿Es alguna droga moderna?

—¡Es metafórico, mamá! Hablo de la píldora azul que uno se toma para dejar de tener el cerebro lavado con estereotipos y creencias, que nos han hecho tragarnos desde siempre para vendernos una vida irreal.

Le cedí mi maleta del pleistoceno y agarré la cómoda asa de su *trolley* estereotipado. En cuanto cargó con ella unos cinco pasos se paró en la acera y la dejó en el suelo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Has metido aquí el cadáver del señor Arnstein?

—No —me reí.

—Eso explicaría las prisas por salir pitando de San Luis. Podría entenderlo. Yo también odio a ese viejo cascarrabias.

—Solo llevo mi ropa. ¿Prefieres el *trolley*?

Lo miró dudosa durante unos instantes.

—No. Yo puedo.

—Pues adelante. El coche está en la calle Rossi Alley.

—¿Tan lejos?

—Solo es una manzana.

—Vale, solo una manzana. —Oli echó a andar cargando sobre su hombro esa maleta que era casi tan grande como ella.

—Te prometo que te gustará —le dije en cuanto entramos en el Ford Explorer y encendí el motor para poner en marcha la calefacción.

—Lo dudo mucho. Ahora mismo hay muy pocas cosas que me gusten de verdad y ese pueblo está muy lejos de parecerse a ninguna de ellas.

—¿Has buscado información en internet?

—Por supuesto. ¿Mil seiscientos habitantes? ¿Qué es eso? Solo a mi instituto ya asiste más gente.

—Es un pueblo pequeño, pero es muy bonito, y en invierno se pone precioso cuando nieva y se cubre todo el paraje de un manto blanco que resplandece.

—Odio lo precioso.

—Por la noche es oscuro, eso podría gustarte —dije en tono burlón.

Olivia entornó los ojos y encendió la radio.

—¿Podemos escuchar algo que no sean grandes éxitos de los ochenta o noventa?

—¿Qué tienen de malo los ochenta o noventa?

—Que no son el dos mil. No mola.

—En los noventa se hacía muy buena música. De hecho muchos de los mejores grupos de rock gótico, como los Sisters of Mercy, Fields of the Nephilim y The Mission, triunfaron en esas décadas.

Olivia me miró por completo sorprendida y yo le guiñé un ojo.

—¿Qué pasa? Yo también sé mirar en internet —me jacté.

—Vale —dijo dándole vueltas al dial para cazar una emisora de su gusto.

—¿Preparada? —pregunté no tanto para ella como para mí.

Olivia detuvo la mano para lanzarme una mirada asesina.

—Nunca, pero ya que insistes.

—En marcha.

Tres horas más tarde estábamos rebasando el cartel de madera que anunciaba la llegada a Waterly. Decía «Un buen lugar para llamarse hogar» y Olivia lo leyó en voz alta con voz ridícula antes de poner los ojos en blanco.

—¿Se puede ser más hortera? —Se quitó el auricular izquierdo y me miró fijamente.

—Es bonito. Te recibe con cariño.

—Por eso te fuiste tú, ¿verdad? Tanto cariño era demasiado para resistirlo —comentó con un sarcasmo que no cabía en el habitáculo del Ford.

—Olivia, vamos a intentarlo. Esto tampoco es fácil para mí.

—Eres tú quien ha decidido venir. Ahora no te vayas a echar atrás.

—No pienso hacerlo —le aseguré con firmeza, pero cuando el coche tomó la dirección del Waterly Inn, toda esa convicción se vino abajo de golpe. Me asustaba en parte la incertidumbre de lo que iba a encontrarme.

Tal como recordaba, el paraje se veía precioso en aquella época del año. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, la nieve había hecho su aparición estelar y estaba presente en el asfalto, amontonada en los bordes y cunetas de la carretera y espolvoreada sobre las copas y ramas de los árboles.

Para llegar a mi casa no hacía falta atravesar el pueblo, se podía acceder por un camino que bordeaba el casco urbano y te llevaba directo a la zona norte. Unos minutos más tarde el Ford enfiló el sendero flanqueado por altos alerces y frondosos tupelos, que se veían preciosos en esas fechas, y a lo lejos vislumbré el azul añil

que siempre había distinguido mi casa entre todas las demás del pueblo. Cuando la distancia fue lo suficiente menuda para cuadrar la estampa, que asemejaba el hostel en invierno en nuestra perspectiva visual, detuve el coche, solo para poder observar la expresión de mi hija al ver el Waterly Inn por primera vez.

Aunque su talante oscuro le impidiera expresar en voz alta cuánto le gustaba lo que tenía delante de los ojos, su rostro jamás podría ocultarme la verdad. Le encantaba lo que estaba viendo, lo sabía, sus ojos abiertos a más no poder y los labios, que no pudieron reprimir un suspiro de admiración, fueron más rápidos que la velocidad de sus palabras en mostrarme su verdadera reacción.

—¿Azul? ¿Es que somos pitufos? —dijo con desprecio.

—Ya te dije que era azul.

—Pero ¿tan azul? —Me miró fingiendo aprensión.

—Ya sé que no es tan chula como el Motel Bates o tan impresionante como el Overlook, pero ¿no me dirás que no es precioso?

—Si vuelves a decir *precioso*, te juro que vomito.

—Espera a bajar del coche —le dije burlona.

—Pues no lo vuelvas a decir.

—Pensaba que te gustaría, es azul como esa píldora que te has tomado.

—Muy graciosa, ja, ja, ja.

—¿Lo soy?

—Para nada. Sigue. Tengo ganas de mear.

—¿Y de vomitar?

De nuevo me miró con impostado desprecio.

—¿Vas a seguir así de graciosa a partir de ahora o se te va a pasar en cuanto veas a tu madre?

Estaba claro que Olivia sabía cargarse los buenos momentos. Su sinceridad a veces desarmaba. De pronto volví a sentirme nerviosa.

—Estaré así de graciosa mientras tú sigas enfadada con el universo.

—¡Yo no estoy enfadada con el universo! —me repuso, cruzándose de brazos—. Solo contigo.

—Yo soy tu universo y tú eres el mío, Olivia. Y así será siempre.

—¿Estamos en uno de esos momentos en los que las madres e hijas se echan a llorar tras decirse lo mucho que se quieren?

—No, pero te quiero mucho. —Le sonreí y esperé que ella me diera su réplica, pero no lo hizo. Sacudió la cabeza a los lados y volvió a colocarse el auricular.

Tenía que bajar del coche y no podía. Me sentía paralizada. La emoción, que había causado la bella imagen de mi casa hacía tan solo unos minutos, se había esfumado y una sensación incoherente de miedo y exigencia se había apoderado de mí, porque me estaba exigiendo a mí misma enfrentarme a aquello que más me aterrizzaba.

A lo largo de mi vida, había tenido que tomar muchas decisiones de diversa índole, decisiones que formaron parte de mi rutina, algunas de menor importancia y otras de una gran envergadura, de esas que redundan en algún aspecto importante de nuestras vidas. Y esta, sin duda, era una de esas decisiones que te ponen los pelos de gallina cuando no te queda otra que tomar las riendas en ese preciso instante. Dicen que las personas bajo presión funcionamos mejor, pero lo cierto es que yo era esa clase de persona que se nubla y piensa que va a perder hasta la estabilidad del cuerpo.

Miré a Olivia, que seguía absorta en la música que emitían los auriculares insertados en sus orejas. A ella no parecía preocuparle nada y en cierto modo sentí envidia. Adoptar su actitud chulesca sería un fantástico recurso para enfrentarme a mi pasado, pero resultaría un tanto ridícula después de todo lo que había llovido.

—¿Vamos a quedarnos todo el rato aquí? Se me están congelando los dedos de los pies. —Olivia tiró del auricular izquierdo y me miró esperando una respuesta.

—No, claro que no —dije con fingida firmeza.

—¿Estás bien, mamá?

Era la primera vez en mucho tiempo que Olivia mostraba un mínimo de preocupación por mí. Tal vez haber venido no había sido tan mala idea, pero sabía que, cuando pusiera un pie fuera de mi Ford Explorer, toda mi zona de confort se vendría abajo y ese

mundo, en el que solo teníamos cabida Oli y yo, se vería teñido de algo que de momento era indefinible.

—Sí, estoy bien. Bajemos del coche. —Inspiré hondo y asentí decidida.

4

April

Nuestros pies se clavaban con poca estabilidad sobre el terreno húmedo y nevado, emitiendo aquel característico sonido de quien anda por el campo triturando diminutas piedras bajo su peso. Todo lo que yo portaba en mi mochila imaginaria pesaba demasiado, tanto que, a cada paso que daba, parecía que me hundía un poco más y me devolvía a la estatura que debía tener a los diez años.

A la altura de la entrada de la casa azul nos detuvimos. El aire frío de aquella mañana de principios de diciembre me golpeó la cara y sentí un olor familiar a leña quemándose en alguna chimenea. Olía a hogar, al mío, aunque aquel lugar había dejado de ser eso para mí hacía mucho tiempo para convertirse en solo una casa.

Me sentía una bipolar a la que han soltado en una selva para comprobar sus habilidades de supervivencia. Las diferentes sensaciones se agolpaban en mi mente y en mi pecho y me impedían respirar con fluidez. Cuando mi mano asió el pomo de la puerta de entrada, esperando volver a escuchar el sonido del móvil de cuentas que anunciaba que algún huésped había puesto un pie en la casa, alguien frenó en seco mis intenciones.

—No se moleste, estamos al completo. Pruebe en el Baymont. Está al lado del ayuntamiento.

Me giré hacia la dirección de la que provenía esa voz masculina. Durante el tiempo que había vivido en Waterly Inn, Grace jamás albergó la posibilidad de emplear a ningún hombre que la ayudara en las tareas más pesadas, salvo que algún huésped o vecino de confianza se pasara algún día a echar una mano, como el señor Thompson. Pero esa voz no era de un hombre mayor. El señor

Thompson debía tener en la actualidad más de setenta años y dudaba que todavía se pasase por allí para ayudar a descargar la leña o a quitar a palazo vivo la nieve que se agolpaba en las escaleras.

Y en efecto no lo era. Un hombre de una edad similar a la mía, altura considerable, ataviado con un chaleco verde abultado y un gorro de lana que le tapaba casi los ojos, estaba parado frente a nosotras sosteniendo con firmeza una pala.

—Perdone, ¿quién es usted? —me atreví a preguntar en un tono exigente.

—¿Y usted? —me devolvió la pregunta en el mismo tono.

—No soy cualquier huésped, si es lo que ha creído en un primer momento. —Me molestaba que hubiera pensado eso. Quizá aquel no era ya mi hogar, pero sí era mi casa.

—No dudo que tenga cualidades especiales que la hagan diferente al resto de mortales, pero ya le he dicho que estamos al completo.

—No me importa lo que usted me diga, voy a entrar igualmente. Estoy segura de que Grace nos hará un hueco.

—¿De qué conoce usted a la señora Chase? —El hombre de la pala se acercó a mí dando unos pasos.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa y mucho. Grace no se encuentra muy bien para recibir visitas inesperadas y está claro que usted y su acompañante lo son. No me dijo que esperase a nadie.

—¿Mi acompañante? —bufé con una risa irónica—. Es mi hija Olivia. Inesperadas o no, pienso entrar y hablar con Grace.

—No, si yo se lo impido.

—¿Usted? No me haga reír, por favor. Hemos venido a ver a Grace y a quedarnos una temporada, y es lo que haremos quiera usted o no —le aseguré volviendo a poner mi mano sobre el pomo con determinación.

—Haga caso a mi madre, puede ponerse muy pesada e insistente —le advirtió Olivia colocándose tras de mí. No sé si con la intención de protegerme de un palazo o para entrar cuanto antes a refugiarse del gélido frío.

—Ya me he dado cuenta de que es una señora muy testaruda.
—Aquella palabra me caló hondo, demasiado. Yo no era ninguna señora, tan solo tenía treinta dos años y un aspecto juvenil todavía, y mucho menos estaba casada con un hombre que dirigiera mi vida.

—Perdone. —Aparté a un lado a Olivia para posicionarme frente a él con el dedo índice apuntado su cara, o mejor dicho su pecho, pues debía medir un metro ochenta y cinco largos—. No soy ninguna señora.

—Disculpe, en eso tengo que darle la razón, le falta educación para serlo.

—En ese caso eche la culpa a su querida Grace. Ella fue quien me educó. Supongo que mi falta de educación, como usted dice, se la deba a ella.

El móvil de la puerta sonó a nuestras espaldas devolviéndonos a la realidad después de nuestro acalorado encuentro. Me di la vuelta para encontrarme frente a frente con mi madre.

Su imagen me sorprendió sobremanera. Su mirada imperturbable me penetró las pupilas. Esos ojos aún no habían perdido la capacidad de removerme entera por dentro, aunque su aspecto desmejorado ayudaba a apaciguar las sensaciones de la mirada de una madre que intenta decirte algo.

Descubrir de repente que tu madre está vieja te recuerda que hace tiempo ya lo era, tan solo que no la recordabas. Yo misma no me había dado cuenta de mi propio pasar del tiempo, me había resistido psicológicamente a determinar el preciso instante en el que dejé de ser una adolescente, ocultando una situación que era irreversible. Y allí estaba, frente a mí, con una delgadez impropia en ella, la cara lánguida y algo descolgada en los pómulos, el pelo entre cano y de un color pálido. Tan solo tenía sesenta años, pero aquella enfermedad la había hecho decaer de golpe, sumiéndola en un aspecto que, de no ser así, no le pertenecía.

Después de mirarme intensamente sin decir nada, dirigió los ojos hasta Olivia. La miró de arriba abajo sin mostrar ningún sentimiento en el rostro. Sentí que la respiración de mi hija se aceleraba y acerté en apoyar mi mano en su antebrazo para infundirle calma.

—Hola, abuela —dijo Olivia con la voz entrecortada y esbozó una sonrisa que a las claras Grace no se merecía, pues permanecía imperturbable frente a ella.

—Te pareces a tu padre —fue lo único que dijo antes de desplomarse.

Sin embargo, no llegó a tocar el suelo. El hombre de la pala, con un movimiento raudo y eficaz, lo evitó. La sostuvo y la alzó en el aire, para luego entrar deprisa con ella en brazos dentro de la casa. Sin decir nada, la llevó a una de las estancias inferiores. Mi madre siempre había ocupado la habitación contigua a la mía en la primera planta, pero, dado su estado, debía haber cambiado de emplazamiento y así evitar subir y bajar las escaleras. Algo que hubiera estado implícito con la vejez, pero a lo que se había visto obligada de forma prematura, a sabiendas que odiaba vivir a pie de calle, pues le impedía ver más allá del terreno de la entrada y en cierto modo eso la ahogaba.

Regentar un negocio como ese te hacía esclava de tu propia vivienda y, aunque le encantaba el contacto con la gente, añoraba la libertad de vivir en su propia casa sin tener que estar pendiente de otros. Esas eran algunas de las pocas cosas que recordaba de Grace, seguramente mi madre había cambiado en muchos aspectos y, quizá, viendo su estado, la decisión de volver a esas alturas me privaría de saber en realidad qué clase de persona era ahora.

—¿Cómo está? —pregunté cuando el hombre volvió a personarse en el pasillo, donde Oli y yo esperábamos impacientes y nerviosas noticias de mi madre.

—Ha sufrido un fuerte impacto. Necesita descansar.

—No esperaba que fuera a tomarse así nuestra llegada. —No sé por qué sentí que debía disculparme en cierto modo con aquel tipo. Grace era mi madre y yo su hija, y ese hombre era un desconocido, al menos para mí.

—Ha sido por mi culpa. —Olivia se sentía mal y yo me sentí mal por ella. Mi hija no tenía la culpa.

—No, cariño, tú has hecho lo correcto —le dije para tranquilizarla. No tenía que disculparse por nada.

—No las esperaba. Debía haberme dicho quién era desde el primer momento. —Entró en la recepción con confianza, detalle que me hizo sentir una verdadera extraña en aquel lugar.

—No tengo por qué dar explicaciones a desconocidos en mi propia casa, ¿no cree?

—No soy ningún desconocido, April. ¿No se ha parado a pensar que tal vez lo sea usted?

—Genial, ahora, además, sabe mi nombre y yo ni siquiera sé el suyo.

—Mi nombre es Noah Connors y su nombre lo conoce todo el mundo por aquí, no sé de qué se extraña.

—Pues a decir verdad de muchas cosas, pero no quiero perder el tiempo contándoselas a usted. Estamos cansadas y nos gustaría dejar nuestras cosas en mi habitación, si usted, dueño y señor de esta casa, nos los permite —concluí, dejándolo allí plantado.

Agarré el asa de mi pesada maleta y le dirigí una mirada a Olivia para que hiciera lo mismo. Fui directa a las escaleras que conectaban con la planta superior y subí decidida. Estaba deseosa de reencontrarme con mis viejas cosas.

—¡Espere! —Noah Connors frenó en seco mis intenciones.

—¿Qué quiere ahora? —Me volví con premura y fijé mis ojos verdes en su rostro.

—No creo que encuentre su habitación.

—¿Cómo dice? —No sé de qué me sorprendía, pero lo hice.

Era absurdo pensar que mi habitación hubiera sido conservada todo ese tiempo. Es más, ya había albergado esa posibilidad, aunque en ese momento me hubiera negado de manera impulsiva a que fuera cierto. Pero ahora, después de apartar la mirada de ese hombre que seguía plantado a los pies de la escalera y posarla en la pared tras el mostrador, comprobé que mi foto de graduación en la escuela de primaria había desaparecido. Entonces lo comprendí y no entendía cómo no se me había podido pasar por la mente que mi madre, tras mi marcha, no hubiera borrado cualquier recuerdo de mí. Había pensado que, igual que mi memoria había conservado intacto el pequeño mundo de Waterly, ella habría hecho lo mismo con el que fue mi hogar, conservando intacta una habitación que en

su día había acogido una vida, mi vida. Pensándolo ahora, había sido una completa idiota al pensar que mi madre me hubiera guardado mi lugar en su mundo.

—Que la que era su habitación ya no lo es, ahora es la habitación Marrakech, y me temo que está ocupada —me dijo, acercándose para tenderme unas llaves, mientras yo pensaba cómo narices sabía ese tipo cuál había sido mi habitación—. Tenga, pueden dormir aquí.

—¿Dónde es aquí? —pregunté comprobando que aquel llaverito no tenía nombre de habitación ni ninguna otra indicación.

—La buhardilla.

—Apuesto a que usted sí tiene habitación propia, señor Connors.

—Vivo aquí desde hace tiempo, es obvio que sí. Y puede llamarme Noah —apuntilló y esbozó una falsa sonrisa. Estaba claro que mi presencia le incomodaba y no dudaba en hacérmelo saber con su actitud.

—Vamos, mamá, seguro que está bien. —Olivia parecía estar más en sus cabales que yo en esos momentos y los papeles se habían tornado.

Me cogió del brazo y me instó a subir las escaleras al tiempo que mis ojos le dedicaban una mirada de odio a ese usurpador.

—Está bien, está bien —le dije mi hija en voz baja deshaciéndome de su agarre.

—Disfruten de su estancia —gritó él desde su posición haciendo que mi rabia aumentara.

La buhardilla desde siempre había sido un nido de telarañas, polvo y suciedad acumulados entre muebles retirados y trastos viejos. Recuerdos inservibles que mi madre almacenaba, como si padeciera síndrome de Diógenes, en memoria de mi padre fallecido cuando yo solo tenía cuatro años. Apenas guardaba recuerdos de él en mi mente, solo la sensación de que lo quería mucho y que él me correspondía con la misma intensidad. Cuando me fui de Waterly me llevé una foto suya enmarcada y ahora mismo esa imagen descansaba sobre la única cómoda que podíamos permitirnos por cuestiones de tamaño en San Luis.

Ese idiota de Noah Connors nos había enviado al peor sitio de la casa, si bien, debía ser el único espacio libre en el hostel de Grace. Presumía que tendríamos que limpiar la estancia y rescatar la antigua cama de matrimonio de mis abuelos y vete a saber cómo estaría aquel colchón de más de un siglo.

—Tranquila, mamá —dijo Oli a mi lado, mientras subíamos las escaleras que daban acceso a la tercera y última planta de la casa. Debía tener el mismo presentimiento que yo, o quizá no, tal vez pensaba que la buhardilla iba a ser un sitio encantador. Sus siguientes palabras me lo desmintieron—. Parecemos los de *Flores en el Ático* cuando la vieja loca los encierra en la buhardilla de la mansión —rio con nerviosismo mirando con recelo hacia lo alto de las escaleras.

—Creo haberte dicho que no podías ver esa película.

—Pero todas mis amigas la vieron y no pasa nada —protestó.

—¿Que no pasa nada? Olivia en esa película dos hermanos mantienen relaciones sexuales, ¿tú crees que eso es normal?

Olivia entornó los ojos y suspiró.

—Mamá, son jóvenes y están encerrados.

—Pero entre hermanos es asqueroso —le repuse disgustada.

Olivia se encogió de hombros y me siguió sin añadir nada.

—Aquí es —dije parada en el último escalón. Tenía delante la misma puerta que recordaba, con sus desconchones de pintura y el óxido carcomiendo los anclajes. Podía imaginarme el interior y sentí una fuerte repulsión a abrirla y encontrarme de frente con aquello.

—¿Quieres abrir de una vez? No vamos a quedarnos aquí paradas todo el día.

—Puede que sí sea una buena idea ir a la pensión que nos ha sugerido ese tipejo.

—Venga, mamá, ¿no me digas que ahora te asusta un poco de polvo? Limpias habitaciones de hotel, eres toda una experta.

—Tienes razón. —Inspiré hondo y metí la llave con decisión. A lo sumo habría que adecentarla un poco y esa tarea sería relativamente fácil. No creo que ese tipo hubiera osado ofrecirme la buhardilla si todavía sirviera de almacén de trastos.

—¡Vayaaa! —Olivia alargó la a sorprendida. Yo también lo estaba. No esperábamos para nada encontrar aquello.

La mugrienta estancia que yo recordaba, ahora estaba reconvertida en una habitación luminosa. El panelado de madera de las paredes estaba pintado de blanco y, sobre la repisa de aquel zócalo, lucían lienzos de paisajes que reconocía perfectamente. Era Waterly Inn en todo su esplendor y en todas las estaciones del año, incluida en la que estábamos. La imagen era bastante parecida a la que se había reflejado en mis ojos al llegar. Con la casa azul imponente al frente, realzando su color sobre la nieve que cubría sus tejados y los alrededores.

—¿Esos cuadros son tuyos? —Olivia los miraba con detenimiento.

—No, nunca se me dio bien pintar a diferencia de mi madre.

—¿Crees que son de ella?

—¿De quién si no? —Yo tampoco podía apartar la vista de aquellas pinturas.

—Lo hace realmente bien.

—Siempre lo hizo bien.

La melancolía volvió a apoderarse de mí con recuerdos. Había olvidado, como muchas otras cosas, ciertos aspectos de mi madre y, en concreto, ese. Grace siempre había tenido especial sensibilidad para las artes plásticas y había encontrado en su habilidad la calma que necesitaba en ciertos momentos. Era en los lienzos donde plasmaba una parte de su alma y eso la ayudaba a regular sus estados de ánimo, muy volubles y fluctuantes según la hora del día. En aquellos cuadros, que ahora adornaban aquella bonita estancia, había un pedacito de ella y siempre lo habría. Su vida siempre había girado en torno a Waterly y quedaba bastante claro en aquellos óleos. Por el contrario, en ellos no había ningún atisbo de mi persona. Aquello era bastante revelador y triste a la vez. En mi estupidez siempre había pensado que, aunque su orgullo le impidiera tratar de reconciliarse conmigo, en su fuero interno todavía albergaba algún sentimiento positivo hacia mí. Me equivocaba y aquello me dolió. Suspiré hondo y traté de reprimir unas lágrimas tontas por alguien que no las merecía.

—Parece que convirtió esto en su estudio —comenté, pasando la mano por la estructura de un caballete junto a una de las ventanas que daban al sendero de la entrada.

—Es una pasada. En mi vida había estado en una habitación tan grande. —Olivia giró en redondo sobre sí misma, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Crees que utilizó esta cama para que posaran sus musos? —preguntó con sorna, tirándose sobre esta, y posó como una maja.

—¿Siempre estás pensando en esas cosas? Estás hablando de tu abuela y esa cama era la de los míos.

—Es una cama muy bonita. —Esta vez se estiró del todo boca arriba cruzando los pies y comenzó a mirar su móvil.

—Siempre quise tenerla en mi habitación. —Pasé las manos por la madera ahora restaurada del pie de la cama.

—Pues mira por donde, tu deseo se ha hecho realidad. Aunque creo que el de tu madre no era vernos aquí hoy —dijo Olivia incorporándose y cruzándose de piernas haciendo sonar el viejo somier.

—Tú no has tenido la culpa de que se desmayara. Has sido bastante amable refiriéndote a ella con el apelativo de abuela, quizá no se lo merezca.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí?

—Es una buena pregunta, Oli, pero no sabría responderte ahora mismo.

—Vale, pero piénsalo rápido o nos la cargaremos de un disgusto. —Rio y, aunque en otras circunstancias ese comentario me hubiera parecido cruel, su recibimiento lejos de ser emotivo para una madre, había convertido el momento en desagradable, haciéndole un desprecio a mi hija, así que se lo pasé por alto.

—Deshagamos las maletas y lo pensaremos en unos días.

—¿Me parezco a mi padre? —Olivia hizo que el corazón me diera un vuelco al preguntar aquello.

—Un poco. Pero yo no lo llamaría padre.

—Lo es, al fin y al cabo, aunque nunca me quieras hablar de él y no sepa qué aspecto tiene. Lo que me sorprende es que ella lo conozca, creía que no era de este pueblo.

—Y no lo es.

—Entonces ¿cómo lo conoce tu madre?

—No lo sé, Oli. ¿Quieres, por favor, echarme una mano y sacar tu ropa de la maleta?

Normalmente mi hija no sacaba el tema. En San Luis no nos hacíamos ese tipo de preguntas, el pasado se había quedado guardado en un cacharro hermético desde que a los ocho años me preguntó por su padre. Le dije que era un chico de Jacksonville al que conocí en unas jornadas de instituto y que, desde ese encuentro, no había vuelto a saber de él ni él de mí. No quería que guardara rencor a un padre que había renegado de ella y hacerla sentirse rechazada. Creí que el hecho de que ese chico no supiera nada, aliviaría ese dolor que pudiera haber nacido en su interior. Durante todo este tiempo, esa historia había funcionado. Pero Grace, con su impertinente comentario, había sembrado una duda en el inocente corazón de Olivia, que, aun contando casi con edad para conducir, seguía teniendo en el fondo el alma de una niña.

—Está bien —dijo con resignación. Me dolía mentir a mi hija, pero era necesario. Aunque sabía que aquello había abierto un cajón cerrado con llave que ahora se había quedado entreabierto.

5

April

Habían pasado algo más de dos horas desde que nos habíamos instalado en la buhardilla. Cuando era pequeña, recordaba que los sábados eran frenéticos en el hostel, sobre todo en las semanas previas a la Navidad, sin embargo, esa mañana la casa estaba bastante en calma y no me había cruzado con nadie, aparte de Noah Connors, desde nuestra llegada.

Había pasado la mayor parte de mi vida compartiendo casa con huéspedes de larga duración, de esos que acabas creyendo parte de tu familia. El Waterly Inn no era un hostel de tránsito, sino que era un lugar casi en el que echar raíces y compartir la vida con otros seres humanos faltos de compañía o cariño. ¿Sería ese el caso de Noah Connors?

Nunca lo había visto antes, de ser así lo recordaría. Estábamos casi en la misma franja de edad y hubiéramos coincidido en el instituto, pero no era así. Estaba segura de ello. Debía ser alguien forastero que había decidido hacer de Waterly su hogar, como bien rezaba el cartel de recibimiento del pueblo. No sabía quién era y tampoco me importaba, no obstante, se le veía demasiado cómodo y resuelto allí y parecía tener una estrecha relación con Grace. Tal vez solo fuera un empleado. No había dado demasiadas explicaciones y yo tampoco se las había pedido. De momento.

—Tengo hambre. —Oli rompió el silencio de la buhardilla, ya que mi mente no había podido estar callada ni un instante desde que había puesto un pie allí.

—Sí, deberíamos salir de aquí y comer algo. También debería de preguntar cómo esta Grace.

—¿Preocupación u obligación? —Mi hija me conocía demasiado bien.

—Ambas cosas.

—Si tú lo dices.

—¿Qué insinúas? —Sabía exactamente a qué se refería. Olivia era testigo fehaciente de que jamás había mostrado ningún tipo de sentimiento hacia mi ausente madre. Sin embargo, que no lo sacara a relucir no significaba que no lo tuviera, o eso creía yo.

—Que esa señora te ha importado una mierda todo este tiempo y ahora solo estamos aquí porque se muere. Y si nos hubiéramos muerto nosotras en San Luis ni siquiera se hubiera enterado.

—¡Oli, esa boca!

—Tú también dices mierda. Además, sabes que lo que te digo es verdad.

—Puede que sea cierto, pero nosotras no somos ella, ¿me oyes? Nosotras somos mejor que eso, y mi consciencia no me dejaría vivir con tranquilidad sabiendo que se muere y no he tenido la decencia de despedirme de ella.

—Bueno, pues esa es la diferencia. Si no lo supieras no hubieras venido y se habría muerto igual.

Sus palabras eran bien ciertas y crudas hasta la médula. Si Eleanor Thornberry no se hubiera acordado de mí y avisado de en qué situación se encontraba mi madre, ella hubiera muerto igual, rodeada de sus amigos y ese tal Noah, sin ningún remordimiento, ya que no había sido ella la que se había dignado a llamarme pidiendo un poco de clemencia.

—Pero lo sé y aquí estoy.

—Estamos.

—Sí, estamos. Y haremos lo propio. No daré que hablar más sobre mí a este pueblo de chismosos.

—Lo propio es esperar a que se muera y trincar la pasta, ¿verdad?

—¿De dónde te sacas esas cosas tan cínicas?

—No son cínicas, si esta casa es de tu madre el día que se muera será tuya. ¿Acaso no has visto *Los descendientes*?

—Esta casa era de mi padre y, por tanto, es mía desde hace mucho tiempo —le dije por primera vez a mi hija.

—¿Y por qué hemos vivido en ese cuchitril todos estos años mientras ella disfrutaba de todo esto?

—¿Qué iba a hacer, echarla?

—¡Tenía entendido que ella te echó a ti! —Olivia levantó la voz.

—Me fui yo, Oli. Yo fui la que tomó la decisión de irse y ella no hizo nada para que cambiara de parecer.

—¿Y te parece poco?

—No, me parece mucho, demasiado, pero no puedo juzgarla por acatar una decisión que al fin y al cabo tomé yo. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo. —Se cruzó de brazos frente a mí.

—No es necesario que lo hagas, tan solo que me respetes. Yo tampoco lo he hecho todo bien en esta vida, pero he sabido respetar las decisiones de los demás.

—Menos la mía. Me has traído aquí, aunque yo no quería hacerlo.

—Decisiones de gente mayor de edad y que no sean mis hijos. ¿Te vale?

Oli no respondió, me miró desafiante, como hacen todos los adolescentes cuando creen tener la razón y, sin embargo, tienen la batalla perdida.

—¿Te vale, Olivia? —repetí y esperé esta vez un sí por respuesta.

—Me vale.

—Estupendo. Ahora salgamos de aquí y vayamos a echarnos algo a la boca.

—Esta casa es superchula —comentó Olivia mientras bajábamos a la planta baja—. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Cuando me fui, tenía habilitadas cinco, todas con nombres de ciudades europeas: Venecia, París, Londres, Praga y San Petersburgo, y antes ese tipo mencionó que mi habitación es ahora Marrakech, así que supongo que mínimo, seis. En total tiene diez habitaciones repartidas entre la primera y segunda planta, con baño

en suite. Son muy bonitas y están decoradas de acuerdo a su nombre.

—¿Marrakech también es de Europa? —Oli frunció el ceño tratando de recordarlo.

—No, está en Marruecos —respondí sin humor—. Supongo que Grace decidió expandirse a otros continentes cuando hizo la reforma.

—No está bien que no guardara tu habitación. Podrías haber vuelto.

—Ya. Parece que le fue fácil desprenderse de todo lo mío. Me pregunto dónde estarán mis cosas.

—Pues viendo su recibimiento, seguramente las haya quemado en una hoguera.

Entorné los ojos y gruñí, yo estaba pensando justo lo mismo.

—Hola, hola, ¿quiénes son estas dos señoritas?

Oli y yo nos paramos al escuchar una voz femenina a nuestras espaldas. Nos dimos la vuelta para encontrarnos con una señora de avanzada edad y su clon. Ambas nos sonreían. Llevaban el cabello pelirrojo peinado exactamente igual en un topo alto e iban vestidas con la misma ropa: unos pantalones de pana gris y un suéter de cachemir color verde botella. De saber que no había tomado una gota de alcohol, juraría que estaba borracha y veía doble. Esa era mi impresión.

—Sois como dos gotas de agua. —Olivia habló por nosotras dos, expresando de nuevo lo mismo que pensaba yo.

—Somos Martha y Mildred Stevens —respondió el clon uno, señalando primero al clon dos y luego a sí misma—. Nos hospedamos en Venecia, y vosotras, ¿quiénes sois? —Exhibió una radiante sonrisa y su clon hizo lo mismo. Era casi espeluznante, si hubieran vestido con sendos vestidos azules, hubiera pensado que estábamos en el Overlook y que me estaba volviendo tan majara como Jack Nicholson en *El resplandor*.

—Soy April Chase y esta es mi hija Olivia. —Les tendí la mano y le hice un gesto a mi hija para que hiciera lo mismo. Se lo pensó unos segundos antes de alargarla y tocar las de aquellas gemelas sonrientes.

—¿Chase? ¿Ha dicho Chase, Mild? —preguntó el clon dos al clon uno.

—Eso ha dicho, Marth —confirmó la otra.

Eran iguales, por Dios, no sabía ni cómo ellas mismas podían distinguirse.

—¿Cómo os diferencia la demás gente? —De nuevo Olivia expresó en voz alta mis pensamientos. La miré pensando que teníamos algún tipo de telepatía incipiente.

—Imposible, querida. Por cierto, me encanta tu pelo —dijo el clon uno, refiriéndose a mi hija. No iba a ser a mí, claro que no. Mi cabello era cualquier cosa menos encantador. Si asegurase que me había puesto una ardilla muerta sobre la cabeza, algunos no dudarían de mis palabras.

—Gracias. —Olivia se mostró agradecida con el halago y sonreí orgullosa de su buena educación. Algo había hecho bien después de todo.

—¿Y dónde os hospedáis vosotras? Que nosotras sepamos no hay habitaciones libres en Waterly Inn —pregunto el clon dos, si la memoria no me fallaba, se trataba de Martha.

—Estamos en la buhardilla.

—¿Has oído eso, Mild? —preguntó a su clon, sorprendida.

—Claro que sí, Marth, tengo dos orejas que me funcionan tan perfectamente como a ti. No solo somos iguales por fuera, también por dentro. —Mildred bajó la voz como haciéndonos una confidencia

—Debéis ser muy especiales para Grace. Esa estancia es de uso exclusivo suyo —afirmó Martha.

—Pero, tonta, ¿es que no has escuchado que se apellidan Chase? —la reprendió su hermana, sacudiendo la cabeza con brío a los lados.

—Claro que sí —le repuso la otra, ofendida—. Con las orejas genéticamente iguales a las tuyas que Dios me ha dado.

—¿Sois parientes de Grace?

Me tenían loca ya, si seguía un rato más escuchando a ese par de cotorras, sacaría el hacha del cobertizo y arramblaría con todos los huéspedes del Waterly Inn en cuanto el reloj marcara la medianoche.

—Somos su hija y su nieta —respondí yo, obviando señalarnos. Era evidente en nuestro caso quién era quién.

—¿Y cuál es cuál? —preguntó graciosa el clon dos, Martha.

A mí eso me hizo reír, a Olivia, no. El agravio comparativo la había ofendido.

—Era broma, querida —se apresuró a aclarar la mujer—. Te prometo que nos vamos a llevar muy bien tú y yo —le aseguró y le guiñó el ojo—. Ya era hora de tener sangre joven en esta casa. Espero que os quedéis a pasar la Navidad.

—Pues claro que se quedarán a pasar la Navidad, ¿para qué habrían venido si no? —El clon uno dijo con suspicacia y me miró intensamente, esperando una respuesta por mi parte.

—No sabemos lo que haremos —respondí un poco incómoda con la situación.

—Pues deberíais hacerlo, aquí somos como una gran familia —dijo el clon dos.

—Mamá, tengo hambre —bufó Olivia a las claras hastiada de estar dando conversación a esos dos personajes.

—No os molestamos más, no queremos que esta jovencita muera por inanición por nuestra culpa —dijo la segunda tirando del brazo de su hermana mientras nos decía adiós con la mano libre.

El Waterly Inn siempre había albergado personajes curiosos del panorama americano, pero estas dos se llevaban la palma. De pronto sentí curiosidad por aquellos que habían formado parte de la primera mitad de mi vida, si seguían allí o no, aunque algunos por edad seguramente ya no estaban allí ni en ninguna otra parte.

Le enseñé a Olivia la planta baja, con una rápida visita a la biblioteca, el comedor, el salón y la sala de estar. Los ojos de mi hija se agrandaban más con cada nueva estancia. De la cocina salía un olor a albahaca fresca y otras especias, y sentí curiosidad por saber quién podría estar cocinando aquello.

En el Waterly Inn, la cocina siempre había sido comunitaria. En muchas ocasiones los huéspedes se turnaban para cocinar para todos y otras tantas lo hacía mi madre. Las horas de las comidas y cenas eran un hervidero de gente echando una mano, poniendo la

mesa, o intentando dar consejos de cocina a aquel que ese día se encargaba de los fogones.

—Con suerte nos invitarán a probar ese plato que huele deliciosamente bien —le dije a mi hija antes de entrar en la estancia y que se me cayera la mandíbula al suelo.

—Bienvenidas de nuevo. Tomad asiento —nos dijo Noah girando la vista en nuestra dirección, sin dejar de remover aquella salsa.

—Quitanieves, recepcionista, enfermero y cocinero. Tienes demasiadas funciones para ser un simple huésped aquí, ¿no crees? —recelé, haciendo caso omiso a su invitación de tomar asiento y sugiriéndole lo mismo que él había pensado de mí cuando me había visto aparecer por el Waterly Inn, que era un huésped más. Olivia sí se sentó, iba por libre.

—¿Qué te hace pensar que soy un simple huésped?

—Que yo sepa, no tengo hermanos ni primos, ni siquiera lejanos.

—Hay muchas cosas que no sabes. Es lo que tiene perderse durante quince años. —Noah dio unos golpes al cucharón de madera en el borde de la sartén y la retiró del fuego, haciéndome entender que sabía muchas cosas de mí—. ¿Tienes hambre, jovencita? —preguntó a Olivia y ella asintió, torciendo el gesto. Lo de *jovencita* no le había gustado un pelo, pero tenía hambre y no le importaba que el mismísimo Judas le sirviera un plato cargado de ira contra su madre.

—¿Finges amabilidad porque te compadeces de nosotras o eres así de cínico de manera natural?

—Creo que te has liado un poco con el orden de las palabras. Soy amable de manera natural. —Me dedicó una sonrisa de esas que no sabes que llevan cargadas en su contexto, sin embargo, era bonita.

—Tienes demasiado amor propio.

—¿Y eso es malo? —dijo sirviendo a Olivia un plato de macarrones con aquella salsa que olía como la de un restaurante italiano de alto postín.

—Si lo utilizas para ridiculizar a los demás sí.

—¿Por qué no te relajas y te comes un plato de esta deliciosa pasta? Sé que en el fondo lo estás deseando.

—Tengo hambre, sí, pero estoy acostumbrada a hacerme las cosas solita.

—Por eso hoy debes permitirte un poco de mimo. Siéntate, por favor —me pidió con la mirada fija en mí a la vez que sostenía un plato de pasta al que solo faltaba bañar de salsa.

—Está bien, lo haré por mí, que no por ti —accedí rindiéndome. Sí que me apetecía que alguien me sirviera alguna vez. Además, deseaba probar sus dotes como cocinero por si podía criticarlo negativamente.

—Buena chica. —Pasó su brazo por mi derecha y me sirvió el plato.

—Espero que no vayas tratando a las mujeres de ese modo, no necesitamos frases reconfortantes como si fuéramos un perro.

—¿Siempre estás a la defensiva? —Se sirvió para sí mismo y se sentó a la amplia mesa de roble blanqueado, la misma que había presidido la cocina desde tiempos inmemoriales, al lado de Olivia, quedando frente a mí.

—Solo me defiendo —le repuse agarrando el tenedor.

—¿Contra qué? —preguntó con cierto brillo en la mirada mientras sus ojos volaban hasta el tenedor que yo sostenía con la mano.

—Contra ti. —Lo apunté con este.

—Encima que te hago la cena. Las mujeres de hoy en día sois muy desagradecidas —vaciló antes de meterse su tenedor cargado en la boca.

—¿Acaso conoces a las mujeres de otro siglo para decir semejante cosa? ¿Qué edad tienes, mil años como los vampiros? —Yo también sabía devolverle la pelota a ese vacilón.

—Digamos que hace tiempo que las mujeres dejaron de interesarme. Y tengo veintiocho años, aunque pueda parecerme más mayor, siempre me han dicho que aparento más edad de la que tengo.

—Pues si con esa edad has renegado de las mujeres será porque tienes demasiadas taras como para que una mujer de este siglo te aguante.

—No he dicho que reniegue de ellas, he dicho que no me interesan, de momento. —Me dedicó una mirada socarrona y siguió comiendo.

—Esto está cojonudo —comentó Oli, crispando mis nervios. A mí no me decía esas cosas. Nunca halagaba mi comida. Se la tragaba por obligación y no me daba ni las gracias.

—Me alegra saberlo —respondió Noah y dirigió la mirada de nuevo hacia mí con una mueca divertida—. ¿Tú no vas a decir nada?

—¿Yo? Pues la verdad, los he probado mejores.

—No mientas, mamá. Tú solo sabes abrir el bote de salsa marinera del súper de la esquina.

—No he dicho que yo la haga mejor, he dicho que las he probado mejores en restaurantes.

—Nunca vamos a restaurantes —apuntó Olivia. Iba a matar a mi hija en cuanto estuviéramos solas.

—Entonces imaginemos que estamos en uno —sugirió Noah de manera campechana. Si creía que con ese juegucito me iba a hacer cambiar de parecer sobre lo que opinaba de él, lo llevaba claro.

—No me apetece fingir lo que no es, no tienes por qué hacerlo.

—Tú acabas de mentir y tampoco tenías por qué hacerlo. No hace falta que me impresiones, esto no es una cita. —Bebió de su vaso de agua y esperó mi réplica con ganas. Ese tipo se estaba divirtiendo de lo lindo sacándome de mis casillas.

—¿Quién eres y qué haces en mi casa? —Había intentado ser comedida, sin embargo, su actitud me había hecho saltarle a la yugular.

—Vaya, quieres atajar el camino de tu curiosidad por la vía rápida.

—¿Para qué andarme con rodeos?

—Pues soy Noah Connors, eso ya lo sabes, y en cierto modo también estoy en mi casa.

—¿De qué conoces a mi madre?

—Digamos que fue y es una segunda madre para mí. —Noah me miró con fijeza y me removí nerviosa en la silla.

Eso sí que no me lo esperaba. Esa información me dejó desconcertada. ¿Grace había sido capaz de ser la madre de alguien excepto la mía? No era desconcierto lo que sentía en ese momento, más bien, era rabia y dolor. Mucho dolor. Todavía no había preguntado cómo se encontraba mi madre después de lo que había sucedido esa mañana, pero mi mente me jugaba malas pasadas y estaba bien entrenada para olvidarse de ella.

—¿Podrías extender eso un poco más? —pregunté ávida de curiosidad, aquella que seguramente acabaría de romperme el corazón de hija desvalida.

—Sí, Noah, ¿mi madre y tú sois medio hermanos? —Olivia sentía la misma curiosidad que yo, aunque para ella descubrir que su abuela tenía un hijo nuevo o lo que fuera aquello no suponía un agravio a su orgullo.

—Supongo que para eso debería existir un vínculo, y no existe. Nos acabamos de conocer en unas circunstancias poco agradables —le repuso Noah con tirantez.

—¿Cómo está la abuela? —Oli me tiró un capote. Mi hija nunca dejaba de sorprenderme, sabía jugar las cartas mejor que yo en ciertas situaciones.

—No demasiado bien, la enfermedad la consume cada día un poco más. La enfermera pasó hace unas horas para paliar el dolor que sufre.

—¿Puedo ir a verla? —No era lo que más deseaba en el mundo en ese momento, pero supuse que era lo que se esperaba de mí en esas circunstancias.

—Creo que será mejor que esperes a mañana. Las tardes son su peor momento y seguramente estará dormida. —Noah parecía estar muy al corriente de todas las pautas a seguir y de los horarios de los asistentes médicos.

—Está bien —convine—. Y ahora podrías decirme exactamente qué tipo de parentesco nos une.

—En realidad ninguno.

—¿Estás jugando a las películas de misterio conmigo o qué? Me has dicho que Grace ha sido y es tu segunda madre. ¿Qué significa eso exactamente?

6

April

Noah se tomó unos segundos para responder mientras yo los iba contando con los latidos de mi corazón. Latía con fuerza y apresurado. Acusaba mis nervios y expectación. Cuando terminó de masticar, posó sus ojos marrones en los míos. Antes no me había fijado mucho en ellos, pero ahora, mirándolos de frente y tan de cerca, me parecieron bonitos. Tenía ese tipo de mirada agradable que solo pueden tener las buenas personas. Puede que incluso lo fuera, pero en ese momento lo sentía como una especie de enemigo y no debía dejarme cegar por sus amables ojos.

—Vivo en esta casa desde que tenía quince años, cuando nos mudamos a Waterly para que mi padre ejerciera de profesor de Educación Física en el instituto. Al principio, nos hospedamos como algo provisional, pero acabé viviendo aquí, como ya sabes, y se convirtió en mi hogar. Mi padre era viudo y cuando conoció a Grace conectaron enseguida. He de reconocer que no me gustó al principio su relación, porque no quería ver el puesto de mi madre reemplazado por otra mujer tan pronto, pero se querían. Se casaron un año más tarde y formamos una familia.

Ahí estaba la bomba. ¡Buuum! Me estalló en toda la cara.

—Me reemplazaste —lo acusé dolida. Tuve que esforzarme por sonar entera, pero lo cierto es que me estaba rompiendo en aquella silla.

—No, claro que no.

—Claro que sí —le dije con dureza.

—No, no podía, igual que Grace nunca pudo reemplazar a mi madre. Pero yo tenía espacio para las dos, aceptar a Grace en mi

vida, no significó en ningún caso desterrar a mi madre de mi corazón. Pero tu madre lo hizo muy bien, me ganó, y la quise enseguida, aunque no quería quererla, pero la quise y la quiero. La quiero mucho, April. Esa es la verdad. —Noah bajó la mirada y supe que estaba reprimiendo el llanto. Tal vez se había ganado bien el puesto de hijo en aquella casa y sentía de veras la muerte anunciada de mi madre.

—Entonces sois hermanastros —dijo Olivia, revelando una verdad que me cayó encima como un jarro de agua fría.

Noah posó la mirada en mi hija y asintió levemente.

—Sí, lo somos —respondió y luego me miró a los ojos. Sentí que me rompía entera—. Y eso es todo. Lo demás te lo puedes imaginar. No hace falta entrar en detalles.

Ahora lo comprendía todo. El motivo por el que mi madre nunca había movido ni un solo dedo para recuperarme estaba delante de mí con los ojos llorosos. Me reemplazó por otras personas, y lo mismo a mi padre. Lo había reemplazado por otro hombre que alegraba sus días y calentaba sus noches. Era demasiado. Dejé el tenedor en el plato y desvié la mirada hasta Olivia. Me miraba indecisa, sin saber ahora qué decir, yo tampoco sabía qué decir. No me salía de la garganta ni una triste vocal desangelada. Me levanté deprisa de la mesa.

—Mamá, ¿dónde vas? —escuché a Olivia antes de alcanzar la puerta.

Pero no me salían las palabras, solo pude sacudir la cabeza a los lados antes de precipitarme por el salón hasta el vestíbulo. No llevaba puesto encima más que un fino suéter de algodón y unos pantalones vaqueros, pero necesitaba salir fuera y tomar aire a bocanadas. Me faltaba por todos lados y sentía que la cabeza me daba vueltas.

El frío me acuchilló los pulmones en cuanto abrí la boca para inspirar hondo y tratar de calmarme. Dolió y me obligué a cerrarla para respirar por la nariz, pero seguía doliendo. Cerré los ojos y traté de contener las lágrimas. Sin embargo, caían a raudales. Apenas tenía tiempo de secarlas con las manos, a medida que avanzaba insegura por el sendero que llevaba hasta la carretera con

aquellas deportivas que no estaban preparadas para andar sobre la nieve. Oí a Olivia llamándome desde la puerta del Waterly Inn y lamenté haberla dejado sola con ese hombre, pero necesitaba salir y estar sola yo. Lamer mis heridas en solitario y reventar con mis penas.

Había pensado que mi madre nunca podría volver a hacerme daño, me había jurado que así sería, pero lo había vuelto a hacer y me sentía una completa estúpida por habérselo permitido. En gran parte, la culpa era mía, solo mía. ¿En qué momento volver me había parecido una buena idea? ¿En qué demonios estaba pensando? Siempre había querido pensar que era su orgullo lo que le impedía levantar el teléfono y pedirme perdón por no estar conmigo cuando más la necesitaba, sin embargo, terminaba de descubrir que no era por orgullo, era por otra cosa, a la que no sabía ponerle nombre, porque dolía. Y me jodía inmensamente que me doliera, porque Grace no se merecía ese dolor, ni tampoco el de mi hija. Había sido un error regresar a Waterly.

Seguí andando por la carretera con rumbo al centro urbano. No tenía un destino en la cabeza, tan solo no quería retroceder. En quince minutos a buen paso estaría frente al Rolling, si es que no lo habían cerrado durante mi ausencia. Al llegar esa mañana, me había parecido que todo en el pueblo había permanecido estático y estanco, inmune al paso de los años, pero me equivocaba. Todo había cambiado y, al agitar la bola, en lugar de nieve estaba cayendo mierda directamente sobre mi cabeza.

El Rolling seguía abierto, pero había cambiado el nombre por Barney's. Abrí la puerta pensando que no conocería a la persona que ahora atendería la barra y que Lou Harris, que siempre hacía la vista gorda y me servía cerveza con alcohol, habría sido reemplazado por una cara desconocida. Sin embargo, no fue así.

En medio de mi desesperación y congoja me alegré de ver el rostro ahora adulto de Sally Harington. En mi arrebató no solo había salido disparada sin abrigo, sino que tampoco llevaba dinero encima. No obstante, necesitaba refugiarme del frío y echarme un buen trago de whisky al cuerpo. Algo fuerte que no solo me

calentara por dentro, también me ayudase a digerir la situación con mayor celeridad.

Me acerqué a la misma barra de madera de caoba que había recibido mis pies años atrás y esperé a ser atendida. Al ser sábado noche el local se veía bastante concurrido. Seguro que, si me detenía a mirar a mi alrededor, reconocería más caras entre toda aquella gente que alborotaba y reía bulliciosa, ajena a mi dolor. Sally no tardó en acercarse con una sonrisa en los labios.

—Buenas noches, bienvenida a Barney's. ¿Qué desea que le ponga? —preguntó sin reconocerme.

—Hola, Sally. ¿No sabes quién soy?

La rubia con coleta y flequillo hasta los ojos me miró con detenimiento y ladeó la cabeza buscando información en mi rostro. Había cambiado bastante, pero esperaba que no fuera tanto como para que la gente de Waterly no fuera capaz de reconocerme. ¿Tan mal estaba, por Dios? Tenía que hacer algo con mi pelo.

—Perdona, no caigo. ¿Te conozco?

—Sí, soy April. April Chase, del Waterly Inn. Iba a clase con tu hermana Sue.

Sally abrió los ojos de un modo desorbitado y asintió repetidas veces con la cabeza. Parecía encantada de reconocerme.

—Madre mía, pero cuánto tiempo sin verte —dijo sonriente y se encaramó por encima de la barra para darme un efusivo abrazo—. ¡Dios mío, pero es que ha pasado tanto tiempo desde que te fuiste! Pero ¿cómo estás?

—Bien, estoy bien —acerté a decir, pese a que estaba a muchas millas de sentirme apenas un poco bien.

—¿Has venido para pasar el fin de semana o...? —Se quedó esperando a que yo terminase su pregunta con una respuesta.

—He venido unos días para ver a mi madre.

—Siento lo de tu madre. Hace tiempo que no la veo, aunque no tanto como a ti, pero las noticias corren —comentó con cierta expresión de aflicción, parecía estar al corriente de la enfermedad de Grace. Enseguida mudó el gesto y volvió a sonreír abiertamente—. ¡Madre mía, chica, pero cuánto tiempo! A Sue le encantará saber que has vuelto. La llamaré, seguro que viene corriendo. Total no

tiene nada mejor que hacer. ¿Qué quieres que te ponga? Invita la casa.

—Un whisky doble, con hielo. Gracias.

—Vaya, sí que vienes fuerte. Te lo pongo inmediatamente. —Me guiñó el ojo y fue a por una botella de Jack Daniel's. Volvió y la dejó sobre barra. Mientras llenaba el vaso con unos cubitos y el whisky siguió parloteando, despreocupada y feliz. Yo trataba de seguirle el ritmo, pero la verdad era que hablaba muy rápido y mi cabeza no andaba muy centrada en ese momento.

—Te fuiste tan de repente. Todo el mundo hablaba, ¿sabes? —dijo arrastrando el vaso hasta dejarlo frente a mí.

—¿Y qué se decía? —Me interesé cogiendo la bebida y dándole un buen trago.

—Sí que tienes sed, sí —comentó riendo cuando vio que devolvía vacío el vaso a la barra—. Te pondré otro.

—Sí, por favor.

—Se decía de todo, la verdad. Ya sabes cómo es la gente aquí, incluso algunos decían que te habías metido en una comuna hippie o te habías ido con los amish, yo qué sé. Tonterías. Porque son tonterías, ¿verdad?

—Sí —me reí. Era bastante gracioso saber lo que la gente podía argumentar a costa de la curiosidad e ignorancia. Estaba segura de que mi madre no había dicho la verdad sobre el motivo de mi marcha. Era algo que la avergonzaba y el motivo principal de que invitara a irme por la puerta de atrás lejos de este lugar y sus chismes.

—Sin embargo, nadie creía lo que dijo tu madre.

—¿Y por qué? ¿Qué dijo?

—Dijo que te habías ido a vivir con unos parientes a Francia, ¿es cierto?

—Sí, así es. —Decidí en el acto confirmar la versión de mi madre. No por salvaguardar su reputación de gran mujer en el pueblo, sino para proteger a Olivia.

Podía tener una hija, pero no quería exponerla a ser el centro de atención en cuanto la vieran moverse por Waterly como si un gran foco proyectara su potente luz sobre ella, si es que decidía

quedarme, ahora mismo no lo tenía muy claro. Así que decidí secundar aquella explicación que había dado Grace quince años atrás, después de todo, San Luis había sido fundada por franceses en 1.763 y algo de ese país tenía en sus raíces.

—Madre mía, Francia, qué pasada, chica. Yo no he salido de este pueblo en mi puta vida, pero me encanta y ¡mira...! —Feliz, me enseñó un anillo con un pequeño brillante en el dedo anular.

—¿Te casas?

—Ajá, y si estás por aquí, date por invitada. Va a ser el evento del año. Ya lo verás.

—Ya me imagino. Felicidades. ¿Quién es el afortunado?

—Hughie Dorsey.

—¿Es de aquí? ¿Lo conozco?

—Sí, supongo que lo mismo no te acuerdas, porque es más joven que yo y tú eres más mayor que yo. Debes tener como... — hizo un cálculo mental rodando los ojos por el techo panelado de madera

—Tengo treinta y dos —apunté acabando con su agónico cálculo.

—Pues entonces no debes de acordarte de él, es un pipiolo de veinticinco años. Es muy amigo de tu hermanastro.

La cara me cambió de cuajo y Sally se dio cuenta.

—¿Conoces a Noah? —pregunté dándole otro trago al whisky. Nunca me había gustado mucho, pero me estaba sentando de maravilla. Comenzaba a sentir un hormigueo muy grato en los dedos de los pies y el corazón estaba recuperando su ritmo normal.

—Claro, todo el mundo lo conoce. Es muy bueno con los chicos del pueblo, como su padre, el bueno del entrenador Connors. ¿Cómo no lo íbamos a conocer?

—Tienes razón, ha sido una pregunta estúpida. —En efecto lo era. Que yo no hubiera estado por allí no significaba que el tiempo se hubiera congelado para todos los habitantes del pueblo.

—Te pongo otra rondita y me voy, que me reclaman por allí — dijo y me volvió a llenar el vaso.

—Está bien, Sally, y enhorabuena de nuevo.

Me quedé en la barra apurando ese tercer vaso de whisky sin pensar en las consecuencias finales de ese acto tan impulsivo. Tras ese tercer vaso, llegaron unos cuantos más mientras escrutaba las caras de los allí presentes. Eran todos más jóvenes que yo y no conseguía ubicarlos en ninguna familia que recordara, salvo a Sally.

Había huido de aquella casa para poner en orden mi mente y solo había conseguido desequilibrarla un poco más. No estaba acostumbrada a beber, dos whiskies on the rocks hubieran sido suficientes para coger un puntito que de manera acogedora hubiera apaciguado mi mente, pero cinco o seis, ya había perdido la cuenta, habían acabado por provocarme una inestabilidad que afectaba a mi saber estar corporal. Era un tentetieso que luchaba por guardar la compostura en un taburete de escay, más pulido que una estatua decorativa de mármol.

—Ey, Ey, cuidado, jovencita —escuché a mis espaldas mientras alguien intentaba recolocarme en el taburete apoyándome contra la barra—. Sally, si conoces a esta chica deberías de llamar a alguien para que venga a recogerla, parece Way Rooney.

—Tranquilo, Barney. Yo me encargo.

Aquellas voces sonaban lejanas en aquel mundo al que me había trasladado. Me pesaban los ojos y no sentía la boca. Era una muñeca de trapo. Solo notaba todas mis articulaciones flojear y era imposible mantenerlas firmes. El estómago me pedía a gritos una limpieza y me provocaba espasmos que auguraban un vómito inminente.

Menuda reaparición estelar la mía. Eso sí era limpiar mi reputación en Waterly y lo demás eran tonterías. El rumor de que la joven Chase había vuelto de Francia, para ingresar en un centro de desintoxicación para alcohólicos, no tardaría en prenderse, como la mecha de un petardo, para luego explotarme en la cara.

—Saquémosla fuera, el aire fresco le vendrá bien. —Dos manazas me asieron de las axilas y me levantaron a peso del taburete, para luego cargarme como un saco de patatas.

Mi mente trabajaba lenta pero casi con normalidad a diferencia de mi cuerpo. Quería patalear para que me dejara en el suelo, pero

las directrices, que le mandaba a mi cerebro para que eso sucediera, no llegaban a conectarse bien a mis neuronas.

—Deberías llamar a Noah. —Esa vez reconocí la voz de Sally.

—Eso haré, menuda hermanita se gasta mi colega.

—No seas malo, Hughie. Esto le puede pasar a cualquiera.

Sally tenía razón. Le podía pasar a cualquiera, pero no a mí que hacía más quince años que no probaba el alcohol y menos en esas ingentes cantidades.

7

April

Vomitó dos veces sobre la nieve, creando un bonito dibujo abstracto en el immaculado blanco, salpicándolo todo de trozos de pasta y un rojo intenso. Empecé a encontrarme mejor. Sally me había sujetado el pelo para facilitarme el vaciado y me sentí un tanto ridícula por mostrarme así de expuesta y lamentable después de tanto tiempo, frente a gente que, para mí, ahora eran totales desconocidos.

—Tu hermano viene enseguida —dijo Sally tendiéndome una servilleta de papel.

—No es mi *hergmano*. —Ya podía articular alguna palabra, aunque no fuera con fluidez.

—Bueno, tú ya me entiendes.

La verdad es que no la entendía. No entendía cómo de repente tenía un hermano, además de una madre, ambas personas totalmente ausentes en mi vida durante quince años, y que no necesitaba en esos momentos. O sí, pues no me tenía en pie y en realidad alguien tenía que devolverme a la vida real con Olivia. Seguramente mi hija estaría preocupada por mí.

Cuando ese pensamiento vino a mi mente, me sentí mal de haberla ocultado horas antes, cuando Sally me preguntó por mi vida fuera de Waterly. Mi madre podría haberlo hecho, pero ese motivo fue precisamente el que me llevó a no volver, pues mi hija pesaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Estás helada, te sacaré algo con lo que cubrirte —dijo Sally que debió preocuparse por mis violáceos labios. No podía verlos, pero sí que los sentía helados como el mármol.

—No *eg nesegario*, estoy *bieng*.

—Lo de su madre tiene que tenerla alterada —comentó Hughie. Debía ser él, pues había escuchado a Sally nombrarlo y era quien me había sacado del bar.

—Tranquila, April, seguro que se pondrá bien. —Sally me acarició la espalda para reconfortarme.

—¿Tú *creeg*? —Solté una sonora carcajada. Dudaba mucho que se recuperara milagrosamente. ¿Acaso no sabían que se moría?

—Seguro que sí. Grace siempre ha sido una de las mujeres más fuertes de Waterly, sea lo que sea que tiene no podrá con ella.

—Mi madre se *muegueeeee*, Sally, se *muegueeeee* y no la he visto en quince años. ¿Te lo puedes *creerg*? Quince malditos años. Y no he estado en Francia en mi jodida vida. —Comencé a reír como una loca y la canción *Happy* de Pharrell Williams me acudió a la mente y se verbalizó en mi boca al tiempo que bailaba con los pezones duros como piedras sobre la nieve cuajada—. *Clap along if you feel like a room without a roof. Because I'm Happy Clap, along if you feel like happiness is the truth.*

Estaba totalmente poseída, me había aislado completamente de la realidad que me rodeaba. Sally y su joven prometido debían estar alucinando en mil colorines. Pero me daba igual, todo me daba completamente igual. Incluso cuando un coche aparcó sin cuidado cerca de nosotros, seguí danzando felizmente con las extremidades semicongeladas.

Lo vi oscilando delante de mí. Tal vez no era Noah el que se tambalease sobre la nieve, y fuese yo o mi vista.

Me miró un segundo y yo divertida le saqué la lengua, pero a él no pareció hacerle mucha gracia. Por lo visto mi recién estrenado hermanito no tenía sentido del humor y yo me lo había quedado todo.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó a sus amigos.

—Pidió demasiados whiskies. Lo siento, Noah, de saber que tenía un problema con el alcohol jamás se los hubiera servido —dijo Sally echándose las manos de manera dramática sobre el pecho.

—No tiene ningún problema, tranquila.

—En ese caso mañana lo tendrá. La resaca será de órdago y el resfriado también —Hughie intervino y estaba en lo cierto. Todo aquel derroche me iba a pasar factura.

—Me la llevo a casa, gracias por todo.

Con grandes zancadas, Noah vino hacia mí. No lo vi venir, porque tenía de nuevo la cabeza agachada mientras reprimía otra vomitona, pero sentí los pasos firmes y decididos acercándose. Cuando sus manos me agarraron con determinación la cintura y me elevaron en el aire como a Baby de *Dirty dancing*, acerté a alzar los brazos como una gran diva imitando el famoso baile de la película. Pero el gran momento se vino abajo de golpe cuando vi mi cabeza caer en picado hacia el suelo. Estaba claro que los habitantes de Waterly tenían por costumbre agarrar a la gente semiinconsciente como sacos de pienso para gallinas.

—Eres muy atrevido, hermanito, mis pezones van a rasgarte la espalda como un gato enfurruñado. —Yo seguía en mi particular mundo de fantasía. Es lo que tiene el alcohol, pero el bailecito me había devuelto la capacidad de vocalizar.

—Será mejor que te calles, no sea que vayas a decir algo de lo que puedas arrepentirte mañana.

—Nunca me arrepiento de nada, se nota que no me conoces. — Cuando me dejó en el asiento toqué la punta de su nariz con la yema del dedo índice mientras me colocaba el cinturón.

—¿Estás segura de eso? —Se quedó frente a mí un segundo, muy cerca, la distancia que permitía ese reducido espacio entre el salpicadero y yo. Mi aliento no debía ser nada agradable. Me reí en su cara.

—Muy segura. —Intenté recobrar la compostura para sonar convincente, pero una risa descontrolada salió de mi garganta y rompió la solemnidad de mi respuesta.

—Estás demasiado borracha. —Negó con la cabeza y salió del coche.

Era muy observador el chico. Se había dado cuenta él solito que estaba más puesta que David Hasselhoff en su vídeo viral. Me reí al recordar al famoso salvavidas de Malibú comiéndose una hamburguesa, igual que un perro pachón en la habitación de un

hotel, gremio en el que yo sabía moverme muy bien. Ese vídeo se había hecho muy popular. Puede que yo no tuviera mucho mundo, sin embargo, estaba al día de todos los cotilleos del panorama americano. Si Noah no me hubiera anclado al coche con el cinturón, hubiera corrido libre sobre la nieve hasta Waterly Inn como los protagonistas de los *Vigilantes de la playa*, aunque con mucho menos estilo. La curda que llevaba encima era monumental y hasta veía guapo a ese chico con el que horas antes me había visto emparentada políticamente.

—No vas a quedarte con lo que es mío. —No sé por qué salió aquello de mi boca. Supongo que los borrachos acaban diciendo la verdad, aunque antes en el bar había omitido la existencia de Olivia a Sally. Ahora estaba avergonzada. Tenía que decir la verdad. Mi hija no era motivo de deshonra, todo lo contrario.

—Voy a pasar por alto ese desafortunado comentario, porque no estás en tus cabales.

Tras decir aquello, Noah quitó el freno de mano con poca delicadeza y arrancó el vehículo rumbo a nuestra querida casa azul. Más querida por él que por mí, pues la sensación de sentirme una extraña en mi propio hogar, todavía no se había disipado del todo.

Cuando llegamos a nuestro destino, Noah me desabrochó el cinturón de la misma manera que lo había puesto antes en el aparcamiento del Barney's. Era una madre adolescente de nuevo, una contrariedad en todos los sentidos. Así que, cuando osó sacarme y volver a cargarme como un saco, me negué en rotundo. Le di un empujón, apartando sus manos de mí.

—De eso nada, jovencito. Aquí la hermana mayor soy yo.

—Deja de decir eso. —Parecía molestarle, pero yo no iba a desistir. Mi máxima en ese momento parecía ser fastidiarlo hasta la saciedad.

—¿Te molesta ser mi hermano? Pensaba que estabas encantado.

—No somos hermanos, y lo sabes.

—Lo sé, pero no me digas que no es bonito, todo el mundo en Waterly lo cree. Además, creen que la vieja va a recuperarse. Tiene mucha gracia.

—¿Quieres bajar de una vez?

Eso hice, bajé toda digna. Primero una pierna y luego la otra, igual que un robot oxidado. El momento de elevar mi trasero y ponerme en pie se me hizo un poquito más complicado. Noah intentó echarme un cable, digo *intentó* porque rehusé de todas, todas, juntar la palma de mi mano con la suya. Le agradecía el detalle de venir a buscarme, pero seguía detestándolo. Era un ladrón de familias... Tal vez no lo era, pero me daba igual. Su presencia allí había provocado que la distancia entre Grace y yo se tornara infinita.

Hacer aquello por mi cuenta y riesgo, había sido una idea muy estúpida. Cuando mis nudillos cogieron fuerza y consiguieron elevarme como un resorte del asiento del coche, mi cuerpo cayó de frente y mi cara terminó hundida en la nieve como una tabla de madera.

—¡Por el amor de Dios! —Noah, mi salvador de la noche, no tuvo más remedio que volver a cargarme al hombro al punto que cerraba la puerta del coche con el pie.

El impacto sobre la fría nieve no parecía haberme conmocionado en absoluto. Tenía las cejas cubiertas de escarcha y debía parecer un Santa Claus venido a menos en versión femenina. La situación incluso me pareció graciosa y mis ojos no tardaron en avistar el culo de aquel que me llevaba como una toalla húmeda sobre los hombros, tras una jornada de piscina estival.

Ni corta ni perezosa empecé a aporrear sus nalgas con toda confianza. Eran firmes y redondeadas, un culo digno de un premio de nalgas turgentes.

—Buen culo, sí, señor. Apuesto a que usan tus nalgas como instrumento de percusión navideño.

—No, pero lo pondré en el buzón de sugerencias de la junta escolar.

Vaya, sí que parecía tener sentido del humor, pero me había costado sacárselo a relucir.

Después de ese momento bochornoso en el que yo, enajenada por el alcohol, tocaba el culo de mi desconocido hermanastro, debí de quedarme dormida. No sé si por los efectos de la bebida o por la

cantidad de sangre que debía haber encharcado mi cerebro esa noche, pues todos mis desplazamientos, después de los cinco o seis vasitos de whisky en el Barney's, habían sido en postura invertida.

8

April

Cuando me desperté a la mañana siguiente y abrí los ojos, deseé volver a cerrarlos para siempre. Tenía un concierto en vivo y en directo de un grupo de hardcore en la cabeza y quise morirme. No sabía qué hora era. Debía ser domingo o eso esperaba. Podía ser que hubiera dormido una borrachera de veinticuatro horas sin sentirlo. Me removí bajó el edredón y noté que, aparte de mi cabeza a punto de estallar, tenía un mal cuerpo considerable. Estaba helada, sin embargo, sudaba como si el organismo me ardiera... Y me ardía. No solo había pillado una buena curda, además, había pillado un resfriado de los gordos.

Pensé entonces en Olivia y extendí la mano para palpar el colchón. No se encontraba conmigo. La ansiedad hizo que abriera de nuevo los párpados y tratara de enfocar a mi alrededor.

No estaba en la buhardilla, aquella habitación no se le parecía en nada. De hecho, parecía que había viajado durante mis horas de inconsciencia sobre la alfombra voladora de Aladino y había llegado a un país exótico. ¿Dónde estaba y cómo demonios había llegado hasta allí?

Tras unos segundos de agónica reflexión, recordé que Noah había venido a rescatarme al Barney's y me había llevado sobre sus hombros hasta el Waterly Inn, donde debía hallarme en este momento, pese a que no lograba reconocer esa estancia. Quise moverme, pero no podía. Mi cabeza daba tumbos y las piernas apenas me respondían. Cuando abrí la boca para hablar solo un sonido ronco escapó de mi garganta.

Gruñí y moví los ojos hasta la mesita. Entre un farolillo de forja y un marco de madera bellamente tallado, cuya imagen pertenecía al rostro de un hombre que no conocía, vi un vaso de agua y un par de ibuprofenos. Presentí entonces donde estaba y quise gritar de rabia, pero la necesidad de tragarme esa medicina imperaba. Extendí la mano y cogí las pastillas, me las eché a la boca y, con un trago de agua, las hice descender por una garganta que de tan hinchada se resistió incluso a ese pequeño gesto.

Quería incorporarme, sin embargo, sentía el cuerpo más pesado que una vaca de plomo, así que decidí arrastrarme hasta el borde de aquella cama en la que posiblemente dormía mi ahora hermanastro Noah. Solo esperaba que esa noche no hubiera sido así.

Dando traspiés conseguí llegar a la puerta, pero antes de que la abriera, esta se abrió sola y me golpeó en la frente. Me balanceé aturdida durante unos segundos en los que todo se ensombreció, pero antes de perder la estabilidad, alguien me acogió entre sus brazos y me llevó de nuevo hasta la cama. No me resistí, no tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Estás bien?

Gruñí.

—Ya veo que no.

Volví a gruñir.

—La pillaste buena anoche.

—Seguro que estás encantado —farfullé, llevándome la mano a la frente. Me ardía.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque no te caigo bien.

—No me caes muy bien ahora.

—¿Y mi hija?

—Está bien.

—¿Sabe que su madre es una borracha?

Noah se rio y me jodió.

—He tenido que darle una explicación un poco extraña de por qué no has dormido en tu cama esta noche.

—¿Y por qué no lo he hecho?

—Pensé que no era conveniente que te viera en ese estado.

—Te lo agradezco.

—No hay de qué.

—No me encuentro bien.

—Es lógico. Cuando uno bebe como si se acabara el mundo, al día siguiente tiene ganas de que se acabe.

—No es solo eso. Estoy enferma. Debí coger frío.

—También pasa eso cuando uno sale de casa a menos de cinco grados solo con una camiseta y unos vaqueros y se dedica a pasear.

—Quiero morirme, no estoy para regañinas.

—Ya veo que te has tomado los ibuprofenos, te sentarán bien. Cuando tengas ganas o sientas que puedes comer te traeré una sopa caliente.

—No hace falta. Sé cuidarme sola. Lo llevo haciendo media vida.

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que llevas cuidándote sola media vida. Bueno, no lo sabía hasta ayer, porque tampoco sabía que había sido así exactamente, pero ahora ya sé que has estado sola todo este tiempo, y créeme si te digo que lo siento. Olivia me lo contó anoche tras tu marcha.

Quise emitir una cínica carcajada, pero solo salió un gorgoteo espeluznante de mi garganta.

—Quiero ir a mi habitación.

—Te llevaré.

—No.

—Sí, lo haré.

—No.

—¿Por qué eres así?

—¿Y cómo demonios soy?

—Cabezota e irritante.

—Mira, Noah, te agradezco que te ocupases de Olivia y de mí, pero no necesito tu compasión.

—No es compasión.

—¿Y qué es, entonces?

—Amabilidad.

—Pues no necesitas ser amable conmigo. Tú y yo no somos amigos ni familia. Así que guárdatela para otros.

—Lo haría por cualquier persona que lo necesitara.

—Pues no la necesito. —Traté de incorporarme, pero la cabeza me jugó una mala pasada y sentí que me venía abajo. Me asaltó una debilidad tan poderosa que tuve que tumbarme de nuevo. Con la mejilla aplastada contra la almohada comprendí que sí iba a necesitar la ayuda de otras personas, incluso la de Noah, aunque lo detestara por ser un ladrón de familias.

—¿Puedes dejar al lado tu orgullo y dejar que te ayude?

—Quiero ver a Olivia.

—Está bien, iré a buscarla. Está en la cocina con las Stevens y Dorotea.

No sabía quién era esa tal Dorotea, pero entendí que sería otro huésped de la casa. Otro de tantos cambios durante mi ausencia.

—¿Dónde estoy? —le pregunté antes de que saliera de la habitación.

—En Marrakech. La que era tu habitación.

Asentí con desgana y me re Coloqué en la cama, cubriéndome con aquel edredón que olía a Noah.

A los pocos minutos, Olivia entró en la habitación. Había elegido para ese día un *look* a su gusto actual, llevaba un vestido negro de encajes en las mangas y unos calcetines de rayas hasta las rodillas que recordaba haber comprado hacía un par de años para disfrazarse de bruja en Halloween. Aquello debía haber escandalizado a mi madre, pero no sabía si la había visto, tal vez, no. En realidad, no sabía nada. Por no saber, no sabía qué estaba haciendo allí ahora mismo, recuperándome en la cama de mi hermanastro de una borrachera monumental y padeciendo un resfriado de órdago que me había ganado a pulso, en una casa donde nadie me quería y, más importante, donde no querían a mi hija.

—Hola. Me ha dicho Noah que estás enferma.

—Sí. Me puse mala anoche.

—¿Por qué te fuiste así?

—Lo necesitaba.

—Mamá —me habló con cariño, sentándose en el borde del colchón—, no pasa nada. Sé que bebiste. La habitación apesta a alcohol.

—Solo un poco de cerveza. —No fui capaz de mentirle del todo ante la evidencia y maquillé un poco la verdad—. Pero es cierto que estoy enferma.

Olivia suspiró hondo y sacudió la cabeza a los lados.

—¿Así que esta era tu habitación? —preguntó mirando a su alrededor—. Es chula. Parece el palacio de *Las mil y una noches*.

—Antes no era así. ¿Y cómo sabes que esta era mi habitación?

—Eso me ha dicho Noah, que te metiste en esta por equivocación al volver. ¿De verdad estuviste en una fiesta de antiguos alumnos? —Frunció el ceño, no muy convencida de esa versión de los hechos. Olivia era lista.

—Sí.

—¿Viste a mi padre?

—No, ya te dije que no era de este pueblo.

—Vale —asintió sin mucho convencimiento—. Podías haberme llevado contigo a esa fiesta —me reprochó.

—No sabía que iba a una fiesta, me la encontré de pronto. Lo siento.

—Más lo siento yo. Me dejaste aquí tirada con una panda de carcamales. Esto parece el circo de los horrores, aparte de las gemelas cacatúas, hay un señor que debe tener más de cien años, una enana y la mujer barbuda.

—Debería gustarte eso, son de tu gremio.

—¡¿Estás loca?! Solo se salva Noah. Parece majo. ¿Tengo que llamarlo tío?

—No, claro que no. No es tu tío.

—Pero es tu hermano ahora.

—No es mi hermano. ¿Has visto a tu abuela hoy?

—Todavía no. Parece que no se encuentra muy bien tampoco. Le dimos una buena sorpresa a la vieja, casi nos la cargamos antes de tiempo —rió sin ganas.

—Siento todo, Oli, de verdad que lo siento mucho. Lo de venir no ha sido una buena idea en ningún momento. En cuanto me

encuentre bien, nos iremos. Pero ahora mismo no tengo fuerzas ni para mover un dedo.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —gruñó con mal humor.

—Sal de la casa, date una vuelta y visita el pueblo. No sé. Puedes ir a la iglesia —le sugerí sabiendo que esa opción la emocionaría lo mismo que explotarse un grano de pus de la frente.

—¡Qué planazo! —Rodó los ojos—. Bueno, me voy a donde sea a morirme de aburrimiento, ¿o prefieres que me quede contigo?

—Quiero darme un baño. Lo necesito. Pero no aquí. ¿Me ayudas a moverme hasta la buhardilla?

Aparté de nuevo la colcha y arrastré el culo hasta el borde para sentarme.

—¿Qué es eso que llevas puesto? —me preguntó Olivia mientras trataba de ponerme en pie sujetándome por la cintura.

Miré hacia abajo para ver a qué se refería. Antes al levantarme no me había planteado mucho lo que llevaba o no encima. Mi cabeza había estado en otras órbitas, ahora me encontré con que una camiseta negra de los Northern Illinois Huskies me cubría hasta la mitad de los muslos y por debajo no se avistaba nada más hasta los pies, enfundados en unos gordos calcetines blancos.

—Parece una camiseta de fútbol.

—Eso está claro, mamá, pero no es tuya.

—Debe ser de Noah —respondí bastante avergonzada. En todo mi desenfreno nocturno, no solo me había pillado una buena borrachera y un bonito constipado. Además, había dejado que mi hermanastro me desvistiera y me viera casi en pelotas antes de arrojarme en su cama.

—¿Y no recuerdas cómo ha llegado hasta tu cuerpo? —Olivia movió la cabeza a los lados en plan desaprobador.

—Me la puse al llegar. Para dormir.

—Mamá, creo que no solo bebiste un poco de cerveza anoche.

—Venga, ayúdame a levantarme. Necesito ese baño.

Olivia me arrastró escaleras arriba hasta la buhardilla y entramos en el baño en suite que, tras mi marcha, Grace había instalado en la estancia. Era espacioso, casi tan grande como nuestro dormitorio en San Luis. Miré la gran bañera de porcelana blanca con patas

doradas y pensé que era tan bonita que sería una pena ensuciarla. Mi hija trató de sentarme en el inodoro mientras la llenaba, pero era incapaz de mantenerme erguida. Concentré toda mi energía en no caer en redondo sobre el entramado geométrico que dibujaban los azulejos de cerámica en el suelo. Tuve que llamarla para pedirle que me sujetara. Aquello no podía ser un simple constipado sumado a una resaca, tenía que ser algo más.

9

Noah

La visita inesperada de April y Olivia me había pillado desprevenido. He de reconocer que no esperaba verlas por aquí antes de que Grace muriera. Era consciente de que esta casa era de April, le pertenecía por derecho desde hacía años, pero todo el mundo esperaba que, cuando ese momento llegase, ella mandaría unos abogados resabidos a tasar la vivienda para ponerla a la venta de inmediato.

Esas conjeturas se habían ido al traste cuando se presentó sin avisar, cosa que en realidad no tenía obligación de hacer, y se había preocupado por el estado de su madre.

A Grace le había causado un fuerte impacto. Desde su llegada el día anterior no había conseguido sacar el tema por el temor de que su estable, aunque grave estado, empeorara. Pero debía hacerlo. April había expresado el deseo de verla y yo se lo había negado. No creía conveniente ese encuentro, no sin antes hablar con Grace de las sensaciones que se le habían pasado por la cabeza.

Entré en su habitación como cada mañana y la encontré despierta mirando unos viejos papeles. Tenía la mirada perdida en ellos y ni siquiera reparó en que había entrado en su actual dormitorio. Hasta no hacía mucho había sido una sala de estar, pero tras el diagnóstico del cáncer y empezar con la quimio la habíamos rehabilitado para acoger una cama.

—Hola, Grace —la saludé y entonces levantó la vista en mi dirección.

—Hola, hijo. Ven, siéntate aquí a mi lado. —Con las pocas fuerzas que tenía dio unos golpes en el lado derecho de la cama y

acepté su invitación.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Físicamente cansada, emocionalmente abrumada.

—Te entiendo, nadie las esperaba.

—Así es —dijo sin añadir nada más. No sabía si Grace quería ahondar en el tema, aun así, hablé por ella.

—¿Te alegras?

—¿Quieres la verdad o lo correcto? —Absorbió todo el aire que sus pulmones podían albergar en esos momentos y exhaló el aire lentamente.

—La verdad.

—Siento vergüenza, Noah.

—¿Vergüenza? Fue ella la que se fue y decidió perder el contacto contigo. ¿Por qué crees que ha vuelto ahora?

—No he sido sincera del todo contigo y supongo que con nadie. Igual ha llegado el momento de soltar lo que llevo dentro.

—No te juzgaré —le dije tomándole la mano, aunque no estaba muy seguro de ello.

—Cuando April se quedó embarazada no supe brindarle el apoyo que uno espera de una madre. La obligué a ocultarse de la gente de Waterly y a deshacerse de ese bebé al término del embarazo. Obviamente ella antepuso su hija a mis peticiones, y no la culpo.

—Pensaba que se quedó embarazada fuera de Waterly, eso es lo que nos dijiste a papá y a mí.

—No hice las cosas demasiado bien, Noah, y, aun así, ella no me dejó sin hogar, y podría haberlo hecho. He vivido plenamente en esta casa sin saber de sus necesidades.

—Bueno, eso ya es pasado y el pasado debe quedar atrás. Lo importante es que ha vuelto y estaría bien que le dijeras todo eso ahora, antes de... —Me costaba pronunciar aquellas palabras, del mismo modo que me costaba ver a Grace con otros ojos que no fueran desde un profundo cariño hacia ella. Era una mujer orgullosa, y solo Dios sabía qué la había movido a comportarse de aquel modo e inventar una rocambolesca historia sobre su hija en Francia.

—Morir, dilo, no tengo miedo.

—Sé que no lo tienes, pero no quiero que eso suceda.

—Lo cierto es que ahora que mi hija y mi nieta están aquí me gustaría ralentizar el tiempo y que esta enfermedad me diera una tregua para recuperar el tiempo perdido, pero solo yo tengo la culpa de eso.

—No creo que ella se sienta de diferente modo a ti. April ha venido, supongo que a despedirse y que puedas irte en paz.

—Se lo agradezco porque quizá no lo merezca. No he visto crecer a mi nieta por mi testarudez. April ha sacado el corazón de su padre.

—¿Y el de Olivia? Diste a entender ayer que lo conoces.

—Lo conozco, pero yo solo soy dueña de mi propia historia, no voy a desvelar la suya sin su permiso —me repuso con la voz entrecortada. Últimamente le costaba hablar sin cansarse y apenas se levantaba de la cama.

—Te dejaré descansar, pero quería cerciorarme de que April puede pasar a verte.

—Lo que semanas antes era una utopía se ha convertido en una realidad, así que lo justo es que las dos nos despedamos y podamos dejar en calma nuestras almas, ¿no crees?

—Lo creo, Grace, y no te juzgo.

—Gracias, hijo. ¿Cómo están ellas?

—Bien, bastante bien. Les di las llaves de la buhardilla para que se instalaran. —Mentí sobre su estado. Tenía bastante claro que April no estaba bien emocionalmente ni que venían de la ciudad de vivir entre grandes lujos, pero no quería minar más la culpa de Grace.

—Bien, a April siempre le gustó esa cama. Se habrá alegrado de verla. —Los ojos casi se le cerraban por el cansancio, era hora de salir de allí y dejarla descansar.

—Le diré que puede venir en cuanto estés descansada y te avisaré antes de ello.

—Está bien —dijo hundiendo la cabeza en la almohada.

Besé su frente y le re Coloqué la manta. Que me hubiera confesado aquello me había impactado, aunque se lo oculté entonces. Estaba muy débil y cualquier cosa podría empeorar su

estado. Sin embargo, esa información me ayudaba a comprender un poco el carácter de April y sus momentos de indiferencia hacia la situación. Los motivos que movieron a Grace en su día no tenían ahora demasiada importancia, tan solo el hecho de que se sintiera arrepentida me valía. En parte, me sentía culpable de haber reemplazado, como bien había insinuado April, su lugar en esa casa, ajeno a todo y pensando que la que había demostrado ser una mala hija era ella, pero yo tenía tiempo de enmendar esos sentimientos que había infundado en mi ignorante conocimiento de los hechos, y Grace no lo tenía.

Esperaría unos días, hasta que April se recuperase del resfriado, para darle el visto bueno para ver a su madre. Las defensas de Grace no estaban en su mejor momento y cualquier cosa podría acelerar que se fuera de nuestro lado. Acortando drásticamente ese tiempo que necesitaban la una de la otra, y que ya escaseaba.

10

Olivia

La capacidad de aburrimiento crece infinitamente en un lugar en el que no hay nada que hacer cuando se te acaban los datos de internet en el móvil. Bueno, ahora ya había encontrado algo en lo que ocupar mi tiempo: tenía el engorro de cuidar a mi madre, parecía estar bastante enferma, pero la había dejado en la cama durmiendo tras ayudarla a bañarse y ahora no tenía nada que hacer. La idea de abrir alguno de los libros que mi madre había metido en la maleta para que repasase mis asignaturas no era una opción de pasatiempo. Estaba mortalmente aburrida.

Bajé las escaleras y traté de esquivar a los inquilinos de aquel hostel tan atípico. Debía admitir que era la casa más espectacular que había visto jamás. Me había deslumbrado al llegar, tan azul e imponente en medio del paraje nevado. Me quedé alucinada y sé que mi expresión me delató. No pude resistir una punzada de rabia erguirse en mi pecho al saber que podría haber vivido en un sitio así y no en el tugurio que llamábamos casa en San Luis, un apartamento tan pequeño que no tenía espacio ni para una habitación propia a la que dar vida a mi gusto. Sin embargo, preferiría mil veces estar allí, que no aquí. Al menos allí tenía una cama y un edredón que había elegido yo, y que envolvían de seguridad mi inseguro mundo.

No había esperado nada bueno de ese viaje improvisado, no entendía por qué mi madre de pronto había querido regresar a Waterly. Verdad era que la vieja estaba casi con un pie en la tumba, pero esa mujer no nos quería allí. Era obvio.

Nada más vernos había descargado contra mí la poca energía que le quedaba en el cuerpo antes de caer desplomada en el suelo del porche. Y al hacerlo había despertado una semillita que escocía. La eterna duda innombrable: mi padre. Mi madre y yo no hablábamos nunca de él. No había motivo para hacerlo. Según ella fue un ligue de una noche del que jamás volvió a saber.

A mí solo me quedaban dos opciones: a) asumir que mi madre a mi edad se iba a la cama con cualquiera, por tanto, era una fresca, o b) no creer esa versión y, por tanto, tenía que asumir que mi padre no quería saber nada de mí. Mi yo más ingenuo siempre quiso creer la versión a) de la historia, aunque no dejara a mi madre en muy buen lugar, pero me agradaba más, que pensar que tuve un padre que se desentendió de mí desde el minuto uno. Sin embargo, las palabras de la vieja habían removido la tierra que hábilmente mi madre había esparcido por encima y la semillita había vislumbrado una luz. Ahora quería crecer y asomarse al mundo. Descubrir la verdad y los secretos que albergaba entre las sombras de los altos árboles que se erguían a su alrededor.

Salí al porche y me protegí las orejas bajo la bufanda y el gorro de lana antes de bajar las escaleras y buscar un sitio resguardado donde liarme un canuto. Había tenido suerte, la redada en el instituto solo había incautado la mitad de mi alijo. Tenía más reservas en casa, escondidas en una bolsa hermética dentro de la cisterna del váter y que, por suerte, había podido recuperar antes de salir disparadas hasta Waterly. Abrí mi riñonera y de un monedero con forma de tumba saqué un papelillo y un filtro. Con una habilidad que habría aterrorizado a mi madre, hasta el punto de querer ingresarme acto seguido en un centro de desintoxicación, me hice un porro y lo prendí con una cerilla.

Apoyé la espalda en la pared de Pitufilandia y saboreé con placer el dulzón humo de aquel cigarrillo mágico. No llevaba mucho tiempo fumando marihuana, pero sí el suficiente como para saber que me gustaba hacerlo. Me sentaba bien y me hacía sentir más *cool*. Blaine también fumaba y, desde que yo había empezado a hacerlo ese verano, había comenzado a mirarme, ya teníamos algo que compartir a escondidas. Un mes más tarde me había pedido

salir y ahora éramos oficialmente pareja en la Academia Loyola. Llevábamos un par de días haciendo planes sobre acostarnos en mi casa durante las vacaciones navideñas, aprovechando que mi madre estaría trabajando. Sería mi primera vez. También la suya. Pero mi madre nos había jodido los planes. Mi madre me había jodido la vida. Este sitio era una mierda.

No llevaba más de cinco caladas cuando escuché un sonido de pisadas a mi izquierda. Procedían de la parte delantera de la casa. Escondí el cigarro en el hueco de la palma de mi mano derecha sin quitar la vista de allí.

Al poco Noah apareció con una pala. Al verlo sentí una punzada de pánico, si seguía avanzando en mi dirección descubriría lo que estaba haciendo y podía dar por hecho con que iría con el cuento a mi madre. Moví la mano hacia mi espalda y me puse de lado en la pared encarándome con él.

—¿Disfrutando de la mañana? —me preguntó acercándose—. Hace buen día.

—Sí.

—¿Cómo está tu madre? —Noah parecía interesado y llegó hasta mi posición. Sabía que desde donde estaba podía oler mi porro.

—Durmiendo.

—Le sentará bien, luego le llevaremos algo de comer —dijo y yo asentí deseando que se marchara y me dejase en paz—. ¿Desde cuándo fumas?

Me quedé mirándolo sin saber si responder o no. Me había pillado. Decir que no lo estaba haciendo hubiera sido una gilipollez por mi parte.

—Unos meses —dije y descubrí la mano que sujetaba el porro. En un acto de rebeldía le di una honda calada y expulsé el humo dibujando oes frente a su cara.

—¿Tu madre sabe que fumas marihuana?

—Algo sabe. Por eso vinimos aquí.

Mis palabras parecieron sorprenderle. Parpadeó confuso sus ojos castaños y se rascó el mentón apenas cubierto por una barba de pocos días. Noah era bastante mono, sin llegar a ser un tío

bueno, y algo mayor para mi gusto y mi edad, pero mi amiga Brittany lo hubiera incluido seguro en su lista de «chicos que me quiero tirar antes de los veinte» porque tenía un parecido bastante razonable con su idolatrado protagonista de *Glee*, pero tristemente ya fallecido Cory Monteith. Una pena de chico. Bri le había guardado luto un mes entero.

—Pensaba que habíais venido por Grace.

—En parte. —Le di otra calada y solté esta vez el humo lentamente.

—¿En parte?

—No te importa una mierda, Noah.

—Tienes razón, no me importa una mierda. Pero tanto fumar tabaco normal como fumar hierba sí que es una mierda, y tú deberías saberlo. Mata personas y destruye neuronas.

—Lo sé.

—¿Y por qué lo haces?

—Porque me gusta. —Encogí un hombro y le di una última calada al porro antes de dejarlo caer al suelo y aplastarlo con la punta de mis botas militares—. ¿Se lo vas a chivar a mi madre?

—Pensaba que ya sabía algo.

Bajé la mirada y medité mis palabras.

—No se lo digas, por favor —le pedí.

—No se lo diré si dejas de hacerlo.

—¿Sabes qué, Noah? Podría decirte que no voy a hacerlo más y luego hacerlo sin que te enteres.

—Tendré que confiar en tu palabra.

Asentí y, con una determinación que luego pensaba pasarme por el forro de las bragas, dije:

—Está bien, no lo haré.

—Como prueba de fe, podrías darme el instrumental y la bolsa de marihuana —sugirió.

Gruñí y ladeé la cabeza, mirando hacia la densa arboleda que se extendía en ese lado de la propiedad.

—De acuerdo —accedí sin mucho convencimiento.

Noah extendió la mano libre y abrió la palma. A regañadientes, saqué el monedero y lo posé en ella. La cerró en un puño y me dio

la espalda. Volviéndose hacia mí, dijo:

—Ven conmigo.

En la cocina, Noah me observó en silencio mientras rascaba en mi móvil los últimos hábitos de datos. No tuve ni para descargar una mísera imagen que Bri me había hecho llegar minutos antes por WhatsApp. Él había encendido la tetera y esperaba a que el agua hirviera. Maldije en voz alta.

—¿Alguna mala noticia en las redes? —preguntó.

—*Nop*. —Dejé el móvil a un lado y cogí un *muffin* que había en el cuenco del centro de la mesa. Empecé a quitarle las pepitas de chocolate y a comérmelas una a una con una parsimonia desesperante—. ¿Son caseros?

—Sí, los ha hecho Dorotea esta mañana.

—Puedo comer, ¿verdad? —pregunté de pronto alarmada ante la posibilidad de estar robándole sus magdalenas a una pobre vieja sin dientes.

—Para eso están ahí —respondió y sirvió agua caliente en un tazón—. ¿Qué clase de té prefieres?

—No me gusta el té.

—¿Lo has probado?

—*Nop*.

—Te pondré té verde y así lo pruebas.

—Gracias, pero no creo que me guste.

Noah se acercó a la mesa y se sentó frente a mí. Ahora es cuando iba a echarme el sermón.

—¿Y el resto de la gente? —pregunté observando el agua pardearse con el contenido de la bolsita de té en la taza que me había dejado delante.

—En la iglesia u ocupados organizando el mercadillo navideño, algunos descansando y otros han ido a Jacksonville a pasar el día.

—¿Y mi abuela?

—Acostada. Duerme mucho últimamente.

—¿Por su enfermedad?

—Por la morfina que toma para calmar el dolor.

—Mi madre me dijo que estaba muriéndose.

—Y lo está. Solo que no sabemos cuándo será con exactitud, puede ser un mes, dos... O una semana. —Noah se encogió de hombros y envolvió su tazón con las manos. Suspiró hondo y apartó la mirada. Se notaba que le costaba hablar de Grace sin derrumbarse—. Solo nos queda esperar.

—¿Y qué harás luego?

—¿A qué te refieres con luego?

—Pues luego, cuando muera Grace. Vives aquí, pero esta no es tu casa. Es de mi madre.

Noah me miró por unos segundos, desconcertado. Estaba claro que no esperaba de pronto ese ataque. No tenía por qué tratarlo mal, pero que fuera amable conmigo no borraba el hecho de que hubiera ocupado el lugar de mi madre en esa casa.

—Pues no lo sé, no lo había pensado. No sé qué intenciones tiene tu madre con la casa.

Me mordí el labio inferior y acerqué la nariz al tazón para oler el vaho que emanaba el té verde. Apestaba a paja.

—Ponle azúcar, estará más bueno. —Noah arrastró el azucarero por la mesa para acercármelo.

—Pues deberías ir pensándolo, ¿no? Si como dices la vieja puede estirar la pata un día de estos —le espeté de malos modos.

—No hables así de ella —dijo, dolido.

—¿Por qué?

—Grace es una mujer que...

—¿Grace qué, qué pasa con Grace? ¿No se lo merece? ¿Y por qué no? —Me levanté de la silla repentinamente, interrumpiéndolo—. Este té está asqueroso. Bébetelo tú.

Salí como un rayo de esa cocina y corrí escaleras arriba. Mi madre seguía durmiendo como un tronco. Le retiré un poco el edredón para que le respirase la piel y me senté en un taburete frente a una de las ventanas. La buhardilla era circular como el edificio principal del Waterly Inn y ocupaba todo el espacio de la planta superior. Solo tenía tres ventanas y una de ellas estaba en el baño. Sin embargo, tenía mucha luz y la blanca claridad del exterior se colaba hasta el último rincón, dotándola de un halo casi mágico, o esa sensación experimentaba yo en ese momento. Quizá era el

efecto de la marihuana. Sonreí. Todavía me quedaba parte de mi alijo escondido en un compartimento secreto de la maleta.

Cuando llevaba cinco minutos parada en la misma posición ya tenía ganas de pegarme un tiro en la cabeza. No debí ver esa película de Netflix la noche anterior. Se había comido todos mis datos y, si no me suicidaba, simplemente terminaría muriendo a causa del aburrimiento. Pateé un poco el suelo con la punta de mi bota antes de decidir ponerme en pie y coger uno de aquellos pinceles.

Se notaba que estaba usado, pero se mantenía limpio y en buen estado. Lo dejé de nuevo sobre la mesa de trabajo y me acerqué al caballete. Tenía una obra a medio terminar. La aparté a un lado y cogí un lienzo nuevo de buen tamaño que yacía junto a un montón más. Lo puse en el caballete y lo moví hasta la ventana. Luego desplazé la mesa con los utensilios hasta allí para tenerlos a mano. Sin saber muy bien lo que iba a plasmar en aquel lienzo en blanco, abrí un bote de color negro y hundí uno de los pinceles en la pintura. Después me dejé llevar por mis instintos creativos.

Estuve concentrada hasta perder la noción del tiempo. Mi madre se despertó y la escuché quejarse. Me preguntó qué hora era. No lo sabía. Tuve que mirar el móvil para comprobar que era cerca del mediodía.

—¿Tienes hambre? —dije acercándome a la cama tras decirle que eran casi las doce.

—Un poco.

—Te traeré algo —me ofrecí, pensando en traer algo también para mí—. ¿Qué te apetece?

—Una sopa.

—Veré qué encuentro en la cocina de Papá Pitufu.

Antes de salir de la buhardilla mi madre me llamó. Me volví hacia ella y le pregunté con desdén qué era lo que quería.

—¿Eso lo has pintado tú?

—Sí. ¿Te gusta?

—Solo es negro.

—Es un obvio reflejo de cómo me siento ahora.

—¿Y cómo te sientes?

—Como en un hoyo sin luz. Por tu culpa —le espeté con tirantez para hacerle sentirse mal. Bueno, un poco más mal de lo que ya se sentía.

De camino a la cocina me encontré con Noah. Llevaba una bandeja con dos platos de lo que parecía ser sopa de un color casi radiactivo. Se detuvo a mi altura y me preguntó adónde iba. Estuve tentada de decirle que no le importaba, pero pensé que si quería comer necesitaba su ayuda, así que respondí:

—Iba a por algo de comer para mi madre.

—Esto es para ella, y para ti.

Miré con asco aquel líquido amarillo y dije:

—No me gusta la sopa.

—No te gusta la sopa, no te gusta el té, ¿hay algo que te guste?

—Lo de anoche no estuvo mal.

—Lo tendré en cuenta en la confección del menú —sonrió—, pero esto es lo que hay hoy, si no te gusta, ya sabes dónde está la cocina.

—Genial —dije y forcé una sonrisa hasta las orejas—. Pero dame la bandeja de todos modos. Para mi madre —le aclaré—. A ella sí le gusta la sopa y le sentará bien.

—¿Te importa si se la llevo yo?

—No sé si tendrá ganas de verte el careto —le repuse.

—Creo que podrá soportarlo. Déjame hacerlo, quiero hablar con ella.

—¿De qué?

Vi que se lo pensaba unos segundos, estaba entre decirme que no me importaba un carajo o responderme con educación.

—De tu abuela. —Optó por la verdad y eso me gustó. No podía evitar que ese tipo me gustase a pesar de ser un ladrón de familias. Era muy agradable y había sido muy amable conmigo desde el principio.

—De acuerdo, puedes llevárselo —accedí levantando la nariz con altivez.

—Muchas gracias. —Me hizo una leve reverencia con la cabeza y siguió su camino escaleras arriba.

11

April

Unos golpes en la puerta me sacaron de mi ensoñación. Tras salir Olivia de la buhardilla, había cerrado los párpados y me había quedado sumida en un duermevela inquieto, en el que sombras oscuras se cernían sobre mí robándome el oxígeno. Moví la cabeza y, con la mejilla aplastada contra la almohada, vi que la puerta se abría y aparecía Noah con una bandeja. Quise decirle que se largara, sin embargo, no tenía fuerzas y sentía la garganta tan seca que parecía un papel de lija. Necesitaba agua.

Se acercó con gesto serio y dejó la bandeja sobre la mesita. Había un par de platos de sopa, dos cucharas, dos vasos y una jarra de agua.

—Muy amable, ¿te paga Grace un plus por el servicio de habitaciones?

—No. Pero desde que ella no puede hacerse cargo de la cocina, me ocupo yo. Aunque todos ayudan, bueno, ya sabes cómo funciona este sitio. —Noté cierta vergüenza en el tono de su voz. Parecía que, demostrarme que estaba más al tanto del funcionamiento del hostel que yo, le incomodaba ahora. No sabía qué había cambiado. Yo seguía sintiéndome una intrusa en el que fuera mi hogar y del que entonces conocía hasta el último secreto de cada rincón de aquella enorme casa.

—Solo sé cómo era, ahora ya no sé nada.

—Sigue igual. Ya lo verás. —Noah daba por hecho que iba a quedarme, cuando yo aún no lo tenía claro.

—¿Vives en el hostel desde que llegaste a Waterly?

—Ahora sí, pero no siempre he vivido aquí. Estuve unos años viviendo en DeKalb mientras estudiaba.

—Fuiste a la universidad y jugabas a fútbol, ¿verdad? Muy típico. —Sonreí con tirantez—. El sueño americano. Conseguir una beca para estudiar una carrera y ser una estrella del deporte para dar el salto a la primera división —reí con cinismo suponiendo todo aquello. Noah era bastante alto y corpulento, parecía estar en forma, pero sin llegar a ser excesivamente musculado. Si era capaz de dejar a un lado mis prejuicios, incluso podría admitir que era bastante atractivo. Me gustaban sus ojos castaños y su boca bien perfilada, eran amables, pero yo no iba a serlo con él—. ¿Por qué volviste? ¿No te fue bien?

—No, no me fue bien —respondió con sequedad y supe que mi pregunta le había dolido.

—A mí tampoco me ha ido demasiado bien, por si te sirve de consuelo.

—Me dijo Olivia que eres camarera de un hotel en San Luis.

—Sí, eso es justo lo que soy y seré el resto de mi vida.

—¿Te avergüenzas?

—No, no, para nada. ¿Te avergüenzas tú de serlo?

—Lo cierto es que tampoco, me encanta este lugar, aunque pueda molestarte oírlo —dijo al mismo tiempo que ponía su mano sobre mi frente, algo que podría haberme hecho sentir incómoda, pero que, sin embargo, no lo hizo—. Ahora no tienes fiebre, te pondrás bien pronto.

—¿Dónde está Olivia?

—No estaba muy conforme con el menú y ha ido a hacerse algo ella misma.

—Gracias por la sopa. —Tan solo el vaporcillo que desprendía aquel plato ya alimentaba.

—Es de sobre, no me ha dado tiempo a hacer un buen caldo de pollo, pero te ayudará a calentar el cuerpo y a descansar.

—¿Te quedaste a medias en la carrera de medicina o algo parecido? —Pensé que ese podría ser el motivo por el que Noah sintiera especial sensibilidad por los enfermos. Parecía estar allí cuidando con devoción a Grace y ahora también lo hacía conmigo.

—No, estudié económicas.

—Pues aquí tienes poco que gestionar en ese sentido. Grace nunca supo administrar bien el dinero, vivíamos casi al día y los huéspedes en ocasiones generaban más gastos que beneficios. — Reí y un golpe de tos se apoderó de mí, crujiéndome las costillas.

Hacía mucho tiempo que no estaba a solas con un hombre en una habitación y mi imagen no era precisamente la más glamurosa que podía ofrecer. Ni siquiera sé por qué pensé aquello entonces, pero lo pensé. La verdad es que debía estar horrible. A mi horroroso color de pelo debía sumar unas ojeras de la muerte, tez blanquecina y un peinado entre afro y mujer de las cavernas. En otro tiempo mi largo cabello espeso y ondulado había sido todo un emblema, hoy en día era un motivo más que fundado para llevar gorro de lana incluso en verano.

—No estoy aquí en calidad de economista para salvar el negocio, eso no me pertenece a mí. Esto es tuyo, April.

—Vaya, veo que estás al corriente. —Imposté una sonrisa.

—Tu madre ha tenido eso muy presente siempre, ¿sabes? Las cosas no son solo del lado que las ves tú.

—¿Y qué otro lado hay si puede saberse? —Me incorporé un poco más en la cama. Aquello me interesaba y necesitaba estar más erguida por si tenía que defenderme de algo o alguien.

—Deberías hablar con ella.

—Verás, Noah, mi madre ha tenido eso muy presente porque es la ley, no porque le encante la idea de que esta casa sea mía. Esa mujer ha tenido siempre el don de la manipulación y está claro que a ti también te ha comido el cerebro.

—No soy un hombre fácil de engatusar, sé muy bien lo que me hago y el porqué de lo que digo. Además, has venido aquí para eso, ¿no?

—Puede, pero, desde que puse un pie en esta casa, las ganas se han ido esfumando poco a poco.

—Pero ya que estás... —Noah me brindó una sonrisa forzada, de esas que se dibujan en la cara para convencer a las personas de que hagan cualquier cosa, por muy delictivas que estas puedan ser.

—Veo que has aprendido algunas artimañas de tu madrastra —le repuse y por su cara supe que no era lo que él esperaba.

—Está bien —dijo dándose por vencido—, si quieres estar sola, dímelo, vendré más tarde a recoger los platos.

Noah amenazó con irse y lo cierto era que ahora me apetecía que se quedara. Tenía una cara agradable, infundía calma, y, aunque me pesara reconocerlo, hablar con él, incluso sacando los dientes, me venía bien. Ese hombre tenía un don. Había que reconocérselo.

—No quiero que te vayas —dije sin apenas pensar.

—Creo que es la primera vez desde que llegaste que te he escuchado decir algo sincero.

—No soy una mentirosa si es lo que estás insinuando.

—No me refiero a esa clase de sinceridad. —Noah se sentó al borde de la cama. Cuando apoyó la mano en el colchón, me rozó la punta del pie y una sensación extraña me recorrió la pantorrilla y descargó en mi ingle. ¿Sería aquello una llamada al amor fraternal? No lo creía. Sabía reconocer muy bien lo que había sido aquello, pero hacía tanto tiempo que no lo sentía que podría haberlo confundido con una embolia.

—Hagamos un trato. Tú me cuentas qué estás haciendo aquí y yo te contaré qué estoy haciendo yo en este mismo lugar. —De pronto me apetecía saber más de él, conocer ese interior que guardaba ese bonito frasco. Noah tenía una belleza serena, de esas que podían despertar grandes pasiones por su anatomía si llegabas a conocerlo a fondo.

—Me parece bien e intuyo que seré el primero en sincerarse.

—Es mi trato, yo lo he propuesto. —Me encogí de hombros coqueta. ¿Estaba flirteando con la nariz más roja que Rudolf?

—Me parece que la manipuladora de los dos eres tú.

—Puede, pero estamos perdiendo un valioso tiempo y no estoy escuchando nada interesante que aminore el aburrimiento que tengo en esta habitación sin televisión.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—¿Qué hace un economista sirviendo sopa a desvalidos en este pueblo?, por ejemplo.

—Eso es sencillo de responder. Como bien has dicho, de más joven era un poco el cliché del sueño americano y destaqué en los deportes durante mi época de instituto. Era un buen quarterback y un ojeador me fichó para el equipo de la Universidad del Norte de Illinois y me concedieron una beca. No es que fuera un gran estudiante, aprobaba, pero mis notas no destacaban del mismo modo que lo hacía yo en el campo de juego.

—¿Terminaste?

Frunció el gesto y dibujó una sonrisa triste.

—Terminé muchas cosas, entre ellas, la carrera.

—¿Y cuáles son esas otras cosas? —Noah escondía algo en su historia, denotaba cierta apatía en sus palabras, impropias de alguien que guarda un buen recuerdo de esa época.

—¿Recuerdas el tiroteo de 2.008 en la Universidad del Norte de Illinois? —Cuando me dijo aquello el corazón me dio un vuelco, lo recordaba perfectamente. Asentí esperando a que siguiera contando —. Estuve presente. —Su voz se quebró un poco. Debía ser muy duro haber presenciado una experiencia tan aterradora.

—Tuvo que ser horrible, pero estás vivo, todo salió bien para ti, ¿no?

—Para mí sí, como dices conservé la vida, pero las balas impactaron en mi clavícula izquierda y en la rodilla derecha. Otros muchos no corrieron la misma suerte. Marshia murió. —La expresión de su rostro se vino abajo y supe que había llegado a un punto muy doloroso, aun así pregunté, quería saber más.

—¿Quién era?

—Mi novia.

—Lo siento mucho. —No supe qué más decir. De haber tenido más confianza hubiera tomado su mano o lo hubiera abrazado, pero no era el caso. Aquello debió ser traumático en todos los sentidos para Noah.

—Perdí muchas cosas ese año. A ella y mi carrera como profesional del deporte.

—¿Eres zurdo?

—Sí, pero, aunque me hubieran disparado en el lado derecho, la rodilla también hubiera sido un impedimento.

—Lamento mucho todo lo que te ha pasado. Es demasiado.

—Tuve que tomar muchas decisiones después de eso. Terminar la carrera me costó un mundo, pero lo hice, tan solo me quedaba un año y me mantuvieron la beca. Pero mi sueño no era ser economista. Mi sueño era fichar por un equipo profesional y eso ya no pudo ser. Cuando me licencié, Grace consiguió que me ofrecieran el puesto, que mi padre había dejado vacío tras su muerte, como entrenador en el Instituto de Waterly.

—¿De qué murió tu padre? —Tenía el corazón en un puño. Noah había sufrido mucho. Tanto o más que yo. Una parte de mí lamentó entonces las duras palabras que le había dirigido antes.

Asintió y respiró hondo.

—De un infarto, el año siguiente de todo aquello.

—Lo siento mucho. No pensaba todo eso, es demasiado. Joder, lo siento, no sé ni qué decir.

Noah extendió su mano y la posó sobre la mía. La apretó un poco y me sonrió tristemente. La calidez que desprendía me envolvió y me sentí muy rara con el gesto porque, lejos de desagradarme, me agradaba. Me agradaba mucho. Turbada con aquella sensación, aparté mi mano de inmediato.

—Está bien, no te preocupes. No lo sabías. Siempre es duro recordar esa etapa de mi vida. Grace fue todo mi apoyo entonces.

Asentí comprendiendo que ellos dos habían establecido un lazo muy fuerte durante sus respectivos duelos.

—¿Y te gusta lo que haces ahora? ¿Ser entrenador? —aclaré.

—Pues en un principio lo detestaba, la verdad. Pero hoy en día me encanta trabajar con mis chicos. Nunca pensé que estar con ellos me iba a gustar y satisfacer tanto, me llenan mucho. Compartir su día a día, conocerlos más a fondo, luchar junto a ellos por sus sueños. Al final he terminado cada vez más involucrado en el instituto. Llevo varios clubes y ya no solo me dedico a entrenar a los más deportistas, también despierto los instintos de otros en teatro, canto o cualquier actividad que deseen explorar.

—Me alegro de que eso te haga feliz. De verdad, siento por todo lo que has pasado, ha debido ser muy duro.

—Waterly Inn fue mi hogar durante la adolescencia y, cuando perdí a mi padre, Grace hizo que siguiera sintiendo este lugar como mi casa. ¿Lo entiendes ahora? Le debo mucho.

—Creo que sí y, en cierto modo, me alegra saber que hizo algo bueno por alguien, aunque no fuera yo.

—¿Crees que tu madre no te quiere? —Aquello más que una pregunta parecía una afirmación por su parte y una represalia a la vez.

—¿Qué otra cosa puedo pensar si no?

—Que las personas no hagan las cosas bien, no significa que carezcan de sentimientos, es más, puede que esos sentimientos crezcan y, además, se transformen en otros que te destrozan por dentro.

—No sé lo que me estás intentado decir, pero me está entrando hambre. —La última parte de la conversación ya no me interesaba tanto y aquella sopa aguardaba por mí en la mesita.

—Se habrá enfriado, te la volveré a calentar un poco.

—No te molestes, está bien así. Ya has hecho demasiado por mí.

—Como quieras, te dejaré descansar. Ya me contarás otro día tu parte del trato.

—Gracias, lo haré. —Le sonreí. Era lo menos que podía hacer por él y, en cierto modo, comprendí qué era lo que le ataba a Grace y a aquel lugar. También le agradecía que no me hiciera ahondar en esos momentos en las razones que me habían llevado a regresar a Waterly Inn, porque no sabría decirle exactamente qué hacía allí en esos momentos.

—¿Y ese cuadro? —preguntó antes de salir de la buhardilla arqueando una ceja.

—Una obra personal de Olivia.

Noah se encogió de hombros y me dejó al fin sola.

12

Olivia

Tras inspeccionar el frigo de cabo a rabo, me había decidido por un simple sándwich de pavo con queso fundido. Rápido y eficaz. Las dos premisas de todo buen adolescente que se precie. Me lo estaba zampando cuando Noah entró en la cocina. Agradecía que todos los personajes del circo de los horrores que habitaban Pitufilandia hubieran salido ese día y me dejaran en paz. La noche anterior había tenido que soportar a esas dos gemelas panochas parlanchinas mientras terminaba de cenar y esta mañana en el desayuno otra vez. Además de a Dorotea, la enana, y a Jacinta, la mujer con más bigote de Illinois.

—¿Ya has hablado con mi madre? —le pregunté con retintín levantando los ojos de la mesa.

—Sí.

—¿Ha comido?

—Está en ello. Veo que te has apañado muy bien.

—¿Cuándo se pondrá buena?

—Un par de días quizá, como mucho tres. No parece más que un constipado.

Gruñí y Noah se sentó a la mesa.

—No me gusta que me miren mientras como —le advertí mientras masticaba abriendo la boca más de lo normal para escandalizarlo con mis malos modales.

Sonrió y volvió la cabeza hacia la ventana que había sobre el fregadero.

—No lo haré. Hay buenas vistas desde aquí, ¿no crees?

—Aparte de nieve, más nieve, más nieve y más nieve y muchos árboles, no he visto nada más.

—¿Te gustaría ir al pueblo?

—¿Contigo? —Puse cara de asco.

—Sí. Pensaba ir esta tarde y ayudar un poco con el mercadillo navideño. Vamos a inaugurarlo el viernes que viene y tenemos los puestos a medio terminar. Un par de manos más nos vendrían muy bien. Sería una buena forma de pasar el tiempo.

—No necesito pasar el tiempo. —Me negué a aquello, aunque el aburrimiento empezaba a pesarme mucho.

—Entonces nada. —Se encogió de hombros y sonrió fugazmente—. Pero, si cambias de opinión, dímelo. Me iré a las cuatro. —Noah se levantó con la intención de salir de la cocina, pero lo detuve con mi voz cuando estaba a punto de llegar a la puerta.

—Noah, ¿hay wifi en esta casa?

—Lo hay —respondió volviéndose hacia mí.

—¿Me das la clave? —Parpadeé sonriente hacia él. Debía mostrarme amable ahora.

—Podría.

—¿Eso quiere decir que no me las piensas dar? Te recuerdo que esta es...

—Ya sé que esta es tu casa, pero la red wifi no la pagas tú. Si quieres la clave del wifi tendrás que ganártela.

—¿Ganármela? —me reí—. No pienso ir contigo a ese muermo de pueblo a pintar renos ni Santa Claus.

—No he dicho pintar, puedes lijar madera, clavar clavos, o lo que sea. Será divertido, ya lo verás.

—Para ti.

—Así es. —Sonrió estúpidamente de oreja a oreja como muestra de ello—. ¿Te vienes?

—¿Me darás la clave?

—Si te la ganas.

—¿Cuántos clavos he de clavar para ganármela?

—Mínimo cinco.

—Trato hecho —dije pensando que iría con él a ese sitio pero que no movería ni un solo dedo.

El centro de aquel pueblo no difería del paisaje que ofrecían los alrededores de la casa azul, pero por lo menos había más gente pululando por la zona. Los aires renovados al salir de aquella casa no me hicieron ningún mal, pero no iba a mostrar mi agrado por nada del mundo, eso sería rendirme a los encantos de Waterly.

—¿Puedes pasarme esa tabla de madera, Olivia? —me pidió Noah, que con mucha habilidad montaba una especie de parapeto que aún no tenía una forma concreta.

—Claro, cómo no —dije bufando por el hastío.

—Alegra esa cara, esto no es tan malo.

—No es tan malo para ti, pero yo necesito un poco de acción en mi vida.

—Ya sabemos cuál es la acción que quieres, pero hemos hecho un trato con eso. Nada de drogas, ¿entendido?

—Entendido —le dije tendiéndole aquel tablón a medio pulir.

—Mira, allí están Evan, Carol y Dylan. —Noah levantó el mentón en la dirección de aquellos chicos.

—Felicidades, pero lo dices como si los conociera de algo —comenté con indiferencia.

—Puedo presentártelos, son buenos chicos, seguro que te acogen en su grupo.

—No he venido aquí buscando amigos, ya los tengo en San Luis. Gracias —dije en un tono suficientemente arisco como para que desterrara esa idea de su cabeza, pero Noah no era de esa clase de personas. Era perseverante y todo el mundo allí lo apreciaba. Se notaba a la legua que era muy querido en Waterly, la gente no dejaba de pararse a saludarlo o charlar con él a cada momento.

—Te los presentaré de todos modos. —Desde que habíamos llegado me había presentado tantas personas que recordar sus nombres podría partirme el cerebro en dos.

—Ni se te ocurra... —Ni tiempo tuve de terminar la frase, Noah llamó la atención de aquellos chicos. Y en pocos segundos los teníamos frente a nosotros muy sonrientes. Asquerosamente sonrientes.

—Hola, señor Connors —dijeron al unísono aquellos tres pringados.

—Os quiero presentar a Olivia, va a pasar una temporada en Waterly.

—Hola, Olivia —dijo uno de ellos. Solo un ciego no se hubiera percatado de que ese chico era bastante guapo, además de altísimo. Asentí sin sonreír ni una pizca.

—Oh, Dylan, ¿ya quieres ligártela? Yo soy Carol y me encanta tu pelo. —La chica me tendió la mano tras dar un codazo al tal Dylan. Se la acepté y la aparté de prisa.

—Yo soy Evan, un placer conocerte. —El tercero perdía más aceite que un motor averiado.

—Igualmente —dije forzando una sonrisa. No me gustaba regalarlas, pero era lo propio.

—¿Qué hacéis por aquí? —Noah me estaba buscando plan para aquel domingo, pero pasar la tarde con tres desconocidos no entraba en mis planes y menos si estos incluían ir a la iglesia.

—Hemos quedado para dar una vuelta hoy que el tiempo nos ha dado una tregua, pero ya que estamos podríamos echarle una mano con lo que tiene entre manos. —dijo Evan, sin embargo, miré a Dylan. Me miraba tan intensamente que sentí que las mejillas se me iban a encender de un momento a otro.

—Eso sería estupendo. Estos chicos son mis alumnos del taller de teatro, quizá te gustaría venir mañana y ayudarnos a pintar el decorado de la función de Navidad. —Noah se dirigió a mí, pero yo me había trasladado a Narnia montada en una alfombra mágica del color de los ojos de ese tal Dylan—. ¿Olivia? —Tuvo que devolverme a la realidad y casi no me dio tiempo a reaccionar.

—Eh... No sé, no se me dan bien esas cosas.

—Pensaba que, por ese cuadro oscuro que tienes a medio acabar, te gustaba pintar.

No sabía cómo se le había ocurrido decir aquello delante de esos chicos. Lo miré con ojos de asesina.

—Mi cuadro es una mierda —dije y los tres se rieron.

—Puede que no sea el mejor del mundo, pero demuestra que tienes actitud.

—Estaría genial que te unieras a nosotros —dijo Evan sonriendo tanto que la boca le iba a dar la vuelta a la cabeza.

—Sí, siempre viene bien alguien nuevo que aporte ideas frescas.

—Carol también me instó para que fuera a ese estúpido club de teatro.

—¿Tengo que decidirlo ahora? —Me estaban poniendo en una tesitura difícil y no me gustaba tomar decisiones a la ligera, y menos una como esa.

—Para qué esperar, ¿acaso tienes otra cosa mejor que hacer?

—Noah me presionó con la mirada, sabía que si no aceptaba corría el riesgo de que le fuera con el cuento de la marihuana a mi madre. Eso no me convenía para nada.

—Venga, Olivia, nos encantaría que aceptaras. —Carol me dio el empujón que me faltaba para aceptar.

—Está bien.

—Genial, lo pasaremos bien. —Evan enhebró su brazo con el mío de manera cantarina. La gente se tomaba demasiadas confianzas en aquel lugar, pero no rehusé ese gesto de amabilidad por su parte. Tal vez hacer nuevos amigos no estuviera mal del todo.

13

April

El miércoles me desperté más despejada. El dolor de cabeza había remitido y podía mover los brazos sin que tuviera la necesidad de que me los arrancaran del cuerpo. La salud volvía a estar de mi parte y bastante animada salí de aquella cama que me había hecho presa durante tres días.

Noah se había tomado demasiadas molestias conmigo, tantas que había conseguido ablandar un poquito mi corazón. Tenía la sensación de volver a sentirme querida por alguien, que mi persona importaba a otro ser humano sin pedir nada a cambio. Eso me reconfortaba. Seguramente, cuando mi visita a Waterly Inn terminara, volvería a la realidad de mi solitaria vida en San Luis, sin embargo, me había permitido disfrutar de esos momentos de atención y asistencia desinteresada que tanto habían escaseado en los últimos años.

Olivia había pasado poco tiempo conmigo, además, había decidido cederme la cama para mi sola, durmiendo en otro lado de casa. Seguramente alguna habitación que había quedado libre esos días, pero sin determinarme un lugar en concreto. Noah y ella se traían algo entre manos, pero no sabía exactamente el qué. Me escamaba, pero la veía bastante bien pese a las circunstancias y eso había conseguido relajar mis alarmas.

Me di un baño rápido y me abrigué conforme a la calefacción de la casa. No pensaba salir de allí en todo el día, pues no quería tentar a la suerte de nuevo y recaer en otro resfriado.

Cuando acabé de secarme el pelo, mi estómago se despertó, rugiendo y alertándome de la necesidad de alimentarse con algo

sólido y delicioso que no fuera una sopa reconstituyente. Durante mi letargo no me apetecía masticar nada y el tapón que se había formado en mi nariz me hacía difícil tragar sin abrir la boca como un hipopótamo.

—Buenos días —dije, alertándolos de mi presencia en la cocina.

Un señor que no conocía de nada fregaba los cacharros que había utilizado en su desayuno. No sabía quién era, pero me llamó la atención el extraño sombrero de ala ancha con plumas verdes que llevaba puesto. Se volvió y me saludó a su vez con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa amable.

—Bienvenida a la civilización. —Noah se levantó de la mesa dispuesto a servirme un café y algo de comer.

—No hace falta, yo lo haré, gracias.

—Está bien —dijo volviendo a sentarse—. Hay cruasanes en la alacena, Olivia me ayudó a hornearlos anoche.

Miré a mi hija, que no había abierto la boca todavía y solo se había limitado a levantar la barbilla para saludar, y dije extrañada:

—¿Olivia?!

—Creo que ese es su nombre —bromeó Noah y bebió de su taza.

—Sí, mamá, yo. Gracias a ti, este petardo se ha emperrado en hacer de mí una buena persona.

—Ya eras una buena persona, pero no sabía que ahora eras cocinera —le repuse acercándome a la cafetera para servirme un café.

—Solo los metí en el horno, no flipes.

Negué con la cabeza, mi hija no había cambiado ni un poquito, aunque con aquello de los cruasanes había albergado un poco de esperanza.

—No solo eso, Olivia ha hecho más cosas estos días y debería de decírtelo —comentó Noah.

—¿No te habrás metido en problemas? —Los vellos de la nuca se me erizaron.

—¿Por quién me tomas? Confías muy poco en mí, mamá. No sé cómo tomarme eso.

—Olivia está en el club de teatro del instituto por las tardes y ha hecho nuevos amigos. —Noah decidió intervenir para evitar una pelea innecesaria.

—Eso es... ¿Estupendo? —No sabía qué decir, en cierta forma me molestaba que ese tipo de cosas las hubiera conseguido un desconocido en vez de yo. Pero era algo positivo, sin duda alguna.

—Parece que no te alegras —me espetó mi hija de mal humor, aunque por mi reacción era bien cierto que daba esa impresión.

—No, no es eso, tan solo es que me sorprende.

—¿Por qué, acaso crees que soy una inútil?

—Yo no he dicho eso.

—Siempre estás chafándome mamá, no te das cuenta, pero lo haces. —Olivia se levantó de la mesa con la intención de perderme de vista.

—Olivia —la llamé, pero hizo oídos sordos y salió disparada hacia la puerta.

—Voy a leer un rato al salón —dijo antes de salir, dejándome aún más sorprendida.

—¿Ahora también lee? —le pregunté a Noah sin dar crédito.

—Le recomendé un libro y parece gustarle. No te martirices.

Terminé de servirme el café y cogí un cruasán mientras intentaba analizar todo eso.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté. Necesitaba esa receta mágica para poder comunicarme de una manera normal con mi hija.

—¿El qué? —Noah se echó hacia atrás, recostándose en la silla. Llevaba una sencilla camiseta blanca que se le ceñía al pecho. Creo que me paré a mirárselo más de lo necesario, subí los ojos de prisa para responderle, pero él se dio cuenta.

—Conectar a ese nivel con los adolescentes. Podría pagarte y convertirte en su tutor allí en San Luis, deberías pensártelo. —Me senté en la mesa frente a él y me calenté las manos con aquella reconfortante taza de café.

—No hago nada especial, tan solo intento sacar a relucir sus mejores cualidades con refuerzos positivos. No es tan difícil.

—¿Crees que yo la machaco como ha dicho ella? —protesté.

—No lo creo, pero los padres suelen criticar lo malo y no suelen elogiar lo bueno, es algo bastante extendido, no solo es cosa tuya.

—Los hijos deberían venir con un manual bajo el brazo.

—No es tan difícil, estoy seguro de que este tiempo por aquí os vendrá muy bien a las dos, pero Olivia no debería perder días de clase este semestre. ¿Lo habías pensado?

—Lo cierto es que no, no tenía previsto quedarme mucho tiempo. De todas formas, no sé si ella te lo habrá comentado, pero está expulsada hasta después de vacaciones.

Noah abrió los ojos, sorprendido. Estaba claro que mi hija no le había contado aquello.

—No tenía ni la menor idea. ¿Puedo saber qué hizo?

—Posesión de marihuana. ¡¿Puedes creerlo?! ¡Mi hija es una pequeña Pablo Escobar! —reí sin humor.

—Vaya —asintió levemente.

—¿A que no te lo esperabas?

Hubo un silencio que me hizo pensar que Noah sí esperaba una hazaña de esa magnitud por parte de mi hija.

—No. Pero, de todos modos, no es bueno que pierda tantos días de clase, ¿no crees?

—No, además, últimamente no es una estudiante muy brillante, perder todos estos días no sería muy conveniente para ella —reconocí con cierta pena.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué? —Ladeé la cabeza.

—¿Piensas quedarte o marcharte? —Noah me miró intensamente, como esperando encontrar una respuesta que le satisficiera.

—Después de ver los cambios de Olivia debería pensarlo.

—Puedo hablar con el director del instituto, no creo que haya problema para incluirla en el programa de alumnos desplazados. Puede asistir a clase como una más el tiempo que necesite.

—Eso no estaría nada mal, te lo agradezco. ¿Lo de la expulsión no será un impedimento para que la admita?

—No lo creo. Solo iré en calidad de oyente. Se lo comentaré hoy a Perkins y así puede empezar mañana.

—Muchas gracias, Noah —dije fijando mis ojos en los suyos. Si parpadeaba lento seguro que podía hipnotizarme.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué? —Me sorprendió aquella pregunta, ¿acaso quería incluirme en el club de padres desplazados?

—¿Vas a aprovechar tu tiempo aquí para poner en orden tu cabeza?

—¿Me estás llamando loca?

—Sabes que no, y creo que deberías aparcar a un lado esa guerra que tienes conmigo y aceptar que te caigo bien.

Era cierto, me caía bien, y más aún después de ser el único que había aceptado nuestra presencia en aquel lugar y había mostrado un poco de afecto hacia nosotras, aunque no le tocaba. Noah tenía un don, el don de domar fierecillas y en esa ecuación entrábamos tanto mi hija como yo.

Pensaba que lo estaba haciendo bien con Olivia, pero reconocía que, el poco tiempo que el trabajo me permitía pasar con ella, lo empleaba en machacar una y otra vez sus defectos, pasando por alto sus buenas cualidades, algunas que incluso no conocía.

Me di un tiempo para meditarlo.

—De acuerdo. —Sonreí y extendí la mano para cerrar aquel trato.

Noah miró mi mano y sonrió a su vez. Lo hacía de lado y se me antojaba una sonrisa encantadora, igual que un soplo de brisa cálida en mitad de una nevada. Extendió la mano y envolvió la mía provocándome un aleteo en la palma que removió sensaciones que no podía permitirme con él.

—Estupendo. Esta tarde vendrás conmigo.

—¿Adónde exactamente?

—A muchos sitios. Soy un hombre muy ocupado y desde ahora tú también.

—Me lo pensaré —dije y bajé los ojos hasta mi taza. No pensaba ir con él a ningún lado—. ¿Crees que podría pasar a ver a mi madre hoy?

—No suele madrugar mucho. La morfina la mantiene bastante somnolienta todo el día, pero a media mañana podría ser un buen

momento.

—¿Podrías avisarla antes?

—No hace falta, Grace te está esperando.

Asentí y volví a bajar la vista hasta la taza. Un nudo se me había formado en la garganta y sentí ganas de llorar. Durante mi convalecencia había pensado mucho en mi madre y los motivos que me habían llevado a plantarme allí. El primero, mi hija, parecía estar solucionándose. Gracias a ese hombre, Olivia volvía a ser una adolescente con un comportamiento adolescente lógico y normal para su edad, seguía llevando el pelo teñido con mechones violetas y vistiendo de riguroso luto, pero parecía receptiva. El segundo, mi eslabón por arriba en la cadena familiar, seguía en un *stand-by* que no terminaba de encajar en mi puzle mental.

—¿Estás bien?

Suspiré.

—No, pero lo estaré.

—Tómame el tiempo que precises.

—No tenemos mucho tiempo. —Me acomodé en la silla y aparté los ojos de su cara.

—El suficiente. —Extendió la mano para cubrirme la mía, pero la aparté deprisa para evitar el contacto—. Tengo que irme. Se me hace tarde —añadió levantándose.

—Muy bien. Nos vemos luego.

En cuanto se marchó derramé algunas lágrimas sobre la mesa. Cuando me creí recompuesta salí de la cocina y fui a ver a mi hija.

—¿Por qué has llorado? —preguntó nada más levantar los ojos del libro y verme la cara.

En otro momento lo habría negado, pero estaba demasiado deprimida.

—No sé qué estoy haciendo aquí.

—Hemos venido para ver a la abuela —me recordó como si aquello fuera una obviedad, y en efecto lo era. Para eso habíamos venido.

—¿Y ya la has visto? —quise saber. Tal vez no me lo había contado, igual que me había ocultado que se había enrolado en un

club de teatro de instituto o que había empezado a leer para entretenerse.

—No, estaba esperándote a ti.

—Pues ha llegado el momento —dije y Oli asintió.

—Está bien. Cuando quieras. Yo estoy lista.

—Yo todavía no —admití derrumbándome a su lado en el sofá Chester marrón chocolate que siempre había presidido aquella sala de estar.

—Mamá, tú siempre me has dicho que hay que coger el toro por los cuernos, aunque nos dé miedo. Eso es lo que tienes que hacer.

—No es miedo, Oli. Cuando hice las maletas para volver a este sitio lo hice motivada por unas intenciones que se vinieron abajo en cuanto pisé el porche y tu abuela dijo lo que dijo. Pero ver a mi madre, tras tanto tiempo, y tener plena consciencia de que realmente se va, me hizo desestimar de cuajo todo lo que quería echarle en cara segundos después de su gélido recibimiento. No puedo hacerlo. Ya no me siento capaz. —Sentí de nuevo la garganta apretada y las lágrimas que se agolpaban de nuevo en mis ojos me provocaban un dolor físico que me llegaba al cerebro—. No puedo, Oli, no puedo. Vine con la intención de hacer las paces y luego al ver cómo te trató, decidí que quería despedirme de ella diciéndole lo mucho que la odiaba, para que no se fuera en paz, porque no lo merecía, pero no sé... Ya no tengo esa sensación. Se ha esfumado. Estos días aquí. Conocer a Noah, hablar con él de ella y ver lo mucho que la aprecia. Joder... Ya no sé nada.

—Mamá, voy a obviar que has dicho *joder* —puso los ojos en blanco—, pero tienes que hacer lo que te diga el corazón. —Mi hija me tomó la mano y me la posó sobre mi pecho—. Escúchalo y él te dirá.

—Eso es lo que siempre yo te digo.

—Lo sé, ¿acaso piensas que nunca te escucho?

—Muchas veces lo pienso.

Suspiró con dramatismo y me envolvió la mano entre las suyas.

—Pues te escucho... Sí —reconoció apretándome las manos y aquello me llenó de esperanza.

—Me alegra saberlo. —Una lágrima se deslizó mejilla abajo, pero no quise secarla por no deshacer el contacto entre las dos.

—Bueno, tampoco te emociones demasiado. —Olivia me dio un codazo y me sonrió—. Sabrás qué decir, siempre lo sabes. Confía en ti.

—Sí —dije no muy segura de ello, pero era mi hija y debía demostrarle que era capaz de lidiar con aquello.

—Y no llores, por favor, las madres no lloran.

—Las madres somos seres humanos —le recordé.

—Oh, y yo que pensaba que eráis robots programados para echar broncas a los hijos.

Me reí, tenía que hacerlo. Olivia estaba tratando de animarme y lo había conseguido a su manera.

14

Grace

Me moría, pero en realidad una gran parte de mí ya había muerto años atrás, cuando perdí el contacto con mi hija por culpa de las ideas preconcebidas de mi mente. Y ahora, ella y mi nieta, aquella a la que no había llegado a conocer, pero que había querido incluso sin haberla visto nunca, habían aparecido para que todo mi mundo se removiera bajo mis pies antes de irme al otro barrio. Me alegraba saber que andaban por la casa, aunque no había sido posible verlas cara a cara más allá de ese primer encuentro tan lamentable. Sin embargo, sentir que formaban parte de mi vida en esos últimos momentos calmaba lo que mi alma inquieta sentía.

Olivia, ese era el nombre que mi hija había elegido para mi nieta, y así se llamaba mi madre. Cuando Noah me lo dijo, presentí que de algún modo una parte de mí seguía viva en el corazón de April, honrando la memoria de mi madre, una palabra que a mí me quedaba grande.

Yo sola me había privado de ese derecho, un derecho que era más un deber. Un deber que nadie debería perder por nada del mundo, fuera lo que fuese que un hijo hubiera podido hacer.

Mi hija solo se equivocó fruto de su juventud con un embarazo no deseado, algo que le podía pasar a cualquiera, y yo, en lugar de apoyarla, la había apartado de mi lado queriendo que se deshiciera de ese hijo, sin darme cuenta de que obligar a alguien a desprenderse de lo único que será tuyo para siempre es algo infinitamente doloroso. En respuesta la vida me devolvió la jugada perfecta. Me pagó con la misma moneda, obligándome a experimentar en mi propio ser el dolor de perder lo que más amaba.

Ahora, sin embargo, me había brindado una segunda oportunidad, devolviendo a April con el tiempo justo de quedar en paz con mis actos. ¿Era poco tiempo? Sí. ¿Era justo? Sí, me lo merecía.

Olivia era preciosa, pese a que el color de su pelo era violeta, y tenía los ojos de su padre. Un padre que no mostró un ápice de amor o culpabilidad cuando fui a exponerle el problema. Un joven que en ese momento no tenía ganas de complicarse la vida, con unos padres poderosos que me amenazaron si osaba abrir la boca e incluso llegaron a insinuar que mi hija era una casquivana y ese niño era seguramente de otro.

Viví mucho tiempo pensando que lo que hice lo había hecho por ella, pero, en realidad, lo hice por mí. Una madre defiende a sus crías con uñas y dientes, pero yo fui una completa cobarde y opté por la vía fácil, ocultar a mi hija en otra parte y que volviera con el problema resuelto como si no hubiera pasado nada. Yo no podía acompañarla, o más bien no quise. El hecho de ver crecer a mi propia nieta dentro de mi hija para luego mirarla a los ojos y decirle adiós en brazos de otra familia, me dolía. Sin embargo, sí dejé que April viviera ese momento sola, como si desprenderse de su bebé fuera comparable a regalar un cachorro.

Estaba avergonzada y temía el momento en el que ella cruzara la puerta de mi habitación y me reprochara mi nefasta actuación durante quince años.

Yo seguí mi vida, guardando en un lugar recóndito de mi corazón ese dolor que me atenazaba, hasta que conocí a Glen y al joven Noah.

En cierto modo, ellos habían reemplazado todo lo que perdí, y me juré que a ese chico, que había perdido a su madre, no iba a darle la espalda. ¿Reemplacé a mi hija? No, pero se me brindó la oportunidad de hacer las cosas bien y así lo hice.

Noah había venido hacía unos minutos y me había informado de que April había bajado a desayunar recuperada. Por lo visto había cogido un resfriado y no era conveniente que mi deficiente sistema inmunológico estuviera expuesto a ninguna clase de virus. ¿Era verdad? No lo sé, tal vez solo necesitaba algo de tiempo y aquello no era más que una excusa para alargar el encuentro. Esos cuatro

días que estuve esperando su visita, los pasé nerviosa, una sensación que hacía un mes que no sentía pululando por mi organismo y que en cierto modo me hizo sentir viva. El ser humano lucha de una manera incansable por permanecer vivo, aunque sientas que tu cuerpo ya es incapaz de responder a ciertos estímulos.

Pero había llegado el día, sabía que April no postergaría más esa visita. Cuando Noah se marchó pidiéndome que estuviera tranquila, por más que quise, no pude controlar las ganas de levantarme de aquella cama y sentarme en el butacón de terciopelo rojo, donde amamanté a mi hija en sus primeros meses de vida y que aún conservaba en aquella habitación que Noah me había habilitado unos meses atrás.

Me costó llegar hasta él. En los últimos pasos antes de dejar caer mi culo huesudo en el asiento tuve que hacer un esfuerzo titánico por hacerlo erguida, sacando a relucir la poca dignidad que me quedaba, siendo consecuente de mis errores para afrontarlos con estoicismo.

Cuando había conseguido acomodarme en él, maldije no haber arrastrado conmigo la manta que utilizaba como refuerzo de abrigo en la cama. Mi cuerpo ya no retenía de manera eficiente las calorías, comer por sonda no era lo mismo que degustar unos buñuelos de salchicha y queso.

Me estaba helando de frío, tenía que conseguir abrigarme como fuera, si no quería asustar a mi nieta, cuando me encontrara allí petrificada en un color violáceo.

Apoyé las manos en los reposabrazos para coger impulso, pero me temblaban tanto, que sentí que la vida se me iba por ellas. Caí a plomo de nuevo sobre aquel butacón viejo, aunque cargado de buenos recuerdos. No desistí en mi empeño y lo volví a intentar, sacando la lengua entre los dientes, como si eso fuera a dotarme a esas alturas de una fuerza bruta.

Estaba tan entregada a ese cometido, que no me di cuenta de que la puerta se había abierto y dos personas habían hecho acto de presencia. No me percaté hasta que escuché aquella palabra que rompió mi corazón en mil pedazos. Aquella palabra que cuando se

escucha por primera vez te calienta el corazón y que ahora, con el tiempo, me sonaba tan extraña que había olvidado lo que se sentía cuando un hijo la pronunciaba.

—¡Mamá! —April corrió hasta mí, como si realmente estuviera preocupada de que mis huesos se quebraran en aquella imposible maniobra para alguien en mi estado.

—¿Me puedes pasar la manta? —dije casi sin aliento.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —me preguntó. Sonó como si entre nosotras no hubiera pasado el tiempo, como si durante quince años hubiéramos sido madre e hija. Cómplices y amigas.

—Sabía que ibais a entrar y quería que me encontrarais en mi mejor momento.

—Pues no lo has conseguido. —April me arropó con la manta.

—Gracias.

—No me las des, es lo menos que puedo hacer.

—Aunque no te lo creas has hecho mucho más, hija.

—Se me hace raro que me llames así. —Sentí en sus palabras cierto rencor, pero lo pasé por alto por el momento. Quería hablar con Olivia.

—Ven, acércate, no voy a contagiarte. —Esboqué una sonrisa. Era consciente de que el primer día Olivia me había llamado abuela y yo no supe corresponderla del mismo modo.

—Hola, otra vez —dijo tímidamente dando un paso.

—Siento que nos conozcamos en estas circunstancias.

—No importa. —Olivia se encogió de hombros.

—A mí sí me importa, me importa mucho, Olivia. Además, llevas el nombre de mi madre.

—¿En serio? —Olivia miró a mi hija y esta asintió. Era un dato que por lo visto no sabía y se sintió molesta.

—Sí, seguro que también has heredado algo de su carácter, no llevaba el pelo como tú, pero era una mujer muy fuerte. Siento no haber sido la abuela que te mereces.

—Vale. —La juventud es muy parca en palabras y parece que nada le afecte, pero yo sabía que esa muchacha tenía un

corazoncito dentro de ella que latía con fuerza. Tenía personalidad y eso era de personas inteligentes.

—April, son tantas cosas las que me gustaría aclarar contigo, que no sé por dónde empezar.

—No hace falta que sean todas de golpe, Grace.

—¿Ya no quieres seguir llamándome mamá?

—Lo siento, es la costumbre.

—Pero antes lo has hecho. —La miré a los ojos e intenté descubrir en ellos a mi hija, aquella pequeñaja que se lanzaba escalera abajo con un cartón en el pompis simulando un trineo.

—Ha sido un lapsus. Necesito tiempo.

—Tienes razón, te daré todo el tiempo que me quede para que me perdones.

—Supongo que una parte de mí ya lo ha hecho, si no, no estaríamos aquí.

—Me alegra oír eso. —Me costaba respirar, el aire cada día se me hacía más denso.

—Deberías volver a la cama, la enfermera vendrá en una hora. Noah ya me ha puesto al día de todas las visitas médicas que recibes. Intentaré estar al tanto de todo. —Agradecí aquel gesto. April no tenía obligación de cuidarme cuando yo había dejado de hacerlo por ella.

—¿Qué menú me tocará hoy? —dije intentando reírme.

—Me sorprende que conserves ese humor tan ácido.

—No es la única cosa que conservo. También conservo intacto el amor que siento por ti, hija, aunque pueda parecer que no es así.

—No sabía que fueras tan sentimental, eso sí que no lo recordaba.

—Es difícil que lo hagas, cuando pasó aquello esa parte de mí parecía haberse esfumado.

—Me alegra que haya vuelto, pero no es momento de hablar de eso ahora. Olivia, ayúdame a levantarla.

Entre las dos, consiguieron alzarme en peso. No debió de costarles mucho, me había quedado en poco y nada en cuestión de meses. Era prácticamente una calavera.

Me llevaron a la cama y vi que Olivia miraba con sorpresa el tubo de mi sonda de alimentación.

—Por ahí van a meterme dentro de un rato un buen trozo de lasaña.

—¿En serio?

Quería reírme a carcajadas, pero no podía. Me entristeció ser consciente de que no vería crecer a esa chica ni podría tomarle el pelo en muchas ocasiones como acababa de hacer ahora.

—Grace, por favor, no frivolices con esas cosas —me reprendió mi hija.

—¿Qué otra cosa me queda?

No contestó, se limitó a arrojarme de nuevo antes de despedirse.

—Descansa, mañana pasaremos otro rato.

—Te lo agradezco. ¿Cómo van las cosas ahí afuera? ¿Ha visto Olivia ya a su padre?

—¡Mamá! —Aquellas palabras volvieron a salir de su boca para reprendermme. Como cambiaban las tornas cuando te volvías inútil y débil.

—¿De qué está hablando? —Olivia abrió mucho los ojos. April tenía secretos y yo con mi ignorancia estaba haciendo mella en la relación entre ambas.

—De nada. ¿Puedes salir y ver a qué hora exacta viene la enfermera? —le pidió a mi nieta.

—¿Para qué? Ya sabes que viene dentro de una hora, lo acabas de decir.

—Olivia, por favor. Haz lo que te pido.

—Vale, pero no pienses que no vas a responder a algunas preguntas cuando salgas. Odio que me trates como a una niña y me ocultes cosas como la procedencia de mi nombre. No te reconozco, mamá —dijo con tirantez y salió de la habitación con un cabreo monumental que yo había propiciado.

—¿Cómo se te ocurre? —April estaba molesta conmigo, suponía que con razón.

—Lo siento, yo pensaba que ella lo sabía.

—¿Para qué necesitaría saber que tiene un padre que no la quiere? Yo he vivido con esa sensación mucho tiempo y no es nada agradable.

—Nunca he dejado de quererte, April.

—Pues no has sabido demostrarlo, Grace. Siento mucho que estés enferma, pero eso no te exime de la culpa. Me dejaste sola cuando más te necesitaba, me obligaste a desprenderme de mi hija para poder volver a casa, a mi casa.

—Podías haber vuelto, estabas en tu derecho y quizá si lo hubieras hecho las cosas no se hubieran dado de esta forma.

—¿Estás intentando culpabilizarme porque no volví? —El gesto se le desencajó. Mis palabras no eran las más acertadas, quizá no había sabido explicarme, sin embargo, en parte sí la hice responsable de no pensar por mí en ese momento.

—No, no, no quiero que lo tomes así. Tan solo que si tú hubieras vuelto yo hubiera cambiado de parecer, porque me hubiera dado cuenta de muchas cosas al ver a Olivia entre tus brazos.

—Tú también podías haberme buscado. Sabías que estaba en San Luis, no podía irme muy lejos con cuatro dólares en el bolsillo. A tu amiga Eleanor no le costó mucho encontrarme.

—Me duele mucho que me digas eso.

—Durante quince años no te ha dolido nada. Yo por lo menos tengo compasión y estoy aquí. Doy gracias de haber heredado la bondad de mi padre.

—Era una de sus mejores cualidades.

—Lo era y tú siempre has sabido aprovecharte de ella. —Fue lo último que dijo antes de salir de la habitación, dejándome un mal sabor de boca y con la incertidumbre de que su promesa de volver al día siguiente se materializara.

15

April

Salí confusa de allí, habían sido demasiados sentimientos encontrados y, aunque en un principio pensaba que con aquella visita podría calmar mi alma, no fue así. Ahora tenía un problema más. Olivia había sido testigo directo de que yo le había mentado, ya no era una niña y se daba cuenta de todo, no era tan fácil engañarla como solía hacerlo antes, y me sentí una mierda.

Tenía el corazón agitado, era consciente de que mi hija vendría a pedirme explicaciones que yo no quería dar, pero se lo debía en cierta forma. Lo que le ocultaba eran cosas de su vida, y no tenía derecho a hacerlo por mucho que pensara que era por su bien.

Lo de mi madre era otro cantar. Hubo un momento en el que la compasión se apoderó de mí y no vi necesario atacarla en su estado, nadie merecía una cosa así. Estar muriéndose ya era suficiente castigo, pero la ira me pudo al final. Esa mujer había intentado culpabilizarme, a sabiendas que eso tampoco era justo. Cuando su vida acabara, yo tendría que seguir con la mía, y no pensaba cargar con la culpa de algo que no me pertenecía a mí.

—¿Estás preparada ya para contarme la verdad? —Olivia me sorprendió por la espalda, sabía que me había estado esperando impaciente a que saliera de la habitación de Grace.

—¿Qué verdad? La verdad ya la sabes. Sabes que te crie sola, sabes que no tienes a nadie más que cuide de ti y que te quiera más que yo.

—Tengo derecho a saber quién es mi padre y, si no me quiere, me gustaría que fuera él quien me lo diga a la cara.

—¿Para qué quieres saber que alguien no te quiere cuando ya te lo ha demostrado desde el día que naciste?

—Porque ya no te creo mamá. Ni siquiera sabía que llevaba el nombre de tu abuela.

—No creí que fuera importante.

—Siempre decides lo que es importante para ti, pero no lo que es para mí. Es mi vida, mi pasado, mi historia. ¿Qué parte no entiendes?

—Soy tu madre, Olivia, y todo lo que hago es para protegerte.

—Creo que la que intenta protegerse eres tú. Sé que mi padre sí es de este pueblo, hasta un tonto hubiera deducido eso, y la abuela sí parece dispuesta a decírmelo.

—No lo hará.

—¿Se lo has prohibido? —Olivia se cruzó de brazos frente a mí esperando mi respuesta de manera desafiante.

—No, pero sé que no lo hará. Es mi madre y la conozco.

—No me extraña que la conozcas tanto porque sois iguales.

—No puedes compararme con ella. —Eso me dolió, y ella lo sabía.

—Sí puedo, lo estoy haciendo. Y olvídate de que vaya a ese instituto de perdedores, me declaro en huelga de madre desde ya.

—No puedes hacer eso, y sí irás. Noah se ha tomado demasiadas molestias y se preocupa por ti, se lo debes.

—¿No te preocupa que descubra quién es mi padre? Porque ten por seguro que lo averiguaré con o sin ti.

—Eso no hará que te prohíba ir al instituto, tu educación me preocupa mucho más.

—Está bien, iré, pero asumirás el riesgo de que lo descubra y mi padre te desenmascare.

—Si crees que eso es lo que va a pasar, adelante, hazlo, pero te romperá el corazón como hizo conmigo.

—Ya lo tengo roto, porque tú me has decepcionado. —Eso fue lo último que me dijo antes de marcharse y dejarme allí plantada como una lechuga pocha.

Desde que Olivia nació, mi propósito fue protegerla con todas mis fuerzas. Su llegada al mundo fue un curso intensivo de cómo

querer a otra persona más que a ti mismo, y eso, pasara lo que pasara, dijera lo que dijera, no iba a cambiar. Pero si llevaba a cabo su amenaza, si daba con él hombre que la repudió como si no importara nada, iba a destrozar a mi pobre niña inocente. Y en ese momento mientras la tuviera que consolar, no me quedaría más remedio que afilar las garras y darle el zarpazo que tenía que haberle dado hacía mucho tiempo a ese desgraciado.

16

Olivia

—¿Es necesario que vayamos juntos? —le pregunté a Noah. Me había prestado una horrible mochila de cuero marrón y había metido dentro unas libretas para que tomara apuntes en las clases.

—Yo voy hacia allí y tú también. Es lógico que vayamos juntos. Pero puedes ir andando —me señaló el sendero con la mano—, ahí tienes el camino y ya sabes dónde está el instituto.

Eran por lo menos quince minutos a pie a cero grados andando sobre la fría nieve. No quería aparecer mi primer día, como oyente en la escuela secundaria de Waterly, montada en el Toyota de Noah y que todos los alumnos me dibujaran una gigantesca cruz encima por ser la protegida del entrenador, pero tampoco quería andar todo ese trecho y congelarme los pies. Con suerte no tendrían que amputarme los dedos en la enfermería del instituto.

—De acuerdo —accedí subiendo a regañadientes.

—Puedo dejarte en la biblioteca y hacer el último tramo andando.

—¿Harías eso?

—Claro, si eso te hace sentir más segura.

—Es que no quiero que piensen que soy una enchufada —admití retocándome los mechones del flequillo. Había optado por peinarme con dos topos que parecían dos antenas parabólicas en lo alto de mi cabeza y ahora pensaba que podía ser demasiado llamativo. Las otras chicas que había conocido en el club de teatro no eran tan atrevidas en su forma de peinarse o vestirse y solían llevar vestidos de muñeca y colores naturales en el pelo.

—Ya saben que lo eres —me repuso.

Entorné los ojos y le dediqué una mirada asesina. Noah se rio.

—No tiene gracia.

—Pero es la verdad.

—Vale, déjame ahí y llegaré sola.

Era una solución salomónica bastante aceptable. También era de agradecer que mi madre no se hubiera empeñado en acompañarme. Tan pronto Noah, al que debía llamar señor Connors, había anunciado que me habían aceptado como oyente en su instituto, se brindó a llevarme en su Ford Explorer. Mi negación fue rotunda.

Levanté la mano para despedirme de mi madre que en la puerta me decía adiós con la mano y Noah puso el motor en marcha.

—Señor Connors —dije para ir ensayando con su nombre—. ¿Cuántos alumnos hay en mi clase?

—Sobre doce en las asignaturas comunes.

—Son menos de la mitad de los que vamos en la Academia Loyola.

—El instituto de Waterly no es muy grande, pero te gustará. Todos los alumnos se conocen entre ellos, porque no solo coinciden en el centro, lo hacen prácticamente en todos los sitios, y hay muy buen rollo en general.

—Me cuesta creer eso.

—Ya lo verás.

—¿Los atletas y animadoras son colegas de los pringados del club de mates? —me reí. Tenía que verlo para creerlo.

—Más o menos.

—Ya está cambiando de parecer, señor Connors —objeté volviendo a usar el tratamiento formal.

—Cada vez que dices mi apellido parece que estás recitando a Shakespeare.

—Es difícil, entiéndame, señor Connors —me burlé—. Pero mejor Shakespeare que no Trump.

—Todo va a ir bien. Te lo prometo, Olivia. Nunca te hubiera metido en el instituto de pensar que podría perjudicarte de algún modo.

—Lo sé y confío en usted, señor Connors —dije y sonreí—. Ya me sale mucho más natural, ¿no cree?

—Ser natural es la base para triunfar. Siendo uno mismo sin adornos ni disfraces es como uno puede defenderse mejor ante la vida.

—La vida es cruel allí en San Luis.

—¿No te gusta?

—Sí me gusta, tengo buenos amigos y todo eso, pero no ha sido fácil ser una pobretona en un instituto de pijos. Allí no todos se llevan bien y es complicado ser uno mismo sin que se burlen de ti.

—Pero tú eres así, ¿verdad?

—Yo soy así —admití, nerviosa—. Prométame que me van a aceptar a pesar de mis pintas.

—No puedo prometerte eso, Olivia, pero estoy seguro de que encontrarás tu sitio—. Bueno, y aquí te quedas —añadió parando el coche junto al bordillo de la acera.

Bajé del Toyota y eché a andar cargando aquella mochila tan horrenda. En el Loyola hubiera sido objeto de burlas, pero quizá en Waterly fuera algo *in*. Lo dudaba mucho.

Alguien me llamó a mis espaldas y volví la cabeza. Era Evan. Me parecía muy simpático y tenía bastante buen gusto para vestir. No iba según la moda tampoco, sino que tenía un estilo propio que le daba mucho carácter y acentuaba su orientación sexual. Me detuve en la acera para esperarlo y él aceleró el paso.

—Hola, ¿dónde vas?

—Al insti.

—¡¿Al insti?! ¿Es que te has matriculado?

—No, pero vendré hasta Navidades como oyente. Lo mismo voy a tu clase.

—Si estás en décimo seguro. Solo hay un grupo por curso.

—Pues entonces allí nos encontraremos —dije bastante feliz de tener caras conocidas en el aula. No se me daba bien hacer amigos. En general, no se me daba bien la gente—. De momento tengo que presentarme al director.

—Aaargg. —Evan dibujó una mueca de asco.

—¿Qué pasa? ¿Te cae mal?

—Digamos que no me cae bien. Te acompañaré hasta su despacho.

—Vale, así no me perderé —dije al tiempo que veía aparecer el gran edificio amarillo al salir de la calle de la biblioteca. Era la primera vez que iba a entrar en ese centro y sabía que los primeros días me haría un lío con los pasillos y las aulas. Respiré hondo.

—No te perderás. No te dejaré sola. —Evan enlazó su brazo con el mío y me sonrió—. Espera —me detuvo frenando el paso—. ¿Estoy bien?

—Mmmm. —Le repasé rápidamente el cabello, la cara, la ropa y los zapatos, todo impoluto y en su sitio, y respondí—: Estás muy bien. ¿Por qué?

—Mira hacia la puerta, en las escaleras, la chica morena de pelo largo, ¿la ves?

Desvié los ojos hacia donde decía y asentí. Tiró de mi brazo con fuerza.

—Disimula, por favor.

—Está bien, ¿qué pasa con ella?

—Es Jen. ¿Es guapa, verdad?

—Sí, supongo. No he tenido mucho tiempo de mirarla.

—Quiero pedirle una cita.

—¿Una cita? —Me quedé un poco alucinada.

—Sí, una cita, cita.

—¿Una cita para qué?

—Pues, ¿para qué va a ser, tonta?

—¿Quieres que te acompañe a elegir ropa o algo de eso? Yo puedo hacerlo, si quieres.

—¡¿Qué dices?! Quiero una cita con Jen para enrollarme con ella.

—¿Tú? —No pude evitar reír.

Evan echó la cabeza hacia atrás y ladeó la cabeza en un ademán que acentuaba su orientación sexual.

—¿No crees que pueda gustarle?

Parpadeé sorprendida.

—Sí, eres muy mono y todo eso, pero ¿te gusta ella a ti?

—Obvio, ¿por qué querría pedirle una cita si no fuera así?

—Pero eres gay —le repuse.

—¿Crees que soy marica?! —Me miró con los ojos abiertos como platos.

—He dicho gay.

—¿Y no es lo mismo?

—Sí, pero no, marica es despectivo, ya sabes, y yo no tengo nada en contra de los homosexuales, tengo un par de amigos que lo son, por ambos lados, y, si tú lo eres, a mí me da igual, no tienes que esconderte.

—Es que no lo soy —dijo, ofendido.

—Pues lo siento, tenía esa impresión.

—¿Por qué? —Se cruzó de brazos con la espalda muy erguida.

—Por todo. Te vistes bien, te peinas con una onda en la frente, te aseas, te pones colonia, hablas y te comportas como si lo fueras. ¿No te lo han dicho nunca?

—Pues no.

—Vaya, sí que tenía razón Noah... Mmm... El señor Connors, este instituto no es igual al mío.

—¿Y por qué?

—En el mío serías carne de cañón.

—Pues me alegro de no ir a tu instituto.

—Venga, vamos, o llegaremos tarde, y estás perfecto. Esa Jen estaría muy idiota si te dijera que no.

—Jen es la más guay del insti, acaba de romper con Jason y es mi oportunidad de salir con ella. Ahora o nunca, Olivia. Ahora o nunca —afirmó de un modo tan dramático que no pude de nuevo pensar que era gay. Pero si Evan decía que no lo era, sería que no lo era, o tal vez aún no lo tenía claro.

Cuando llegamos a la puerta, Jen ya había entrado flanqueada por su grupo de amigas, así que entramos en el centro y Evan me acompañó hasta el despacho del director Perkins.

—Suerte —me dijo antes de marcharse como una flecha pasillo arriba.

Me presenté a la secretaria que escoltaba la puerta cerrada del director y esperé sentada a que me llamasen para hablar con él. Había una cosa que ya me gustaba de ese instituto, el hecho de que fuera público y vestir a mi gusto era un gran punto a su favor.

Además, nadie me había puesto la zancadilla mientras recorríamos el pasillo o insultado mi pelo o ropa. Tal vez me había excedido ese día dando manga ancha a mi estilismo. Tal vez la falda negra de tul hasta los tobillos no era algo muy habitual en aquel lugar, pero no me habían mirado como si fuera una extraterrestre con tres cabezas, y aquello me llenó de confianza. Iba a ser yo misma. Natural cien por cien.

17

April

Vi el coche de Noah alejarse por el sendero y desdibujé la sonrisa que había mantenido para darle ánimos a Olivia en esa nueva aventura en la que se embarcaba. Estaban siendo muchos cambios en muy poco tiempo y no quería que se atosigara o se agobiara y terminara reculando en la evolución positiva que estaba viendo en ella los últimos días. Suspiré hondo y volví a entrar en el hostel. Al pasar junto a la puerta cerrada de Grace, pensé en llamar y entrar a saludarla, pero opté por no hacerlo al recordar lo que Noah me había dicho de la morfina y su somnolencia perpetua.

Empezaba a aburrirme. Mi vida en San Luis no es que fuera el sumun de la diversión, pero al menos no era ociosa. Trabajaba muchas horas, porque también hacía extras en el hotel, y el tiempo en casa lo pasaba limpiando o cocinando. Tener de pronto tanto tiempo libre, sin además tener que ocuparme de Oli se me antojaba un gran desierto por explorar.

Los primeros días había estado enferma y el aburrimiento formaba parte de la convalecencia, pero ahora me hallaba llena de energía. Una energía renovada que quería usar en hacer algo útil y que me satisficiera de algún modo. Noah me había contado, en sus visitas diarias para llevarme comida o medicinas, que Grace siempre se había ocupado de todas las tareas de la casa. Aseaba o limpiaba los espacios comunes y normalmente se hacía cargo del zafarrancho de la cocina. Tras el diagnóstico y empezar con la quimio había dejado de hacer todas esas actividades. Ahora con la debilidad le era casi imposible ponerse en pie y dar más de cinco pasos seguidos. Sin embargo, el día de nuestra llegada sí lo había

hecho, tal vez impulsada por una fuerza extraterrenal que la previno de nuestra presencia, aunque tal hazaña había conseguido extenuarla hasta el desmayo.

No sabía todavía qué haría con Waterly Inn cuando ella muriese, lo había estado pensando, pero no acababa de tomar una determinación. Varias opciones se alzaban ante mí: primera) vender la casa, por tanto, todos los inquilinos quedarían en la calle, no me gustaba; segunda) conservar la casa y seguir con el negocio contratando a alguien, no me parecía muy rentable, la verdad, por tanto, no me gustaba tampoco; tercera) conservar la casa y cerrar la actividad, por tanto, tendría muchos gastos extras de manutención y ningún ingreso para sostenerlos, además, todos sus inquilinos se quedarían en la calle, en conclusión, me gustaba menos aún; cuarta) conservar la casa, vivir en ella y mantener el negocio, por tanto, tendríamos que mudarnos a Waterly, por tanto... Por tanto.... Había sido la última opción que me había planteado y, sin embargo, cada vez estaba atrapando más peso en mi balanza mental. Ya no lo veía tan descabellado.

No obstante, el motivo principal, por el que siempre había desechado la idea y me había visto obligada a no regresar, seguía estando muy presente, por lo que yo sabía, en Waterly. Eso no iba a cambiar aunque Grace se fuera de este mundo, en el sentido más literal de la expresión «irse de este mundo». El padre de Olivia vivía allí y era cuestión de tiempo que nos encontrásemos o coincidiera con mi hija en cualquier lugar y ella reconociera sus ojos en los suyos. Ese momento me daba pánico.

Olivia ya se olía algo. Mi madre de nuevo había vuelto a sembrar la duda en mi versión de la historia, la que creí más conveniente, la menos dolorosa, la más llevadera para una niña. Tal vez había llegado el momento de contarle la verdad de su padre. Olivia ya no era una niña. Estaba en vías de ser una adulta. Podría soportarlo. Pero ¿podría soportarlo yo?

Entré en la cocina esperando estar sola un rato, todavía no conocía a todos los huéspedes del hostel y no me apetecía tener que hablar con desconocidos de cualquier banalidad para pasar el tiempo. Sin embargo, me encontré con una mujer de largo cabello

negro y vestido degradado hasta los pies frente a la cafetera. La saludé y se volvió para devolverme el saludo.

Ya sabía a quién se refería mi hija con lo de mujer barbuda. No tenía barba como tal, pero tenía un bigote apreciable desde la puerta, debajo de unos pequeños ojos marrones con forma de uva pasa. Me acerqué para servirme un café.

—Eres April, ¿verdad?

—Sí —asentí y ella extendió la mano hacia mí.

—Soy Jacinta Mills, me hospedo en Londres. Vivo aquí desde hace poco más de un año.

—¿Trabajas en Waterly?

—Voy por libre, soy escritora de novelas juveniles. Llegué a este pueblo buscando inspiración y decidí quedarme. Me encanta este sitio.

—Es precioso, un buen lugar para ser un hogar —dije pomposa haciendo mención al cartel que anunciaba la llegada al pueblo.

—Así es. Y esta casa más. Nada más verla me enamoré. Es maravillosa, ¿no crees? Antes vivía en Chicago. En un cuchitril. Demasiada gente, demasiado bullicio, demasiado de todo. Una no puede centrarse en una ciudad así. Tú vives en San Luis, ¿verdad?

—Al parecer Oli o Noah la habían puesto al corriente de algunos detalles.

—Sí, trabajo allí. Soy camarera de habitaciones en un hotel.

—Seguiste con la profesión familiar —afirmó sonriendo.

—Supongo que no me quedó otro remedio —le repuse con seriedad. Fui a coger la cafetera, pero me hizo un ademán de que le pasara una taza para servírmela ella.

Cogí una de las que lucían colgadas de un perchero en la pared sobre la encimera y la dejé junto a la suya.

—¿Lo tomas con leche? —le pregunté antes de ir al frigorífico a por la botella.

—Me gusta solo, pero suelo acompañarlo con algún bollo. ¿Puedes mirar en la alacena por si han dejado escapar algún *muffin*?

—Claro —dije dirigiéndome allí para comprobarlo. Había dos y los cogí, pensando en comerme el otro yo. Me reuní con ella de

nuevo y tomamos asiento en la mesa.

—Siento mucho lo de tu madre —dijo y echó un par de cucharadas de azúcar en su taza—. Es una gran mujer. La adoro.

Asentí, no creí conveniente llevarle la contra. Grace podría ser una gran mujer para cualquiera, pero no lo era para mí.

—Es una pena que le haya pasado algo así —continuó hablando—. ¿Quién lo iba a decir? Estaba tan llena de vida hace unos meses. Fue tan de repente. Es muy joven, no debería morir.

—No, no debería.

—Tu hija es un encanto.

—¡¿Lo es?! —La miré sorprendida.

—No —se rio—. Pero es normal, es la edad. La adolescencia no es un momento de alarde de simpatía, sobre todo con los adultos—. Yo no tengo hijos. Ni los tendré. Nunca me han gustado los niños. Ni los hombres —añadió riendo.

En ese momento decidí que Jacinta Mills me caía bien y le sonreí por primera vez.

—No te gustan los niños, sin embargo escribes para ellos —comenté interesada.

—Sí. Quería escribir novelas de terror, pero descubrí pronto que no daban ningún miedo, así que decidí cambiar de registro.

—Un cambio muy drástico, ¿no crees?

—Sí, pero se me da bien y me gusta. Lo mío es la fantasía. Tal vez conozcas alguno de mis títulos.

—No creo —le repuse un poco avergonzada—, no suelo leer mucho, y menos novelas juveniles.

—Lo digo por Olivia, tiene la edad objetivo de mis libros.

—Ella tampoco lee mucho, o no lo hacía —rectifiqué pensando que ahora lo estaba haciendo.

—Le prestaré alguno de los míos, a ver si así me gano una lectora más.

—Claro. Te lo agradezco. ¿Estás escribiendo algo nuevo ahora?

—Algo tengo entre manos. No sé si llegará a cuajar, he decidido salir un poco de mi zona de confort e introducir algo de romance, y... —sacudió la cabeza a los lados—... Y me cuesta. Todos dicen

que escribir sobre el amor es fácil, pero no para mí. Debes reflejar sentimientos y eso a mí... No sé me da muy bien.

—¿Y por qué quieres hacerlo entonces?

—Necesito competir con otras autoras del género. A los adolescentes les motiva el amor. Pero el amor no es mi fuerte.

—Entiendo que no tienes pareja.

—Actualmente no. ¿Y tú?

—Tampoco. En realidad, hace como mil años que no tengo algo que se pueda definir como pareja.

—¿Y Olivia?

—Olivia... Olivia —suspiré—... Olivia fue fruto de una noche de pasión con un desconocido.

Jacinta abrió los ojos desmesuradamente y se acodó en la mesa.

—Pareces muy joven. —Se detuvo y sus diminutos ojos castaños recorrieron mi cara, no sabía si estaba buscando arrugas o cualquier signo en ella de mi edad—, si no es mucha indiscreción, ¿cuántos años tenías cuando nació?

—Acababa de cumplir diecisiete, solo un par de años más de la edad de mi hija ahora. A veces cuando lo pienso me vuelvo loca, porque la miro y es tan joven. Yo lo era, pero entonces no era tan consciente como ahora de que lo era. Me sentía mayor.

—Lo entiendo. —Jacinta alargó la mano y la posó sobre la mía. La apretó un poco y la apartó enseguida.

—Una locura, pero pasó y era mía. —Bajé la cabeza y tuve que controlar una lágrima. Desde mi llegada tenía la fibra tocada y cualquier cosa hacía saltar el cierre de la compuerta de mi embalse de lágrimas.

—Sigo siendo indiscreta, perdona.

—No importa. Estoy muy sensible.

—Es lógico. Cuando mi madre murió hace dos años creía que una parte de mí había muerto con ella. Estábamos muy unidas y me vine muy abajo. —Recordarla ahora pareció sumirla en una triste añoranza—. Todavía me cuesta hablar de ella sin que se me salten las lágrimas.

—Pues estamos hechas unas lloronas —bromeé para recuperar el ánimo.

—Esta época, además, se me hace muy dura. Es cuando más la echo en falta. Pero ya está bien, ¿eh? Fuera lágrimas. ¡Lejos de mí! ¡Lejooos!—Extendió los brazos y los sacudió como si estuviera practicándose un exorcismo. Me hizo reír con ello—. Sé que no nos conocemos de nada, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras —añadió posando de nuevo la mano sobre la mía—. ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

Me quedé unos segundos en silencio mientras pensaba en ello.

—No tengo ni idea. Olivia ha empezado a ir al instituto y se quedará a comer allí y... Bueno, pensaba pasar a ver a mi madre un rato, pero el resto del día lo tengo libre.

—Pues acabo de buscarte un plan.

—¿Un plan?

—Sí. Supongo que sabrás que estamos organizando el mercadillo navideño de Waterly. Es bastante famoso por los pueblos de los alrededores y viene mucha gente. Mañana por la tarde lo inauguramos. Yo pongo un puesto de libros y me vendría genial que me ayudases con él. Podría pagarte algo.

Consideré su propuesta durante unos instantes y no vi por qué negarme. Estaba aburrida y Jacinta me caía bien.

—De acuerdo. Trato hecho. Pero no hace falta que me pagues nada. Lo haré encantada.

—Pues ya está todo dicho. Te vienes conmigo. Luego tengo que ir a llevar cosas y terminar de montar el tenderete. ¿A qué hora te viene bien?

Consulté la hora en el reloj de la pared y decidí que en una hora estaría lista para unirme a ella.

—A las once —respondí de pronto muy animada.

18

Olivia

Aquel mañana no había ido mal, para ser un primer día. Muchas caras, muchos nombres, muchos datos que mi mente no era capaz de gestionar en tan poco tiempo. Sin embargo, mi nuevo amigo Evan me había escoltado todo el tiempo y no me había dejado sola ni un segundo, detalle que era de agradecer. Aquel instituto era pequeño, las aulas poco atiborradas y la cantina diminuta en comparación con la de la Academia Loyola.

Tomamos asiento en una mesa larga y Evan me fue contando quién era quién. Como suponía algunas cosas no cambiaban a lo largo y ancho del mapa educativo de Estados Unidos. Había deportistas y animadoras luciendo los colores emblemáticos de la institución, pringados arrinconados, cerebritos con cara de tontos y raritos con cara de listos. Nuestra mesa no sabía bien cómo etiquetarla. Conforme nos sentamos, llegaron Carol y Judy, una chica de mi curso que me habían presentado en el descanso, y poco después apareció Dylan.

Se sentó a mi lado y me sonrió. No lo había visto antes, sabía que no iba a mi clase, sin embargo, parecía amigo de los que ocupaban aquella mesa.

—Hola, Olivia —dijo y me sonrió.

—¿Qué hay, Dylan? —respondí con indiferencia.

—Nada nuevo, excepto tú. No sabía que pensabas matricularte en nuestro instituto.

—Y no lo pensaba. Solo vengo de oyente, por no perder estos días del semestre.

—Mala suerte para ti, aunque no para mí.

—¿Por qué?

—Así tendré ocasión de verte con más frecuencia.

¿Estaba tonteando Dylan conmigo? Sí, eso parecía.

—¿A qué curso vas? —le pregunté. Suponía que era de nuestra edad, quizá un año más.

—A duodécimo.

—O sea que eres dos años mayor que nosotros.

—Vaya, eres muy buena con las mates, además de ser muy guapa.

—¿Crees que soy muy guapa? —Aquello me sorprendió y más que lo dijera delante de los demás. No me consideraba nada del otro mundo, pero en Waterly debía ser una especie de belleza exótica.

—Así es. ¿Te gustaría que quedásemos el viernes por la tarde en Naties?

—Pues... No sé.

—¿No sabes? —se rio.

—No sé qué es Naties y no sé todavía si quiero quedar contigo a solas.

—Naties es una hamburguesería, y ¿por qué no quieres quedar conmigo a solas? No muerdo, si es lo que te preocupa.

—Oh, venga, Dylan, déjalo ya —intervino Evan riendo.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —Dylan se encaró con él.

—Olivia tiene novio —Evan le informó de aquel detalle sobre mi vida que horas antes le había revelado en un descanso entre clases.

—¿Tienes novio? —Me miró inquisitivamente.

Asentí y aparté los ojos, algo intimidada por su intensa mirada. Dylan era muy guapo, mucho más que Blaine, y estaba bastante más fuerte. Era bastante grande y la silla parecía ridículamente pequeña en comparación.

—Vaya, pero yo no soy celoso —se jactó riendo.

—Pero él sí, ¿verdad que sí, Olivia? —Evan volvió a intervenir. Le agradecía que se tomara tantas molestias conmigo, pero tampoco había nada malo en que quedase con Dylan para tomar algo en Naties.

—¿Es celoso tu novio?

—En realidad no es mi novio, novio, solo somos pareja —le respondí a Dylan.

—¿Pareja? —soltó una carcajada—, ¿ya habéis puesto fecha para la boda?

Aquello me molestó, yo solo quería suavizar las cosas.

—Una pareja de dos, pero nada serio —aclaré.

—¿Pueden ser las parejas de más de dos? —Judy intervino en la conversación. Hasta ese momento había estado charlando efusivamente con Carol.

—No, por definición —dijo Evan.

—Lo que quiero decir es que no somos nada formal.

—¿Y alguna relación lo es a nuestra edad? —espetó Dylan y centró de nuevo sus ojos azules en mi cara.

—Algunas, las que salen en las novelas o en las series sí lo son —informó Judy.

—Pero eso no es real —protestó Evan—. Es ficción.

—¿Y lo tuyo con ese chico qué es, Oli, realidad o ficción? —me preguntó Dylan. Me sentía bastante incómoda siendo el centro de atención. No estaba acostumbrada a que hubiera tanto revuelo por mi causa.

—Es real.

—Qué pena —dijo y tocó unos de mis mechones violetas.

—Pero podría ir a Naties contigo. Podemos ser amigos.

—Estaría bien eso.

—No te fíes de él ni un pelo —apostilló Evan.

—A ver si el que va a estar celoso eres tú —dijo Dylan, entornando los ojos en su dirección.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque quieres a Oli solo para ti.

—Qué tontería. —Evan rodó los ojos.

—Sí, una muy grande tratándose de ti.

—¿Tienes algún problema conmigo? —Evan se enderezó en la silla.

—Eh, chicos, calmaos, haya paz —pidió Carol metiendo baza por primera vez en aquella conversación.

—No te pases ni un pelo —amenazó Evan a Dylan apuntándole con el dedo.

—Venga, tío, si quieres puedes venirte con nosotros al Naties.

—Iré si me da la gana.

—Claro que lo harás, porque eres un entrometido de mierda —dijo Dylan en tono burlón y estiró el brazo. Le dio una palmadita en la frente a Evan, quien le apartó la mano de un revés.

—¿Siempre están igual? —le pregunté a Carol y ella asintió.

—Son los peores hermanos de la historia.

—¿Sois hermanos?

—Por desgracia sí —respondió Evan.

—Desgracia la mía —le repuso Dylan guiñándome un ojo. Se acodó en la mesa y me miró intensamente.

—Son insufribles —comentó Judy.

—Y deprimentes —añadió Carol—. Aburren al mismo aburrimiento.

Le lancé una mirada rápida a Dylan y vi que sus ojos seguían clavados en mí. Me sonrió deprisa y yo traté de devolvérsela. Dylan, su metro noventa y sus ojos azules, hacían palpar mi corazón de un modo inesperado y muy veloz.

—Me ha dicho mi hermano —Dylan volvió a hablarme mientras acercaba la mano y cazaba de nuevo uno de mis mechones violetas entre sus largos dedos—, que te has apuntando al grupo de teatro.

—Solo ayudo con los decorados. —El grupo llevaba más de un mes ensayando *El Grinch* y, aparte de no quedar libre ningún papel importante, yo era atroz como actriz. Hablar en público no era lo mío y mucho menos bailar o cantar. Me moriría de la vergüenza.

—¿Y yo podría echaros una mano? —se ofreció Dylan y Evan puso los ojos en blanco.

—¿No somos un coñazo?

—Ya no —dijo Dylan y soltó mi mechón, luego se puso en pie y se despidió con un «hasta luego, pringados».

—Te romperá el corazón —me informó Evan—. Lo hace con todas. Es un picaflor.

—Lo tendré en cuenta —dije y me volví para verlo salir de la cantina.

Estaba muy bueno, en serio. En una puntuación del cero al diez, le daba un ocho, quizá un nueve. Mi amiga Bri también lo habría incluido en su lista de «chicos que me quiero tirar antes de los veinte». Por cierto, tenía que llamarla. Llevábamos más de tres horas sin hablar y podríamos entrar en shock desinformativo en cuestión de segundos.

Me disculpé ante mis compañeros y me levanté de la mesa para buscar algo de intimidad. Salí de la cantina y rodeé el edificio. Anduve hasta el hueco que quedaba debajo de la escalera de incendios que daba acceso por el exterior a la primera planta. Antes de llamarla, saqué un porro que me había llevado hecho de casa y lo prendí con una cerilla. Le di una honda calada y sonreí mientras observaba a los del equipo de fútbol invadir el campo con sus calentamientos.

Noah estaba con ellos y me oculté bajo la escalera para que no me viera. Saqué el móvil y busqué en el registro de llamadas a Bri.

—¿Así que eres una chica mala? —El humo se me detuvo en la garganta y me atraganté. Empecé a toser y alguien me golpeó la espalda duramente.

—Pero ¿qué cojones haces? —Me volví deprisa para detener aquella maniobra de salvación tan lamentable. Me iba a hundir los omoplatos. Me encontré de frente con un pectoral y más arriba estaban los ojos azules de Dylan. Sonrió ligeramente. Tenía una sonrisa terriblemente sexi. Era mucho más alto que yo y, como estaba bastante cerca, tuve que estirar el cuello para mirarlo a la cara.

—Yeah, perdona, fiero —se rio levantando las manos en son de paz—. Olivia fumando hierba —sacudió negativamente la cabeza—. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Y ya no te parezco guapa? —Me erguí esbozando una sonrisa torcida.

—Ahora te veo malignamente guapa —me repuso.

Por dentro suspiré, por fuera, me mantuve imperturbable. La ropa del equipo de fútbol del instituto Waterly le quedaba fantástica. Todavía parecía mucho más grande con las protecciones.

—¿Compartes? —Me señaló el canuto.

—¿Tú fumas?

—No, pero me apetece compartir algo contigo. —Dylan se acercó mucho y una espiral de nervios se revolvió veloz en mi estómago.

Me birló el porro y le dio una calada. Lo miré mientras lo hacía y nuestros ojos quedaron fijos. El humo salió expulsado de su boca e impactó de lleno contra mi rostro. Dylan dibujó una sonrisa y me puso el porro en los labios. Aspiré y él lo apartó para que soltara el humo. Lo dirigí hacia su rostro, envolviéndolo entre volutas, y sonreí.

—Es casi como estar besándonos, ¿no crees? —dijo y sus ojos recorrieron el espacio desde mis ojos hasta mi boca.

No lo pensaba, pero asentí.

Aquello era excitante, pero besar a Dylan debía ser como subir a la luna. Le dio otra calada al porro y de nuevo expulsó el humo lanzándolo con lentitud contra mi cara, pero al hacerlo fue aproximándose hasta tocar mis labios con los suyos. Tragué un poco de su humo y se lo devolví, y él hizo lo mismo, así hasta que solo quedó aire. Cerré los ojos pensando que iba a recibir un beso, sin embargo, Dylan se apartó y me acarició un mechón.

—Me gustas, Oli.

—Nadie me llama Oli, solo mi madre —le dije nerviosa. Aquello no estaba bien. Yo salía con Blaine, pero Blaine no estaba en Waterly, y no podía negarme que Dylan también me gustaba. Me gustaba mucho, mucho. Muchísimo.

—Y ahora yo. —Ladeó la cara y sonrió a medias, mientras su dedo jugaba con mi mechón—. ¿Tienes que quedarte esta tarde?

—Sí, hay ensayo de la obra de Navidad y yo voy a estar liada con los decorados.

—Dame tu número.

—¿Para qué lo quieres?

—Para hablar contigo por las noches.

—¿Solo por las noches? —Sonreí.

—Sí —respondió muy serio.

—¿Y eso por qué?

—Quiero que te duermas pensando en mí.

—Oh, qué bonito —ironicé y me eché hacia atrás.

—Toma. —Dylan me devolvió el porro y dio un par de pasos alejándose de mí—. Nos vemos por aquí. —Me guiñó un ojo y salió disparado hacia el campo de fútbol.

19

April

—Debería haberme arreglado más. —Miré hacia el suelo y me sentí mal por el estado de mis botas. Mi ropa era un espanto y yo más.

—No digas tonterías, estás estupenda, todo el mundo va abrigado hasta las orejas —me repuso Jacinta, mientras recolocaba unos libros en la mesa de su puesto. La caseta había quedado preciosa y estaba dándole los últimos retoques antes de la inauguración del mercadillo.

Para ser diciembre, hacía buena tarde. La noche anterior una pequeña tormenta de nieve había adornado las copas de los árboles, espolvoreándolos de una forma coqueta que confería a aquella plaza un aire muy bucólico, como hecho adrede.

La Navidad en los pueblos pequeños siempre me había resultado encantadora. Los adornos de las calles lucían mucho más que en las grandes ciudades y se hacían con sumo gusto. Todo el pueblo se involucraba, creando una atmosfera perfecta en comunidad. Y aquel mercadillo, cuyos inicios no llegué a conocer, pues era una tradición que llevaban haciendo desde solo ocho años atrás, parecía de cuento de hadas.

Noah me había comentado que Olivia le había echado una mano con los decorados de los puestos y me sentí orgullosa de que mi pequeña hubiera formado parte de que mis ojos estuvieran disfrutando de aquella imagen tan de estampa navideña.

Había puestos de todas las clases. Decoraciones, mazapanes, tarjetas navideñas hechas a mano, calcetines para la chimenea

tejidos con sumo mimo, árboles y el puesto benéfico de Noah para ayudar a las víctimas del terrorismo en Estados Unidos.

Muchos de sus alumnos de teatro le echaban una mano, y era uno de los puestos más concurridos, pues la bollería que ofrecían era sencilla pero deliciosa. Ya sabía que Noah conocía bien las técnicas para preparar unos buenos cruasanes, yo misma los había probado, pero me sorprendió ver un *brownie* con nueces de pecan y me moría por darle un bocado.

Olivia también se había ofrecido a ayudarle y se encontraba entre un grupo de chicas y chicos que supuse habían hecho buenas migas con ella. Hablaban, reían e incluso se hacían bromas tirándose bolas de nieve, y me sentí feliz por ella. Cuando una madre ve bien a sus hijos, se siente bien con ella misma, es como si todo lo que les pasara a ellos te pasara a ti también. Sonreí del mismo modo que lo hacía ella con sus amigos mientras la observaba embelesada. Y en alguno de esos momentos también miré a Noah que estaba encantado al frente de su puesto.

Era un hombre con una buena complexión, se notaba que dedicaba mucho tiempo al deporte, pero no estaba pasado, como esos que salían en las revistas saludables con marcados abdominales y brazos al borde de la explosión por músculos. Tenía una cara común, pero agradable, con una bonita sonrisa, y ese día la estaba explotando al máximo. Se notaba que le gustaba lo que hacía y estar rodeado de sus alumnos era una de las cosas que más le gustaba. Se había hecho un hueco importante en la sociedad de Waterly y, de algún modo, también había sabido conquistarnos a mí y a Olivia. Ese sentimiento de intrusismo que en un principio me había despertado se había disipado un poco, pues todavía me sentía recelosa de ciertas cosas.

—April, vuelve de Matrix. —Jacinta me dio un codazo.

—Perdona, estaba mirando a Olivia.

—Es mono, ¿verdad? —afirmó levantando una ceja.

—¿A quién te refieres?

—A Noah, ¿a quién va a ser? He visto cómo lo miras.

—Te equivocas, no lo estaba mirando.

—Soy lesbiana, pero no tonta. Por aquí es un hombre muy popular, hay alguna listilla que tiene ganas de cazarlo, pero se comenta que lo suyo no son las mujeres.

—¿Es gay? —Escuchar aquello fue como un revés para mí.

—No, no lo creo. Pero parece no estar interesado en salir con ninguna mujer. Quizá tú puedas salvarlo de ese encantamiento y divertirte un poco, creo que en eso os parecéis mucho.

—Ese chico y yo no nos parecemos en nada, y no creo que sea mi tipo de hombre.

—¿Qué pasa, tu tipo de hombre no son hombres monos, simpáticos e inteligentes? ¿Bromeas? —dijo guasona.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y cómo sabes cuál es tu tipo de hombre, si hace quince años que no sales con ninguno? —Dejó lo que estaba haciendo y se paró frente a mí esperando una respuesta.

—Soy demasiado exigente.

—¿Tanto como para cerrar con llave tu aparato del amor durante más de una década?

—No está cerrado, yo sé hacerme mis cositas.

—¿Y a este? —pregunto dándole unos golpes con el índice en lo que parecía ser mi ventrículo izquierdo—. ¿A este cómo lo alimentas? No soy muy ducha en el amor, ya te lo he dicho, pero lo que nace ahí dentro alimenta al mundo, sea de la clase que sea, ¿me entiendes?

—Te entiendo, pero yo eso lo tengo compensado con el amor de mi hija.

—Es una adolescente, ahora mismo rezuma otras cosas muy diferentes al amor. Y ese tío te gusta, y tú le gustas a él.

—¿Y eso cómo lo sabes? Además de escritora eres adivina.

—Solo soy observadora y, cuando no miras, él también te mira a ti, ahora por ejemplo acaba de hacerlo. —Jacinta levantó la mano y moviendo los dedos saludó a nuestro vecino del puesto de enfrente, Noah.

—Deja de liarme y atiende a tus clientes —le dije al punto que una pareja se acercaba a ojear los libros.

Mientras Jacinta intentaba colar una de sus obras, no pude evitar mirar hacia él. Como si pudiera adivinar lo que estaba haciendo, los ojos de Noah se cruzaron con los míos en un instante que me pareció eterno. Eran oscuros y profundos y parecerían estar diciéndome algo, o quizá no, sin embargo, mi imaginación voló libre durante esos segundos y me reprendí por estar elucubrando expectativas románticas con él. Le sacaba cuatro años y era una especie de hermana para Noah, ¿en qué puñetas estaba yo pensando? Además, mi aspecto era lamentable, me había dejado y seguro que parecía incluso más mayor de lo que decía mi permiso de conducir.

—Ya está, ¡se han llevado dos libros! ¿Por dónde íbamos? — Jacinta parecía querer seguir la conversación por donde la habíamos dejado.

—¿Tú crees que soy atractiva? —pregunté con la vista en un elfo de la decoración de su puesto.

—Creo que lo eres, pero no estás en tu mejor momento.

—Creía que me habías dicho que estaba genial. —Su sinceridad me pareció abrumadora y me sentí insegura, aunque eso en mí venía de serie.

—Y lo estás, tan solo que puedes sacarte mucho más potencial. Creo que no siempre has sido así.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Jacinta se sorprendió de mi pregunta, pero ya que estábamos siendo sinceras, quería saber por qué llevara ese bigote con tanta dignidad.

—¿Por qué no te quitas eso? —dije señalándole su labio superior.

—Porque a mí me gusta llevarlo, los pelillos siempre dan un plus de gustirrinín. —respondió riendo a carcajadas y contagiándome a mí por aquella ocurrencia—. No, en serio, no se trata de cómo te vean los demás, se trata de cómo te veas tú y yo estoy cómoda con mi bigotillo. Pero, si tú me has preguntado eso, es porque no estás conforme con tu aspecto, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

—Pues eso tiene solución, y nos pondremos a ello en cuanto terminemos esta locura navideña. Después de disfrutar del baile y tomarnos unos ponches.

—¿Qué tal si nos ponemos mañana? No creo que atinemos mucho después de meternos alcohol en el cuerpo.

—Me parece bien. Y ve a hablar con él, sé que te mueres de ganas.

Y estaba en lo cierto, me moría de ganas y de frío de estar allí parada, y ese *brownie* me llamaba como la luz a un mosquito.

Volví a echar un vistazo, y Noah estaba mirándome.

No sé, lo veía muy guapo aquella tarde. Tal vez yo estaba un poco desesperada. Mirar a mi hermanastro como yo lo hacía se me antojaba deprimente y bastante incongruente por mi parte. Pero él también me estaba mirando y aquello me resultaba raro. Hacía mucho tiempo que un hombre no me miraba así y mucho más desde que yo no miraba de ese modo a un hombre.

—¿Cómo va la venta? —le pregunté parada frente al puesto, entregada a la causa.

—Bastante bien, los *brownies* han sido todo un éxito.

—¿Crees que hay un trozo para mí?

—Uno y dos si quieres. ¿Por qué no pasas y te lo sirves tú misma?

—Prefiero que lo hagas tú, es tu causa, y yo lo pagaré para contribuir a ella.

—Yo te invito —dijo tendiéndome dos trozos en una servilleta de papel.

—No hace falta, quiero pagarlos.

—Insisto.

—Está bien, pero te debo algo.

—Quizá un baile, luego.

—¿Luego? —No entendía muy bien a qué se refería con luego.

—Sí, en el baile que se celebra después en el gimnasio cubierto.

¿No te lo había dicho?

—Algo había oído, pero no tenía intención de quedarme. —
Mentí, acababa de hablar con Jacinta de echarnos unos copazos en

ese dichoso baile, pero aquella proposición me había fundido algunos cables del cerebro.

—Debes quedarte, me lo debes —dijo echando la vista a los trozos de *brownie* que yo sostenía.

—Había pensado que podría servirte yo un café en la pensión para variar, pero veo que prefieres alguna que otra emoción fuerte.

—Eso de emoción fuerte suena tentador.

—Lo digo porque bailo muy mal. —Intenté suavizar aquel momento, Noah parecía estar coqueteando conmigo y me sentí incómoda.

—Te he entendido, no me malinterpretes. —Había pillado mi negativa a flirtear y de nuevo volví a sentirme incómoda, porque sí quería que lo hiciera, o tal vez no, no lo tenía muy claro. Noah me atraía, pero no deseaba que me atrajera, no era algo muy sensato por muchos motivos.

—He de volver con Jacinta, he prometido ayudarla.

—Espero que disfrutéis los dulces.

—Gracias de nuevo. —Lo miré unos segundos antes de dar media vuelta y volver a mi zona de confort. Lo que había pasado era raro o la rara era yo, pues hacía tiempo que había perdido la práctica de hablar de ese modo con un hombre.

Volví al puesto de libros con la cabeza hecha un lío y como un autómatas le tendí uno de los trozos de *brownie* a Jacinta.

—Gracias, ¿cómo ha ido? —preguntó cogiéndolo y observando con detenimiento qué llevaba dentro aquel trozo de bizcocho de chocolate. Sacó una nuez de su interior y se la echó a la boca.

—Bien, quiere que baile con él luego.

—¿Y eso es algo malo por...? —Mi cara debía ser un poema de Patrick Lawler.

—Porque es raro.

—¿Desde cuándo bailar en un baile es algo raro?

—Desde que él y yo somos una especie de hermanos.

—No sois hermanos, ni siquiera os habéis criado juntos. No hay un vínculo fraternal entre vosotros lo mires por donde lo mires. Además, es solo un baile, no te ha pedido que forniques con él bajo las gradas del campo de fútbol.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme incómoda con algunas cosas. Ya he dado que hablar demasiado en este pueblo.

—Qué le den al pueblo. ¿Te crees que no he tenido yo que aguantar ciertas miraditas desde que llegué? Lo que la gente tenga en su cabeza de chorrillo no es asunto tuyo, son ellos los que tienen un problema y tú no tienes por qué solventarlo haciendo un papel para evitar que piensen, lo van a hacer de todos modos.

—Supongo que tienes razón, pero en San Luis me sentía libre de todo eso y supongo que volver no me ha sentado tan bien como creía.

—Olvídate de eso y disfruta, y cambia esa cara, por favor, el alcalde está a punto de visitar todos los puestos y te necesito jovial y alegre.

—Intentaré relajarme. —Miré de nuevo hacia el puesto de Noah y vi que mi hija se alejaba con algunos chicos—. ¿Dónde va Olivia?

—Irá a divertirse un rato con sus amigos. ¡Déjala respirar un poco, mujer! Mira, la banda va a anunciar la entrada del alcalde, miremos que el puesto esté bien ordenado.

—¿Tanta presión ejerce un simple alcalde de pueblo?

—Dan un premio al más bonito y quiero ganar este año. El año pasado era una recién llegada y no estuve a la altura. Así que coloca esos duendecillos, quiero que luzca como un escenario de cuento.

Hice lo que me pidió, al tiempo que ella esparcía a toda velocidad escarcha artificial sobre algunos ejemplares. La edición de sus obras era sin duda peculiar y muy cuidada, guardaba la estética de un libro antiguo de fantasía, con filigranas doradas y letras de estilo medieval sobre fondos fantásticos.

—Qué nervios —dijo observando todo el despliegue que habíamos montado.

—¿Crees que tardará mucho en pasar por aquí?

—Unos diez minutos —respondió nerviosa—, se va parando en cada puesto para hacer su evaluación y tomarse la foto de rigor... Oye, ¿por qué no vas al puesto de los gofres y traes unos chocolates calientes? Me estoy quedando congelada y no quiero que el alcalde me pille con un carámbano saliéndome de la nariz.

—¿No quieres que me quede contigo? —le pregunté, pensando que Olivia se estaba perdiendo de vista entre la multitud y eso no me hacía mucha gracia.

—¿Eeeh? Sí, claro que quiero, pero me muero de frío y míralo. —Se apuntó la nariz, mientras sorbía ruidosamente con los ojos bizcos—. Venga ve, está ahí mismo. —Me señaló con impaciencia el final del mercadillo.

—Vale, está bien, iré y aprovecharé para ver qué hace Olivia.

—¡¿Por qué?! Está con sus amigos, déjala vivir. ¿Es que no te fías de ella o qué?

—Sí —dije dudando—, pero digamos que últimamente se ha metido en muchos líos y no quiero que eche a perder lo que hemos avanzado.

—En ese caso, ve, los hijos son lo primero y yo puedo comerme las uñas por los nervios sola.

—Si no llego a tiempo, mucha suerte.

—No la necesito, este año voy a ganar —dijo creyéndose sus palabras e infundiéndose a sí misma toda la positividad del mundo. Esa era una cualidad de Jacinta que era digna de toda mi admiración.

20

Olivia

Me empezaba a gustar mucho estar en Waterly. En San Luis mi madre no me dejaba salir con mis amigos cuando se hacía de noche. Le daba miedo que pudiera pasarme algo, pero en ese pueblo, donde todo el mundo parecía conocerse, tenía carta blanca para ir y venir a mi antojo con ciertos límites, claro estaba, tampoco iba a ser eso la panacea. Además, mis nuevos amigos eran majos, sobre todo, Evan. A decir verdad, Evan Robbins era la leche. Había encontrado en él una especie de mejor amigo. Y luego estaba su hermano Dylan. Nata montada con azúcar glasé. Absolutamente delicioso.

No lo había visto ese día ni tampoco había venido al puesto de Noah. Algo que lamenté. Esperaba un poco más de atención por su parte después de lo que había pasado la tarde anterior bajo la escalera de incendios.

Salimos del mercadillo. Evan me llevaba cogida del brazo y me hablaba sin parar del *Cheek to cheek*, el último álbum de Lady Gaga. Yo seguía sin tener demasiado claro lo de su orientación sexual. Carol y Judy iban delante parlotando sobre la ropa que iban a comprarse para la fiesta de Nochevieja que se celebraría en el antiguo gimnasio, lugar que se había destinado también para hacer la fiesta de inauguración del mercadillo navideño.

Nos cruzamos con una pareja con un carrito de bebé y Evan levantó el dedo y me miró intrigante.

—¡Y si fuera él! —exclamó abriendo a más no poder sus ojos azules.

—Ya te dije que no es de aquí —le repuse. La tarde anterior, tras el ensayo, había decidido contarle algunas cosas sobre mí. El hecho de que desconociera la identidad de mi padre había despertado sus instintos detectivescos.

—Eso es lo que dice tu madre, pero tu abuela te preguntó que si ya lo habías visto, lo que claramente indica que tu padre sí es de aquí.

—Puede ser.

—Sigo pensando que deberías preguntarle a tu abuela. Una persona que está moribunda no puede mentirte sobre algo así.

—Ella lo haría. Está empezando a reconciliarse con mi madre y sé que no desea molestarla levantando viejas ampollas. No lo hará. Créeme.

—Pues creo que estás en tu derecho de saber quién es tu padre. Yo no podría vivir con esa inquietud en el cuerpo.

—Pero tú eres tú y yo soy yo.

—Eso es obvio. Pero... Deberíamos encontrarlo. Es fácil, en Waterly somos cuatro gatos.

Estaba segura de que pensaba que aquello podría ser toda una aventura al estilo de una de las novelas de John Green, pero yo tenía mis dudas. Quería saber quién era mi padre, pero a la vez no quería saberlo. ¿Y si al final resultaba que mi padre era familia de los Robbins y Dylan era un medio primo mío o algo parecido? Pensarlo me daba ganas de echar la pota.

—Algún día me lo contará —dije—. Cuando sea el momento adecuado.

—Tal vez ya sea tarde y ya te hayas acostado con un primo tuyo o un medio hermano. Eso sería asquerosamente asqueroso, Olivia. Piénsalo. No puedes permitir que eso ocurra.

Yo seguía sin querer pensarlo. Cuando vi *Flores en el ático* no me pareció tan repulsivo, los hermanos Dollanganger se habían visto obligados, pero que algo similar pudiera sucederme a mí sencillamente me horripilaba. Evan estaba en lo cierto. Tenía que saberlo.

—Tenemos información valiosa.

—¿Como cuál?

—También sabemos que tienes sus ojos. O sea, tu padre tiene los ojos azules.

—Un dieciséis por ciento de la población de Estados Unidos tiene los ojos azules —apunté. Sabía ese tipo de cosas, igual que sabía que el porcentaje de afroamericanos era un doce y el de hispanos un diecisiete.

—Eso reduce mucho el margen de investigación —siguió hablando, haciendo caso omiso a mi réplica estadística—. Además, tu padre debe tener como mucho cinco años más que tu madre. No creo que se liara con uno más pequeño.

—¿Y si fue un profesor suyo?

—Aaarg, qué asco. —Evan se llevó la mano al pecho y negó con la cabeza dramáticamente.

—Hombre, uno como el señor Connors tampoco estaría mal.

—Podría ser, pero no tenemos más que consultar los anuarios de su promoción para ver el profesorado y descartar esa posibilidad. No me imagino a tu madre enrollándose con alguien como el director Perkins.

—Ni yo, qué asco, por Dios, eso sería muy vomitivo —afirmé. Joder, sí, qué asco, en serio, y ¡¿qué hacía ahí mi madre tras ese árbol?! ¿Pensaba que no podía verla? ¿Me estaba espiando?—. ¡No me lo puedo creer! —Giré en redondo sobre mis talones obligando a Evan a hacer lo mismo.

—¿Qué pasa?

—Mi madre está escondida tras un árbol, espiándome.

—Joder, ¿y por qué?

—Yo qué sé. A saber qué se le pasa por la cabeza. Qué vergüenza, en serio —dije cabreada.

—Los padres son así. Mi padre también me espía.

—¿A ti? ¿Por qué?

—A saber. —Evan rodó los ojos y acto seguido arqueó las cejas. Volvió a darse la vuelta y levantó la mano, moviendo los dedos en el aire—. Hasta luego, señora Chase —dijo guasón. Venga, vamos, ya se le han esfumado las ganas de seguir espiándote. ¿Qué hacemos ahora?

—No sé. —Me encogí de hombros—. ¿Qué se puede hacer en Waterly un viernes?

—Ir a Naties.

—¿Estará Dylan?

—Pasa de Dylan, no es para ti.

—¿Por qué no es para mí?

—Porque Dylan no es simplemente de nadie. ¡Chicas! —las llamó y las dos se volvieron unos metros más adelante—. ¿Vamos a Naties a comernos todas sus existencias de patatas con queso?

21

Noah

No había podido dejar de observar a April durante todo el tiempo que estuvimos en el mercadillo, salvo el momento que ella había abandonado el puesto y se había marchado a no sabía dónde. Supuse que al baño, pero tardó más de lo normal, tanto que se perdió la visita del alcalde Taylor y su adorable esposa, Rose Mary.

April tenía algo que me atraía, no me lo podía negar, siempre había sido, incluso antes de conocerla en persona. Sabía que tras su desmejorado aspecto era una mujer guapa, aunque en los últimos tiempos se había cuidado poco, fruto del devenir de su vida y, en parte, yo había hecho lo mismo, tampoco estaba en mi mejor momento. Esa parte que compartíamos hacía que me sintiera unido a ella de alguna forma y que viera en ella alguien en quien confiar, a pesar de que nuestro primer encuentro no hubiera sido ideal, por así decirlo.

Tenía unos ojos verdes que cambiaban su brillo según su estado anímico. Aunque ella no lo supiera, era una persona transparente y sus pupilas eran su talón de Aquiles. Y me gustaban mucho, además de preciosos, me permitían conocerla según sus emociones y estas habían alterado las mías sin proponérselo. Era difícil adivinar si lo que reflejaban cuando estaba conmigo era pura compasión o algo más profundo que intentaba disimular del mismo modo que lo hacía yo.

Me había mantenido firme hasta el momento, en varias ocasiones, pero cuando la vi frente a mi puesto con sus ojos verdes fijos en mí, dibujando una sonrisa cándida y sincera, me atreví a pedirle que bailara conmigo esa noche. Me hubiera gustado salir de

allí y levantarla en el aire para danzar con ella sobre la nieve, y abrazarla después para decirle que todo saldría bien, pero no estábamos en ese punto, por lo menos, ella no lo estaba.

Hacía tiempo que una mujer no despertaba esas ganas en mí, sin embargo, April tenía el don de removerme por dentro y desear protegerla de todo y de todos, y no como lo haría un hermano precisamente, cosa que tampoco éramos, pues ella era una mujer bonita y yo un hombre que había perdido la esperanza en el amor y muy seguro también la práctica.

Mucho después, cuando el despliegue del ayuntamiento había desaparecido, April volvió con Jacinta y la ayudó a cerrar la caseta. Estaba riendo con ella de alguna cosa graciosa que Jacinta le había dicho. Conocía a la escritora desde hacía algo más de un año y tenía una capacidad innata de sacar sonrisas con sus ocurrencias. Ese efecto también se había materializado en April. Era encantador verla sonreír y soltar carcajadas de aquel modo, estaba relajada y feliz, estaba siendo ella. Había dejado aparcado el malhumor a un lado a pesar de todos los problemas que había traído cuando llegó de San Luis. Me atraía como las moscas se sienten atraídas por la miel, siendo yo una de estas. Me sentía hipnotizado por las cosas dulces que April me despertaba. No era sexo lo que buscaba en ella, nunca había sido un tipo con esas prioridades sobre una mujer, era otra cosa, pero no sabía bien todavía el qué.

Cuando me despedí de algunos de mis alumnos y había dejado el puesto a buen recaudo, me acerqué a ellas.

—¿Qué tal lo habéis pasado?

—Esta mujer me mata con sus cosas, me duelen las costillas —respondió April secándose unas lágrimas producidas por las risas.

—Si no he dicho nada, solo que el alcalde está a punto de convertirse en Donald Trump si sigue tiñéndose el pelo de esa forma.

—No lo había pensado, pero tienes razón. Lástima que April se lo haya perdido —dije riendo con aquello y aproveché el momento para saber qué había estado haciendo April en su ausencia.

—Tenía un asunto importante que atender —respondió.

—Tenía algo que espiar, sé sincera con tus amigos —dijo Jacinta.

—Vale —admití a regañadientes—, he ido a espiar a mi hija adolescente y la he cagado como siempre.

—No te preocupes. Es comprensible. —Posé una mano sobre su hombro y sentí la calidez que desprendía su cuerpo.

—¿Lo es? No lo sé, pero es que ya no sé cómo hacerlo con ella.

—Dale tiempo, se ha adaptado muy bien y tiene un grupo de amigos que son de fiar. Conozco a esos chicos y no tienes nada que temer —le aseguré con total certeza de que lo que le estaba diciendo era verdad. Yo mismo se los había presentado y eran buenos chicos.

—Tienes razón, y te agradezco mucho lo que haces por nosotras.

—Es un placer. Y ahora es momento de que los adultos lo pasemos bien un rato. Espero que las ganas de irte a la cama se te hayan pasado y me concedas un baile.

—Me parece bien —convino fijando sus ojos en mí.

—¿Queréis que os deje solos? —Jacinta usó un tono jocosos y entornó los ojos. Esa hippie medio bruja había leído mis pensamientos.

—No, no, iremos los tres a disfrutar como buenos y recién estrenados amigos. —April dio unas palmaditas, se la veía emocionada.

—¿Entonces ya me consideras un amigo?

—Supongo que sí, hoy declaro oficialmente que comienza la Navidad y otras muchas cosas para mí.

—Me parece una fecha ideal para inaugurar una vida. Corramos al pabellón y pillemos unos vasitos de vino caliente para brindar por April —dijo Jacinta tirando de nosotros.

—Sí, por April —repetí mirándola a los ojos y esbozando una sonrisa que ella me devolvió.

Mis chicos y yo habíamos hecho un buen trabajo. El pabellón de gimnasia estaba decorado de un modo genial y tres grandes abetos, adornados únicamente por nieve artificial, presidían el escenario.

Las mesas lucían impecables, con blancos manteles de lino, obra de la estupenda costurera local, Anne Wilson, y como centro de mesa unos farolillos pintados simulando que eran de hielo.

Mis alumnos habían recreado el baile de Navidad de Harry Potter con muy bajo presupuesto y gran talento, y me sentí orgulloso.

—Esto es impresionante —dijo April deslizando la vista por los plásticos que habían colocado como guirnaldas en paredes y techos y que parecían un mar congelado.

—Hay mucho talento en Waterly y lo sabemos explotar muy bien —afirmé, apartando una silla gentilmente para que tomara asiento, mientras esperábamos a Jacinta que había ido a traer las bebidas.

—Debería haberla acompañado, no podrá con los tres vasos.

—Tranquila, es una mujer muy resuelta.

—Lo sé, y muchas cosas más que la hacen encantadora.

—Así es. Me alegra que hayas encontrado una amiga aquí.

—Y un amigo, no lo olvides.

—No lo olvido, y te puedo asegurar que de eso me alegro mucho más.

—¿Y eso por qué?

—Porque en un primer momento me consideraste una amenaza, y no lo soy, April.

—¿Y cómo puedes afirmar eso?

—Porque tú misma me lo dijiste, no con esas palabras, pero me hiciste sentir un intruso.

—Supongo que así me sentí yo al conocerte, y sin darme cuenta pretendía que tú también te sintieras como tal.

—No creo que fuera de manera inconsciente, pero no te lo tengo en cuenta. —Sonreí para quitarle hierro al asunto, además, era cierto que eso ya no me importaba.

—¿Tanto se me nota cuando intento ser malvada?

—Sí, pero eso es porque no es tu forma de ser y te tienes que esforzar tanto que sobreactúas.

—¿Estás utilizando tu vocabulario de profesor de teatro conmigo?

—Puede, pero sabes que es cierto lo que digo. Además, eres realmente preguntona.

—Como cualquier alumno, supongo. No es más tonto el que no sabe, sino quien no pregunta.

—Cierto, listilla. Te has ganado un punto positivo.

—Eres demasiado facilón, te conformas con poco —me repuso, no sé si con segundas, sin embargo, me dio a entender que ella podría ser poco para mí.

—Las cosas más sencillas suelen ser siempre las cosas más importantes. No lo olvides, April. —Quise sacarla de aquel error. No era así para nada.

—Aquí estoy, por suerte, he encontrado una bandeja. —Jacinta interrumpió aquel momento intenso entre ambos, un momento en el que me sentí de nuevo lleno de vida, verbalizando una verdad para mí sobre lo importante que April se había vuelto en mi vida en poco tiempo.

—Pues sí que va a ser verdad que es una mujer resuelta —dijo April al punto que cogía uno de los vasos.

—¿Quién lo dudaba? —Jacinta puso los brazos en jarras esperando que alguno de los dos contestara.

—En realidad, ninguno, ambos creemos que eres genial.

—Si no fuera porque Noah es un hombre y no me gusta y tú tienes los ojos puestos en otra persona heterosexual como tú, os comía los morros aquí mismo.

—¿En qué persona? —pregunté. La escritora con esa revelación había echado por tierra cualquiera de mis intenciones.

—Ninguna, ¿de verdad vas a hacer caso a esta chalada? —protestó April riendo.

—¡Oye! Creía que era un encanto. —Jacinta tomó asiento y acto seguida se enderezó en la silla con un respingo. Le dirigió una mirada divertida a April y me pregunté qué pasaba entre ellas.

—Nadie lo desmiente, pero como escritora nadie te gana a fantasiosa —le dijo April.

—No me ofende, es lo mío. Disculpad, he visto a alguien, vuelvo enseguida —dijo Jacinta después de haber soltado aquella bomba que había arrasado con mi seguridad, marchándose y dejándome solo ante el peligro, mi peligro, April.

22

April

La banda hizo su aparición estelar en el escenario. Supuse que era algún grupo local, pero no pude reconocer a nadie, y por lo visto nadie me reconocía a mí. Mi antes pelo castaño se encontraba muy castigado por los tintes y había pasado por muchos estados. Ahora, además de sin forma, las puntas estaban totalmente amarillentas y por el medio tenía un color indescriptible. Me había recogido el pelo en una coleta baja y la había escondido bajo la bufanda que llevaba al cuello. Los kilos también se habían cebado conmigo, sobre todo en la zona abdominal, y mi bonita figura de los dieciséis años era ahora un borrón de lo que fui. Sin embargo, algo en Noah me decía que él me veía bonita. Su mirada era limpia cuando me miraba y sabía que no me juzgaba por mi dejadez. Él, en cambio, lucía una barba corta cuidada y debía ir al peluquero con asiduidad. Por su trabajo debía guardar unas formas y era lógico. Yo, sin embargo, no tenía que lidiar con los huéspedes del hotel y la necesidad de verme bien no imperaba en mi persona, o por lo menos no tenía en cuenta esos aspectos a la hora de salir a la calle.

Cuando los músicos hicieron las presentaciones, los primeros acordes de *How deep is your love* entraron en mis oídos. Era una de las canciones favoritas de Grace. Cuando era pequeña, solía ponerla a todas horas diciendo que le recordaba a mi padre. Creo que había sido su canción o algo así, no sé.

La música lejos de animarme me entristeció por primera vez al pensar que la gente, incluida yo, vivía ajena a lo que mi madre estaba pasando en ese momento. Me sorprendió que aquello me afectara de aquel modo después de todo, pero supongo que hay

ciertos vínculos, que por mucho que pase y por muchas cosas negativas que te haya hecho sentir nuestra existencia, están ahí y no puedes desprenderte de ellos fácilmente si las cosas se ponen feas.

—¿Va todo bien? —preguntó Noah al notar que mi rostro palidecía.

—Sí, perdona, pensaba en Grace y en lo efímera que es la vida. Nosotros aquí pasándolo bien y ella en casa esperando que la muerte haga acto de presencia.

—Lo sé, pero ella misma me ha pedido que disfrutemos, no quiere ver a la gente lamentándose a su alrededor por algo que no tiene remedio.

—Siempre ha tenido una actitud positiva ante la vida, por lo menos es lo que recuerdo de ella.

—Es una mujer fuerte, está resistiendo más de lo que los médicos esperaban, es como si no fuera capaz de irse hasta cerrar ciertos capítulos.

—Puede que así sea, la gente saca fuerzas de donde sea cuando necesita irse en paz, supongo que eso es lo que me ha traído aquí.

—Sea lo que sea, me alegro de que hayas venido. —Noah posó su cálida mano sobre la mía y reaccioné mal, apartándola de prisa.

—Lo siento, no quería incomodarte.

—Tranquilo, no es culpa tuya, es que a veces se me hace raro sentir que la gente muestra algo de afecto hacia mí. Llevo tanto tiempo sola que he perdido toda empatía con esas cosas.

—¿Desde cuándo no sales con alguien?

—Salir salgo poco, y si te refieres a tener una cita, hace exactamente los mismos años que tiene Olivia, más los nueve meses que estuve gestándola.

—Eso son dieciséis años —dijo sorprendido.

—Sí, Jacinta lo llama virginidad adquirida. —Me reí.

—Me sorprende que una mujer como tu haya estado sola todo este tiempo.

—No he estado sola, tan solo que no he salido con ningún hombre.

—Jacinta ha dicho que tienes las miras puestas en alguien. Tal vez es un secreto entre chicas, pero puedes decírmelo, soy una tumba. —No esperaba que Noah fuera a sacar el tema de nuevo y el estómago me dio un vuelco.

—Jacinta dice muchas tonterías, ese té que toma creo que está adulterado.

—Solo es mate, cuando llegó a la pensión y la vi todo el día absorbiendo aquello, tuve que advertirle que el consumo de drogas no estaba permitido, y ella me explicó lo que era. Hice el ridículo y me sentí fatal. Así que confío en que algunas cosas que dice son con la mente despejada y bastante claridad.

—Tú lo has dicho, algunas cosas, y esa no es cierta.

—Vale, me rindo. —Noah alzó los brazos para darse por vencido.

—Creo que te debía algo por los *brownies*.

—¿Vas a servirme un café? Me gusta corto de leche y con dos cucharadas de azúcar.

—Quizá mañana, ahora he pensado que me gustaría bailar contigo.

—Señorita Chase, ¿no será eso demasiado atrevido? —me dijo con una sonrisa que podría iluminar los sitios más oscuros.

—Puede, pero igual es hora de vivir un poco. Nunca sabes cuándo puede llegar el final. Supongo que Grace me ha dado una lección después de muchos años sin hablar, y en este caso tampoco han hecho falta las palabras para darme cuenta de ello, es el poder que tienen algunas madres.

—Tú también tienes ese superpoder. Tienes la capacidad de decir muchas cosas sin pronunciar palabras, y quizá sea lo que más me gusta de ti.

—Eso significa que te gustan otras cosas y me cuesta creerlo, soy un desastre como persona y como madre.

—Eso es lo que tú crees, no lo que vemos los demás. —Se levantó de la silla y me tendió la mano. Esta vez no rehusé de posar la mía sobre la suya—. ¿Bailamos?

—Lo intentaré.

Y era cierto, las nociones de baile que podía haber adquirido allá por el 2.000 se habían esfumado como la antigua April. No sabía si sería capaz de seguir el ritmo de la otra persona sin mirar al suelo para saber por dónde pisaba.

Cuando llegamos a la pista, yo seguía con aquella bufanda envolviendo mi cabeza, tratando de disimular mi pelo de castor, y moverla con soltura era una misión imposible. La enorme franja de lana me había ferulizado el cuello, como si hubiera sufrido un accidente y tuviera que llevar un collarín por una lesión cervical.

En ese momento sonaba *I don't want to miss a thing* y Noah me agarró por la cintura de tal manera, que una corriente de electricidad me recorrió entera y se concentró en un punto de mi columna, dándome unas sacudidas placenteras. Un hombre atractivo, que desprendía un agradable olor a colonia masculina, me tenía prisionera muy cerca de su cuerpo. Era extraño y reconfortante a la vez. Estaba haciéndome sentir cosas que no debería, no con Noah.

—No estés tan rígida, relájate un poco —me dijo, como si eso fuera a ser fácil.

—Estoy bien, tan solo es esta maldita bufanda.

—Podemos parar y te la quitas.

—No, estoy bien, solo tengo que quitarme el óxido del cuerpo —dije intentando no chocar con sus pies.

—Lo siento, yo tampoco estoy siendo un buen conductor, ser zurdo y tu diestra no ayuda.

—Tranquilo, es falta de compenetración, si lo hubiéramos hecho más veces ya sabríamos cómo adaptarnos a nuestras circunstancias.

—¿Y eso te hubiera gustado? —Aquella pregunta me descolocó. ¿A qué se refería exactamente?

—No te entiendo.

—¿Te hubiera gustado conocerme antes para que este baile fuera más fluido? —Esta vez fue más concreto en su pregunta.

—Si por fluido te refieres a profesional, no creo que tenga nada que ver con el hecho de conocernos antes o después. Soy de las que creen que las cosas pasan cuando tienen que pasar y siempre es por algo.

—¿Y qué «algo» puedo traerte yo?

—Por lo pronto sopa de pollo, algún que otro café y un baile ortopédico. ¿Qué más puedo pedir? —Podía pedir más, mucho más como mujer, pero no podía decirlo abiertamente y que me tomara por una loca en busca de sexo esporádico. Noah se merecía más que eso.

—Muchas cosas, no hay que conformarse jamás, te mereces que la vida te trate bien a partir de ahora.

—Ya lo está haciendo. Este baile es maravilloso y yo no pude asistir al baile de graduación.

—Pues imagina que nos han nombrado reina y rey del baile y que todos miran cómo nos movemos al compás de la música en medio de la pista.

—¿Eso ayudará a que lo hagamos mejor?

—Seguramente no, pero hará que nos sintamos bien y solo por eso habrá merecido la pena.

No sé cómo sus palabras hicieron efecto en mi mente y acabé apoyando la mejilla contra su pecho. Me sentía reconfortada y protegida con él. Me sentía la reina del baile esa noche en mi pueblo natal, Waterly.

23

April

Hacía tiempo que no dormía tan bien. El baile que daba el pistoletazo de salida a las fiestas de Navidad en Waterly había inyectado una dosis de positivismo inusual en mi persona. Era algo que escaseaba mucho en lo que a mi vida respectaba. Noah se había mostrado muy atento conmigo y me había presentado a algunas personas que en un principio no lograron reconocermé, pero que cuando supieron quien era se mostraron amables y educadas conmigo, a pesar de que sabían, seguramente, que historia escondía detrás.

En un principio me sentí recelosa de que lo hiciera, me sentía cómoda escondida tras mi gigantesca bufanda y compartiendo ese momento con él y Jacinta, pero ambos me quitaron los miedos de un plumazo. No era una exconvicta que había pasado años en la cárcel por un delito escabroso, solo era una madre soltera que se marchó buscando su propio destino, y eso no era algo que afectara directamente a nadie, tan solo a mí.

Olivia no estaba en su habitación, había dormido durante mi enfermedad en París. La habitación de Grace estaba libre desde que se había instalado en la planta baja y fue mi madre la que le dijo a Noah que mi hija podía ocuparla durante nuestra estancia allí para que tuviera más espacio. Olivia lo hizo encantada, estaba deseando tener habitación propia y allí por fin la tenía.

Desde que estábamos en Waterly se movía de manera independiente y eso me molestaba un poco, pero también se merecía un poco de libertad y en aquel pueblo no había los mismos peligros que en San Luis.

Bajé a tomarme un café antes de visitar a Grace, aún seguía sintiéndome un poco mal por estar disfrutando de la vida mientras ella la perdía. Durante mucho tiempo me había negado a tener sentimientos hacia ella y, aunque todavía estaba molesta por su impertinencia con Oli, no podía evitar sentir compasión. Era una de mis mayores virtudes, aunque no lo parezca, sin embargo, había cosas ajenas a mí que llegaban a afectarme tanto, que había dejado incluso de ver las noticias. Era una ignorante en temas de actualidad por voluntad propia y la enfermedad de mi madre era un relato en *prime time* que me tocaba de cerca. Estaba allí, en la que todavía era su casa en usufructo, y era mi madre, aunque en ciertos momentos me pesara.

Era un sentimiento difícil de explicar, otras personas hubieran dejado la empatía a un lado, pero yo había regresado movida por la necesidad de alejar a mi hija de ciertos vicios y amistades y no podía pasar por alto el propio drama que se vivía en la casa azul. Mi casa azul.

—Buenos días. —Jacinta estaba dando la vuelta a una especie de tortita con tropezones que no invitaba a comérsela.

—Buenos días, no te esperaba levantada tan temprano. Ayer bebiste un poco más de la cuenta. ¿Qué puñetas es eso? —le pregunté señalando lo que tenía en la sartén.

—Es una tortita de avena, absorberá todos los tóxicos del alcohol.

—Y parte de tu esófago, tiene una pinta horrible.

—Está muy rica. Y hablando de cosas horribles, te recuerdo que tenemos un asunto que tratar en esa cabeza tuya.

—¿Solo una? —me reí—. Mi cabeza es un nido de asuntos que tratar.

—Es posible, pero empezaremos por lo más superficial: tu pelo —dijo, negando con la cabeza con una sonrisa pérfida esbozada en la cara.

—Así que sí es una cosa horrible.

—Podría estar mejor, como esta tortita. Te he dicho que está rica, pero en realidad está incomible, parece de corcho —afirmó,

escupiéndose en la mano el bocado que se había metido previamente.

—Miraré en la alacena, seguro que Noah esconde algún bollo por aquí.

—El único bollo que hay en la cocina soy yo, ya he mirado yo antes.

—Entonces, ¿estás dispuesta a echarme una mano con este aspecto? —Volví a la cuestión que me preocupaba, yo y mi pelo.

—Te han entrado las prisas, veo que esos bailecitos con Noah te han despertado la libido.

—No, no, además, no hables tan fuerte, podría oírnos.

—No está, ha ido al pueblo con Olivia.

—¿Al pueblo a qué?

—Les he mandado a por el tinte —dijo sorbiendo de su pajita de mate.

—¿Te has vuelto loca?

—No, Noah me ha dicho que si necesitaba algo y le he pedido tu tinte, uno pelirrojo es el que querías, ¿verdad? Ambos hemos coincidido en que te quedaría muy bien y Olivia también ha dado el visto bueno. —Jacinta se mostraba imperturbable mientras me contaba aquello a la vez que yo abría los ojos como dos galletas extragrandes.

—No pienso llevar el pelo rojo como las gemelas Mild y Marth.

—¿No? Creía que lo queráis así, por eso les hemos pedido el número de la mezcla a las Stevens, perdona. —Ya no pudo más y se le escapó una carcajada.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa.

—Nunca mandarías a tu hombre a comprar tu propio tinte. Me sorprende que te lo hayas creído.

—Créeme que ya no me sorprende nada. Estoy curada de espanto. ¿Y a qué han ido esos dos si se puede saber?

—Algo de la función del instituto, no han especificado más. —Se encogió de hombros.

—Estoy algo perdida con lo que hace Olivia últimamente, pero si está con Noah me siento segura.

—Es un hombre muy protector con las mujeres Chase. En especial contigo. Vi cómo te cogía entre sus brazos mientras bailabais de manera romántica.

—¿De qué otra manera se pueden bailar esas canciones?

—Se pueden no bailar, yo no bailarías así con alguien que no me gusta, y es absurdo que sigas negándolo. ¿Qué ganas con eso?

—Tiempo para que se me pase esta tontería, Noah y yo no estamos hechos para estar juntos, él solo se comporta así conmigo porque es muy complaciente con todo el mundo. Me fijé en lo popular que es en Waterly y en lo mucho que lo aprecian en la comunidad.

—Eso es cierto, pero no baila con las vecinas de esa forma. Lo conozco hace tiempo y sé que no es esa clase de hombres.

—Sé que es especial, pero no quiero hacerme ilusiones, pronto volveré a San Luis.

—Nunca sabemos lo que nos depara el destino y lo que el corazón va a decidir por nosotros. Tan solo vive, April, vive intensamente y no pienses en lo que será, porque, aunque quieras controlarlo todo, no puedes. —Jacinta tenía razón, yo lo sabía, pero prefería mantenerme firme.

—Iré a ver a Grace y luego iré al pueblo a por el tinte. Mi color — dije poniendo énfasis en la última frase.

—Está bien, te esperaré en Londres, a la hora del té *milady* — bromeó engolando la voz.

—Me temo que iré antes de las cinco. —Me levanté de la mesa dispuesta a marcharme de la cocina.

—Cuando tú gustes. —Jacinta alzó su taza de mate y se despidió de mí hasta más tarde.

24

Grace

—¿Qué tal el baile? —le pregunté a April mientras ella recolocaba los cojines de mi cama con gesto serio.

—Muy bien, no sabía que el pueblo se volcara de esa forma en las fiestas navideñas.

—Desde hace unos años se convirtió en una prioridad para los negocios locales, y ahora es uno de los mercadillos y bailes más visitados de la zona.

—Me alegro por vosotros.

—Aquí también celebramos nuestra propia fiesta, ¿no te lo ha dicho Noah?

—No, supongo que no está la cosa para fiestas en esta casa.

—Si lo dices por mí, no creo que mi estado tenga que ser un inconveniente para vosotros y los huéspedes de disfrutar los buenos momentos.

—Lo siento, pero no puedo evitar sentirme mal por ello.

—No lo hagas, por favor. Coméntale lo de la fiesta a Noah. Además, si las fuerzas me lo permiten podré salir un rato al salón y ver cómo es la vida fuera de estas cuatro paredes, aunque sea sentada en un sillón.

—No creo que eso sea conveniente.

—¿Y qué si lo es o no? ¿Cambiará algo mi destino?

—Supongo que no —respondió dejándose caer en el butacón rojo.

—¿Qué tal Olivia? Me he enterado de que está yendo al instituto.

—Sí, Noah lo creyó conveniente. Hasta las vacaciones de Navidad aún falta una semana y no es cuestión de que pierda más

clases.

—¿Qué tal con él?

—Bien, es un buen hombre —dije tratando de sonar indiferente, pero esa pregunta me había puesto algo nerviosa.

—Lo es, si no fuera por él, me hubiera derrumbado en muchos momentos de mi vida —dije sinceramente. Es lo que tiene estar con un pie en la tumba, que dices todo sin medir, sueltas toda tu verdad sin miedo.

—Ambos habéis tenido más suerte que yo en ese aspecto.

—Y créeme que lo siento. Lo siento con todo mi corazón. —Unas lágrimas brotaron de mis ojos, seguía siendo sincera, todo lo que podía.

—Me gustaría hacerte muchas preguntas, pero me cuesta hacerlo —dijo con la mirada gacha.

—Debes hacerlas, April. Aprovechemos este tiempo extra que este mundo me está concediendo. Necesito que te quedes en paz y quedarme en paz yo.

—No sé ni por dónde empezar.

—Piensa en esa duda que te ha asaltado más que ninguna otra, seguramente sea la más importante para ti.

April levantó los ojos y los fijó en mí. Durante unos segundos se mantuvo en silencio, hasta que suspiró hondo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Es complicado.

—No lo es, existe un motivo y por muy complicado que sea es el que es. —Tenía razón, por muy complicada que fuera una cosa, una vez hecha solo tenía un camino, la verdad.

—Me sentí presionada.

—Estábamos solas, ¿quién pudo presionarte a dejar de lado a tu propia hija?

—Estábamos solas en espíritu, pero Waterly está lleno de gente.

—¿Y tanta importancia tenía esa gente que pudo con tu deber de madre?

—Quise protegerte, salvar lo que era tuyo.

—Lo único verdaderamente mío es Olivia, y en su día lo eras tú. Eras mi madre, mi fuente de protección, mi salvamento en días

malos y me fallaste.

—Si no hacía aquello podías perder la casa azul, tu casa, la misma que de forma altruista has dejado que disfrute hasta ahora. ¿Crees que no soy consciente de ello? ¿Crees que soy tan desprendida que no sé el corazón tan grande que tienes? April, una madre a veces toma decisiones que le parten el alma para que otros no se la partan a las personas que más quiere, y esa persona eras tú.

—Pero, sin embargo, tú me la partiste a mí. Hubiera preferido perder todo lo material si tú hubieras decidido quedarte a mi lado. — Eso me dolió, porque era su verdad, al igual que yo tenía la mía y ahora dejaba de tener sentido. Me sentí tonta, inútil y muy mala persona.

—Ahora soy consciente de ello, las mentes cambian.

—Te casaste, mamá, hiciste una nueva vida, una vida que desconocía y que me he encontrado de frente al venir aquí.

—¿Has vuelto por mí? —Sabía la respuesta y aunque me doliera quería conocerla.

—No. Vine por Olivia —dijo tras pensarlo unos segundos y acompañó sus palabras de un suspiro.

—Me lo imaginaba, los adolescentes pasan etapas rebeldes y lo que has hecho tiene mucho sentido. Y no me duele que yo y mi muerte inminente no seamos el motivo principal de tu regreso. Ahora sé que lejos de mí te has convertido en la madre que yo no fui contigo, y me siento orgullosa, quizá no hubiera estado a la altura en esas circunstancias.

—¿Te sientes orgullosa de mí? —April pareció sorprenderse. Pero yo lo estaba, y mucho, además.

—No sabes cuánto, April. Has sabido estar a la altura y has criado sola a una chica maravillosa. Aunque ahora te parezca una déspota y que no tiene sentimientos hacia otro ser humano que no sea ella, será una mujer maravillosa como tú. Lo has hecho muy bien, eres muy valiente, mucho más que yo y que ninguna otra mujer que conozca. Tan solo tenías dieciséis años y has demostrado mucha entereza y madurez, eres admirable.

—Mamá, yo... —April comenzó a llorar. Había hecho llorar a mi niñita y no tenía fuerzas para levantarme y abrazarla como me hubiera gustado.

Esta vez habíamos avanzado un poco más y me sentía cada vez más preparada para cruzar la línea que me separaba de lo infinito. Aunque ahora más que nunca, deseaba que mi cuerpo resistiera contra viento y marea para pasar más tiempo con mi familia. Iba a echar mucho de menos a April, Olivia y Noah allí donde la no existencia me llevara. No sabía con certeza que había después de la muerte, pero sí sabía que en la Tierra había mucho amor que yo me había perdido por mi propia voluntad.

25

Noah

Los decorados de la función estaban quedando muy bien, Olivia me había acompañado esa mañana para supervisar que algunas piezas ya estuvieran secas y listas para barnizar el lunes. El tiempo se nos echaba encima, pues el viernes por la noche mi grupo de teatro deleitaría a la gente de Waterly con la obra *El Grinch*, dando así el pistoletazo de salida a las fiestas y a unas merecidas vacaciones hasta después de año nuevo.

Olivia me había pedido que la dejara en casa de los Robbins y yo había vuelto a Waterly Inn para preparar algunas cosas antes de regresar aquella tarde al mercadillo.

Tras cerrar la puerta de la entrada y quitarme de los hombros unos copos de nieve, la vi. Vi a April llorando, apoyada en la pared junto a la puerta de la habitación de Grace, y me temí lo peor.

—¿Qué sucede? ¿Es por Grace? —Me acerqué en dos zancadas y la cogí por los hombros obligándola a mirarme.

—Sí, pero ella está bien, no te preocupes.

—Me has asustado, ¿qué te sucede? —Sentí alivio de que Grace aún estuviera con nosotros, pero me preocupaba lo que estuviera pasando en el humor de April ahora que habíamos avanzado un poco en nuestra relación.

—No me pasa nada.

—Estás llorando, es evidente que te sucede algo.

—Mi madre me ha dicho que está orgullosa de mí —me dijo secándose los ojos con las manos sin delicadeza alguna.

—¿Y eso te entristece?

—No, pero hacía tanto tiempo que necesitaba oír algo así que me he puesto muy sensible.

—Ven aquí. —La acerqué a mí y le di un cálido abrazo, yo también necesitaba algo así que me llenara de energía y, después del baile, no había hecho otra cosa que pensar en el cuerpo menudo de April pegado al mío.

—¿Sabes eso que te dicen cuando eres pequeño y no le das importancia, pero cuando eres adulto le ves toda la importancia del mundo? —dijo, sorbiéndose la nariz, mientras yo le acariciaba el pelo, con su mejilla pegada a mi pecho.

—Sí, te entiendo perfectamente. Aprendemos a valorar mejor las cosas y a magnificar su significado o a darle el uso correcto.

—Así es, pues eso mismo ha supuesto eso para mí.

—Y es bueno que así sea. Además, hoy no has dicho «mi madre» como si te pesara.

—Poco a poco me voy liberando de esa carga.

—¿Eso significa que te quedas?

—Significa que no tengo otro sitio mejor donde pasar la Navidad. Ya siento un poco más que este sigue siendo mi hogar.

—¿Crees que yo he tenido algo que ver en eso? —No sé cómo esas palabras salieron de mi boca, pero lo cierto es que me moría de ganas por saber qué parte de mí podría haber contribuido a que Waterly Inn volviera a ser un hogar para ella.

—Lo cierto es que una gran parte de que me sienta bien aquí es por ti —no dudó mucho en contestar, y sabía que estaba siendo sincera.

—Me gustaría que te sintieras igual de bien que hasta ahora y me concedieras una cita.

—¿Una cita, tú y yo? —Se separó de mí y volvió a su actitud recelosa de siempre. Con April nunca sabías cómo iban a desarrollarse las cosas y eso en ella, lejos de ser un defecto, para mí era una virtud que me hacía experimentar miles de cosas a la vez, haciéndome sentir vivo.

—¿Ves a alguien más por aquí?

—No, pero tú y yo no necesitamos llamarlo una cita para salir a tomar algo, los amigos lo hacen muy a menudo.

—Eso es cierto, pero quería asegurarme de que estuviéramos tú y yo solos.

—¿Y eso para qué?

—Para intimar, y no quiero que me malinterpretes, intimar de una forma personal. Hay muchas cosas de ti que me gustaría saber, conocerte, escucharte...

—En ese caso yo también tengo algo que preguntarte.

—Dispara. —No tenía miedo de responderle a cualquier cosa. April para mí era la imagen de la confianza, sabía que era noble y que podía ser yo mismo con ella.

—¿Por qué has cancelado la fiesta de Navidad de Waterly Inn? Grace no quiere que hagamos eso.

—Vaya. —Me rasqué la nuca nervioso. No era la clase de pregunta que me esperaba—. Pensé que sería demasiado jaleo y supondría una molestia para ella.

—Haya o no fiesta, no va a hacer que se recupere, y es su deseo que la vida de los demás siga su curso y la suya propia mientras siga aquí. Le gustaría asistir.

—¿Asistir? Ni siquiera puede tenerse en pie.

—¿Y para qué existen los sillones? Hay tres bien hermosos en el salón. Tú y yo podemos moverla con una silla y si me apuras a peso. No le pasará nada, nada que no le pase ya.

—Tienes razón.

—¿La tengo? Hoy debe ser mi día de suerte. Primero me entero de que mi madre se siente orgullosa de mí y ahora de que tengo la razón, dos cosas que no suelo escuchar muy a menudo en mi vida.

—Yo también estoy orgulloso de ti, April. —Y lo estaba. Era una mujer fuerte, de esas que arrasan con su personalidad y no se enmascaran tras capas de maquillaje. No necesitaba vestir de forma provocativa para provocar miles de cosas a quien disfrutara del placer de conocerla.

—Voy a tener que premiarme de algún modo —rio— y creo que sé de qué forma —dijo, descolgando su abrigo del perchero de pared y sacando las llaves de su Ford Explorer del bolsillo.

—Espero que no vayas a pillarte otra cogorza.

—Voy a cuidarme un poquito para variar, pero no de esa forma. Voy a por un tinte.

—No te lo pongas rojo, te lo pido por favor —dije pensando que algunas mujeres no median a la hora de hacerse un cambio de *look*.

—Solo por esa súplica tan machista, quizá lo haga. —Me regaló una sonrisa y salió de la casa. Quizá sí necesitara verse guapa para reafirmar esa seguridad en sí misma que tenía, pero me parecía bien. Todo en April estaba bien.

26

April

Me senté en la silla frente a la ventana de la habitación Londres, sin estar muy segura de querer ponerme en manos de Jacinta. Era una mujer maravillosa, pero no parecía ser una persona muy ducha en asuntos estéticos. Podría salir de allí pareciendo una zanahoria, o incluso calva, lo que sería mucho peor, pues tendría que buscar desesperadamente una peluca y con mi suerte solo la encontraría estilo afro. Traté de no pensar en los pequeños inconvenientes de la peluquería doméstica y planté una pequeña sonrisa en mis labios.

—¿Estás lista para recuperar el color de tu pelo? —me preguntó mientras se colocaba unos guantes de plástico que venían en la caja del tinte.

—Empiezo a estar lista para lo que sea —dije con determinación.

—Ese es el lema de tu vida a partir de ahora —comentó ella y hundió el pincel en la mezcla violeta que presuntamente me devolvería mi belleza natural.

—Lo que pasa entre tú y ese hombre debe dar un paso hacia delante.

—Vuelves a dar por hecho que le gusto a Noah. —Y podía que tuviera razón, pues me había pedido una cita, pero lo omití para no volver loca a Jacinta y que me convirtiera en una *femme fatale*. Aquello hubiera sido el detonante para que quisiera hacerme un cambio radical.

—Y tú vuelves a suponer que no tengo ojos en la cara. Puede que sean chiquitines como lentejas pero me funcionan muy bien.

—No lo dudo. Eres muy perspicaz.

—Exacto, y tú deberías confiar más en mi perspicacia —dijo dando la primera pincelada.

Una hora más tarde, Jacinta estaba ayudándome a enjuagarme el pelo en su bañera. Me gustaba el detalle de que todos los baños de las habitaciones dispusieran de una. Siempre me había gustado darme largos baños, sumergida en agua caliente y espumosa, y era algo a lo que había tenido que renunciar en San Luis. Me colocó una toalla sobre la cabeza y me sequé el cabello. Cuando pensé que ya estaba bastante seco, retiré la toalla y decidí asomarme al espejo.

Sonreí. Siempre había creído que los pelos claros quitaban años, pero en mi caso había sido justo lo contrario. La mujer castaña que me observaba con atención, con el pelo húmedo tocando sus hombros, parecía más joven.

—Ahora un buen corte —anunció Jacinta apareciendo en el baño con unas tijeras.

—No pienso dejarte cortarme el pelo.

—No tienes opción. Lo tengo decidido. Además, estás lista para lo que sea, y lo que sea —arqueó las cejas divertida, enseñándome las tijeras— es esto.

—¿Por qué habré dicho eso? —bufé.

Jacinta me agarró del codo y me hizo sentar en el inodoro.

—Un buen corte quita años, cuando salgas de aquí vas a parecer una chiquilla.

—A ver si van a confundirme con mi hija —comenté jocosa.

—No te pases. Tampoco queremos eso. Con devolverte tu edad es suficiente.

—¿Tan mal me veía? Me dijiste que estaba bien —protesté.

—No quería deprimirte más.

—Pues te lo agradezco —dije viendo cómo las tijeras descendían en picado hasta mi cabeza. Cerré los ojos y la dejé cortar a su antojo. Después de aquello podría parecer Elton John o Lady Gaga, o ser de nuevo simplemente yo.

Salí de la habitación de Jacinta con la sensación de que la cabeza me pesaba un kilo menos, o cinco. Me detuve ante la puerta de Olivia y llamé con los nudillos. Abrí y asomé la cara. Como

siempre últimamente, Oli estaba tumbada en la cama con un libro abierto sobre el pecho. Irradiaba serenidad, pero cuando me vio se le frunció el gesto.

—¿No sabes llamar?

—Lo he hecho —respondí molesta.

—No.

—Claro que sí.

—La próxima vez llama más fuerte.

—De acuerdo. —Estupendo, mi hija no solo no se había percatado de mi cambio de *look*, además, me odiaba, o eso me demostraba. Sus estados emocionales eran tan volubles como el clima de un desierto. Pero yo no iba a desistir. Iba a andar en su dirección, hasta encontrar un punto donde pudiéramos encontrarnos y entendernos—. ¿Qué estás leyendo?

—Un libro que me prestó Noah. *Rebeldes*. Es de Susan E. Hinton. ¿Lo conoces?

Negué con la cabeza y me acerqué.

—Mola.

—Creo que hicieron una película de ese libro.

—¿Sí?

—No estoy segura, me suena que la vi en la tele hace años. Al menos se titulaba así.

—Es un libro antiguo, puede que tenga su propia película.

—Como yo —comenté en broma.

—Tú no eres antigua, pero no eres joven tampoco. Eres mayor... Como los de tu edad. Oh, vaya, te has hecho algo en el pelo, ¿no?

—¿No se nota? —dije pasándome la mano por la melena.

—Sí, la verdad es que sí. Estás... Estás... Estás bien, sí —dijo con desdén.

—¿En serio?

—Sí, para ser tú y ser mayor, estás bien.

—Gracias, Olivia, viniendo de ti, me tomaré ese «bien» como algo bueno.

—Pero te falla la ropa. —Me señaló el suéter azul pálido que llevaba puesto. Lo tenía desde hacía años, al menos diez, y me

quedaba bastante ceñido, lo mismo que los vaqueros, que me hacían parecer extrañamente barriguda.

—Podría comprarme algo, y podrías venir conmigo y ayudarme a elegirlo. Springfield está a menos de media hora —le propuse animada.

—¿Puedo comprarme algo yo también?

—Sí.

—¿Lo que quiera?

—¿Hay algo que quieras en especial? —le pregunté no fuera a ser que la broma me costase un ojo de la cara.

—¿Un vestido para Nochevieja y zapatos?

—De acuerdo, está bien. Yo también me compraré algo para ese día. ¿Vas a ir al mercadillo esta tarde?

—¿Por qué quieres saberlo? —Olivia entornó los ojos y me miró con suspicacia.

—Por nada, solo por saberlo. Eres mi hija y me interesa saber por dónde andas.

—¿No estarás pensando en volver a espiarme? Porque es vergonzoso, ¿sabes?

—No estaba espiándote —me defendí.

—¿Y qué hacías escondida tras ese árbol?

—Estaba allí. —No tenía una buena excusa, la verdad.

—¿Haciendo qué exactamente?

Carraspeé, incómoda, y respondí:

—De acuerdo, quería saber qué estabas haciendo.

—No estaba haciendo nada.

—Lo sé. ¿Quién es ese chico? ¿Te gusta?

Olivia puso los ojos en blanco y suspiró.

—Es un amigo. Se llama Evan Robbins.

—Pero ¿te gusta? Es guapo.

—No, no me gusta, además, estoy convencida de que es gay. Y no vuelvas a espiarme, por favor. Me dejas en ridículo ante mis amigos.

—Perdona.

—Vale, perdonada, pero no lo vuelvas a hacer.

—No lo haré, te lo prometo.

—Bien. ¿Y tú, vas a ir al mercadillo esta tarde?

—Sí, he quedado en echarle una mano otra vez a Jacinta.

—Jacinta mola.

—Es maja, sí.

—¿Y luego vas a hacer algo?

—No tengo nada pensado. ¿Quieres que hagamos algo tú y yo juntas?

—No, por Dios. Solo preguntaba.

—Está bien —me reí—. Pero no vuelvas más tarde de las nueve.

—Las diez.

—Las nueve.

—Las nueve y media.

—Las nueve.

—Las nueve y cuarto.

—De acuerdo, las nueve y cuarto, y ni un minuto más —claudiqué o podríamos estar regateando hasta las décimas de segundo durante la siguiente media hora—. Y no vengas sola, que te acompañe Evan Robbins, o llámame, y paso a recogerte.

—No hará falta. Evan me acompañará.

—Está bien. —Me despedí y la dejé sola con su libro. Quería cambiarme de ropa antes de ir al mercadillo, seguramente no me quitaría el abrigo y Noah no podría ver qué llevaba puesto, pero quería estar bien. Bien, dentro de lo posible.

Tras estudiar mi guardarropa me decidí por unos vaqueros que me ajustaban bastante las piernas sin sacar a relucir demasiado el michelín que rodeaba con gran amor mi estómago y un suéter grueso blanco de lana que también disimulaba bastante. Me planté el gorro de lana, dejando algunos mechones estratégicamente a la vista, me puse el abrigo y cogí la bufanda para ponérmela antes de salir de casa.

Escaleras abajo me encontré con el señor Jefferson. Llevaba puesto su extraño sombrero de ala ancha con plumas verdes y me sonrió con amplitud, inclinando levemente la cabeza en un gesto gentil.

—Buenas tardes, señorita Chase.

—Buenas tardes, señor Jefferson.

—Hace una tarde espléndida para observar pájaros. ¿Le gustaría acompañarme?

—Me encantaría, pero ya he quedado con Jacinta. Tendrá que ser otro día —respondí, alegrándome de tener una buena excusa esta vez. Observar pájaros me provocaba el mismo entusiasmo que depilarme las piernas con unas pinzas para los pelos de las cejas.

El señor Jefferson inclinó de nuevo la cabeza y continuó su camino. Yo me dirigí a la puerta de Jacinta. Llamé con los nudillos y esperé a que contestara. Unos segundos más tarde abrió y salió envuelta en brumas de perfume.

—¡Dios!, ¡¿te ha caído la botella de colonia encima?!

—Me he pasado, ¿verdad? —Arrugó la nariz y se echó a reír.

—Un poco, pero estás genial y hueles que alimentas. —Le ofrecí mi brazo y enlazó el suyo en este.

—Y tú. Cuando te vea Noah, se va a cagar.

—Espero que no —le repuse con una mueca de asco.

—Ya verás que sí, ¿por qué crees que he venido bien provista?

—¡Ah!, ¿era por eso? Creía que querías hechizar a todos los clientes con tu perfume.

—También, también. Oye, he pensado que tras el cierre, podríamos ir a cenar a Barney's.

—Uf, no sé, la última vez que estuve allí tuvieron que traerme en brazos.

—¿No me digas? ¿Y eso cuándo fue?

—El sábado pasado —respondí avergonzada, no estaba orgullosa de mi épica hazaña alcohólica—. Además, me fui sin pagar —añadí riendo y me tapé la boca para no soltar una estruendosa carcajada.

—Pues con más razón deberíamos ir.

—¿Para saldar mi deuda? —supuse.

—Para pillarnos otra buena curda. El alcohol en compañía se disfruta el doble.

—No sé yo si será buena idea. —La miré dudosa.

—Es una magnífica idea, confía en mí, April.

27

Olivia

El mercadillo estaría abierto de cuatro a ocho de la tarde, tras el cierre tendría lugar la ceremonia de encendido del árbol de la plaza Mayor. Evan había decidido que montaríamos nuestro puesto de espionaje en la caseta de Noah. Estaba justo enfrente de la caseta de Jacinta Mills y mi madre estaría con ella ayudándola. Podríamos observar todos sus movimientos y si algún hombre con ojos iguales a los míos se acercaba a merodear.

Estábamos en modo espía cuando un tipo se detuvo en el puesto a saludarla. Lo descartamos al segundo. Debía tener su edad y se había mostrado muy contento de verla allí, pero era afroamericano. Una hora más tarde, una pareja se paró ante el puesto y estuvo hablando con ella más de quince minutos de reloj. Debía conocerlos de cuando era joven. Sonreía y parecía feliz de charlar con ellos. Evan me dijo que eran los Stuart y que tenían una hija que iba al instituto dos cursos por debajo. Él tenía el pelo oscuro y los ojos marrones, así que decidimos tacharlo de la lista de «posibles padres». Luego se acercó un hombre con barba que debía tener unos cuarenta. Mi madre salió del puesto para abrazarlo. Podía ser mi padre o podía no serlo. Pero me inclinaba más por el no. Mi madre no trataría con esa familiaridad a mi padre después de repudiarnos a las dos. Eso no iba con ella.

—Esto no vale para nada —le dije a Evan, exasperada—. Estoy segura de que de encontrarse con mi padre no lo saludaría o, en caso de hacerlo, se mostraría fría o indiferente. Espiándola no conseguimos nada más que perder el tiempo.

—El lunes por la tarde antes del ensayo iremos a la biblioteca del instituto e investigaremos en los anuarios. ¿Cuántos años tiene tu madre?

—Treinta y dos.

—Pues tenemos que mirar los de... —Evan hizo un cálculo mental, que, al parecer no dio sus frutos, porque sacó el móvil y abrió la calculadora—. Si hace quince años que tenía diecisiete —comentó tecleando las cifras— y estamos en 2.014, tenemos que mirar desde 1.995 al 2.000, más o menos. Suponiendo que sea más o menos igual o mayor que tu madre. La suerte es que en Waterly somos pocos, así que tampoco nos costará mucho dar con él, tras descartar todos los que no sean blancos y con ojos azules.

—¿Y si tuviera los ojos como los suyos, pero no su color? —dije pensando en esa posibilidad.

—Está bien, no discriminaremos a nadie por color de ojos.

—¿Y si no fuera blanco? —dije esta vez, pensando que aquello podía ser, la genética era la genética y esas cosas pasaban, Evan entornó los ojos.

—Podría ser, pero no lo veo muy probable. Tú has salido blanca como la leche —dijo acariciándome la mejilla. Me sonrió y le devolví la sonrisa.

—Está bien, miraremos los anuarios el lunes, ¿y ahora podemos dejar a un lado la investigación y divertirnos un poco?

—A mí esto me divierte.

—Lo sé, pero tengo hambre y el cuerpo rígido por el frío. Necesito comer antes de que se me congele el estómago y no pueda digerir comida. Quiero uno de esos gofres —dije alzando la nariz para olfatear el aire. Olía deliciosamente bien.

—Vale, vamos a dar una vuelta. Avisaré a las chicas.

La verdad es que estaba deseando salir de esa caseta y dar una vuelta para ver si veía a Dylan. Tenía ganas de verlo. No me había podido quitar de la cabeza ese casi beso que me había dado y que había removido tantas mariposas en mi estómago. Me gustaba. ¿Cómo no iba a gustarme? Estaba bueno, estaba fuerte y era alto, era simpático y, lo más importante, parecía estar interesado en mí. De no ser por ese detalle, ni siquiera me hubiera planteado que me

gustase, pero la posibilidad de que yo pudiera gustarle a él constituía su mayor atractivo. Ya sabía que era un picaflor y que tal vez se comportaba así con todas las chicas de Waterly, pero me agradaba sentirme especial y deseaba esa idea tan pronto se asomaba a mis pensamientos. ¿Por qué no iba a gustarle? Era mona y tenía personalidad. Estaba bien, pero... Debía admitirlo, no tan bien como Dylan.

Nos despedimos de Noah y demás compañeros del club de teatro y nos mezclamos con la multitud de curiosos que remoloneaban junto a los puestos. Evan me agarró del brazo como solía hacer y me dirigió hasta la caseta de los gofres. Carol y Judy habían decidido que querían comer pizza y se alejaron en dirección contraria. Quedamos en encontrarnos más tarde en la plaza Mayor para el encendido del árbol.

—Hace días que no hablo con Blaine —le comenté mientras esperábamos en la cola.

—¿Y por qué no?

—No me ha llamado.

—¿Y por qué no lo llamas tú? Las ondas electromagnéticas circulan en ambos sentidos.

—No sé. Solo hace una semana que estoy aquí y siento como si hubiera pasado una eternidad.

—Es el efecto Waterly. Te atrapa y te sumerge en un sueño eterno que te aleja de la realidad. —Evan fue adoptando un tono de voz místico. Le di un codazo y gruñó—: Me vas a hundir las costillas.

—Lo echo de menos, ¿sabes? Pero no tanto como esperaba. Cuando mi madre me obligó a venir creía que iba a morirme. Blaine y yo estábamos pensando en hacerlo... —arqueé las cejas y dibujé una pequeña sonrisa para no tener que decir aquello en voz alta.

—¿Hacer qué?

—Ya sabes —bajé la mirada fija en su rostro para hacerle entender.

—¿Ibais a hacerlo? —preguntó elevando el volumen.

—No grites —le pedí mirando a todos lados—. No hace falta que se entere todo el mundo.

—¿Ibais a hacerlo? —repitió en voz baja.

—Lo estábamos pensando. Él quería y yo... Supongo que también.

—¿Querías o no querías? —preguntó en tono exigente.

—No sé, creo que sí.

—Se quiere o no. Blanco o negro. Positivo o negativo. No hay medias tintas.

Bajé la mirada sintiéndome mal con aquel interrogatorio. No esperaba una reacción así de dramática por parte de Evan. Pensaba que se lo tomaría como algo *cool*. Éramos jóvenes y el sexo formaba cada vez parte más activa en nuestro modo de vida. Era normal. Tenía amigas en San Luis que habían perdido la virginidad a los trece. En cierto modo yo era una retrasada sexual.

—No tenía que haberte dicho nada —le repuse molesta—. No lo entiendes. Estamos juntos y nos queremos, cuando dos personas se quieren lo hacen. No hay más.

—Pero tienes quince años.

—¡Y tú!

—Pero no soy yo quien se plantea acostarse con su novio —me repuso con un suspiró final.

—No entiendo por qué te molesta.

—No me molesta.

—Pues no entiendo tu actitud.

—Pensaba que eras virgen.

—Y lo soy.

—¿Y tu primera vez iba a ser con alguien con quien solo crees que querías acostarte? —Evan entrecomilló la palabra «crees» mientras negaba con la cabeza. Seguía serio y aquello me abrumaba. Él no era así.

—Joder, Evan, pareces mi madre. El sexo es solo sexo.

—El sexo no es solo sexo. No la primera vez. La primera vez tiene que ser especial y única, porque siempre la recordarás. Las demás veces solo serán eso: demás veces, muchas más, las que quieras y con quien quieras, como si es con un tipo al que acabas de conocer en los aseos de una gasolinera, pero la primera no, Olivia. No. La primera debe ser mágica.

—Da igual, eso ya no va a suceder. Ahora estoy en Waterly.

—Pero si estuvieras en San Luis habría sido lo más probable.

—No quiero seguir hablando sobre esto, Evan —le dije.

—Solo quiero que cuando lo hagas estés segura a ciencia cierta de que quieres hacerlo, que no pienses que tienes que hacerlo porque él quiere, no es así. Es una decisión de dos.

—Vale, sí, ya lo has dejado claro —le dije enfurruñada y me quedé callada con la vista clavada en la señora que atendía. Aquel debía ser el puesto más atiborrado de clientes. No llegaba nunca nuestro turno.

—Olivia. —Evan me cogió la mano y, cuando volví la cara hacia él, me sonrió—. Perdona, si me he pasado.

—No tenía que habértelo confiado. Pensaba que tú lo entenderías. Eres un chico y.... —me quedé dudosa sin saber cómo continuar sin herir los sentimientos de un adolescente que no había tenido agallas todavía para salir del armario.

—¿Y qué?

—Pues que como eres, como eres... Pues...

—¿Cómo soy?

Le mantuve unos segundos larguísimos la mirada.

—Como una mujer por dentro.

Evan me soltó la mano de golpe y me lanzó una mirada iracunda.

—Ya te dije que no soy gay.

—Lo sé, pero lo eres, ¿no? A mí puedes decírmelo. No voy a cambiar en nada. No me importa, de verdad.

—Que no lo soy, Olivia. Y te pido, por favor, que dejes de decirlo tú, porque no es verdad.

—Vale —dije, asintiendo repetidas veces, luego le cogí la mano—. No volveré a decirlo. Solo quería que lo supieras, que no me importa.

—¡Olivia, ya!

—Perdona, si me he pasado yo ahora.

—Estás perdonada. Esto no avanza —dijo mirando al frente—. ¿Pasamos de los gofres?

—Sí, vayamos a por unas burgers.

28

April

Aquella tarde el mercadillo estaba muy concurrido, la gente de los alrededores se había desplazado para contribuir con sus compras a los negocios locales de Waterly o simplemente para dar una vuelta en familia y comerse unos gofres con chocolate en el puesto de Anne Janssens, una nueva vecina medio belga que, con su receta tradicional, envolvía el ambiente de un delicioso olor, invitándote inevitablemente a probarlos.

Poco a poco, Jacinta me iba poniendo al día de los cotilleos de Waterly, algo que también podía considerarse tradicional en mi pueblo natal. Aunque Jacinta también era una recién llegada como quien dice, estaba al corriente de muchas cosas que, lejos de escandalizarme, me parecían nimiedades. Vivir en una gran ciudad te hacía amoldarte únicamente a tus circunstancias y lo que cada cual hacía en su vida no era incumbencia de nadie, ni siquiera de tu vecino de puerta, al que, en muchas ocasiones, ni llegabas a conocer.

—Y esa es Christina Walters, una arpía muy amiga de la mujer del alcalde. Típicas estiradas de clase media alta, que disfrutan de un buen cardado de peluquería mientras despellejan a la tercera de turno porque no le salieron bien los *muffins* en la reunión de madres del condado —me dijo Jacinta, tras despedirse de unos ojeadores que no compraron nada.

—¿Cómo conoces tantos detalles de la gente? No te pega mucho ser así.

—Que los conozca no significa que me importen, pero los cuchicheos de esas dos me han tocado de cerca y les tengo un

poco de odio.

—¿Quién es el alcalde?

—Otro estirado hijo de papá que le vino el puesto regalado. El encendido del árbol es dentro de una hora y creo que le pone cachondo darle al interruptor. Ha nacido para el protagonismo.

—Está bien, habrá que conocer a ese tipo —dije pensando en que solo había preguntado por el nombre y me había dado todo tipo de detalles excepto eso.

—No te pierdes nada si no lo conoces. Además, estamos escasas de cambio, ¿puedes ir a pedirlo?

—Si no hay más remedio—dije encogiéndome de hombros.

—Y quítate el gorro, ya no tienes nada que esconder. —Jacinta me dio un billete de veinte dólares y se marchó a saludar a unos amigos, no sin antes mostrarse ofendida porque aún siguiera escondiendo su obra de arte debajo de mi gorro de lana.—Te queda bien el gorro, no te lo quites. —La voz de Noah mientras me daba la vuelta para quitármelo y lucir mi nuevo *look* me sobresaltó.

—¿Lo dices porque así no se me ve el pelo? Ya me lo he arreglado, listillo, bueno, ha sido Jacinta.

—Ya me han informado, pero lo decía porque cuando lo llevas puesto resalta el color de tus ojos. Son muy bonitos.

—¿Dónde está la cámara oculta? —Miré hacia todos los lados.

—Estoy solo.

—Al final me lo voy a acabar creyendo, tres cumplidos diferentes en un día son demasiados para mí.

—Los hombres en San Luis deben estar ciegos. —Noah fue a cuchillo, sin anestesia ni nada.

—¿Por qué? —Intuía la respuesta, pero quería escuchárselo decir. Hacía mucho tiempo que un hombre no se interesaba por mí de ese modo.

—No entiendo que alguien como tú... —Los ojos de Noah se deslizaron por toda mi cara antes de proseguir—... No tenga decenas de pretendientes aporreando su puerta.

Solté una carcajada. El único que en San Luis aporreaba mi puerta era el señor Arnstein y cuando lo hacía era para reclamarme el pago del alquiler.

—¿Estás intentado ligar conmigo? Sé que suena imposible, pero estoy empezando a tener mis serias dudas. —Y las tenía, habían sido dos días intensos con Noah y quizá estaba siendo demasiado claro este último.

—¿Qué te hace pensar que no lo hago?

—¡Somos familia! —Rodé los ojos.

—No esa clase de familia, April. Yo no te veo como una hermanastra.

—Pues lo somos, por lo menos políticamente hablando. Además, te llevo casi un lustro. —Estaba siendo demasiado negativa, pero hasta el momento había sido mi escudo protector y, por mucho que Noah encendiera algunas alarmas en mí, debía mantenerme detrás de la línea que me había autoimpuesto para mantener el control.

—Solo tienes cuatro años más que yo, ¿acaso quieres ser mi hermana mayor?

—Lo soy —dije firme.

—No, no lo eres, que yo sepa soy hijo único —me repuso, molesto.

—Noah, mírame, pero ¿tú me has visto? Tengo pinta de hermana, de madre, de amiga fea, pero en mis planes no entra que un hombre se fije en mí por lo que soy por dentro. No creo mucho en los cuentos de hadas y debo tener un hígado horrible.

—Eso no es cierto, cómo te veas tú es problema tuyo, pero los demás pueden verte de otra forma, aunque tú te niegues. —¿Estaba enfadado? Por su tono lo parecía.

—Puede que no quiera que la gente me vea así, prefiero seguir inaccesible y vivir en mi mundo, aunque no sea perfecto.

—¿Eso quiere decir que tengo las puertas cerradas?

—Me sorprende que quieras tenerlas abiertas. —Lo miré unos segundos, parecía decepcionado y yo en cierto modo también. No controlaba lo que decía, tan solo lo soltaba. Era una costumbre que a menudo te hacía perder cosas interesantes en la vida, incluido el amor, pero yo era así, lo tenía asumido e intentaba quererme tal como era, aunque a veces no resultara.

—Está bien. —Se dio por vencido—. Jacinta me ha comentado que vaya con vosotras a Barney's, pero puede que no te parezca

buena idea.

—Puedes venir, quiero que vengas.

—Lo pensaré —dijo antes de marcharse y dejarme un amargo sabor en la boca, un sabor que era fruto de mi propio veneno. Era una estúpida negando una evidencia que también estaba presente en mí. Noah me gustaba, pero mi orgullo, como siempre, volvía a complicarme las cosas.

29

Olivia

El alcalde Taylor empezó su sermón, no era un acto religioso, pero por su tono de voz me recordaba al reverendo Sullivan en nuestra iglesia Del Santo Redentor en San Luis. Aburrimiento máximo. Los habitantes de Waterly se mantenían silenciosos atentos a sus palabras, unidos por una sensación general de bienestar y paz, preludio de las fiestas que se avecinaban. Judy y Carol habían acudido al punto de encuentro junto a la fuente de la plaza y Evan permanecía sentado, sobre el banco de piedra que rodeaba la fuente, con los ojos entornados fingiendo prestar atención al *sermón* del alcalde.

—Es mono el alcalde para ser viejo —dije observándolo con interés. Era alto, rubio y tenía buena pinta dentro de su traje de chaqueta.

—Si tú lo dices —dijo Evan sin apartar la mirada del grupo de politicuchos del ayuntamiento.

—¿Cuántos años tendrá? —le pregunté, mientras hurgaba en mi riñonera en busca de un chicle.

—¿Es que te lo quieres ligar? Muy mayor para ti, ¿no crees? Además, está casado.

—Solo he dicho que está bien —me defendí.

—No sé, ¿por qué lo quieres saber?

—No sé, simple curiosidad. ¿Es de aquí?

—Sí, su familia es la propietaria de los Aserraderos Taylor. Son toda una institución por la zona. Mi madre dice que su esposa tiene los ovarios secos como pasas.

—¿Tu madre dice eso?!

—Mi madre dice muchas cosas —me repuso riendo—. Mira, ya van a encender el árbol.

Desvié la atención hacia el enorme abeto que habían montado y decorado los días anteriores y esperé a que el alcalde diese la orden de encendido.

Tras sus palabras, el árbol se iluminó y la gente aplaudió en el acto. Aunque no quisiera admitirlo, ese tipo de acontecimientos siempre conseguía emocionarme. Sonreí mirando embelesada el baile de las bombillitas amarillas entre las ramas decoradas con grandes bolas plateadas y me alegré de estar en esa plaza. En San Luis mi madre nunca tenía tiempo para ir a ese tipo de eventos y tampoco me dejaba ir sola. Siempre veía el encendido de las luces de Navidad del Jardín Botánico por la tele, pero no era lo mismo.

—¿Y ahora? —le pregunté a Evan. La gente seguía concurrida en la plaza en grupitos animados, pero suponía que había llegado el momento de irnos de allí. Podríamos morir de frío. Carol y Judy se despidieron de nosotros hasta el día siguiente.

—Ahora, a casa. ¿Quieres que te acompañe? —Evan empezó a andar.

—No —dije. No me daba miedo caminar sola hasta Waterly Inn. En aquel pueblo tenía la sensación de que nada malo podía pasarle a una chica que anduviera sola por las noches.

—¿Estás segura? Es un buen trecho y no hay muchas luces en esa carretera.

—Segurísima. No te preocupes. Te enviaré un mensaje en cuanto llegue.

—¿Cuándo podré ir a tu casa?

Lo miré dudando durante unos instantes. No sentía el hostel como mi hogar, pero sí que era mi casa. Bueno, era de mi madre, por tanto, sería mía en un futuro.

—Cuando quieras.

—¿Puedo ir mañana después de misa? —me preguntó sonriente.

—¿Vas a ir a la iglesia?

—A la Evangelista. ¿Quieres venir?

Entorné los ojos y negué con la cabeza.

—¿Tu madre no te obliga a ir a misa los domingos? —me preguntó.

—No, porque ella tampoco suele ir.

—Es una suerte que puedas librarte. Es un tostón.

—¿Tu hermano también va? —No podía imaginarme a Dylan sentado formalmente en un banco de la iglesia mientras rezaba oraciones con el alto tupé peinado a un lado.

—¿Qué pasa? ¿Que si él viene, ya quieres venir?

—No, qué va, solo preguntaba. Entonces ¿vendrás mañana a mi casa? —Llamar a Waterly Inn *mi casa* me resultó extraño, pero a la vez una cálida sensación reconfortante hizo nido en mi pecho.

—Claro, he querido entrar en esa casa toda mi vida.

—Pues estás oficialmente invitado a visitarla —le dije con solemnidad. Estaba orgullosa de poder enseñársela. Por primera vez en mi vida, podía mostrar mi casa a mis amigos sin sentir una rotunda vergüenza.

—Muchas gracias. Estaré allí a eso de las doce y media.

—Estupendo.

Llegamos al cruce en que debíamos seguir caminos distintos y nos despedimos. Antes de separarnos, Evan volvió a preguntarme si quería que me acompañase y yo volví a negarme. Era mayor y podía ir sola hasta mi casa sin necesidad de ser escoltada.

No había avanzado muchos metros cuando ya estaba arrepentida de haberle dicho que no. Por el día, la calle Wislow se veía muy luminosa y adorable, pero por la noche parecía el escenario perfecto para una película de psicópatas en serie. Aceleré el paso y traté de borrar de un plumazo las horribles imágenes sangrientas que acudían a mi cabeza. Nota mental: debía dejar de ver películas de miedo.

Escuché el sonido de un motor acercándose y tuve que contenerme mucho para no salir corriendo.

Tranquila, Oli, no pasa nada. Estás en Waterly, un pueblo encantador en el que nunca ocurre nada malo, me dije, tratando de tranquilizarme un poco. ¡Hasta que pasa!, mi voz interna más sensata volvió a alertarme. ¡Corre, Olivia, corre!, me gritó, justo en el momento en el que un coche aminoró la velocidad a mi altura. Fijé la

vista al frente y mantuve la marcha a buen paso. No quería mirar a quien fuera conducía ese vehículo. Ni loca pensaba subirme en el coche de un desconocido. El vehículo circulaba a la par que yo. El corazón me iba a mil y las piernas ya no me iban más deprisa.

La ventanilla del coche bajó, su sonido me erizó todos los pelos que aún no tenía empinados. Alguien me llamó por mi nombre y entonces me decidí a mirar. Al ver a Dylan al volante sonreí, obviamente encantada de que fuera él y no un posible descuartizador de chavalas inconscientes que deambulan solas en mitad de la noche.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio? —me preguntó con una sonrisa que iluminó de golpe toda la calle Wislow y más allá.

—Sí, por favor. —Lo de ser una valiente se había esfumado mientras exudaba miedo.

—Anda, sube —dijo parando el coche, luego se estiró para quitar el seguro de la puerta del copiloto—. ¿Qué haces por ahí andando sola? —me preguntó en cuanto tomé asiento.

—He estado en el mercadillo y luego en el encendido, volvía a casa. Me has asustado, Dylan. Pensaba que eras un asesino.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy? —Dylan arqueó una ceja y sonrió de lado.

—En realidad, nada. Podrías serlo —tuve que admitir.

—Pero no lo soy. Soy un buen chico.

—Eso es justo lo que diría un asesino antes de clavarte un cuchillo en el estómago.

Dylan soltó una carcajada y luego me preguntó:

—¿Tienes que volver ya a casa?

—Sí, mi madre solo me dejaba quedarme hasta el encendido de las luces. ¿No has ido a verlo?

—Paso de esas chorradas.

—¿Y de dónde venías a estas horas?

—Del viejo taller de Grayson, nos reunimos allí para beber cervezas y fumar.

—Tú no fumas —le repuse.

—Los que fuman.

—¿Y bebes cerveza?

—A veces, ¿y tú?

—Nunca la he probado.

—¡¿No me digas que no?! —se rio—. ¡Una chica mala como tú, que fuma hierba, no ha probado la cerveza! No puedo creerlo.

—No te burles de mí. —No la había probado porque detestaba el olor de ese mejunje fermentado.

—No lo hago, solo me sorprende. ¿Quieres probarla?

—Tengo que volver a casa. Puede que otro día.

Dylan se rio de nuevo y yo le pregunté:

—¿De qué te ríes ahora?

—Otra vez vuelves a sorprenderme, Oli. No solo no has probado la cerveza, además, obedeces las órdenes de tu mamá sin rechistar.

—Bueno, es tarde —me defendí.

—¿Y qué?

—Pues que... —Iba a buscar un buen pretexto para no saltarme las normas de mi madre, pero de pronto la idea de pasar un rato más con Dylan y tomarme una cerveza con él me pareció una idea demasiado tentadora como para rechazarla—. Está bien. La probaré. ¿Dónde vamos?

—Donde quieras. Tengo unas botellas en el asiento de atrás. Coge una. Te aseguro que están muy frías.

Me reí y busqué con la mirada los botellines en la parte trasera.

—Pásame una —me pidió Dylan.

—¿Vas a beber conduciendo? —le reproché.

—Puedo parar si eso te va a hacer sentir más segura.

—Pues sí, eso estaría bien. No me apetece morir esta noche.

Dylan acercó el coche al arcén y lo detuvo. Estaba bastante oscuro y por allí no pasaba nadie a esas horas. Habíamos dejado atrás el casco urbano, Waterly Inn estaba al final del camino y no había más casas en los alrededores, así que estábamos solos. Dylan y yo. En su coche. Era el lugar ideal para darse el lote. Me pregunté si esa era la intención de Dylan tras emborracharme a cerveza y reflexioné brevemente sobre si eso era lo que quería hacer yo.

Cogí un par de botellas y le di una. Estaban muy frías, tal como había asegurado, y mojadas. Debía haberlas conservado bajo la

nieve mientras había estado en ese viejo taller con sus colegas.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó antes de darle un trago a su cerveza. De momento yo me había metido un chicle en la boca y estaba haciendo tiempo antes de probarla.

—Ya sabes cómo me llamo.

—Me refiero a tu nombre completo.

—Ah, Olivia Chase.

—¿Chase? Entonces llevas el apellido de tu madre, ¿verdad? Y así es como se apellida también tu abuela, la dueña del Waterly Inn.

—Así es. Yo no tengo padre.

—Eso es imposible. —Dylan me sonrió de medio lado.

—Uno conocido, quería decir. Es evidente que tengo padre, si no, no hubiera podido ser engendrada.

—¿Eres producto de una inseminación artificial?

—No, mi madre lo hizo por la vía normal con un tipo y salí yo.

—Debe ser raro no tener padre.

—Para mí no, nunca lo he tenido. Lo raro sería tenerlo.

—¿Nunca has querido saber quién es? —Dylan dejó la cerveza apoyada en su abdomen y se quedó mirándome fijamente.

—Sí, de hecho, ahora que he vuelto aquí, esas ganas que tenía se han acentuado. Pero no es vital para mí. Solo siento curiosidad por saber quién es, y si tiene familia, si tengo algún hermano o hermana.

—Tener hermanos no mola.

—¿Por qué dices eso? Evan es genial.

—Evan es idiota.

—Qué va, no lo es. Es muy majo —protesté riendo.

—¿Te gusta mi hermano?

—Oh, no, solo somos amigos.

Estaba a punto de decirme algo cuando mi móvil comenzó a sonar.

—Es él —le dije.

—¿Para qué te llama a estas horas?

—Le dije que le avisaría cuando llegase a casa. Debe estar preocupado. Voy a responder o es capaz de venir corriendo a buscarme.

Dylan levantó la mano como dándome permiso.

—Perdona. Estoy bien. Ya he llegado, pero se me ha olvidado enviarte el mensaje —le dije a Evan, tras escuchar su ristra de reproches por haber pasado olímpicamente de todos sus mensajes de alarma. Luego nos despedimos otra vez hasta el día siguiente.

—Creo que le gustas —me dijo Dylan en cuanto colgué la llamada.

—Qué va, ¿cómo voy a gustarle? Él es... —De pronto me detuve, Evan me había pedido horas antes que dejase de decir que era gay.

—¿Qué es?

—Bueno, él es un chico al que le gusta Jen.

—¿Jen Hudson? ¿La jefa de las animadoras?

—Sí, eso creo.

—Jen nunca saldría con Evan.

—¿Por qué?

—Porque Evan es idiota, es un pringado.

—Evan no es un pringado, ni tampoco un idiota.

—Todos los de grupo de teatro del señor Connors lo son y tú también vas a serlo si sigues juntándote con ellos.

—Pues me caen bien.

—Puede que sean majos, pero no te conviene convertirlos en tus amigos. Hazme caso, sé lo que me digo.

—Bueno, lo mío en el instituto es temporal. Cuando acaben las Navidades volveré a San Luis.

—¿Y mientras estés aquí quieres ser del grupo de los pringados? —Dylan apoyó una mano en mi rodilla y dirigió a mí sus enormes ojos azules. Mi cuerpo se tensó como un trampolín y sentí hasta el último vello de mi piel erizarse. Él se dio cuenta y apartó la mano de prisa.

—¿Tengo más opciones?

—Puedes salir conmigo —dijo y esbozó una sonrisa picante.

Me reí y él sacudió la cabeza sin dejar de mirarme.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Nada —le contesté.

—¿Por qué te ríes así? ¿Piensas que bromeo?

—Sí, me cuesta creer que alguien como tú...

—¿Alguien como yo? —preguntó cortándome.

—Sí, un chico deportista y popular... No soy lo que se dice la típica chica que se juntaría con alguien como tú.

—Tienes mentalidad de pringada. Solo una pringada diría algo así.

—Puede que lo sea después de todo. Puede que no tenga salvación y ya esté condenada a ser una marginada.

—Pues yo no te veo así.

—¿Y cómo me ves?

—Guapa. Interesante. Sexi. Me gustas, Oli. Ya te lo dije.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Era verdad que ya me lo había dicho, pero yo no terminaba de creérmelo. Los chicos como Dylan no salían con chicas como yo.

—Bueno —siguió diciendo—, ¿vas a querer salir conmigo?

Me reí.

—Ya sabes que teng... —empecé a decir.

—Pareja —terminó por mí y se carcajeó.

—Salgo con un chico en San Luis —dije afianzando mis palabras.

—Pero ese chico no está aquí y yo sí. —Dylan volvió a lanzarme una de sus sonrisas arrebatadoras y sentí que me derretía por dentro—. Toma. —Me pasó su botella—. ¿No piensas probarla?

La cogí y acerqué la nariz a la boquilla. Hice una mueca y se la devolví.

—No me gusta cómo huele.

—Huele mal pero sabe bien. Acércate —dijo aproximándose a mí por encima del cambio de marchas. Le dio un trago y esperó a que yo recorriera el espacio que nos separaba—. Pon tu boca aquí —levantó un dedo y se lo posó en los labios. Carraspeé sintiendo una espiral de nervios revolverse en mi estómago—. ¿A qué esperas, Oli? No voy a morderte —dijo y se relamió el labio inferior.

Asentí y acerqué mi boca a la suya. Cuando las pegamos, me besó y las espirales dibujaron fuegos artificiales en el centro de mi pecho.

30

April

La gente fue abandonando el camino que recorría los puestos y se concentró de golpe en la plaza Mayor. Un enorme árbol presidía el centro de la plaza y se alzaba por encima de las cabezas de los allí congregados para escuchar el discurso del alcalde y posterior encendido. En San Luis cada barrio tenía su propio acto por esas fechas, pero el encendido de las luces de Navidad del Jardín Botánico siempre era el que atraía a más gente. En Waterly, sin duda, el encendido del árbol del Ayuntamiento era un momento importante para los vecinos y causaba gran expectación.

Todavía no se lo había confesado a mis amigos, pero las Navidades no eran mis fechas preferidas del año, aunque en realidad no tenía predilección por ningunas. Mi vida siempre era la misma, lloviera, nevara o hiciera sol. Había perdido la ilusión por las vacaciones de invierno, vacaciones que, trabajando en un hotel, no tenía. Pero debía ser sincera conmigo y admitir que ese año las cosas empezaban a ser diferentes, Jacinta y el mercadillo me habían devuelto esa pequeña ilusión casi infantil por esas fiestas, y Noah, aunque me pesara admitirlo, también había traído un soplo de aire fresco a mi anodina vida.

—¿Todavía no has traído el cambio? —Jacinta parecía muy interesada en que fuera a por esas monedas.

—¿Tanta prisa tienes? Me perderé el encendido, aunque tampoco me importa mucho. —Y así era, la Navidad en realidad me tenía sin cuidado.

—Muchísima, si no mañana a primera hora tendré que buscar monedas a la desesperada —me dijo y me empujó fuera del puesto.

—¿Lo llevo bien puesto? —le pregunté recolocándome el gorro.

—Lo llevas metido en la cabeza como cualquier otro gorro, ¿qué te ha dado ahora con eso? Es un simple gorro de lana para calentar el cogote.

Así era, pero, desde que Noah me había dicho que me quedaba muy bien, estaba muy preocupada por su posición y encuadre en mi cara. Estaba siendo una estúpida. Me dejaba llevar por ilusiones tontas que no iban a llegar a cuajar en nada real. Era imposible.

—¿Tan importante es para ti el encendido de un pobre abeto muerto? Creía que eras una fiel defensora de las causas nobles —le dije a Jacinta.

—Primero, no está muerto, el abeto se replanta después de las fiestas, y, segundo, ¿qué te hace pensar que no me gusta la Navidad y el halo mágico que la envuelve?

—Supongo que los falsos mitos. Te veo tan hippie y despreocupada, que me es difícil ver que disfrutas realmente con todo esto.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Por qué no disfrutas de todo esto? ¿Qué tiene de malo? —dijo mientras cerraba la caseta.

—Absolutamente nada, pero hacía tanto que no las vivía de este modo que se me hace raro. Siempre he estado sola con Olivia durante estas fechas y además trabajando.

—Pues con más razón para que reconectes y te reconcilies con estas fechas. La gente que va diciendo que no le gusta la Navidad miente, a nadie puede amargarle esta época del año, yo creo que son fechas muy bonitas.

—Lo son, tienes razón.

—Siempre la tengo. Mira, allí está Noah, te espero allí con él, ¿vale? —Jacinta me despachó rápidamente e insistió en que fuera a buscar el dichoso cambio, tratando de hacerse un hueco entre la gente para llegar hasta Noah. Pero yo la seguí, algo en mi interior quería ver ese encendido, o quizá estar junto a Noah.

—Hola —le dije poniéndome a su lado. Él tan solo levantó el mentón y miró al frente. Estaba molesto conmigo, era evidente.

—¿Qué haces aquí?! Vete antes de que cierren el puesto de gofres, es el único que tendrá monedas suficientes. —Jacinta golpeó mi brazo con una ilusión impropia para una mujer de su edad.

—Ya voy, está bien. Lo cierto es que me estoy agobiando un poco con tanta gente. —Y en parte era cierto, pero me incomodaba más el hecho de tener a Noah tan cerca y con esa cara de pocos amigos.

—No hay tanta gente.

—Sí la hay, no soporto que me golpeen la espalda y me den codazos.

—Noah, ¿te ha dicho ya que no le gusta la Navidad? —Jacinta asomó la cabeza por delante de mí para dirigirse a Noah.

—Ya es mayorcita para saber qué le gusta y qué no —dijo tan secamente que el poco aire que circulaba a nuestro alrededor se enrareció.

—Os veo luego, creo que voy a salir de aquí —dije decidida a irme a por el maldito cambio y no seguir incomodando a Noah con mi presencia. Waterly era su pueblo y no tanto ya el mío. No quería fastidiarle la fiesta a nadie.

—Si es por mí no lo hagas —me dijo Noah cuando decidí darme la vuelta y hacerme hueco entre la gente.

—No es por ti, es por Jacinta, necesita monedas —le repuse volviéndome un segundo para luego seguir mi camino hacia la salida del tumulto de gente.

Me detuve en la esquina, al resguardo del porche de la tienda de antigüedades de los Carter. Desde allí podía ver bien aquel árbol y se escuchaba perfectamente el discurso del alcalde que acababa de empezar. Me cubrí el cuello con las solapas de mi abrigo, pues quería protegerme del frío y de alguna cosa más. Me sentía mal por cómo había tratado a Noah y en parte a mí misma. Solía dilapidar cualquier cosa buena que me pasara, como las veces que algún hombre me había hecho un cumplido o me había invitado a cenar. En todas esas ocasiones había rechazado cualquier interés en mi persona, y no es que nadie me quisiera, es que yo no me quería a mí misma.

Fui hasta el puesto de gofres e hice lo que Jacinta me había pedido con tanta insistencia, algo que en parte agradecía, pues de haberme quedado, me hubiera sentido muy incómoda.

—¿Qué ha pasado ahí dentro entre tú y Noah? —Jacinta me sorprendió unos pocos minutos después por la espalda, mientras yo miraba mi móvil para distraerme.

—¿Qué haces aquí? El alcalde aún sigue hablando.

—Bah, tampoco es para tanto. Y tú eres mucho más importante... He notado cierta tirantez entre Noah y tú.

—No es nada.

—No me mientas, no hace falta que lo hagas. Sea lo que sea puedes contármelo.

—¿Puede ser mientras tomamos algo caliente? —Si seguía allí parada con los nervios a flor de piel me iba a congelar.

—Claro, iremos a Barney's.

Por suerte aquel día Sally no estaba en ese turno. La idea de volver y verla me daba vergüenza después de mi inapropiada borrachera. De haber estado ella quizá me hubiera hecho ciertas preguntas que no me apetecía contestar.

Jacinta escuchó pacientemente todo lo que tenía que contarle sobre Noah y lo que este me había dicho horas antes en el mercadillo.

—¿De qué tienes miedo, April? Está claro que os gustáis y de que has estado poco receptiva a sus palabras. No es necesario que te tires sobre él a la primera de cambio, pero deberías aprender a recibir los cumplidos.

—Lo sé, sé que no he estado acertada en mi comportamiento, pero no puedo evitar protegerme de ese modo.

—Entendería que lo hicieras si se tratara de un ataque, pero no lo es, le gustas, le gustas de verdad. Y deja de decirle que sois hermanos, es siniestro. —Jacinta hizo una mueca.

—No sé cómo arreglarlo —le dije algo abatida, la había fastidiado.

—Vas a tener tiempo de hacerlo, Noah viene para acá.

—¿Ahora? —Me sentí apresada e insegura de nuevo.

—Sí, ahora. Le he mandado un mensaje, prometí hacerlo. En cuanto llegue, os dejaré solos.

—No, por favor, no estoy segura de querer estar a solas con él después de lo de antes.

—Sois dos adultos que además deseáis estar juntos, aunque te niegues a lo evidente. Además, este lugar está lleno de gente, no estarás completamente sola.

—¿Estaría mal que huyera ahora mismo? —pregunté en broma, aunque si Jacinta me hubiera dado su aprobación lo hubiera hecho.

—Ya no puedes, Noah acaba de entrar —me respondió al punto que llamaba su atención levantando un brazo en su dirección.

31

Noah

Me detuve a saludar a unos colegas camino de la mesa donde se encontraban sentadas April y Jacinta. De paso me pedí una cerveza y me acerqué a ellas tratando de esbozar una sonrisa. Lo cierto es que la conversación con April había conseguido amargarme. Yo no era de los que se amargaban con facilidad y, sin embargo, consideraba que tenía todo el derecho del mundo para ser un completo amargado. Pero eso no iba conmigo. Mi padre desde el cielo me daba tirones en las orejas cada vez que dejaba entrar la negatividad en mi cabeza y me decía: «Basta. Cada día es un milagro y debes sentirte agradecido por ello». Yo entonces trataba de pensar en otras cosas. Mi padre era un gran tipo.

—Dos chicas preciosas y además solas, qué suerte la mía. ¿Puedo sentarme con vosotras? —pregunté, sin embargo, mi mirada recayó en April que asintió con una leve sonrisa. No parecía muy convencida—. ¿Qué tal han ido las ventas esta tarde?

—Bien. He vendido cuatro de mis libros, cinco cafés y me han robado una pareja de elfos del atrezo. A este paso voy a jubilarme muy pronto —bromeó Jacinta.

Sabía, porque ella me lo había contado, que su mayor fuente de ingresos provenía de la venta digital de sus novelas y que, además, le iba bastante bien, sin nadar en la abundancia, pero le daba para vivir con holgura. No tenía necesidad de poner un puesto de venta en un mercadillo de Navidad. Aun así, lo hacía por contribuir a la comunidad.

—¿Y a ti, cómo te ha ido?

—Muy bien, la gente está muy volcada en la causa. Los padres cada año se esmeran más en la elaboración de los dulces y luego contribuyen en buen grado en la compra de sus propias creaciones.

—Es un negocio redondo. Se lo guisan y se lo comen —alabó Jacinta riendo.

—Mis chicos son estupendos.

—Parece que Olivia ha hecho buenas migas con ellos —comentó Jacinta.

—Sí, enseguida. —Miré a April esperando que dijera algo, pero se mantenía callada. La forcé a hablar—. ¿Cómo volverá a casa Olivia? La he visto en la plaza.

—La iba a acompañar su amigo Evan.

—Evan es un chico genial. Tiene mucha actitud para la interpretación y es un estudiante brillante. Olivia también se ha adaptado muy bien a su grupo.

—Lo sé y me alegro. Te agradezco que se los presentaras. Se la ve bien.

—Chicos, os dejo un rato, he visto a Lauren por ahí y quiero hablar con ella. —Jacinta se puso en pie y se alejó de la mesa, perdiéndose entre la gente. En pocos minutos Barney's se había llenado y casi era imposible hablar sin levantar la voz.

—¿Pedimos? —le pregunté a April, quien se había quedado seria tras la marcha de Jacinta.

—No. Me tomo esta y me voy —me dijo.

Negué con la cabeza.

—Quédate a cenar —le pedí mientras le entregaba uno de los menús.

April lo cogió y lo abrió. Tras ojearlo fugazmente, lo dejó sobre la mesa.

—Voy al aseo. —Se levantó y echó a andar, pero antes de dar el segundo paso, le agarré la muñeca y la obligué a detenerse.

—Lo mejor de aquí son las costillas con salsa de miel y mostaza —le dije cuando se giró para mirarme.

—De acuerdo, tomaré eso.

—Voy a preguntarle a Jacinta lo que quiere cenar y pido en la barra.

—Bien, ahora vuelvo. —April se perdió entre la gente.

Observé su menuda silueta alejarse y su cabello suelto ondeando detrás. Le brillaba. Me gustaba el cambio. Estaba todavía más guapa. Luego busqué con la mirada a Jacinta y la vi apostada junto a la barra hablando con Lauren Olsen. Uno de sus hijos estaba en el equipo de fútbol y sabía por él, que hacía un par de meses que sus padres se habían divorciado. Me acerqué a ellas y, tras recibir un aluvión de cumplidos por parte de las dos, le pregunté a Jacinta qué quería cenar. Me sonrió estrechando sus pequeños ojos y dijo:

—¿Te importa si no os acompaño esta noche? Ya sé que ha sido idea mía, pero Lauren me estaba diciendo de ir a Jacksonville a un club de *drag queens* divertídisimo, incluso quedarnos a dormir si se hace muy tarde. —Jacinta me guiñó un ojito y sonrió con picardía.

—No, está bien. Claro. Tened cuidado con la carretera. Hay mucho hielo.

—Sí, papá. —Jacinta me besó la mejilla y aprovechó para susurrarme algo al oído—. Ya sé que no tengo nada que hacer con ella.

—Nunca se sabe —le respondí y me despedí de las dos—. Y no bebáis mucho antes si vais a coger el coche.

—Tranquilo, Noah. Somos mayorcitas para saber lo que nos hacemos.

Estaba solo ante el peligro, pero en el fondo me apetecía. Iba a por el segundo round con April. No pensaba darme por vencido, con ella no. Había sido la única mujer que me había interesado de verdad desde lo que pasó en la universidad. La muerte de Marshia supuso un antes y un después en mi vida sentimental, como si con su fallecimiento esa parte de mí se hubiera ido con ella al otro mundo. Pero había vuelto de repente con April, fresca, viva y con unas ganas locas de estrecharla entre mis brazos y fundirme con ella.

—Ya he pedido. Jacinta ha encontrado un plan mejor —le dije tomando asiento frente a ella.

—¿Con esa mujer con la que hablaba?

—Sí, pero no cree que tenga muchas posibilidades, solo son amigas, como nosotros. —Eso último lo dije con cierta pena y April

lo notó enseguida.

—Siento haber sido tan dura contigo antes, nunca he sabido encajar bien los cumplidos o el interés que pueda despertar en los demás. No es por ti, soy yo la que no confía demasiado en mí misma.

—No tienes que disculparte, igual he sido demasiado directo. Pero me gustas April, me gustas de verdad.

—Tú a mí también me gustas, puede que sea eso lo que me da miedo —admitió, sabiendo que con ello me estaba dejando la puerta abierta.

—También te gustan los *brownies* y no te da miedo comértelos, ¿por qué te doy miedo? —Sentía curiosidad por sus temores. Yo no era lo mejor del mundo en cuanto a hombre se refiere, pero era una buena persona y no tenía nada que temer.

—No te tengo miedo a ti, tengo miedo a las relaciones.

—No te negaré que el amor romántico es un peligro. Es un estado de enajenación transitoria, irracional y nubla las hormonas. Pasamos por alto los defectos del otro el suficiente tiempo para provocar que perdamos la cabeza por esa persona. Pero el amor verdadero es inmune a los caprichos emocionales y es una elección, un compromiso muy valioso que acepta que no siempre vas a ser feliz, pero no importarán esas circunstancias si estás con la persona que quieres.

—Lo dices tan seguro que suenas hasta convincente.

—Animo a mis chicos del equipo de fútbol, tengo que sonar convincente o no ganarían ni un partido. —Me reí. Mis chicos del equipo eran un poco paquete y mi trabajo consistía en hacerles creer que eran unas superestrellas. Pero con April no tenía que fingir esas cosas, ella era verdaderamente una estrella que brillaba tan fuerte que me cegaba.

—¿Así que estás intentando hacerme creer algo que no soy? —Apoyó la barbilla en su mano y sonrió mientras me miraba fijamente.

—Tú tienes el marcador de tu lado. Ya has ganado muchos partidos sin que tenga que animarte nadie.

—Eso es muy bonito, pero he vivido muchas derrotas.

—Y yo, April, pero lo que te quiero decir es que has hecho *touchdown* en mi corazón.

—Yo... Yo...

—No digas nada si no tienes nada bueno que decirme.

—Es que no sabría qué decir ante eso. Es muy bonito lo que dices y me siento halagada, pero es difícil para mí aceptar ese tipo de cosas.

—Ese tipo de cosas se sienten o no se sienten, y te entiendo. Pero quería decírtelo, no quiero guardarme nada y luego arrepentirme de no haberlo intentado. —Cogí una pajita y la saqué de su funda de papel con nerviosismo.

—Te admiro, es muy valiente por tu parte, yo no soy así.

—Supongo que el día que alguien despierte en ti esas cosas, las palabras saldrán solas de tu boca.

—Ya te he dicho que me gustas. —Recogió el papel de la pajita y comenzó a enroscarlo entre sus dedos.

—Pero también te gusta el helado. No hace falta que te esfuerces en contentarme.

—No, el helado no me gusta mucho, pero no se lo digas a nadie o me tomarían por loca.

Volvió a dedicarme una de sus sonrisas y yo me morí un poco por dentro. La cosa no estaba saliendo bien, pero debía aceptarlo.

—Voy a preguntar si falta mucho, me muero de hambre. —Me levanté con la esperanza de aliviar la tensión que tenía. Me había vuelto a dar calabazas.

Durante la cena nuestra conversación fue por otros derroteros. Aunque no lo pareciera en esos momentos, tenía mi pequeña parcela de orgullo y no pensaba humillarme más. Y no es que ella provocara que me sintiera humillado, April solo estaba siendo sincera sobre lo que sí y lo que no sentía por mí, pero yo mismo también solía machacarme mucho y había cruzado una línea antes inquebrantable para mí y me sentía empachado de mí mismo.

April se centró en hablar de Olivia y lo difícil que le estaba resultando sobrellevar su adolescencia. Yo, como siempre, la escuchaba y aconsejaba. No era padre, pero lidiaba con esos

monstruitos cada día. Era una buena madre, de esas que se preocupan mucho, pero no atosigan demasiado a los hijos por no generar conflictos. Tenía miedo a volver a perder a una persona importante en su vida y quizá fuera ese el motivo por el que huía del amor al igual que yo, pero ella me había dado fuerzas para intentarlo de nuevo sin apenas decir nada, porque ya la conocía. La conocía desde hacía tiempo, aunque no personalmente, pero hay imágenes que no se borran jamás de tu mente...

32

April

Bum, bum, bum... Así había sonado mi corazón durante toda la velada con Noah en Barney's mientras mi boca soltaba respuestas tajantes que espantarían al mismísimo Cyrano de Bergerac. Yo misma me incendiaba y ponía el cortafuego, era una enfermedad autoinmune que me atacaba a mí misma para alejarme de unos miedos infundados.

Noah me estaba diciendo cosas maravillosas que en mi etapa pubescente hubieran bajado mis braguitas sin necesidad de tirar de ellas, así consiguió ese desgraciado de Rick que me acostara con él aquella noche mágica, tanto que con su varita creó una vida en mi interior. Y aunque mi mente adulta me decía que Noah no era esa clase de tíos, mi subconsciente encendía todas las alarmas y cerraba las puertas.

Mi amiga Marjorie me había recomendado hacía unos años acudir a un psicólogo que me ayudase a superar todos los traumas de mi vida, pero eran tantos que pensé que el psicólogo acabaría suicidándose por mí, y yo no podría acarrear con esa culpa a mi espalda. Pero en ese momento sentí pena por no haberle hecho caso, porque Noah era maravilloso y, aunque mis pies querían avanzar, mis piernas hubieran corrido tan rápido que me hubiera pasado la meta, que no era otra que él.

Mientras hablaba me perdía en el movimiento de sus labios. Eran carnosos y bonitos y, cuando los humedecía con la lengua para seguir hablando, brillaban de tal forma, que parecían plasmados en un lienzo recién barnizado para eternizar toda su belleza.

Era uno de esos hombres que a medida que conoces te van pareciendo más guapos de lo que realmente son, porque por dentro son tan hermosos, que el envoltorio acaba por acoplarse a lo que irradia a los demás. Y yo no estaba vacunada contra ese encanto que desprendía.

—Igual te estoy aburriendo con mi charlatanería. Si quieres nos vamos. —Noah se había percatado de que no le estaba siguiendo el hilo porque simplemente lo miraba embelesada.

—No, no me aburres. Pero es tarde y deberíamos volver. Olivia debe estar preocupada.

—Pago la cuenta y nos vamos. —Se levantó y giró el cuerpo para coger la cartera de su chaqueta que colgaba de la silla, ofreciéndome una visión de su trasero que acabó por confirmar que mi cuerpo reaccionaba de una forma especial a sus encantos.

—Me gustaría invitarte a mí, te lo debo. —Me hubiera gustado invitarle a muchas cosas. A mi habitación, por ejemplo, pero la puerta blindada que cerraba mi picardía había echado el cerrojo al primer latido irregular de esa noche.

—Otro día, hoy invito yo —me dijo guiñándome un ojo antes de irse a la barra a pagar la cuenta.

El frío de la calle me golpeó la cara. Me había sentido protegida del tiempo durante la cena, arropada por Noah y por la calefacción del local, pero el invierno me había devuelto de golpe a la realidad y volví a sentirme la misma April de siempre. Pequeña y absurda, viviendo algo que no me tocaba vivir, sintiendo cosas que no debería e imponiéndome unas normas de vida casi enfermizas.

—¿Qué haces ahí parada? Sube al coche, va a empezar a nevar. —Noah me reprendió cuando me vio allí plantada formateando el disco duro.

—Perdona, se me ha ido el santo al cielo con este frío.

—Perdonada, pero sube ya —me pidió y escondió la cabeza dentro del coche. Cerró su puerta al tiempo que yo subía por el lado del copiloto y hacía lo mismo.

Noah emprendió la marcha y encendió la radio. Sonó *Angels we have heart on high* cantada por el reparto de la serie *Glee* e hice una

mueca que no se le escapó a Noah.

—¿Es por la serie o porque odias los villancicos?

—No odio la serie *Glee*, al revés, me encanta. Es una de las pocas cosas que aún puedo compartir con Olivia. Pero los villancicos no están dentro de mis gustos musicales.

—¿Quién los escucha todo el año? No los consideraría un género musical, pero es agradable escucharlos cuando toca —dijo alzando las cejas. Noah debía pensar que estaba loca si no me gustaba escuchar durante un mes entero canciones con sonidos de campanillas martilleando mi cerebro.

—Está bien escuchar uno, dos a lo sumo, pero la Navidad cada vez empieza más pronto, unas fechas que antes apenas eran una semana, ahora gracias a la publicidad y los grandes almacenes se alargan a más de un mes. Demasiado amor para mí. —Me encogí de hombros convencida de mi pobre argumento.

—¿Tanto te molesta ese sentimiento?

—No me molesta, quiero a mi hija y me gusta pensar que ella me quiere a mí, pero la vida no es un musical.

—La vida es todo lo que tú quieras que sea. Y tú has convertido la tuya en un funeral, eso tampoco es muy normal, April. —Yo no la hubiera definido como un sepelio, más bien como una montaña rusa con los carriles poco seguros.

—No soy muy normal a secas. Lo he asumido, dicen que aceptar esas cosas es algo positivo. Quizá no estoy haciéndolo todo mal.

El camino fue corto y, tras mi última frase, Noah decidió no decir nada más hasta que llegamos a Waterly Inn.

Bajamos en silencio y corrimos a resguardarnos bajo el porche.

—Lo he pasado muy bien esta noche, gracias —le dije metiéndome las manos bajo las axilas para calentarlas. No llevaba bien los cambios de temperatura y me dolían un poco.

—Déjame verlas.

—¿El qué? —¿En serio me estaba pidiendo eso?

—Las manos, ¿qué otra cosa pensabas? —Noah ladeó la cabeza y sonrió de medio lado.

—¿Y tú? Yo me refería a otra cosa como las orejas.

—Seguro que las tienes preciosas, pero no quiero explorarlas. Ahora mismo me preocupan más tus manitas —dijo al punto que me obligaba a sacarlas de su cálido escondite—. Las tienes algo secas por el frío. Podría ofrecerte un baño caliente para manos y una crema reparadora, pero no sé si te parecerá demasiado atrevido.

Me miró a los ojos y se acercó mis nudillos a la boca. Dejó escapar una nube de vapor de entre sus labios y pensé que aquello era una de las cosas más eróticas que alguien podría hacer solo con su boca y mis manos.

Después de más de media vida sin que un hombre me tocara, la sensación que me invadió entonces me impactó muy fuerte. Noah volvió a exhalar otra bruma blanca mientras sus pulgares se movían en círculos sobre mis manos, lo que desencadenó una cascada de placer que proyectó pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Debía estar muy desesperada, era evidente que la privación que me había autoimpuesto no podía ser buena si el mero hecho de que alguien me frotara y suspirara sobre mis manos podía producirme semejante calentón.

—En Japón sería algo demasiado erótico, pero creo que aquí está permitido. —¿Estaba yo coqueteando con Noah? Mi vena bipolar había aflorado de nuevo y el cerrojo de mi puerta blindada había dado una vuelta soltando uno de sus anclajes.

Noah me miró fijamente durante un instante que me pareció eterno. Tenía las manos cubiertas por las suyas y sentí cómo ejercía presión sobre ellas. Su cálido tacto penetró mi piel y me calentó aún más por dentro. Suspiró hondo antes de hablar de nuevo.

—Y esto podría ser tachado de delito sexual. Una suerte vivir en Norteamérica, ¿no crees?

Besó mis agrietados nudillos con exquisita ternura. Sin apartar los ojos de mí, volvió a hablar:

—Quiero que sepas, April, que cada vez que te miro, cada vez que te hablo, cada vez que pienso en ti, siento deseos de besarte.

Todo mi cuerpo se aflojó de tal manera, que los brazos me pesaban a la vez que las palabras de Noah retumbaban en mi mente. Deseaba besarme con esos labios que me habían deleitado durante la cena, provocando en mi ser los mismos deseos callados.

Quería besarme, quería besarlo, ¿quién nos lo impedía?

Estábamos solos con la luna como único testigo y mis miedos habían desaparecido por arte de magia. Se habían autoinmolado y habían generado una gran explosión en mi cabeza. Todas mis estúpidas neuronas, que me habían hecho presa de mi propio instinto, se habían convertido en cenizas. Como un autómata a la que le han dado una orden, me acerqué a él y entreabrí los labios para recibir aquello que los dos deseábamos, él abiertamente y yo en mi fuero interno.

Cerré los ojos y me rendí a las sensaciones. Entré entonces en una especie de trance delicioso. Ahora entendía perfectamente por qué se le daba tanta importancia a los besos y a los abrazos. A mí nunca me habían besado de verdad, no como lo estaba haciendo Noah. Mi primera experiencia fue torpe, veloz y tan insatisfactoria que incluso había llegado a recluirla en el pozo de las cosas que deseaba olvidar. Posiblemente lo había conseguido, porque no tenía nada que ver con lo que estaba experimentando en ese momento.

Noah detuvo el beso. ¿Qué ocurría? ¿Por qué había parado? ¿Tan mal lo había hecho, que ya no quería seguir besándome? A mí me había parecido maravilloso, pero claro, yo no tenía ninguna experiencia en besos y debía ser una nefasta besadora. Besarme debía ser tan excitante como dar lengüetazos en el aire a menos de cinco grados, temperatura a la que estábamos en esa despejada noche.

—¿Estás bien? —preguntó.

Abrí los ojos y sonreí, nerviosa y avergonzada.

—¿Eso es un «sí»? —preguntó.

Asentí.

—Ha sido mucho mejor de lo que había imaginado —dijo. O sea, no lo había hecho tan mal como para querer tacharme de su lista de «mujeres deprimentes a las quiero besar a todas horas».

—Para mí también —admití casi con miedo. Estaba tan desentrenada que no sabía ni cómo había conseguido meter mi lengua en su boca—. ¿De verdad te ha gustado?

Noah abrió los ojos desmesuradamente.

—Claro que sí, ¿por qué iba a mentirte?

—¿Porque doy pena?

—Tú no das pena. No digas eso, April. —Noah me acarició la barbilla y sonrió como lo haría si estuviera mirando un cachorrito expuesto en una tienda de animales.

—Claro que sí.

—No siento pena por ti, ya lo sabes, todo lo contrario. En realidad, no solo tengo ganas de besarte cada segundo del día, también quiero hacerte más cosas. Quiero tumbarte sobre una cama de pétalos de rosa. Quiero cubrirte de besos.

Me quedé tonta escuchando aquello. Nunca un hombre me había dicho cosas tan bonitas.

—¿Lo has sacado de una canción?

—Sí, de Bon Jovi —se rio—, pero eso no quita que me gustaría hacerlo contigo.

Me reí. Tuve que hacerlo. Noah sabía sacar la mejor parte de mí, esa fracción positiva con ganas de avanzar, de vivir plenamente, de permitirse ser feliz por una jodida vez, esa que yo misma dudaba siguiera en pie tras tantos años de castración.

—Pero ¿te gustaría que lo hiciera? —Noah envolvió mi nuca con sus manos y me obligó a mirarlo a los ojos. Sentí su mirada clavada en lo más profundo de mi ser, haciendo levitar mis emociones por arte de magia.

—Me gustaría mucho, Noah, pero necesito tiempo. No estoy preparada para esas cosas.

Noah asintió y posó sus labios sobre mi frente.

—Todo el que quieras. No tengo prisa, iré a tu ritmo.

Olivia

—Tengo que irme —le dije tras estar besándonos durante muchos minutos, tal vez fueran horas. Cuando uno besa de verdad pierde la concentración en el tiempo. Dylan besaba bien, movía la lengua despacio, jugueteando suavemente con la mía, a diferencia de Blaine, cuya lengua entraba rígida igual que un bloque de cemento y se movía a los lados espasmódicamente sin encontrar nunca su lugar. Alguna vez había pensado que podría dislocársela, pero eso nunca había ocurrido.

—Te llevaré a casa —dijo y se retiró a su asiento—. ¿Nos veremos mañana?

—He quedado con Evan. Va a venir a mi casa por la mañana después de misa. —Le sonreí burlona y él asintió.

—Mis padres nos obligan a ir.

—¿Y tú siempre haces lo que te ordenan tus papás? —me refí.

—*Touché.*

—Puedes venir con él si quieres.

—Puede que vaya, pero no confíes mucho en que lo haga. — Puso el motor en marcha y encendió las luces.

Condujo hasta Waterly Inn en silencio y yo lo estuve mirando embelesada todo el camino. Tenía una mandíbula preciosa, bueno, todo él era precioso. Aparcó junto al resto de vehículos estacionados a un lado de la casa y apagó el motor y las luces. De nuevo su mirada se centró en mí y un segundo más tarde nuestras bocas estaban unidas. Comenzamos a besarnos apasionadamente hasta que escuchamos el sonido de un coche acercándose por el

camino. Dejamos de besarnos y nos deslizamos hacia abajo en los asientos para impedir que se nos viera desde fuera.

Era el Toyota de Noah. Pasó por nuestro lado y estacionó en el lugar reservado para su vehículo en el aparcamiento del hostel. Le pedí a Dylan que no se moviera. Me había pasado bastante de la hora de llegada y no me apetecía tener que estar dándole explicaciones a Noah de dónde y con quién había estado. Seguro que luego le iría con el cuento a mi madre y me echaría una buena bronca.

—Ahora no puedo salir —le dije. Tenía que hacer algo de tiempo para que Noah saliera del coche, entrara en la casa y se metiera en su habitación.

—Pues nos quedamos aquí y seguimos donde lo habíamos dejado.

Le sonreí y acerqué mis labios a los suyos. Seguir besándonos era un plan estupendo. Al principio había sentido un ligero resquemor por estar haciendo algo incorrecto. No debía besarme con otro chico cuando seguía estando con Blaine. Pero ese pequeño resquemor se desvaneció tan pronto Dylan me envolvió la nuca con sus manos y profundizó el beso.

—Esa es la voz de mi madre —dije, parándome e irguiendo la cabeza.

Me atreví a asomarme un poco sobre el salpicadero para mirar. Mi madre andaba junto a Noah en dirección al porche. Conversaban y casi podían parecer una pareja de enamorados, pero no iban cogidos de las manos, porque no lo eran.

Al llegar a la escalinata se detuvieron y, tras hablar durante unos segundos, se besaron. Me quedé paralizada mientras sentía crecer en mí una extraña mezcla de sorpresa y cabreo. La verdad es que ni siquiera sabía lo que sentía, solo que era muy fuerte, y quería dar un grito o arrancarme los pelos de la cabeza. ¿Qué cojones era aquello?

Dylan debía estar tan flipado como yo, porque dijo:

—Hostia, tu madre se está besando con el señor Connors.

Yo no podía apartar la vista de aquella espeluznante visión. Era asqueroso. Mi madre se estaba besando con un hombre, y ese

hombre era Noah, su hermanastro.

—Pero ¿no es el señor Connors hijo de tu abuela? —Dylan expresó en voz alta el motivo de mi repulsión.

—Hijastro —aclaré con la vista clavada en ellos dos.

—Alucina, tía, son como los Lannister.

Yo también veía *Juego de Tronos* y sabía lo que estaba queriendo decir. Miré ahora a Dylan soltando llamaradas por los ojos y bufé.

—No son hermanos. No tienen en realidad ningún parentesco de sangre.

—Dios, qué asco.

—Cállate. No seas idiota.

—No la tomes conmigo, Oli —dijo riendo.

—Prométeme que no le contarás a nadie nada de lo que has visto.

—Lo juro —me dijo mientras me cogía la mano—. Ni una palabra saldrá de mi boca jamás.

—¿De verdad? —dije dudando.

—Ahora eres mi chica —dijo como si aquello fuera suficiente como para sellar sus labios con pegamento extrafuerte de por vida.

—No te he dicho que sí.

—Pero me has besado.

—Técnicamente estaba probando la cerveza —le repuse haciéndome la chulita.

—Debe haberte gustado mucho, porque técnicamente la has probado a consciencia.

Me reí y me tapé la boca para acallar mis risas, luego recordé lo que estaba sucediendo unos metros más allá y volví a asomarme para mirar.

Ya se habían marchado, sin embargo, debía esperar unos minutos más. Tenía que darles tiempo a meterse en sus respectivos dormitorios, o quizá... El pensamiento que se abalanzó sobre mi mente en ese momento me obligó a cerrar los ojos y hacer unos ejercicios respiratorios.

—¿Sabías que estaban liados? —preguntó Dylan metiendo el dedo de nuevo en la llaga.

—No tenía ni la menor idea. Me he quedado a cuadros cuando los he visto besarse.

—¿Harán ñaca ñaca?

—Por Dios santo, espero que no.

—Son adultos, los adultos hacen ñaca ñaca. —Dylan me sonrió de forma torcida y se me revolvió el estómago.

—No puedo pensar en mi madre haciéndolo. Es asqueroso.

—Mis padres follan —aseguró como si aquella información fuera a servirme de consuelo.

—Por eso estáis Evan y tú en el mundo.

—Es de agradecer que lo hagan, por tanto —dijo con una sonrisa de tonto, de oreja a oreja.

Me giré hacia el porche y meneé la cabeza de lado a lado. No podía creer lo que había visto. Mi madre y Noah estaban liados.

—¿Seguimos donde lo habíamos dejado, Olivia Chase? —me dijo Dylan—. Ahora no puedes entrar.

Y volvimos a besarnos y la temperatura empezó a subir dentro del coche, algo de agradecer, ya que hacía un frío del carajo. Tras apagar el motor el calorcillo de la calefacción se había ido disipando y de nuestras bocas salían revoltosas volutas de resuellos que envolvían nuestras lenguas. Los lametazos podían escucharse en estéreo cuando el beso pasó a mayores y dejó de ser un simple morreo eterno.

Una tarde en San Luis, mi amiga Bri se había dedicado a cronometrar la duración de mis besos con Blaine. Teníamos el récord en cuarenta y siete minutos sin separar las bocas, y eso que Blaine besaba como el culo. Con Dylan podría estar horas y horas hasta que la lengua se me cayera a pedazos de la boca.

Cuando su mano subió hasta mi teta izquierda y me la amasó por encima de la ropa, decidí que había llegado el momento de parar el asunto, aquello se estaba desmadrando un poco para ser nuestra primera *cita*.

—Tengo que irme —le dije y me aparté, su mano seguía posada sobre mi teta.

—Lo he pasado muy bien.

—Ya lo creo y tu mano también. —Entonces la apartó y me dedicó una de sus sonrisas terroríficamente sexis.

—Mi mano podría pasarlo mejor si tú quisieras.

Asentí y sonreí. No sabía en ese momento qué replicarle. ¿Quería o no quería pasarlo mejor con Dylan? ¿Hasta dónde quería pasarlo mejor? Todavía no lo sabía, así que le dije:

—¿Nos vemos mañana?

—Puede. Venga, sal, o nos vamos a quedar congelados. Sería vergonzoso que mañana nos encontrasen en plan estatua pegados por las lenguas.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza a los lados.

—Hasta mañana, Dylan Robbins —me despedí abriendo la puerta.

—Hasta mañana, puede ser, Olivia Chase —me dijo riendo antes de cerrarla y que yo comprobara por segunda vez que mi madre y Noah ya habían entrado en la casa.

Me dirigía sigilosa a mi habitación cuando escuché unos quejidos. No estaba segura de lo que era aquello que escuchaba. Podría ser mi madre retozando con Noah. Tal como había comentado Dylan era una posibilidad y, aunque yo no había practicado sexo todavía, sabía distinguir los gemidos, y esos no eran de placer exactamente.

Me acerqué al hueco de la escalera y los gemidos se agudizaron. Provenían de la planta baja. Era Grace, mi abuela, y me asusté. ¿Estaría muriendo? La idea me horrorizó. Tenía que avisar a mi madre.

Corrí escaleras arriba y me detuve hacia la mitad. No podía aparecer en su habitación con la ropa de calle, si lo hacía, sabría que había llegado tarde a casa y me costaría un castigo. Retrocedí para ir a mi habitación y ponerme un batín para no levantar sospechas.

Subí esta vez las escaleras decidida a dar la voz de alarma, pero, antes de llamar a la puerta con los nudillos, pegué la oreja para cerciorarme de que no estuviera haciendo cosas inimaginables

en mi cabeza y que Dylan, siendo tan explícito, había metido en mi mente.

No escuché nada raro y me decidí a llamar.

—¿Quién es? —escuché al otro lado.

—Olivia. Mamá, creo que la abuela no está bien.

A los pocos segundos mi madre abrió la puerta con su horrendo pijama de cuadros y sentí alivio, pues nadie en su sano juicio podría erotizar a otro con semejante prenda.

—¿Dónde está Noah? —le pregunté echando un vistazo rápido por la buhardilla.

—En su habitación, supongo. —Me miró con extrañeza—. ¿Qué le pasa a Grace?

—La he escuchado quejarse, no sé qué le pasa, no me he atrevido a entrar por si...

—Tranquila, ve a avisar a Noah —me pidió bajando deprisa las escaleras.

34

April

Entré en la habitación de mi madre preocupada porque el final de su vida se hubiera acelerado. No estaba preparada para eso, no ahora que empezaba de nuevo a empatizar con ella. Me sentía extraña, cosas que antes no me preocupaban ahora lo hacían y con demasiada asiduidad. Grace era mi madre, por lo menos lo había sido durante dieciséis años, y los recuerdos que tenía hasta esa fecha eran buenos recuerdos. Cuando mi padre murió se volcó conmigo, fui su pequeño salvavidas y ella el mío. Pasábamos mucho tiempo juntas haciendo cosas de madre e hija y, aunque intentó que me ilusionara la idea de pintar, nunca consiguió despertar en mí ese lado artístico que ella tenía. Sin embargo, me gustaba ver cómo lo hacía, y con los años, a juzgar por los cuadros que ahora decoraban la buhardilla, había mejorado bastante.

—Mamá, mamá. —Le golpeteé la cara suavemente. Estaba caliente, pero no respondía. Debía haberse desmayado.

No conocía el procedimiento en esos casos o si se debía administrar alguna medicina. Me quedé allí mirándola, esperando que reaccionara, hasta que Noah entró en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a Grace y le cogió la muñeca para comprobar el pulso—. Está muy débil, deberíamos llamar a un médico.

—¿Crees que...?

—No lo sé, pero si es así debemos llamar a un médico para aliviarla. —Su voz sonaba nerviosa, ambos lo estábamos—. April, ve y llama, ahí parada no haces nada.

—Lo siento, ya voy.

No tuve en cuenta esa manera de dirigirse a mí, la situación era grave y yo no había estado a la altura, el miedo y la incertidumbre me habían paralizado por primera vez en la vida. Qué ironía, la vida de mi madre se estaba agotando y su marcha paralizaba la mía.

Descolgué el viejo teléfono de la recepción. Me gustaba que lo hubiera conservado, Waterly Inn era un lugar con cosas y gente auténticas. Rodé los números. Hacía mucho que no hacía algo como aquello y observar la rueda volver a su posición inicial después de haber «marcado» un número era casi hipnótico, pero me concentré en lo que estaba haciendo. La teleoperadora de emergencias me indicó que mandarían cuanto antes una ambulancia con un médico.

—Ya están de camino. —Entré y observé la manera en que Noah acariciaba la cabeza de Grace. Estaba afectado, incluso más que yo—. Se pondrá bien.

—No, no lo hará. Grace se apaga.

—No, todavía no, no puede hacerlo, yo, yo...

—April, tú has hecho lo correcto. Nada de esto es culpa tuya, ¿me oyes? Debemos aceptar cuál va a ser el desenlace, aunque duela. —Se volvió hacia mí y me dedicó un gesto reconfortante—. Si quieres puedes ir con Olivia, yo me quedo con ella hasta que llegue el médico.

—No, Olivia está bien, no me necesita. Quiero estar aquí contigo y con ella. Ya he estado ausente demasiado tiempo. —Apoyé mi mano sobre su espalda, ahora estábamos juntos en eso, y no sabía si en alguna otra cosa más.

—Te lo agradezco, me gusta que estés aquí y seguro que a ella también.

—¿Crees que ahora mismo sabe qué pasa?

—Estoy seguro de que sí, he notado cómo apretaba mi mano un par de veces. —Noah se había aferrado a la mano de mi madre y la asía con ternura.

—¿Puedo?

—No solo puedes, debes. Es tu madre. —Se levantó del borde de la cama y me cedió su lugar en ese momento e hice lo propio.

Me senté junto a ella y agarré su mano. No era la mano que recordaba, aquella que cubría toda mi manita y que con determinación me llevaba a todos lados, dándome la protección que hacía que me sintiera a salvo de todo y de todos. La de ahora era una mano sin fuerza y delgada, con la piel tan fina como el papel de arroz, pero sí sentí su calidez, la calidez de un cuerpo con vida que se aferraba a la mano de otro, buscando esa protección que yo ansiaba a mis cinco años. Y lloré, aunque ella no hubiera querido escucharme hacerlo. Entonces sentí cómo la mano de mi madre apretaba la mía para consolarme a mí, haciendo que mi llanto se agudizara. Incluso en su estado había conseguido que su alma de madre floreciera y pensé en mi lucha con Olivia, en mi lucha contra mí misma y en la lucha que estaba librando mi madre contra la muerte.

—Creo que ya está aquí el médico. —Noah salió de la habitación y Grace abrió un poco los ojos.

—April, tengo miedo —me dijo con dificultad.

—No tengas miedo, mamá, yo estoy aquí contigo. Toda tu familia está contigo.

Noah volvió con el doctor y, tras hacerle un primer examen a mi madre, este nos pidió que saliésemos de la habitación.

—Necesito un café. —Intuía que la noche iba a ser larga.

—Yo también. Iré a prepararlo.

—Te lo agradezco. Iré a ver a Olivia, quiero tranquilizarla. — Noah me acarició la mejilla con el dorso de la mano y me acercó hacia él por la barbilla para darme un beso, pero yo aparté la cara.

—No, aquí no. Pueden vernos.

—¿Y es algo malo?

—No en otras circunstancias, pero me preocupa lo que pueda pensar Olivia. —Hasta ese momento mi hija era todo mi mundo, lo que ella pensara, viera, imaginara u opinara, era lo más importante para mí y mucho menos importante lo que yo pensara al respecto de mi propia vida. Así era y así seguiría siendo.

—Lo entiendo, ve a verla, yo haré ese café, nos hará falta.

—¿Puedo pasar? —Llamé antes con los nudillos y acto seguido asomé la cabeza dentro de la habitación sin esperar a recibir permiso. Los inquilinos tenían llave para cerrar, pero ese privilegio no se le había concedido a Olivia por petición expresa mía.

—Ya estás dentro —dijo sin alzar la vista de su móvil.

—¿Qué tal con tus amigos?

—Bien. ¿Cómo está la abuela?

—No muy bien, el médico está con ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —April dejó el móvil a un lado y me miró fijamente.

—Siempre puedes, ya lo sabes.

—¿Qué tal sienta tener la lengua de un pariente cerca de tu garganta?

—¿Perdona? —Abrí los ojos a más no poder. No entendía muy bien a qué se refería con aquello.

—No te hagas la tonta, sabes perfectamente a qué me refiero.

—No me hago nada, no sé a qué te refieres.

—Noah y tú, en el porche hace un rato. ¿Te ha vuelto la memoria o necesitas más detalles? —Se cruzó de brazos mientras me escrutaba con la mirada. Nos había visto y era absurdo negar lo evidente.

—Eso ha sido una tontería, algo que no debería haber pasado.

—¿Y entonces por qué ha pasado? Te creía un poco más inteligente, mamá. Creía que estabas harta de este pueblo y sus habladurías, pero ya veo que no es verdad y que te mueves por los impulsos de ahí abajo. —Señaló sin ningún pudor mi entrepierna

—Modera tu lenguaje. Puedo ser tu amiga, Olivia, pero ante todo soy tu madre.

—Y la hermana de ese tío. ¿Acaso te has vuelto loca? —Olivia elevó la voz más de lo estrictamente permitido según mis normas.

—No es mi hermano, es un hombre y yo una mujer. Y te pediría que no gitaras tanto ni saques las cosas de quicio. Esto es una conversación privada.

—Sois familia, es asqueroso. Y la privacidad para ti está vetada desde el momento que vas besándote con tíos en plena calle.

—¿Y tú cómo nos has visto?

—En esta casa hay ventanas, mamá. Me he asomado para ver si había comenzado a nevar. —April puso los ojos en blanco y cogió su móvil de nuevo.

—Lo siento, no quería molestarte.

—Pues lo has hecho, ahora, por favor, vete. Quiero descansar.

—Oli...

—Corta el rollo y ve con tu madre. Ya hablaremos.

Y, como si yo fuera una adolescente descerebrada y Olivia una adulta cabal, salí de allí con el rabo entre las piernas. Sin saber a ciencia cierta si lo que había hecho estaba bien o mal, pero con la certeza de que me gustaría repetir aquel beso fuera de las miradas de personas a las que podría ofender con las cosas que sentía.

Llegué a la cocina con la cara desencajada. Nunca antes me había enfrentado al hecho de que mi hija se creyera con el derecho de dirigir mi vida personal e íntima, pero nunca antes la había tenido y Olivia jamás había tenido que enfrentarse a ello.

No sabía si haber anulado esa parte de mí había sido buena idea o no. Para mi hija yo solo era su madre, no era una mujer en toda su extensión, aunque ella sí podía ser una adolescente que salía y tonteaba con chicos. Jamás la privaría de eso y no veía justo que ella quisiera privarme a mí de ese derecho, pero el hecho de verla sufrir por mis actos pesaba más que otra cosa.

—Toma. —Noah me tendió una taza de café—. No te he puesto azúcar, no sé todavía cómo te gusta.

—Me gusta solo, gracias.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Todavía no ha salido el médico? —No quise ahondar en el tema que rondaba mi mente, era algo entre mi hija y yo, y no era el momento.

—Aún no.

—Seguro que ha sido una crisis y tendremos Grace para un rato más.

—Eso es lo que me gustaría, pero esto es la antesala de lo que vendrá después.

—Lo sé, pero me ayuda pensar que no.

—Las muertes inesperadas son peores. Yo he tenido tiempo de hacerme a la idea de que habrá un final que aliviará a Grace del sufrimiento. Es egoísta pensar en que los médicos pueden alargarle la vida, pero no la calidad.

—Lo sé, pero para mí es inesperado, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo y, al igual que te he dicho que es egoísta, me siento como tal, porque no quiero que se vaya. —Noah se acercó a mí de nuevo y lo abracé. Lo necesitábamos. Nos necesitábamos.

35

Grace

No podía hablar y apenas podía abrir los ojos mientras el médico trajinaba mi cuerpo y me inyectaba cosas que en otro momento me hubiera preocupado que entraran en mi organismo. No era una mujer que confiara mucho en la medicina moderna y mucho menos cuando estaba sana. Las drogas de laboratorio, más que sanarte, te destrozaban por dentro, aunque en mi caso, no habían sido las causantes de que estuviera postrada en mi lecho de muerte.

Lo escuchaba hablar con la enfermera, pero no entendía nada, tan solo me dejaba hacer, pero, aunque hubiera querido, no tenía fuerzas para luchar contra ellos, tampoco quería. Necesitaba que me ayudasen a sobrellevar el dolor y el malestar de aquel bicho que me devoraba el interior y me había robado un tercio de vida.

Cuando terminaron conmigo y guardaron todo su instrumental en un maletín de plástico feo, avisaron a mis hijos.

Sabía que estaban preocupados y sentí rabia por no poder decirles que estaba bien y que al día siguiente les prepararía unas galletas con pepitas de chocolate, porque no lo estaba. No estaba nada bien, pero, si las medicinas que me habían suministrado obraban un pequeño milagro, podría disfrutar de mi última Navidad en Waterly Inn.

Conocía bien a Noah y sabía que, en mi estado actual, querría cancelar la fiesta, donde por tradición los huéspedes decoraban el árbol antes de darnos un festín pantagruélico. Eso no podía suceder, nadie tenía por qué renunciar a las pequeñas cosas que la vida nos brinda para alegrarnos la cotidianidad. Yo no era tan importante como para paralizar los sueños e inquietudes de los que

amé y me amaron, porque nadie elige morir ni vivir y nadie puede decidir cuando la gente debe dejar de sonreír.

Los sentí entrar y conversar con el médico, pero no presté atención. Me sentía más aliviada y no me apetecía escuchar las predicciones de mi propio funeral. Dejé que las drogas siguieran haciendo su trabajo y ahorré las fuerzas para decirles que la fiesta tenía que celebrarse con o sin mí.

Cuando estuvimos solos, lo hice. Mi voz sonó débil y poco poderosa, tampoco sabía si se me entendía con claridad, pero, por la cara de mi hija, supe que ella sí me había entendido.

36

April

Los inquilinos de Waterly Inn tenían el don de desaparecer del mapa los domingos por la mañana y era algo que agradecía. Dentro de sus extravagancias, era buena gente, pero yo seguía siendo bastante asocial y mantener conversaciones por el simple hecho de no estar en silencio no iba conmigo. Estaba en la cocina preparando la comida, unas sencillas y fáciles fajitas de pollo, tras pasarme por la habitación de mi madre y comprobar su estado. Había pasado una mala noche, pero ahora parecía encontrarse de nuevo estable dentro de su delicada situación. Yo tampoco había dormido mucho, pues me había quedado en su habitación vigilando su inquieto sueño, repleto de quejidos y lamentos.

—¿Te apetece un café? —le pregunté a Noah cuando entró en la cocina.

—¿Puede ser doble? —Noah tampoco lucía buena cara esa mañana. Se sentó a la mesa y estiró las piernas apoyando la nuca sobre sus manos entrelazadas.

—O triple. —Le sonreí casi sin ganas—. ¿Has ido a ver Grace?

—Vengo de estar con ella. —Suspiró y cerró los ojos. Había estado llorando. Tenía los ojos rojos y hundidos. Yo también había llorado. Sabía que Grace iba a morir tarde o temprano, pero su crisis me había hecho ver que sería en muy pocos días. El tiempo se le escurría del cuerpo como granitos de arena de playa entre los dedos—. Es cuestión de horas.

Asentí y le acerqué una taza de café. Me senté a la mesa.

—No creo que hacer la fiesta sea buena idea. No sé si llegará al sábado —añadió, envolviendo la taza con las manos.

—Debemos hacerlo. Ya oíste lo que dijo anoche, apenas podía hablar y aun así insistió en ello. Parece importante para ella que se celebre esa fiesta. Es una tradición.

—No me siento ahora mismo con muchos ánimos de prepararla, ni siquiera me apetece ir al mercadillo esta tarde ni mañana seguir con los ensayos. Quiero estar el tiempo que le quede junto a ella. Robarle segundos al día y suje... —A Noah se le quebró la voz y extendí la mano para cubrirle la suya. Era grande en comparación con la mía y tan cálida que solo podías querer acercarla a tu pecho y calentarte el corazón con ella.

—Pero tienes que hacerlo, porque la vida sigue, con o sin ella, y Grace quiere que sea así.

—¿Has conseguido perdonarla?

Tenía que admitir que una parte de mí quería perdonarla, pero la herida era demasiado profunda. Igual que una especie de metáfora del cáncer que la estaba consumiendo, mi dolor había hecho metástasis en cada célula de mi corazón y lo había endurecido hasta convertirlo en una piedra durante los últimos años. Pero en los anteriores días había comenzado a perder dureza y lo sentía bombear con fuerza.

—Quiero hacerlo. Le pido a Dios cada día que me conceda piedad para hacerlo, aun así, no encuentro el modo de hacer las paces con esa parte compasiva que debe tomar la decisión.

Noah envolvió mi mano y la observó con ternura durante unos segundos. Una lágrima resbaló por su mejilla y quise borrarla.

—Lo importante es que estás aquí. Has vuelto y eso ya es mucho, April. Lo sé.

—No solo lo hice por ella, ya lo sabes.

—Puede que lo de Olivia solo fuera la excusa que necesitabas para encontrar una motivación.

—Puede ser, y en ese sentido estoy contenta con la decisión. Mi hija parece estar bien.

Noah asintió y presentí que se guardaba algo.

—Yo también estoy contento por eso y por lo que concierne a ti. Me gustaría que hubiera sido en otras circunstancias, obviamente no estamos en nuestro mejor momento.

—¿Y cuál podría ser el mejor momento? En otras circunstancias, tal vez, todo sería muy distinto.

—No lo creo, no en lo que se refiere a mí. —Noah jugueteó con mis dedos y sonrió con pena.

—No entiendo... —empecé a hablar, pero me interrumpí, porque lo que iba a decir no era más que un lastimoso y gris reflejo de mi verdadero yo, ese que trataba de mantener en la sombra, porque era destructivo y me hacía daño.

—¿Qué no entiendes? —me preguntó apretándome la mano. Lo miré y negué con la cabeza.

—No entiendo qué ves en mí, Noah. Debo ser la mujer más desastrosa que te hayas topado en tu vida.

Noah me miró fijamente durante unos larguísima segundos, en actitud reflexiva.

—¿Qué ves tú en mí? —me preguntó al final.

—Creo que eres un tipo estupendo, además, me gustas físicamente. Eres atractivo y sé que no te faltarían ofertas si tú quisieras.

—Pero no quiero. Solo quiero contigo, porque veo lo mismo que tú en mí cuando te miro, y mucho más.

—¿Mucho más? —Mi alarma mental emitió un sonoro pitido. Dolió y cerré los párpados unos instantes.

—¿Qué cosas más?

—Todo lo que tú quieras darme, April.

Piii, piii, piii. ¿Y si solo me quería porque deseaba Waterly Inn más que nada? ¿Y si no era yo lo que él quería?

Quería seguir interrogándolo para averiguar sus verdaderas intenciones, pero Olivia apareció en el umbral. Noah y yo giramos la cabeza al mismo tiempo. Me soltó la mano y sentí que el calor que antes la había envuelto se desvanecía de golpe.

Mi hija se había puesto una falda larga negra de tul y una blusa también negra con las solapas blancas. La verdad es que tenía el *look* perfecto para asistir a un funeral, aunque sabía que esa no era su intención al elegir la ropa. No tenía mal aspecto, pero hubiera estado más guapa si hubiera decidido llevar colores más alegres que avisasen el color pálido de su tez. Llevaba el pelo recogido en

un moño alto y algunos mechones a modo de flequillo recogidos tras una oreja. Vernos allí la molestó y no lo ocultó, torció el gesto y se dirigió como una exhalación al frigorífico.

Noah levantó las cejas en una pregunta silenciosa hacia mí y yo negué con la cabeza.

—¿Dónde está esa educación? —Noah reprendió a Olivia, pero usó un tono alegre y jovial, para no agredir su sensibilidad pubescente.

—No quiero molestaros. —Su tono tirante fue bastante evidente incluso para Noah que no estaba al corriente de nuestro último encontrón la noche anterior.

—No lo haces, solo estábamos conversando —me apresuré a responder antes de que Noah tuviera la oportunidad de hacerlo primero.

—Bueno, por si acaso lo hiciera. ¿Cómo está Grace?

—Estable —contestó Noah.

—Vale, porque he invitado a Evan a venir esta mañana y no quisiera molestarla. A lo mejor viene también su hermano Dylan.

—Tranquila, la abuela está un poco mejor —le dije para no entorpecer sus planes—. ¿Cuándo llegarán tus amigos?

—En media hora. Voy a enseñarles la casa, pero no entraremos en ningún sitio privado —comentó mientras se servía un vaso de zumo de naranja.

—Claro. Pueden quedarse a comer si quieres. Estoy preparando fajitas y puedo hacer más.

—No creo que quieran —me repuso deprisa.

—Bueno, tú pregúntales —le insistí. Quería hablar con esos chicos y conocerlos un poco.

—Paso. —Oli dejó el vaso en el fregadero, tras apurarlo de un trago, y se dirigió a la puerta con la intención de marcharse. En el umbral se detuvo un segundo y me dirigió una intensa mirada cargada de desaprobación, luego salió.

—¿Qué le pasa? —me preguntó Noah.

—Ayer nos vio besarnos.

—¡¿Cómo?!

—Estaba en la ventana.

Noah asintió sin decir nada.

—Se asomó a la ventana y nos vio, luego pasó lo de Grace.

Volvió a asentir.

—Esta mañana me ha echado una bronca. Me ha prohibido tener una relación contigo. Dice que es sucio y que le avergüenza que algo así pueda saberse en el pueblo. Que todos dirán que somos los Lannister o algo así. No sé quiénes son. ¿Son de aquí?

—Ni idea, pero ¿piensas hacerle caso? ¿Acaso tu hija va a tomar esa decisión por ti?

—Creo que tiene algo de razón, Noah. No estoy muy segura.

—¿Que no estás segura? —dijo dudando—. ¿Pues sabes lo que creo yo? —añadió, dolido.

—No. —Llegados a ese punto, me sentía totalmente una imbécil. Mi hija gobernaba mi vida y mi inseguridad hacia la vida en sí me convertía en una pusilánime.

—Creo que tienes miedo de sentir.

Justo en el clavo, pensé para mis adentros. Me derrumbé sobre la mesa. No solo era imbécil, era un jodido cristal, transparente, todos parecían saber más sobre mí que yo misma.

—April. —Noah me apretó la mano y subí la mirada—. Yo estoy igual que tú. Tengo miedo, pero no quiero dejarlo pasar. No puedo. Por favor...

El señor Jefferson entró en la cocina y nos saludó con gentileza, igual que hacía cada día, antes de dirigirse a la nevera.

—Tenemos que hablar, pero no aquí —le dije bajando la voz.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

—No sé si es buena idea, no quiero que Olivia nos vea juntos —seguí usando un tono confidente.

—O sea, ¿que vas a ceder a su manipulación? Podemos pasear, no hay nada malo en ello. Somos amigos, ¿no?

—No es manipulación, y sí, somos amigos —subí el tono, contrariada.

—Pues vamos. —Noah se puso en pie y me tendió la mano para animarme a hacer lo mismo.

—Tengo que terminar de hacer las fajitas —le repuse.

—Apaga el fuego y luego las terminas. —Su mano seguía extendida y su voz fue firme.

Accedí, sin embargo, le rehusé la mano que me ofrecía. No quería ser objeto de las habladurías de la gente, y mucho menos que Olivia me viera salir agarrada de Noah. Apagué el fuego y aparté la sartén a un lado.

—Tienen buena pinta esas fajitas. ¿Has contado conmigo?

—Por supuesto. ¿Dónde quieres ir?

Nos despedimos del señor Jefferson y salimos de la cocina.

—Podemos ir a pasear por el bosque, aunque hace un frío que pela, o hablar en mi habitación o... En la tuya.

—Mmm —dudé. La idea de salir a la intemperie a menos de diez grados, temperatura que nos había regalado aquella mañana de mitad de diciembre, no era lo que más me apetecía hacer en el mundo, pero estar a solas con Noah en una habitación me provocaba un estado de nervios enfermizo.

—¿Podemos dar una vuelta en coche? —me propuso, adivinando mis pensamientos, no sé en cuál de los dos sentidos de la tensa cuerda que tiraba de ellos por cada uno de los extremos.

—Lo de dar un paseo a pie está bien. Subiré a por mi abrigo.

Estar hospedada en la buhardilla tenía el inconveniente de que tenías que subir o bajar tres plantas cada vez que querías desplazarte desde la habitación hasta las zonas comunes o a la inversa, pero los músculos de mis piernas estaban acostumbrados a ese ritmo de escaleras, pues en San Luis también vivía en un tercer piso sin ascensor, sin embargo, el ritmo no era el mismo. En Waterly Inn era muy frecuente necesitar algo o que se te olvidase cualquier cosa y tener que recorrer los tres tramos para ir a buscarlo.

Esa vez fui más despacio que en otras ocasiones. Noah me gustaba, cada vez más, debía admitirlo y lo hacía con plena consciencia. Me había conquistado sin grandes alardes de seducción, algo que, por otra parte, solo hubiera conseguido asustarme y hacerme correr en sentido contrario como si se tratara de una bomba a punto de estallar. Yo, April Chase, seguramente hubiera salido huyendo. Pero Noah no. Él había entrado con sigilo en mi corazón por la puerta trasera, usando la ruta de mi amistad y

su comprensión, saber ponerse en mis zapatos y brindarme su ayuda desinteresada. Lo había conseguido. Una parte de mi corazón ya le pertenecía. Debía estar muy necesitada de ese tipo de afectos, pues lo había alcanzado en muy poco tiempo y de una forma tan sutil que apenas había sabido reconocer las señales. Cuando me di cuenta, esa parte de mí ya bombeaba con fuerza cada vez que pensaba en Noah. Eso podía sobrellevarlo. Ya había estado pillada anteriormente por un chico y mi corazón no había explotado.

Sin embargo, el beso que nos habíamos dado había despertado un millón de sensaciones en mí, sensaciones que no sabía ni que se podían experimentar. Todo era nuevo. Sentirse amada. Sentirse deseada. Sentir amor. Sentir deseo.

Pero ahora tenía dudas otra vez sobre sus intenciones. Esas dudas sobrevolaban bajas como densos nubarrones sobre mis recientes sentimientos.

Cuando bajé con el abrigo, gorro, bufanda y guantes puestos, Noah me esperaba sentado en el banco de madera del porche que nadie usaba en invierno por razones evidentes. El frío impedía estar allí más de cinco minutos sin que se te congelara la sangre y se te parase el corazón en el pecho, o directamente se te quedaran las nalgas pegadas al asiento y luego pudieras levantarte sin necesidad de quitarte los pantalones o usar una palanca. Al verme salir, me sonrió ampliamente, y mi pecho se ensanchó. Las dudas que se cernían sobre mi cabeza querían desaparecer. Quería confiar de nuevo. Ser capaz de querer a alguien sin miedo a perderlo. Pero debía estar segura. Aún podía expulsarlo de mi corazón y darle un portazo en las narices al amor.

Se puso en pie y se acercó manteniendo la sonrisa. Cuando llegó a mi lado subió las manos y me ajustó la bufanda y el gorro delicadamente. Se entretuvo unos segundos en recolocarme los mechones de cabello que había dejado libres. Tuve que contenerme para no echarle los brazos al cuello y pegarlo a mi boca.

—Quisiera besarte ahora mismo —dijo antes de apartar las manos y alejarse un paso.

Y yo que lo hagas, pensé. Eché a andar y Noah vino conmigo. En silencio recorrimos el perímetro de la casa para tomar el sendero que se adentraba en el bosque por la parte trasera. Aunque hacía más de quince años que no recorría ese camino, lo conocía como la palma de mi mano. Incluso nevado ese laberinto de árboles no suponía ningún enigma para mí. Cuando vi que Noah se salía del sendero y se metía entre dos frondosos tupelos supe que él también lo conocía.

Sus pies habían recorrido ese paraje años después que yo y habían encontrado los mismos escondites. Se dirigía directamente al lago que quedaba a unos quinientos metros de la propiedad y donde yo siempre patinaba en invierno o me bañaba en verano. Era uno de mis lugares favoritos en Waterly, porque lo sentía muy mío, como si me perteneciera a mí y a nadie más. Ahora me di cuenta de que también le pertenecía a Noah y me alegré de que así fuera. Quería tener la sensación de compartir algo por una vez en mi vida. Siempre había sido yo, mi hija, mi apartamento, mi trabajo, mis amigos, nunca un nuestro. Quería recuperar esa sensación de familia que había perdido y tener la conciencia de ser de nuevo necesaria para alguien de un modo altruista, solo por mí, porque me lo merecía, porque era una mujer que podía ser amada.

—¿Qué te preocupa? —Noah apartó una rama para facilitarme el paso.

—¿Aparte de lo obvio?

—Sí, aparte de tu hija, tu madre, de todo lo ajeno a tu propia persona.

—Todo eso forma parte de mí —dije buscando el modo de poner sobre la mesa la verdad sin resultar demasiado brusca.

—Lo sé. Ya sabes lo que quiero decir. —Noah se detuvo y me obligó a pararme. Me tomó las manos y las junto entre las suyas—. Mírame, April, y dímelo, solo dímelo.

Tomé aire, hondo, muy hondo, y lo solté:

—Ya debes saber a estas alturas que no soy una persona demasiado segura.

—Creo que eres una mujer muy valiente y segura, no sé por qué dices eso.

—Entonces será que no me conoces. Soy insegura, no confío, no creo, el «no» rige mi vida y siempre lo hará. No soy capaz de ver la luz del sol a través de las nubes, aunque sé que está ahí, pero no la veo. No puedo. Y cuando te miro... —me detuve para volver a tomar aire—... Cuando te miro y tú me miras así, quiero confiar en ti, pero cuando ya no estás, esa negatividad vuelve a apoderarse de mi cabeza y lo destruye todo.

—¿Adónde quieres llegar?

—Quiero llegar al punto en el que aunque quisiera creer que solo me quieres, o eso dices, por mí misma, pienso que eso no es posible.

—¿En serio?

—Sí, eso es lo que pienso.

—¿Y por qué habría de quererte si no es por ti misma?

—Ya sabes —le dije apartando las manos para guarecerlas bajo mis brazos.

Noah negó con la cabeza, confundido. Lo estaba o sabía fingirlo bien.

—¿Por qué te intereso tanto? ¿Así, de pronto, casi sin conocerme? —Casi no me atrevía ni a expresar lo que rumiaba moleestamente en mi cerebro.

—¿Hablas en serio? Ya te dije y te repito que me gustas, no sé por qué tan de pronto o casi sin conocerte, solo lo sé. Lo he sentido desde casi el principio. Mi alma lo supo de alguna forma antes que yo supiera reconocer lo que me sucedía.

Su voz era apremiante, colmada de necesidad. Podía creerlo, a mí me había ocurrido prácticamente lo mismo. Me gustaba, no había un más allá, solo un más acá, y lo tenía delante de mí.

—¿Qué es lo que piensas? —Noah se acercó y me escrutó el rostro—. ¿Qué crees que hay detrás?

—No tengo nada que ofrecer, más que yo.

—Y eso es justo lo que quiero.

—También Waterly Inn —añadí bajando la voz.

Noah se retiró a algún lugar de su mente mientras yo contenía la respiración, esperando que dijera algo que descartara de cuajo esa posibilidad.

—¿Estás insinuando que me he acercado a ti solo por el interés?

—Sí.

—Ahora yo no es solo una insinuación, en realidad, lo piensas, ¿es así? —Vi el dolor reflejado en sus ojos y sentí de veras ser tan desconfiada. Me hubiera ido mejor en la vida creer a ciegas cualquier cosa. Hubiera sido mucho más feliz.

—Cabe la posibilidad.

—Es doloroso y a la vez triste que eso sea lo que piensas de mí, que te quiero enamorar para hacerme con tu casa.

—¿Y?

—¿En verdad esperas que te lo niegue? ¿Serviría para algo? —Noah extendió las manos y las cerró acto seguido en un puño. Lo había insultado.

—Sí, necesito escucharlo de tu boca. —Pensaba que lo sabría. Sus palabras podrían ser mentira podrida, pero sus ojos o el tono de su voz no me mentirían. O eso quería pensar, tampoco lo sabía. Estaba nadando en la incertidumbre y no sabía mantenerme bien a flote en esa situación.

—Pues no lo voy a hacer, lo siento. No porque sea verdad o no, sino porque ahora mismo me siento insultado. Me has ofendido.

—Pues lo siento, pero así soy yo, Noah. Va con el pack: la chica, la casa y la mala leche. Lo tomas o lo dejas.

—Pues por hoy, creo que lo dejo estar —dijo despacio—. Si no te importa volver sola, prefiero irme.

Asentí.

Cuando lo perdí de vista entre los árboles, solté el aire y me sentí casi derrotada. ¿Qué coño pasaba conmigo? ¿Tan mierda era que tenía que cargármelo todo?

37

Olivia

Me negaba a hablar con ellos. Estaba cabreada con mi madre y con Noah. ¿Cómo se les ocurría liarse? ¿Qué querían, que todo el mundo me señalara con el dedo y se riera de mí?

No le había contado a Evan lo del rollo que ellos dos se llevaban, era demasiado vergonzoso, y esperaba que Dylan mantuviese la boca cerrada y no encontrarme esa mañana con que todo el instituto estaba enterado de que su querido señor Connors se morreaba con su hermanastra, o sea, mi madre. ¡¿Con todos los hombres que había en la Tierra y tenía que ser él?!

—¿No piensas dirigirme la palabra? —me preguntó Noah camino del instituto. Si hubiera sido verano no hubiera dudado en ir a pie, pero era diciembre y la temperatura era tan baja que probablemente terminaría congelándome a mitad del trayecto.

—No, hasta que me prometas que no te vas a volver a besar con mi madre.

—No pienso prometerte eso, Olivia.

—¿Por qué? ¿No hay más mujeres en este pueblo? —le reproché.

—Me gusta.

—¡¿Te gusta?! —No podía creerlo.

—Así es.

—Pero ¡¿por qué?! —No conseguía entenderlo. Mi madre no era guapa, no era simpática, tenía mal genio, no tenía nada especial, y Noah podría estar con alguien mejor, ¿por qué precisamente mi madre? Bufé, cabreada.

—No espero que lo entiendas, no tengo tampoco que darte explicaciones, ni siquiera tu madre tendría por qué dártelas.

—Entonces, ¿qué? —le exigí.

—Es lo que hay —dijo sin mirarme, concentrado en la circulación del Toyota.

Me mantuve en silencio hasta que me dejó frente a la biblioteca, donde había quedado en encontrarme con Evan. Cuando llegamos lo vi parado junto a Dylan y volví a bufar. Había estado toda la tarde del domingo pegada a la ventana esperando verlo aparecer, pero eso no había sucedido, lo que había conseguido que mi rabia creciera exponencialmente.

Me esperaban junto al coche de Dylan, el Dodge Challenger rojo en el que nos habíamos dado el lote durante dos horas la noche del sábado. Me bajé del coche y, sin despedirme de Noah, cerré la puerta. Fui hasta ellos y les brindé una sonrisa.

—¿Hoy traes a tu niñera? —le reproché en broma a Evan, mientras le dirigía una mirada fugaz a Dylan, que me sonrió de un modo torcido.

—¿Hacemos pellas? —propuso Dylan montando en su coche.

—¿Con mi *tiastro* estando de profe? —pregunté con desdén.

—Oficialmente no eres alumna del instituto. No serían pellas para ti —me repuso Evan.

—¿Tú estás de acuerdo con él? —Lo miré sorprendida.

Evan asintió y sonrió entrando en el coche.

Miré a ambos lados de la calle mientras me lo pensaba.

—¿Y dónde iríamos? —pregunté cuando subí y me acomodé en el asiento trasero.

—A Jacksonville —respondió Dylan, mirándome a través del espejo retrovisor, y me guiñó el ojo.

—Estaremos aquí antes de la comida. Nadie se dará cuenta —añadió Evan.

—¿Y cuando pasen lista? —Tenía mis dudas.

—Venga, gallina, ¿te vienes o no? No es tu problema. Volveremos pronto —me repuso Dylan.

—¿Qué vamos a hacer en Jacksonville? —pregunté.

—Lo primero, pegarnos un desayuno cojonudo en el Waffle House.

Pintaba bien, pero yo no era de esas de saltarse las clases, tampoco pensaba que los hermanos Robbins lo fueran.

—Suenan muy tentador, pero no es buena idea —les dije.

—Eres una aguafiestas, ¿lo sabías? —Evan se burló de mí.

—Supongo que sí. ¿Me lleváis al insti de todos modos?

—Te tenía por una chica mala. —Dylan trató de pincharme para convencerme.

—No lo soy tanto, supongo —dije casi con vergüenza. La opinión que pudiera tener Dylan sobre mí me importaba mucho—. Espero no haberte defraudado.

Me quedé esperando una réplica, mientras él buscaba las llaves en el bolsillo de su plumífero azul. Evan me dirigió una sonrisa.

—Creo que yo también paso de pelarme las clases —dijo—. ¿Nos llevas al instituto?

Le sonreí en señal de agradecimiento por no dejarme tirada. Al menos no era la única cobarde en aquel coche.

—Sois un par de pringados —le contestó con desprecio su hermano, encendiendo el motor—. Unos auténticos pringados —recalcó cuando el coche empezó a circular.

De camino al centro, Dylan puso la radio. Sonaba una canción navideña y él se puso a cantarla haciendo el tonto. Estaba destrozando la canción adrede y me hizo reír a carcajadas. Evan me miró fugazmente y alzó los ojos al techo como si aquello fuera una condena. Yo no dejaba de echar vistazos al perfil de Dylan. Era tan guapo y divertido que no podía dejar de mirarlo. Se me caía la baba literalmente.

Cuando llegamos al aparcamiento, Dylan estacionó el coche y detuvo el motor. Antes de bajar me pidió un momento a solas. Evan me miró arqueando las cejas en un gesto interrogante y yo respondí con un asentimiento de la cabeza.

En cuanto salió, Dylan volvió el rostro hacia mí. El aire se volvió denso. Muy probablemente pensaba darme su opinión sobre mí, y sin duda yo pensaba lo mismo. Era una pringada cobarde y no era tan mala como quería hacer ver.

—Olivia Chase —me dijo. Dylan decía tan dulcemente mi nombre que me hacía querer morderle la boca—. ¿Cuándo podremos tú y yo repetir lo del otro día? —A él al parecer le ocurría más o menos lo mismo.

—Pronto —le contesté misteriosa.

Al mirarlo, sentí un ataque de timidez. No podía sostener la intensidad de sus ojos azules.

—¿Esta tarde? —me preguntó. Su voz sonó nerviosa y me pareció adorable.

—Claro —le contesté sonriendo.

—Pues no se hable más —dijo—. Dame tu número de teléfono y muy pronto recibirás un mensaje con las instrucciones exactas de nuestro encuentro.

—Parece una misión secreta —le dije.

—Puede que lo sea.

—¿Secreta porque tu hermano no debe saberlo? —añadí.

—Me importa una mierda que lo sepa —me repuso—. De hecho no me importa que lo sepa todo Waterly. Mira, a lo mejor lo grito ahora mismo para que se enteren todos. —Hizo un rápido ademán de bajar la ventanilla.

Le eché la mano al hombro para frenarlo.

—Mejor no hagas eso. No quiero que todo el mundo me mire como si fuera un bicho raro.

—Entonces no deberías llevar esa ropa tan llamativa.

Miré hacia abajo. No me había lucido mucho esa mañana eligiendo mi vestuario, pero lo había rematado con mi tocado de viuda alegre que tanto detestaba mi madre.

—Es negro. No hay nada menos llamativo que el negro.

Sonrió de oreja a oreja.

—No cuando lo llevas tú, Olivia Chase. Tú lo haces brillar.

38

April

El domingo transcurrió sombrío y tranquilo en Waterly Inn, lo mismo que el estado de Grace. El amigo de Olivia vino a verla y rondaron por todo el hostel mientras se lo enseñaba, luego se metieron en su habitación con la puerta abierta, tal como yo le exigía cuando metía un chico en casa, y escucharon música gótica rock hasta que él se marchó antes de comer.

La comida siguió el mismo cauce, una Olivia gruñona y taciturna me acompañó mientras ambas masticábamos desganas las fajitas de pollo. Noah no se quedó a comer con nosotras, ya que prefirió hacerlo en el pueblo y no volví a verlo hasta el lunes por la mañana, antes de marcharse al instituto.

Olivia no escondía el malestar y su expresión malhumorada la acompañó mientras desayunaba en silencio y luego se metía en el Toyota de Noah. Estaba enfadada para charlar con él, pero no tanto como para privarse de la comodidad de ir caliente y evitarse el pateo.

Me quedé en casa, conversé con el resto de inquilinos, les informé del estado de salud de Grace, me entretuve arreglando las zonas comunes y preparando un estofado de ternera para la comida. A media mañana fui a ver a mi madre, aunque estuviera dormida, me apetecía pasar tiempo con ella y observarla.

Cuando entré, me la encontré con los ojos abiertos fijos en el techo, me asusté, permanecía tan quieta que parecía estar muerta. Me acerqué y entonces deslizó la mirada hacia mí. Una leve sonrisa se le formó en los labios y le cogí la mano.

Estaba fría, el calor abandonaba su organismo a la vez que la vida se desvanecía en sus órganos dañados. Se la acaricié y, con la yema del dedo, tracé las violáceas venas que surcaban como raíces abultadas su piel blanquecina.

La tarde anterior no había querido ir al mercadillo, preferí quedarme con ella y estuve durante horas haciendo lo mismo. Me quedé a su lado, acompañándola, compartiendo sus últimas horas, despidiéndome de ella sin decir nada. Me sentía abatida, mi vida era un coladero de penurias y la necesidad de llorar me perseguía sin tregua. Me derrumbé sobre su mano y vertí lágrimas de necesidad. Lloraba por mi madre, pero también lloraba por mí.

Sin embargo, ahora mi madre estaba despierta y no iba a llorar. Traté de brindarle una sonrisa y tal vez lo conseguí. Nos miramos a los ojos durante minutos sin decir nada hasta que ella rompió el silencio.

—¿Qué te sucede, cariño?

Hacía años que no me llamaba «cariño» y escucharlo tras tanto tiempo me rompió el corazón. Creo que hasta ese momento no se había permitido llamarme así, pero, ahora que su vida tocaba los últimos acordes, debía pensar que ya todo daba igual.

—Nada. Estoy triste.

—No mientas. Te conozco bien, sé que algo te sucede y no es por mi causa.

—Estoy triste, mamá, eso es todo.

Negó apenas con la cabeza y soltó un suspiro.

—¿Has pensado qué vas a hacer con Waterly cuando yo muera?

—Mamá —protesté—, no es momento de hablar de eso. Tú estás viva y no...

Grace levantó la mano para que callase y tomó aire con dificultad.

—¿Y cuál es el momento? Me quedan cuatro días, quizá ni eso. Me gustaría saber tus planes.

—No tengo planes, no he pensado nada. Ya lo pensaré llegado el momento.

Asintió.

—Me preocupan mis amigos, los quiero, y sobre todo Noah.

—Tranquila, no sufras por eso ahora mismo.

—Pero sufro, hemos sido una gran familia todo este tiempo.

Mi expresión se vino abajo un poco más y mi madre se dio cuenta, porque dijo:

—Me arrepiento de lo que hice, April. Fui la peor madre del mundo contigo. No lo merecías, ni tú ni Olivia. Siento haber perdido ese tiempo, ya nunca podré recuperarlo.

Asentí y traté de contener el llanto.

—No hables, te agotas.

—Quiero hablar —me repuso con renovada energía—, tengo que hacerlo. Estuve mucho tiempo callada y os perdí a las dos. Pensé incluso que merecía morir, pero ahora ya no quiero morir, deseo vivir mucho más y tener tiempo para poder conocerte de nuevo y conocer a mi nieta.

Hubiera querido poder decirle que lo haría, sin embargo, ambas sabíamos que estaría mintiendo. No había posibilidad de milagros para Grace.

—Mamá, yo también quisiera tener más tiempo, pero...

—No lo hay, lo sé —me interrumpió y su mano se enredó con la mía, débil—. La vida al final son cuatro días y es de estúpidos malgastarlos estando enfadados o tristes —comentó ahogando un suspiro—. Anda, cuéntame cómo van los preparativos de la fiesta.

—No hemos empezado. El fin de semana estuvimos liados con lo del mercadillo y bueno... No hemos tenido el cuerpo para fiestas, pero te prometo que hoy mismo me pondré en ello.

—Eso espero. Pregunta a Noah dónde está todo. Él lo sabe.

—Lo haré —le dije pensando que Noah ahora mismo no tenía muchas ganas de hablar conmigo.

—Es muy buen chico y ha sufrido mucho.

—Lo sé.

—Pórtate bien con él. Me preocupa lo que pueda pasarle.

—Es un hombre adulto, estoy segura de que estará bien.

—Claro, y yo, pero ha perdido tanto en su vida. —A Grace se le quebró la voz—. Mi querido Glen, su padre, lo amé tanto —respiró hondo para poder continuar—, no era como tu padre, pero era auténtico y especial, me quería mucho. Tú le hubieras gustado,

muchas veces me pidió que te llamase, pero yo y mi estúpido orgullo... —de nuevo la voz le falló—... No es el cáncer quien me llevará al otro mundo, es este maldito orgullo. De lo que se come se cría.

Asentí y cerré los ojos, apoyé la frente en su mano y derramé unas lágrimas.

—Te portarás bien con él, ¿verdad?

—Por supuesto —le aseguré.

—Sé que le gustas.

—¿Qué dices? Anda, calla. —No podía creerlo, mi madre estaba haciéndome de casamentera a estas alturas.

—Le gustas, me lo dijo.

—Y él a mí. Creo que es encantador —dije, tratando de llevar la conversación por otros derroteros, mientras me secaba las lágrimas de las mejillas con las manos.

—No, le gustas de verdad —insistió—. Como hombre, como yo le gustaba a su padre.

—¡Mamá! —protesté.

—¿Qué? —Dibujó una leve sonrisa pícaro.

—No es momento.

—No hay más momentos para hablar. La vida es corta, no la dejes pasar sin más.

—No lo haré.

—Es muy bueno. Si no fuera por él esta casa no sería lo que es. Pertenece a Waterly, igual que tú, igual que yo, igual que tu hija. Esta casa azul nos une.

39

April

Ese mismo día, después de comer, le comenté a Jacinta que iba a empezar con los preparativos de la fiesta que daba el pistoletazo inicial a las Navidades en Waterly Inn. Una fiesta que tenía como ritual la puesta del árbol del salón entre todos los huéspedes del hostel y la preparación de pavo relleno al horno, además de otras exquisiteces de esas que ponen muchos kilos encima. Se mostró dispuesta a echarme una mano y nos sentamos a la mesa de la cocina para preparar la lista de imprescindibles. Para Jacinta sería su segunda fiesta allí, para mí, la primera en muchos años, y para mi madre, la última, por desgracia. Rezaba para que Dios no se la llevase antes y pudiese disfrutarla dentro de su crítico estado.

La idea de estar organizando aquel festín, cuando Grace estaba en sus últimos días, me parecía casi macabro, sin embargo, la actividad mental me venía bien para despachar esos pensamientos, además, del hecho de hacerme a la idea de que debía hablar con Noah.

Seguía molesto conmigo. Tenía motivos. Yo se los había dado. Sin embargo, con el paso de las horas y, en especial, tras aquella charla con mi madre, esos motivos habían pasado de tener cierta fuerza a ser por completo idiotas. Tan idiotas como yo. April Chase, la mujer más idiota sobre la faz de la Tierra, con permiso de Paris Hilton, a la que acababa de robarle ese puesto de honor en mi lista de «personas idiotas».

—¿Te encuentras bien? —Jacinta me preguntó cuando vio que me restregaba los ojos.

—Estoy agotada —le dije—. He dormido poco y fatal.

—¿Por qué no te acuestas un rato? Yo puedo ocuparme de la compra —comentó y deslizó el bloc por encima de la mesa.

—¿Hablas de hacer la siesta? —No recordaba haber hecho algo así en mi vida, aunque cuando era un bebé debía hacerlo.

—Hablo de descansar. Lo necesitas. Venga, yo me encargo de esto —dijo, arrancó la hoja del bloc y la dobló para guardársela en el bolsillo delantero de la extraña túnica que llevaba puesta. Era como la de Jesucristo, solo que verde menta. Tenía curiosidad por saber de dónde se abastecía de esa ropa tan peculiar y excéntrica.

—Está bien. —Me levanté y ella hizo lo mismo.

—Ven aquí. —Jacinta extendió los brazos a ambos lados.

—¿Qué quieres?

—Darte un abrazo, presiento que también lo necesitas.

Asentí y me acerqué hasta ella. Me envolvió entre sus brazos.

—Tú también, los abrazos son cosa de dos como mínimo. Si eres hippie puede incluir a toda tu comuna —bromeó.

Me reí y levanté los brazos para estrechar su cuerpo.

—Sientan bien, ¿verdad? —aseguró mientras me acariciaba la espalda gratamente.

—Muy bien. —Casi ronroneé.

—Los abrazos deberían ser obligatorios cada día, igual que beber, comer o ir al váter.

De nuevo me hizo reír y dije:

—Jacinta, tienes toda la razón del mundo. Pero ¿se te han puesto duros los pezones?

—Son los botones de los bolsillos —aclaró—. Pero podría ser, cada día me gustas más.

Sabía que hablaba en broma y volví a reír.

—Si fuera lesbiana, no te me escapabas —le dije.

—Si fueras lesbiana, ya te habría seducido yo.

—¿No hay lesbianas en Waterly?

—No sé de ninguna, aparte de Dorotea. Según tu hija, más de un dos por ciento de la población estadounidense es homosexual, así que se supone que hay unas veinticinco o más lesbianas en cinco kilómetros a la redonda, pero, o están escondidas, o yo no las

conozco. —Me sorprendió que Olivia estuviera puesta en estadísticas de tal índole, pero aún más que Dorotea fuera gay.

—¿Dorotea también es lesbiana?

—Sí.

—Nunca lo hubiera imaginado.

—Ya, las lesbianas deberíamos llevar cuernos en las orejas para distinguirnos del resto —se rio.

Un segundo después se oyeron unos pasos veloces. Eran las hermanas Stevens. Al vernos en esa posición se disculparon al unísono.

—Es un abrazo terapéutico —aclaró Jacinta.

—¡Oh, qué maravilla! Nos encanta. ¿Podemos unirnos? —preguntó una de ellas, a esas alturas todavía no era capaz de distinguir las.

—Claro. Cuantos más mucho mejor. —Jacinta abrió el abrazo para que pudieran unirse, y lo hicieron.

Estuvimos un buen rato abrazadas. Era extraño... Muy extraño. Nunca había estado abrazada con tres personas más, pero la sensación era reconfortante.

Deshicimos aquel abrazo y nos despedimos de las gemelas. Nos dirigimos a la planta de arriba, yo, a tumbarme un rato hasta que llegase Olivia, y Jacinta, a recoger su bolso y abrigo.

Me eché sobre la cama completamente vestida y cerré los ojos. Dormir me vendría bien. Se dice que durmiendo uno es capaz de resolver los conflictos abiertos en la mente y eso necesitaba hacer yo. Tenía un dilema mental que debía solucionar cuanto antes.

Dormí una hora escasa y me desperté sobresaltada. Tenía la boca pastosa y unas ganas tremendas de echarme algo dulce a la boca. Mi cabello estaba revuelto e intenté colocarlo en su sitio sin mucho éxito.

Segundos después, alguien llamó a la puerta. No recordaba haber quedado con nadie, salvo que fuera Olivia que acabase de llegar del instituto. Me deshice del amasijo de mantas que tenía encima, ¿qué puñetas había pasado con mi cuerpo inquieto durante la siesta?, y abrí la puerta de par en par con total despreocupación.

—¡Hola! —Noah estaba parado frente a mí con dos tazas que, por el delicioso olor, debían ser de chocolate.

—¿Interrumpo algo? —No sé por qué, pero me pareció que miraba dentro de la habitación como queriendo encontrar algo.

—No. Acabo de despertarme de una siesta movidita. —Me atusé el pelo, pero era consciente de que debía parecer un nido de comadrejas.

—Te he traído esto, y me gustaría que lo cogieras, me está quemando un poquito. —Alzó su mano derecha y me ofreció la taza.

—Lo siento. —Cogí la taza por la integridad de su mano—. Pasa.

—¿Qué narices le ha pasado a tu cama?

—Ya te he dicho que ha sido una siesta movidita, o eso creo, no recuerdo haber soñado nada.

—Seguro que has estado peleando con alguien en tu subconsciente. —Noah tomó asiento en una de las sillas.

—Es muy probable, estoy hecha un lío.

—Me dolió, ¿sabes? Me molestó mucho que pensaras eso de mí. —Noah no tardó en sacar el temido tema.

—Es un defecto congénito, no suelo fiarme mucho de la gente, no es personal.

—Para mí lo fue, pensaste que me había acercado a ti por el interés y puedo asegurarte que no es cierto.

—Es probable, pero yo no tengo mucho que ofrecer salvo esto. —Extendí los brazos como queriendo abarcar toda la extensión de Waterly Inn, que no era poca.

—Tienes mucho más que ofrecer. Lo vi en tus ojos hace mucho tiempo.

—¿Y cómo fue eso? ¿Acaso te helitransportaste a San Luis y adivinaste dónde vivía? —No pude evitar reírme de aquello.

—Aún no tengo ese tipo de superpoderes, pero las fotografías pueden guardar muchos aspectos de la gente que quedan imborrables en ellas.

—Explícame eso. —Me senté en el borde de la cama, dispuesta a que extendiera esa teoría y la relación que tenía conmigo.

—Hace tiempo, cuando Grace decidió reformar la habitación Marrakech, tuvimos que vaciar en parte la buhardilla. Empezamos a

sacar trastos y cajas, y una de esas cajas me llamó la atención. No era de cartón, era una preciosa caja de metal con ornamentaciones, de esas donde la gente guarda cosas importantes.

—¿Y qué tesoro escondía?, porque intuyo que había algo interesante allí dentro.

—Lo había, créeme que sí. —Noah se tomó su tiempo y sorbió de su taza.

—¿Estás intentando hacerte el interesante?

—Así es como se cuenta una buena historia. —Noah sonrió encantadoramente y yo debí derretirme un poco más ante sus encantos.

—¿Vas a terminarla o me vas a dejar con la intriga para que esta noche acabe de desarmar esta cama? —le insté a seguir y lo hizo.

—Cuando nadie me vio, me llevé aquella caja a mi habitación y me aseguré de que Grace y mi padre estuvieran dormidos para abrirla.

—¡¿Y?! —La impaciencia me estaba matando.

—No encontré gran cosa. Solo fotos antiguas de Grace con su familia y de algunas obras hechas en el Waterly Inn. Reconozco que me sentí defraudado, pero al final de la caja, había una foto diferente a las demás.

—¿Algo escabroso? —Me mordí el labio. Era cierto que sabía contar las historias como nadie y había conseguido captar toda mi atención.

—Algo precioso, April. La foto de la chica más guapa que había visto jamás.

—¿Te enamoraste de una tía abuela de mi madre o qué?

—Era una foto de una chica de unos quince años aproximadamente, la misma edad que tenía yo cuando la encontré. Reía de manera despreocupada, mientras se cubría parte de la boca con la mano, pero esa sonrisa era tan amplia que no consiguió lo que pretendía. Era un día de verano, pero debía soplar la brisa del lago, porque su pelo había quedado inmortalizado en aquella foto mecido a un lado.

—¿Y quién era, por el amor de Dios?

—Eras tú, April. Guardé aquella foto durante mucho tiempo debajo de mi almohada y la miraba cada noche antes de dormir. Tu foto me traía calma por aquel entonces y puedo decir que fuiste mi amor platónico hasta que un día sin más, aquella foto desapareció.

—¿Era yo? ¿Y cómo lo supiste?

—Años después, un fin de semana que volví de la universidad, la encontré entre los papeles de Grace en su despacho. Supe de inmediato que se trataba de ti.

—¿Me estás diciendo que te enamoraste de mí por una foto vieja?

—Platónicamente, y no es tan raro. Los jóvenes se enamoran de sus cantantes favoritos, yo de una chica guapa desconocida. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada, y me parece una historia muy bonita, incluso me halaga, pero no cambia el hecho de que lo nuestro puede ser un error. —La historia me había conmocionado, incluso excitado, pero tenía que mantener la mente fría.

—¿Para ti o para Olivia?

—Para los tres.

—Tu hija ya me ha impuesto su criterio esta mañana. Entiendo que quiera protegerte, pero creo que le preocupa más protegerse a sí misma.

—Cuando somos jóvenes somos egoístas.

—Tú aún lo eres.

—Supongo, pero no lo parezco. He asumido lo que soy hoy en día y aunque no esté feliz conmigo misma, mi prioridad es otra. Ya lo sabes.

—Lo sé y, aunque lo comprenda, me duele.

—En ese caso seguramente sea lo mejor. No quiero joderte la vida con mis problemas.

—Pero yo quiero que seas mi jodido problema, April.

Aquellas palabras retumbaron en mi cabeza e hicieron que mi culo se levantara de la cama como un resorte. Ser el jodido problema de alguien era la cosa más brusca y bonita que me habían dicho nunca.

Noah se quedó paralizado con la taza de chocolate entre las manos cuando me acerqué a él, dispuesta a no sé qué con exactitud. En ese momento no era dueña de mi cuerpo ni de mi razón. Era cierto que el chocolate tenía la capacidad de quitar las penas de un plumazo, pero Noah potenciaba ese efecto, era mi efecto.

Me incliné y le envolví la cara entre mis manos. Aunque mi pelo seguía pareciendo esparto para tejer cestas, me sentía una diva. Me metí en el papel de aquella joven de la foto, que había robado el sueño y el corazón del joven Noah, y lo besé.

Sabía a cacao con leche, a pura vida, a amor. No estaba enamorada, este tipo de sensación, más allá del amor maternal, era desconocida para mí. Podría estar sintiéndome así y no reconocerlo, pero sí sabía distinguir las ganas que tenía de envolverme con ese hombre entre las sábanas, mantas y colchas de mi cama. Mi cuerpo seguía segregando ese tipo de hormona para mi sorpresa.

—Guauuu —dijo—, mi historia realmente ha funcionado.

—¿No irás a decirme que te la has inventado?

—No soy tan retorcido, April. —Me sentí aliviada y volví a besarlo.

—Me encantaría seguir haciendo esto mucho, mucho rato, pero creo que hicimos un pacto.

—¿Qué pacto? —No recordaba haber pactado nada con Noah y, si lo había hecho, quería saber de qué se trataba.

—Me debes todavía una historia sobre ti.

—Ya lo sabes básicamente todo, mi vida no ha sido ninguna montaña rusa de emociones. He sido un libro abierto contigo todo este tiempo, soy lo que ves.

—Pero yo te he contado un secreto. Prácticamente te he confesado que fuiste la musa de mis primeros contactos con el sexo.

—No me había imaginado esos momentos con mi foto de ese modo, pero...

—No siempre lo hacía —me cortó.

—Vale, creo que prefiero que desviemos la conversación por otros terrenos menos explícitos. —Me había imaginado ser la musa

de sus ideas románticas, no de los momentos de onanismo de un adolescente salido.

—Entonces tendrás que contarme ese secreto.

—Está bien... —Me mostré recelosa de contarle el secreto que mejor guardado tenía, no era nada malo, pero resultaba extraño a mis treinta y dos años—. ¿Recuerdas cuando te dije que no había estado con ningún hombre? —Noah asintió—. Pues es bíblicamente cierto, no he estado con nadie desde que Olivia fue concebida. Fue mi primera y única vez, así que estás delante de una pseudovirgen de treinta y dos años.

—No debes tener miedo de eso.

—No tengo miedo del sexo, si es lo que te ha parecido. Tengo miedo de no estar a la altura, de que no me guste, de que mi cuerpo haya dejado de disfrutar de esas cosas. ¿Entiendes?

—Te entiendo y, si te sirve de consuelo, yo tampoco he estado con nadie desde lo que pasó con Marshia. No tengo prisa y estoy dispuesto a esperar a que estés preparada para dar el paso. Que estemos preparados para dar el paso. —Su última frase fue clave para mí.

—Me gusta cómo suena eso.

—¿Qué tal si bajamos y te echo una mano con los preparativos de la fiesta?

—Me parece una idea estupenda. No queremos levantar sospechas perversas en la mente de Olivia.

—Ella estará bien, estoy seguro de que, pase lo que pase, acabará aceptándolo.

40

Olivia

Tras el ensayo, le envié un mensaje a mamá para avisarla de que me quedaba un rato más terminando los decorados. Ese viernes era la función y estábamos entre todos los del grupo dando los últimos retoques para tenerlo a punto para el miércoles, día que tendría lugar el ensayo general de la obra. Por lo que yo había podido ver, no se les daba mal del todo, aunque algunos se lo tomaban más en serio que otros.

Evan estaba bastante potable en el papel del alcalde Augustus May, Carol hacía bien de Betty Lou y Judy quedaba estupenda como la pequeña Cindy Lou. El Grinch era un chico del último curso con el que apenas había intercambiado cuatro palabras. Tenía buenas dotes como actor y según me habían dicho tenía pensado solicitar plaza en la EADNY. Aquello me flipó bastante. Yo todavía no tenía claro qué pensaba hacer cuando terminase el instituto, pero aún tenía tres años para pensarlo, así que tampoco era algo que me angustiase de momento.

Eran pasadas las cinco cuando Noah dio el visto bueno a los últimos retoques y empezamos a recoger los bártulos. Coincidimos en la puerta y me preguntó si quería volver a casa con él. Le dije que me iba a quedar un rato más.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—No te importa —respondí clavando en él una mirada cargada de desdén. La verdad era que había quedado con Evan en la biblioteca para investigar los anuarios, pero más verdad era que no le importaba un carajo. ¿Quién se creía que era? ¿Mi padre?

—¿Lo sabe tu madre?

Ladeé la cabeza y entorné los ojos. Al principio me había gustado el interés que mostraba por mí, pensaba que era un tío generoso y enrollado. Tras saber que lo que único que pretendía era enrollarse, pero con mi madre, ya no me parecía tan desinteresado ni tan majo. Quería ganarme para luego ganarse los favores de mi madre. Asqueroso.

—¿Lo sabe? —insistió cuando comprendió que no iba a responder.

Solté un bufido burlón y luego asentí solo para que me dejara en paz de una maldita vez. Le di la espalda y eché a andar.

—No llegues tarde. —Escuché que decía—. Y que te acompañe algún amigo.

No le respondí y fui al encuentro de Evan.

Cuando entré en la biblioteca, él ya estaba con la cabeza hundida en un anuario y apuntaba un nombre en una libreta.

—¿Ya sabes quién es mi padre? —bromeé sentándome a su lado.

—No. Mira, este es el anuario de 1.995, solo había seis chicos ese curso y solo dos tenían los ojos azules. Estos dos —me señaló los nombres apuntados en la libreta—. Ahora vamos a por el siguiente año. Esto es pan comido, cuando terminemos de revisar los seis anuarios, como mucho tendremos quince tíos como candidatos para ser tu padre.

—Vaya, estoy impresionada —ironicé.

—¿Quieres o no quieres saberlo?

—Sí... No... No sé, Evan —dudé.

—Tienes que saberlo.

—He podido vivir sin saberlo quince años, creo que podría soportarlo toda mi vida. Además, ¿qué voy a decirle cuando descubra quién es? ¿Hola, yo soy tu hija? —fingí la voz de Darth Vader cuando en *El Imperio contraataca* le reveló a Luke Skywalker que era su padre.

—Eso ya lo pensaremos —me repuso—. Lo importante ahora es descubrir quién es. —Evan abrió otro anuario y buscó las páginas donde aparecía la plantilla de estudiantes y profesores de la promoción 95-96.

Asomé la cabeza y escruté los rostros de los chicos que sonrientes posaban para la foto, buscando algún rasgo en ellos que me recordase a mí, pero no hallé ninguno. De los siete posibles candidatos, descartamos a cinco por raza y color de ojos. Aquella investigación era de dudoso rigor científico y tampoco sabía si nos llevaría a buen puerto. Tal vez solo perdíamos el tiempo.

El móvil me sonó con un mensaje y lo saqué del bolsillo. Era Dylan. Estaba en la biblioteca y estaba viéndome en ese momento. Sonreí.

—¿Quién es? —preguntó Evan apartando los ojos del anuario.

—Es Blaine —mentí.

—Ah, y ¿qué te dice?

—Que me echa de menos.

—Oh, qué bonito —dijo con sarcasmo—. ¿Tienes ganas de verlo?

—Pues sí. ¿Te importa seguir solo? Voy a hablar con él.

—Claro, ve. Eso es mucho más importante que conocer la identidad de tu padre. —Puso los ojos en blanco y sacudió la mano condescendiente.

—Gracias. —Me acerqué a su mejilla y posé un beso. Evan gruñó como si le hubiera molestado y me reí—. Vuelvo enseguida.

Me reuní con Dylan tras una estantería que quedaba al fondo, donde estaban los ensayos de filología que nadie consultaba por razones obvias. La filosofía no era tan interesante como el álgebra de Euclides o el método de reproducción de las esporas. Tan pronto me vio, avanzó dando cuatros zancadas y me aprisionó contra la pared. Su boca aterrizó en picado sobre la mía.

—Llevo todo el día pensando en besarte.

—Ya será menos —dudé, rodando los ojos, pero queriendo creer que fuera verdad. A esas alturas estaba supercolada por Dylan y tampoco podía dejar de pensar en sus besos y en él.

—Solo pienso en ti, Oli. Cada hora, cada minuto, cada segundo del día. —Y volvió a besarme con intensidad.

Dylan era tan bueno besando que el rato se hizo demasiado largo, tanto que cuando regresé con Evan, este se había marchado,

aunque su mochila seguía en la silla. Fui a buscarlo y lo encontré saliendo de los baños.

—¿Has ido en persona a hablar con Blaine? —preguntó con retintín.

—Perdona, pierdo la noción del tiempo cuando hablamos. Teníamos muchas cosas que contarnos.

—¿El amor hace esas cosas? —ironizó.

—Sí, si es de verdad. ¿Tú nunca has estado enamorado?

—Al menos dos veces —respondió—, pero las dos eran de mentira.

—¿Y cómo sabes que eran de mentira? —me reí.

—Porque parecían de verdad, pero no han dejado huella en mi corazón. Si fueran de verdad tendría un cráter del tamaño de una pulgada al menos.

Solté una carcajada y enlacé mi brazo con el suyo.

—Seguro que pronto te vas a enamorar de verdad —le aseguré.

—No sé si quiero hacerlo.

—¿Por qué no?

—No, si no soy correspondido. Entonces sería verdaderamente una mierda.

Asentí. El amor no correspondido era la mayor mierda del mundo.

—¿Y ya le has contado que has conocido a otro chico?

—¿Por qué iba a hacer eso? —le repuse molesta.

—Es lo que deberías hacer si quieres ser sincera con él. De eso trata el amor de verdad. Si hay mentiras ya no es tan verdadero, ¿no crees?

—Solo somos amigos —me defendí.

—Ya —dijo dudoso.

—Me da igual lo que pienses. Dylan y yo no tenemos nada.

—Nadie aquí ha nombrado a Dylan —se rio.

—Bueno... He supuesto que...

—Has supuesto porque es lo que hay —me interrumpió echando a andar.

—No es lo que hay. Yo estoy con Blaine y punto —mentí bellacamente.

—Ya, sí, estáis enamorados de verdad, ya lo sé.

—Así es —me mantuve en mis trece.

—Me da igual. Por cierto, tengo buenas noticias —añadió cambiando de tema.

—¿Y cuáles son? —dije deprisa yo tampoco quería seguir desgranándole los oscuros misterios de mi corazón.

—Has tardado tanto que ya he terminado de revisar los anuarios. Al final la lista de «posibles padres de Olivia» se reduce a diecisiete. Algunos los conozco en persona, otros no, pero no será difícil dar con ellos.

—¿Y qué propones?

—Es el momento de hacer las galletas. —Arqueó las cejitas astutamente.

—¿Ahora?

—No, ahora no. —Chasqueó la lengua contra el paladar rodando los ojos—. El domingo por la tarde.

El plan que habíamos trazado consistía en, primero, elaborar la lista de «posibles padres de Olivia», segundo, buscar sus direcciones, y tercero, llamar a sus puertas durante las vacaciones con la excusa de venderles galletas de Navidad. Era un plan poco brillante y de dudosa eficacia, pero la idea básicamente consistía en ver en persona quiénes eran esos hombres o sus familias y observar de primera mano y de cerca posibles semejanzas para seguir reduciendo la lista hasta su mínima expresión. O sea, uno y solo uno podía quedar, igual que en la película de *Los Inmortales*.

41

Noah

Mientras April se arreglaba, aproveché para ir al cobertizo que habíamos construido a un lado de la casa, con el fin de usarlo de trastero tras la rehabilitación de la buhardilla y dejarla como espacio personal para Grace.

De nuevo me sentía bien, hablar con April había sido lo adecuado, pese a que tenía ciertas reservas. Pensaba que esa vez debía ser ella la que diera el paso, sin embargo, decidí dejar el orgullo a un lado y fui yo el que llamó a su puerta.

Quitó el candado y metí la cabeza para accionar la bombilla. La luz alumbró las viejas pertenencias de Waterly Inn, esas que se habían salvado del desplome de parte del tejado durante una fuerte tempestad el verano de 2.011, cuando un árbol cayó sobre la casa y destrozó la parte sur, y que habíamos decidido no usar en la decoración de la buhardilla. Fue durante las obras de rehabilitación cuando Grace y yo decidimos darle un mejor uso a esa enorme sala tan espaciosa y llena de luz.

Aprovechando que teníamos que vaciarla para la reconstrucción, tiramos todo lo inservible, dimos a la beneficencia lo que Grace no quería conservar y restauramos algunos muebles que si no, hubieran terminado apolillados bajo tanto polvo y mugre. El seguro de la casa cubrió bastante del presupuesto, sin embargo, no alcanzó para cubrir las partidas del nuevo baño que instalamos para comodidad de Grace ni tampoco de la construcción del cobertizo. Me había hecho cargo yo, fue un regalo para ella, por ser mi madre durante tantos años, sin serlo. Tenía mucho que agradecer a Grace, por eso colaboraba con las tareas del hostel dentro de todo lo

posible y ayudaba económicamente a su sostén. Waterly Inn nunca había sido en realidad un negocio rentable, pero conseguía equilibrarse a final de mes, y si no lo hacía, pues yo añadía un poco más, y así estábamos siempre, como funambulistas sobre una cuerda floja. Me encantaba esa casa y por ese motivo, tras mi regreso al pueblo y empezar a trabajar de profesor en el instituto, había decidido instalarme en la única habitación que quedaba libre y en la que seguía instalado después de cinco años. Perteneecía a esa casa. Era mi hogar. Pero que lo sintiera como tal, no significaba que me sintiera propietario de él. Nunca había albergado esa posibilidad, yo no era ese tipo de persona y jamás se me había pasado por la cabeza tal cosa.

Tuve que hacer cuatro viajes para transportar las cuatro enormes cajas de cartón que contenían los adornos navideños, esos que durante la semana previa a las Navidades se usaban para ornamentar las paredes de toda la casa, la chimenea del salón y las escaleras. Formaba parte de la tradición que todos los huéspedes colaborasen en esa actividad y solíamos hacerlo por las tardes en las horas previas a la cena, acompañados de ponche caliente de huevo y otros licores. Era divertido y creaba magia, algo que ese año nos hacía especialmente falta. La enfermedad de Grace no solo había hecho mella en mi estado de ánimo, también en el del resto de habitantes del Waterly Inn.

En cuanto entré en la casa con la primera caja, las gemelas Stevens se acercaron enseguida, la abrieron y se pusieron manos a la obra, acompañadas de villancicos. Eran muy curiosas y parlanchinas, pero muy agradables, y las apreciaba de verdad. Las conocía desde hacía más de una década, cuando llegaron al hostel con la intención de pasar un verano. Tras esa temporada decidieron quedarse hasta las Navidades y ya nunca habían decidido marcharse. Ese efecto de la casa azul era algo común en las personas que decidían hacer nido en ella, más tarde había ocurrido lo mismo con el señor Jefferson, un profesor de historia jubilado, inteligente, excéntrico y aficionado a la observación de las aves, y más recientemente con Jacinta, la última incorporación a la gran familia. La única que era anterior a mí en aquella casa, aparte de

Grace, era Dorotea que, según me había contado, se había instalado en primavera de 2.001 con la intención de vivir allí hasta el fin de sus días.

Cuando entré con la última caja se había formado un gran revuelo en el interior de la casa y casi todos los inquilinos estaban atareados en colocar las guirnaldas de espumillón en el pasamanos de las escalera. Sonreí emocionado al verlos y llevé la caja al salón, donde en un lugar de honor junto a la chimenea alzaríamos el abeto. La decoración del árbol era una tarea que dejábamos para la fiesta, como el broche final, mientras devorábamos la cena multitudinaria, a la que aparte de los presentes podían venir invitados.

—Ha llegado el momento de preparar mi famoso ponche con huevo —dijo Dorotea sonriente, camino de la cocina—. Necesitamos entrar en calor.

—Me parece una magnífica idea —le dije dirigiéndome a la escalera, donde las hermanas Stevens y el señor Jefferson seguían concentrados en la labor de colocar el espumillón en la baranda.

Me quedé en el vestíbulo observándolos unos segundos, preguntándome dónde estaba April. Como una respuesta a mi pregunta, segundos después apareció en el rellano superior. Se había dado una ducha y puesto un vestido rojo por encima de las rodillas que le quedaba muy bien. Estaba guapa, tras el cambio de color y corte de cabello volvía a parecerse mucho a la chica de la foto que había protagonizado mis sueños durante mis años adolescentes, pero era su sonrisa radiante lo que me dejó parado. Desde arriba me lanzó una intensa mirada y yo enarqué las cejas en señal de aprobación. Las gemelas dijeron al unísono: «Estás guapísima», algo que corroboró el señor Jefferson comparándola con un *Ramphocelus bresilius*.

April se sonrojó hasta las orejas y les dio las gracias, luego bajó las escaleras y se acercó adonde yo la esperaba.

—Ya veo que os habéis puesto manos a la obra —dijo.

—Les encanta.

—¿Y a ti?

—A mí también. Siempre me ha gustado el ambiente navideño y las fiestas.

—No puedo decir lo mismo. Siempre las hemos pasado Olivia y yo solas, y no he tenido mucho tiempo para vivirlas a fondo. En el hotel es temporada alta y casi siempre me toca doblar el turno.

—Este año será distinto.

—Sí, este año será distinto —dijo con cierta pena.

—Este año todos estamos decaídos por lo de Grace, pero trataremos de pasarlo bien, por ella y por nosotros. Ven. —Le ofrecí la mano—. Dorotea está preparando su famoso ponche. No sé que lleva pero te aseguro que es una bomba. Por cierto, es verdad que estás preciosa.

—¿Como un *rampulus bresilius*? —bromeó.

—Debe ser una especie de pájaro.

—Eso me temo, espero que no lo haya dicho por mi peinado —dijo, atusándose la melena.

—Luego le preguntamos. Venga, ven. Tomemos ponche. Nos sentará bien. ¿Sabes dónde está Jacinta? No la he visto en todo el día.

—Me comentó que pensaba ir a Springfield a comprar regalos. Yo debería hacer lo mismo. Además, le prometí a Olivia ir a la ciudad de compras.

—Podemos ir el miércoles tras el ensayo general de la obra y quedarnos a cenar.

—Podría ser —dijo—. ¿Y cómo va la obra?

—La tenemos casi lista. Tampoco es gran cosa, somos aficionados y la mayoría le ponen más ganas que talento, pero está bien y viene casi todo el pueblo a verla. ¿Vendrás, verdad?

—Claro. ¿Es el viernes a las seis?

—Sí, estaremos por las tardes un poco liados con los preparativos finales, pero a los alumnos les encanta. Olivia lo ha hecho muy bien. Creo que se ha integrado muy bien en el grupo.

—Eso parece. —April torció el gesto.

—No te preocupes por ella. Se le pasará el disgusto.

—Está siendo peor de lo que esperaba, cuando me decían que la adolescencia era difícil no imaginaba cuánto.

—Solo necesita encontrar su identidad en el mundo y lo hace bien. No tienes por qué preocuparte.

—¿Ni siquiera por la marihuana? —me repuso.

—Ni siquiera por eso. Es normal experimentar a su edad. ¿No lo hiciste tú?

—Apenas tuve tiempo para ser joven. —Me sonrió levemente.

—Tomemos ese ponche. —Finalmente le cogí la mano y tiré de ella hasta la cocina, donde Dorotea tenía a tope la batidora.

Para lo pequeña y mayor que era, tenía una fuerza y velocidad increíbles. Siempre se movía vertiginosa por la casa como esas bolas de arbustos reseco que transitan los desiertos pasando ante nuestros ojos como una exhalación. Era un visto y no visto. En poco más de diez minutos se las había ingeniado para combinar en la jarra todos los ingredientes secretos de su famoso ponche y guardarlos astutamente en los armarios para que nadie pudiera descubrir cuáles eran. Sería un secreto que seguramente se llevaría a la tumba.

Nos sentamos a la mesa, April, Dorotea y yo, con un vaso delante. Poco después llegó Jacinta con las manos vacías y repartió besos y abrazos por todas las mejillas.

—¿Eso es ponche? Mmm, quiero ponche —dijo frotándose las manos—. Vengo congelada. —Se sirvió un vaso y se sentó a la mesa—. El ambiente en Springfield es totalmente de Navidad —nos informó.

—¿Has comprado muchas cosas? —le pregunté.

—Así es. Muchas. —Me guiñó un ojo y sorbió de su vaso—. Este año te has superado, Dorotea —alabó el ponche—, me tienes que dar la receta.

—Tal vez el año que viene.

—¿Brindamos? —sugirió Jacinta levantando el vaso al centro.

—Haz tú los honores —le dije a April.

—¿Yo?

—Claro, ¿quién mejor que tú?

—Pues cualquiera de vosotros —me repuso.

—Venga, mujer, no seas rúcana con las palabras y di algo —me instó Jacinta.

—Está bien. —April se tomó unos segundos de reflexión antes de izar el vaso—. Brindo por que estas Navidades todos

encontremos un motivo para ser felices.

Hubo un momento de silencio hasta que Jacinta dijo:
—Que así sea, que la fuerza nos acompañe siempre.

42

April

Lo pasamos bien esa tarde. Después se unieron el resto de huéspedes y llegó Olivia con la carita enfurruñada. No sabía si la traía de serie o si se la plantaba cada vez que cruzaba la puerta de la casa para aguararnos la fiesta. Me escapé un poco para ver a Grace y por petición suya fuimos a visitarla en tropel. Estuvimos con ella un rato, charlamos, cantamos y reímos, tratando de no pensar mucho en su situación, la preocupación era constante en todos. Era difícil verla postrada y que una conmoción de absoluta tristeza te invadiera el cuerpo.

Mi madre era una persona dura, tan dura que apenas se quejaba por nada. Pensaba en ella, allí, tumbada sobre su cama todo el día, durmiendo o despierta abstraída en su silencio, con la vida pendiente de un hilo, contemplando su propia muerte. El corazón se me rompía. Cada vez que entraba a verla tenía menos sensación de no quererla, ahora incluso dudaba que lo hubiera dejado de hacer durante años. Se me había olvidado o ya no quería verlo. ¿En qué clase de persona me convertiría odiar a una madre cuando está muriéndose delante de ti?

Tras la cena, mi hija se retiró deprisa a su habitación. No me sorprendió, huía del calor humano como los vampiros de la luz del sol. Los demás nos quedamos recogiendo la cocina y tomando más ponche de Dorotea. No sabía qué llevaba aquel mejunje, pero era en verdad revitalizante. Estaba delicioso y entraba bien, sin embargo, tras tres vasos, empezaba a costarme dar un paso sin dar traspiés. Jacinta propuso ir al salón y poner música para continuar la velada. Estuvimos de acuerdo y nos reunimos frente a la chimenea.

Noah se aposentó en uno de los dos sofás que, haciendo una u, rodeaban una mesa baja. Yo fui a sentarme en el sillón libre, pero Jacinta se me adelantó con una picarona sonrisa. No tuve más remedio que tomar asiento junto a Noah, tal y como ella pretendía con tan rápida maniobra. Me guiñó el ojo y siguió sorbiendo ponche mientras charlaba con las gemelas Stevens y Dorotea, que estaban apoltronadas en el otro sofá. El señor Jefferson a mi otro lado dormitaba con la oreja chafada contra un cojín y la boca abierta de par en par.

—Brandon no aguanta mi ponche —bromeó Dorotea soltando una risotada—. El año pasado tuvimos que llevarlo a su habitación, ¿os acordáis?

—Sí, o te resucita o te mata —comentó una de las hermanas. Tras decir aquello se quedaron de pronto calladas, hasta que Jacinta rompió el silencio con un comentario gracioso de los suyos y las cuatro se echaron a reír.

—¿Estás bien? —me preguntó Noah. Su mano avanzó por el asiento para agarrar la mía.

—Sí, estoy bien, pero a la vez triste. No puedo evitar acordarme de mi madre.

—Me siento igual. Es duro, pero mientras siga con nosotros, tenemos motivos para estar felices. ¿Quieres más ponche? —me preguntó, supongo que quería cambiar el curso de la conversación.

—Creo que si tomo otro vaso me pasará igual que al señor Jefferson el año pasado —me reí sin demasiadas ganas.

—Yo podría llevarte hasta tu habitación —aseguró esbozando una media sonrisa.

—¿Sí? ¿Lo harías?

—No sería la primera vez.

Solté una carcajada y fijé mis ojos en los suyos.

—Recuerdo que esa otra vez me llevaste como a un saco de patatas.

—Tenía miedo de que te golpearas la cabeza contra las paredes.

—Sí, claro, y por eso no te quedó más remedio que llevarme sobre el hombro. También recuerdo que aporreé tu trasero como si fuera un tambor.

Noah fue ahora quien se rió.

—Estabas muy borracha. —Sus dedos acariciaron mi mano provocándome un estremecimiento.

—Sí, no suelo beber, y tomarme cinco, seis o siete whiskies a palo seco no me sentó nada bien.

—Estuviste graciosa. Te pusiste a cantar *Happy* —dijo e imitó mi voz mientras la entonaba con cara de tonto.

—Dejémoslo estar, ¿vale? No es una de las cosas de las que me sienta muy orgullosa. No es un buen ejemplo para mi hija.

—Todo el mundo tiene derecho a tener un bajón. Fue fuerte para ti, lo entendí. Llegar aquí y descubrir de pronto que tenías un *hermanastro*... —Noah torció el gesto para decir esa palabra, creo que la detestaba tanto como yo.

—Lo fue y te agradezco lo que hiciste por mí y también por Olivia. Eres un buen tipo, Noah Connors.

—Tú también eres una buena tipa, April Chase —dijo y sus dedos se enredaron con los míos. Volvimos a mirarnos a los ojos y respiré hondo, muy hondo. Me sentía muy a gusto con Noah.

—¿Hasta qué hora se alargan estas veladas prenavideñas?

—¿Por qué? ¿No te gusta? —Me sonrió calentándome el corazón.

—Sí, pero preferiría estar a solas contigo —me atreví a decirle.

—Eso tiene fácil solución. He reservado una habitación en la planta de arriba. Podríamos escabullirnos de la fiesta.

—¿Y no se darán cuenta? —Hice un gesto con los ojos hacia nuestras carabinas.

—Me da igual. Soy mayorcito, y tú también. Además, no creo que les importe.

Por Dios, solo de pensar en subir a su habitación y estar los dos solos allí encerrados me ponía nerviosa y acalorada. Estaba segura de las nobles motivaciones de Noah, sin embargo, seguía teniendo un pánico espantoso a enfrentarme a la intimidad de ese momento que cada vez perfilaba más cristalino en mi mente.

—¿Y mi hija?

—¿Qué pasa con ella?

—Está arriba, podría oírnos.

Noah sonrió burlón.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Tanto ruido piensas hacer?

—No, qué va —me ruboricé hasta las orejas—, me refería al subir.

—Ya lo sé. —Su dedo se deslizó por la palma de mi mano, erizándome hasta el último vello—. Era una broma.

Me mordí el labio inferior y eché un vistazo a las hermanas Stevens, a Dorotea y a Jacinta, quien me lanzó una fugaz mirada y me sonrió con picardía. Me pareció que me alentaba para llevar a cabo lo que tuviera rondando en la cabeza.

—Estoy cansada. Voy a acostarme —elevé la voz para que me oyesen. Me puse en pie y me despedí de todos hasta el día siguiente.

Mentira. De todos no. Antes de salir del salón crucé una mirada con Noah y le brindé una sonrisa cargada de intenciones.

43

April

Me sentía de nuevo una adolescente. Subir a la habitación de Noah casi a hurtadillas, poniendo absurdas excusas a los allí presentes y sorteando que Olivia me pillara entrando sofocada en la habitación del hombre por el que bebía los vientos, era como si los papeles se hubieran dado la vuelta y mi hija fuera la madre en esa ecuación.

—¿Se puede saber qué haces? —me preguntó, cuando me vio pegada a la pared arrastrándome como un reptil hasta su puerta.

—Intentar que no me vea.

—¿Eres como un camaleón y crees que te vas a mimetizar con el color de la pared? —rió y sentí que los órganos se me recolocaban por dentro.

—¡Shiiiiss! Puede oírte.

—Cuanto más intentes disimular, más se te nota. ¿No conoces la ley de normalizar para pasar desapercibido? —Noah abrió la puerta y esperó a que entrara. Miré a ambos lados y pasé al punto que Noah divertido negaba con la cabeza.

—¿Va a ser así siempre?

—¿A qué te refieres? —Lo sabía, sabía a qué se refería, pero necesitaba seguir conversando para templar los nervios.

—A entrar a lo Tomb Raider en cualquier lugar en el que también esté yo. Tengo que decirte que es poco erótico. —Se deshizo del jersey y lo dejó sobre la cama. Nunca antes lo había visto tan expuesto a mí, con aquella camiseta blanca de manga corta pegada a su cuerpo. Una espiral de deseo se alzó vertiginosa en mi estómago.

—Tengo poca experiencia en ese campo. Pero un poco de emoción no le viene mal a nadie.

—Si eso te ayuda a pasar más tiempo a solas conmigo, me vale.

—Tiene que valerte, soy así de prudente.

—Me vale cualquier cosa que venga de ti, April. Me gusta cada aspecto extraño que tienes.

—¿Has empezado ya tu juego de cortejo o crees que llamarme extraña es un cumplido? —bromeé.

—Eres extrañamente deliciosa, y sí a ambas cosas.

—¿Qué toca ahora? —pregunté mordiéndome el labio inferior.

—Podríamos tumbarnos en la cama, estaremos más cómodos.

—Me parece bien. —Asentí.

Noah rodeó la cama y se tendió en ella mientras yo observaba desde mi posición todos sus movimientos. Estaba entre excitada, asustada y ruborizada. Era una caja de emociones, igual que esas que usan los psiquiatras para que los más reservados puedan mostrar su estado emocional con caritas.

—¿No vienes? —Noah estaba de lado, con la cabeza apoyada sobre la palma de su mano con una sonrisa en los labios.

—Debería quitarme también algo de ropa. —Había bajado una chaqueta de angora negra por si me entraba frío con el vestido y me la había puesto, presa de los nervios, mientras subía las escaleras.

—Me muero por ver cómo te desvistes.

—Solo pensaba quitarme la chaqueta. No te emociones. —Le sonreí nerviosa. Estaba a punto de entrar en colapso nervioso.

—Tendré que conformarme con eso. —Noah esperó paciente a que me desprendiera de la prenda de lana—. ¿Ya estás más cómoda?

—Sí, gracias —dije mientras me peinaba el cabello con las manos.

—Ven, no voy a comerte.

—Espero que lo hagas, algún día, pero no en plan caníbal, me refiero a...

—Sé a qué te refieres, pero, por favor, April, ven de una vez —me suplicó con la boca, con los ojos y con todo su ser.

Me acerqué al borde de la cama y me senté tímidamente.

—¿Te vas a quedar ahí sentada? —Noah alzó una de sus cejas.

—No, no. Es que tengo un ritual para entrar en las camas. ¿No te lo había dicho?

Sin que me diera tiempo a reaccionar, Noah tiró de mí. Su fuerza venció a mi cuerpo y caí sobre él.

—Así mejor, tenía ganas de tenerte cerca —aseguró con los labios muy cerca de los míos en un susurro electrificante.

—Aunque te haya parecido que no, a mí también me apetecía mucho.

—Demuéstramelo —me retó.

—¿Qué quieres que haga para demostrártelo?

—Quiero que te sientas libre de usar mi cuerpo según tus deseos.

—¿Te va el sado?

—Todavía no, pero si quieres probar —me dijo entre risas.

—Muy gracioso, pero no me ayudas. Estoy muy nerviosa.

Noah me envolvió la cara entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—No tienes que estar nerviosa. Soy yo. Nunca haré ni dejaré que hagas nada que no quieras.

—¿Me lo prometes?

—No creo que haga falta prometerlo, soy un hombre de palabra, pero te lo prometo.

—Me gustaría besarte —dije, mientras me deleitaba con el brillo de sus ojos y una pequeña mancha amarilla que tenía en el iris izquierdo.

—Me parece un buen comienzo.

Me acerqué a sus labios y me dejé llevar por la carita sonriente que mi caja de emociones había hecho visible en mi mente. Fue un beso pausado, de esos en los que las bocas se recrean en cada ángulo de los labios. Húmedas y ansiosas de entrar en cierta manera dentro del otro en cuerpo y alma.

Un beso puede transmitir muchas cosas, tanto como una mirada. En los movimientos rítmicos de dos lenguas enroscándose, puedes adivinar cuánto se desea a alguien o cuánto detestas lo que está haciendo. Y yo, estaba entregada a Noah en todos los sentidos en ese preciso momento.

Su saliva era dulce y no excesiva, fluía dentro de mi boca y aumentaba las pulsaciones de mi cuerpo, haciéndolo reaccionar con cálidas vibraciones en mi bajo vientre y despertando plenamente lo que llevaba tiempo dormido.

Me había besado otras veces con él, pero ninguna de ellas se parecía a esa. Era como el beso más ansiado por dos amantes, como si lo que hicieran fuese prohibido y, aunque no lo era, en mi mente existía ese recelo. Aquello fue lo que lo hizo mágico, o quizá lo era, porque entre Noah y yo existía verdaderamente esa magia. Fuera cual fuese el motivo, lo estaba disfrutando, y mi cuerpo también.

—Esto me gusta —le dije en una de las ocasiones que me vi obligada a separarme de él para respirar.

—A mí no solo me gusta, me encanta. Me encanta tenerte encima de mí, me encanta tu boca y cómo hueles.

—Tú tampoco hueles nada mal.

—Hacía tanto tiempo que no hacía algo así, que había olvidado lo bien que sienta.

—Somos dos parias del amor.

—Y del sexo. ¿Crees que estaremos muertos de cintura para abajo?

—Si lo que noto entre nuestros cuerpos no es tu teléfono móvil, diría que está vivo y coleando —dije intentando no encender mis mejillas como una tea.

—No quería decirlo y que me tomaras por un depravado. Pero saliendo de ti suena mucho más bonito.

—Solo es la verdad, lo bonito es que una mujer como yo tenga la capacidad de hacerte reaccionar de esa manera.

—Me gustaría corregirte. No es una mujer como tú la que me hace reaccionar de esa forma. Eres simplemente tú la que hace que toda la sangre se me concentre en un punto.

—¿Y no tienes miedo de que explote? —Realmente me preocupaba que, de no poder rematar la faena, Noah acabase en un hospital con el miembro inflamado y un peligro inminente de autocombustión.

—Creo que no existen casos clínicos de esa índole.

—Siempre puedes ser el primero. Nuestra castración autoimpuesta es de clase A —comenté antes de besarle suavemente de nuevo.

—Que me compares con la clasificación energética de un frigorífico es extrañamente excitante.

—Esperaba que con esa comparativa te relajases un poco.

—Pues no lo has conseguido, April Chase. Todo lo que dices me parece lo más ocurrente, excitante e interesante del mundo.

—No soy tan interesante, soy casi una adolescente ahora mismo. ¿Acaso has olvidado la forma tan patética con la que he actuado antes de entrar?

—La recuerdo. Ha sido tan inocente que me ha parecido encantadora.

—No voy a conseguir que me odies, ¿verdad?

—¿Quieres que lo haga?

—No, no quiero que lo hagas. Quiero otras cosas que distan mucho del odio.

—Entonces sigamos disfrutando de este momento sin presiones.

Y eso hicimos, disfrutar al máximo de ese primer encuentro. Girando en su cama a la vez que nuestras manos se buscaban con ganas. Haciendo gala de la edad que teníamos para explorarnos de manera poco decorosa por encima de la ropa. Creando bellas expectativas de lo que sería tener sexo juntos después de tanto tiempo. Allanando el terreno en el que más tarde construiríamos algo bonito, algo sano, algo que tenía que ver con un sentimiento más allá del terrenal y mundano sexo. Sin prisa pero sin pausa.

—Debería irme —dije una hora o dos después, no había sido consciente del tiempo real que habíamos estado practicando aquello.

—Podrías quedarte a dormir conmigo.

—Podría, pero no debo, hoy no.

—Me parece bien, todo lo que decidas me lo parece.

—Eres demasiado bueno conmigo. No puede parecerme todo bien.

—Siempre que sean cosas que no afecten a mi integridad deben parecerme bien. No voy a presionarte ni a manipular tus decisiones, April.

—Gracias, eso es lo que más me gusta de ti.

—En ese caso no deberías poner en duda el respeto que te tengo.

—Solo es para darte conversación, yo también tengo mis recursos —dije coqueta antes de incorporarme para echarme un vistazo en el espejo—. Dios mío, tengo la barbilla roja como un tomate.

—Lo siento, ha debido ser mi barba. Debería afeitarme.

—No lo hagas, me gusta cómo te queda.

—¿No te preocupa que te produzca alergia?

—No es alergia, solo es por el roce. Mi piel no está acostumbrada a tanto... —Ambos nos miramos y pensamos lo mismo. No pudimos evitar estallar en una carcajada—. Acabo de preocuparme de verdad. ¿Crees que acabaremos pelados como un pomelo cuando lo hagamos de verdad? —añadí dudosa.

—Espero que no, y me alegra escuchar que habrá una próxima vez y que será más completa que esta.

—¿Lo dudabas? Esto solo ha sido una primera toma de contacto, la próxima vez será mejor y espero llegar a más contigo. Lo deseo.

—Yo también lo deseo, y rezaré para que esta noche no estalle como una granada de mano.

—Me has dicho que no hay casos de ese tipo.

—Y no los hay, pero me has puesto tanto que albergo esa posibilidad.

—Me voy a ir ya, porque, si sigues diciendo cosas como esa, no respondo de mis actos. —Me acerqué a él de nuevo y le di un último beso de despedida.

—Que descanses.

—Tú también, si puedes —dije antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

Imaginé que Noah no iba a quedarse con el calentón y que en cierta forma agradecía que me marchase para aliviarse en la

intimidad. La idea de imaginarlo haciendo aquello se cruzó por mi mente y volvió a encenderme tan solo de imaginar lo sexi que resultaba ver a un hombre tenso con su miembro entre las manos. Quizá yo debería hacer lo mismo y comprobar que mi capacidad de sentir orgasmos seguía intacta o, cuando diera el paso, mermaría su orgullo masculino, frustrando por tanto mis propias necesidades. Y no necesitábamos eso, necesitábamos disfrutar de verdad de aquello, nos lo merecíamos.

44

April

El martes por la noche, tras la primera vez en la que Noah y yo habíamos iniciado nuestra particular forma de estar juntos, volvimos a repetir. Quedamos tras la cena en encontrarnos en mi dormitorio y nos sumimos en un beso casi eterno rodeado de caricias electrizantes. Era tan placentero que las ganas de llegar a la siguiente base se incrementaban hasta el punto de que la necesidad invadía impetuosa mi cuerpo.

En mi infinita ignorancia, creí que había llegado el momento de ir a más, pero finalmente no pude. Necesitaba más tiempo. Algo tan sencillo para otras personas, que sentían lo mismo que podía estar sintiendo yo por Noah, para mí suponía todo un reto. Y, aunque esa segunda vez me sentía todavía más preparada, no lo estaba del todo. Quizá en la siguiente se haría efectivo el dicho de «a la tercera va la vencida».

La mañana del miércoles, me desperté sola y sin que Olivia siquiera se hubiera despedido de mí antes de ir al instituto. No solía hacerlo, pero ahora entendía que con más razón que no quisiera hacerlo. Estaba molesta, descubrir de pronto que tu madre no es solo una madre, sino una mujer con necesidades e inquietudes románticas no era plato de buen gusto para ella. Me había convertido en la mala de la película de su vida.

Esa tarde tenían el ensayo general de la obra y quería ir, a ella seguramente le incomodaría mi presencia y me evitaría a toda costa. Olivia no actuaba, pero había ayudado a pintar y montar los decorados, y yo me sentía orgullosa igualmente de que mi hija hubiera dado vida a esos escenarios.

Hice la cama y me vestí para bajar a tomar un café. Últimamente tenía los nervios a flor de piel y me costaba tomar bocado tan temprano. Comprobé en el único espejo de cuerpo entero de la buhardilla el estado de mi flácida barriga, la pellizqué por los dos flancos con las manos y sentí que había reducido un poco su tamaño. No hay mal que por bien no venga, me dije resignada.

Después de varios años evitando mirármela para no lamentarme de mi dejadez, la muy bruja de pronto me hacía sentir muy insegura. Noah iba a vérmela y no iba a gustarle, ¿cómo iba a gustarle? Era una señora barriga perceptible desde la luna. Yo la detestaba desde el minuto uno que percibí que había hecho acto de aparición en mi existencia. La relación con mi cuerpo había sido poco amigable y ahora empezaba a lamentarlo de verdad. Había estado viviendo ajena a mí, a mi aspecto, a mis propias necesidades. Mi pelo había pedido a gritos un buen color y corte, algo que ya había remediado, afortunadamente y gracias a Jacinta y sus habilidosas manos. Mis uñas seguían siendo un desastre, rotas y descuidadas, pronto me ocuparía de ellas. Lo de mi barriga era otro cantar. No podía coger unas tijeras y librarme de ella por las buenas, no, no sin protagonizar un espectáculo gore en el intento.

Mi defensa era pobre, o no. Simplemente me había limitado a vivir de veinticuatro en veinticuatro horas, a ocuparme del rosario de nuevos desafíos que llegaba con cada nuevo día: dinero, Olivia, el enorme agujero en el centro de mi ser... En cierto modo me había desconectado de mí. Había roto el estrecho hilo de unión entre mi mente y mi cuerpo. Tenía que hacerlo para sobrevivir. Me bajé el jersey para volver a esconderla y salí de la buhardilla con rumbo a la cocina.

—Buenos días. —El señor Jefferson, como siempre, había desayunado el primero y estaba fregando sus utensilios.

—Buenos días, ¿qué tiene pensado hacer hoy?

—Iré a observar a los rascadores zarceros. Son aves curiosas y de las pocas que no emigran para pasar el invierno. Suelen quedarse en casa junto a los suyos y son fieles amantes de sus parejas. Cuando se enamoran no hay quien los separe.

—Sabe usted mucho de pájaros, señor Jefferson.

—Y de la vida, April, y de la vida. —Alzó el ala de su extraño sombrero verde de plumas y se despidió de mí, dejándome con la sensación de que, con sus conocimientos en ornitología, estaba intentando decirme algo.

Me quedé sola en la cocina y puse la cafetera. Normalmente era una estancia muy concurrida y siempre me encontraba a alguien con quien charlar. Me pregunté dónde estaría Jacinta, pero, por el número de ponches que se había tomado la noche anterior, deduje que estaría durmiendo la mona todavía, al igual que las otras huéspedes de la casa. Las veladas previas a Navidad eran muy agradables y sociales en el hostel, yo había olvidado cómo eran y ahora, después de tanto tiempo, volvía a formar parte de ese ambiente cargado de un delicioso ponche caliente de huevo.

Me senté a esperar a que el café hiciera su aparición estelar y me sentí sola. Una sensación que no debería ser extraña para mí, pero lo fue. En el poco tiempo que llevaba en Waterly Inn, mi psique se había transformado por completo. Apenas me reconocía, echaba de menos unas cosas que antes echaba de más. Y no lo vi como algo positivo. Siempre había apreciado mi forma independiente de ver la vida, cuando no necesitas nada ni a nadie, las cosas duelen menos. Y ahora sentía que me dolían muchas cosas, me dolía el estado de mi madre, me dolía no estar rodeada de gente a cada rato, me dolía no poder expresar abiertamente mis sentimientos por Noah. Y al mismo tiempo, que sentía que esa parte huraña de mí se había desvanecido, me alegraba de volver a ser como el resto de los mortales.

Noah había colocado el abeto en el sitio estratégico, todavía desnudo y esperando para ser decorado en la fiesta del sábado. Debía ser la única casa de Waterly que aún no había desplegado todas sus artes decorativas navideñas, pero la tradición era así y estaba bien como estaba.

—Hola, estás aquí —dijo Jacinta entrando en la cocina con un peto vaquero lleno de cuentas haciendo un dibujo abstracto en el bolsillo central.

—¿Me buscabas?

—Sí, he ido a tu habitación. ¿Por qué te fuiste ayer tan temprano a la cama?

—Estaba cansada.

—¿Y Noah?

—No lo sé, supongo que también. —Encogí los hombros haciéndome la tonta.

—Ya, y yo quedé ayer con un tío para retozar en su granero.

—¿En serio? —No estaba segura de si lo que me decía era cierto o no. Seguramente no lo era, pero preferí asegurarme.

—¡Venga ya! Dime qué narices está pasando entre vosotros. Ya van dos noches que os escabullís los primeros. No voy a asustarme, además, fui la primera en darse cuenta de que entre vosotros saltan chispas.

—No ha pasado nada, de momento.

—¿De momento? ¿Y a qué estáis esperando?, ¿al solsticio de verano? —Se sirvió una taza de café y se sentó frente a mí.

—Verás —bajé la voz—, ayer casi lo hicimos, pero yo... Yo no estoy preparada.

—¿Acaso eres la Virgen María? No cuela, tienes una hija, no eres nueva en esto.

—Solo lo hice aquella vez —dije tras soltar un bufido.

—¿Perdón? —Jacinta casi se atragantó con el primer trago.

—Que lo único que ha entrado por ahí abajo pasó hace casi dieciséis años, y nunca jamás he vuelto a hacer uso.

—¿Ni con un espéculo de ginecólogo?

—Mira que eres bruta. Me refiero a nada que no sea estrictamente médico.

—Me dejas de piedra. ¿Y no has pensado en pasarte al lado oscuro? —preguntó alzando las cejitas.

—Aunque sea una medio virgen, sé que me gustan los hombres, y en especial Noah. He notado cosas en mi...

—En tu *muffin*. Lo he captado. ¿Y cuándo tienes pensado que suceda?

—No lo sé exactamente, creo que es algo que tiene que surgir.

—Te doy toda la razón. Entonces ¿para qué ensayáis?

—Porque me da miedo, tengo ciertos recelos. ¿Y si no soy buena en ese tema?

—No hay un manual para el buen sexo. El buen sexo es aquel que se hace con aquella persona que despierta todos tus sentidos, querida. Si tu bollito ha reaccionado a los estímulos de Noah, es que está listo para que lo metan en el horno. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Pero ¿y si se ha cerrado como un recipiente hermético?

—Mientras no se haya sellado con una buena soldadura, hará pop y no habrá stop. No tienes de qué preocuparte.

—Lo deseo mucho, ¿sabes? No quiero decepcionarlo y decepcionarme yo.

—No lo harás. Es solo sexo, no una prueba nuclear de protones.

—¿Crees que debería comprarme algún conjunto de ropa interior? Hoy iré a Springfield de compras, quizá pueda escapar un momento de la vista de Olivia y comprar algo bonito.

—No lo creo, debes. Quiérete un poco, April. Ya va siendo hora.

—Prométeme que me guardarás el secreto —le pedí. Era la única por el momento, excepto mi hija, que sabía lo que había entre Noah y yo.

—Todo el tiempo que necesites, amiga.

45

Olivia

Mi madre había insistido en ir a ver el ensayo general de la obra y sinceramente me parecía un fastidio. Yo ni siquiera formaba parte del reparto, pero seguro que le apetecía pasar tiempo con Noah, y asistir era una buena excusa. La vi desde el escenario durante la función sentada al lado de Noah en las butacas de dirección y se me revolviaron las tripas. La odié un poco más por estar haciéndome aquello.

Llevaba un par de días evitando hablar con ella, no me apetecía verle la cara y que siguiera mintiéndome. Porque mi madre me mentía, me mentía mucho, muchísimo. Era un hecho que había corroborado desde el primer instante que puse un pie en Waterly y en esa casa azul.

Me sentía decepcionada y cabreada. Era un aspecto de mi madre que desconocía, como muchos otros, dadas las circunstancias. Pero que en su cabeza albergara la posibilidad de liarse abiertamente con Noah, me repugnaba. Quería convertirme en una versión actual de sí misma, que la gente hablara de mí y de lo desgraciada que era la pobre bastarda, que además de no conocer la identidad de su padre, tenía que soportar el libertinaje de su madre al liarse con su hermanastro. Qué asco me daban.

La verdad era que yo disfrutaba bastante viendo series o leyendo libros con argumentos parecidos, bastante recurrentes en la literatura juvenil, pero que aquello se convirtiera en la puta realidad de mi vida me hacía cero gracia.

Mi madre me había prometido que, tras el ensayo, me llevaría a Springfield a hacer algunas compras. Así que, por el bien de mi *look*

para Nochevieja, debía mostrarme dócil en la medida de lo posible. ¿Era egoísta? Pues sí, lo era, pero tenía una buena maestra y quería estar guapa para Dylan esa noche.

Nunca había sido aficionada a ningún tipo de baile juvenil, no solía asistir a los que me estaban permitidos en el instituto porque eran un nido de tutús algodónados y lazos pomposos, pero esta vez era diferente. Con suerte podría asistir a la fiesta que organizaba la Asociación Juvenil en el pabellón de gimnasia, el lugar más polivalente de todo Waterly, y si Dylan me lo pedía incluso lo haría con él como pareja.

Cuando bajé del Toyota de Noah, entré en casa todo lo rápido que pude para dejar la mochila en mi habitación y salir pitando cuanto antes rumbo a Springfield. No me apetecía seguir charlando con él y asentir a todas las charlas morales que me daba, y mucho menos si mi madre las protagonizaba.

—Me alegro de que hayas llegado. —Mi madre parecía haber activado el radar y me estaba esperando tras la puerta.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque me apetecía verte, hablar contigo un rato. ¿Tiene que haber algún motivo especial para que una madre quiera pasar tiempo con una hija?

—¿Ya has pasado tiempo con tu madre, hoy? —le espeté con mala baba. Sabía de sobra que mi madre solía entrar varias veces al día, aunque no se quedaba demasiado rato, según ella porque no podía hablar mucho y mi abuela pasaba la mayor parte del tiempo dormida, pero me apeteció meter el dedo en la llaga, solo por joder.

—Sabes bien que sí. Además, la abuela está hoy un poco más despejada y me ha pedido que vaya a verla.

—¿Quiere echarme alguna charla como soléis hacer tú y Noah?

—Dudo que lo que le apetezca en estos momentos sea eso. Solo quiere verte y conocerte un poco mejor.

—Está bien, dejaré mis cosas e iré a verla. Pero... Me prometiste llevarme de compras.

—Y lo haremos, en cuanto hables con ella. Por cierto, los decorados han quedado geniales, te felicito. —Una estúpida sonrisa se dibujó en su cara.

Asentí y me escabullí a mi habitación.

46

Grace

Los días pasaban demasiado rápidos para estar postrada en una cama sin hacer nada. Dormía, me despertaba, cuando la enfermera maniobraba conmigo y me suministraba calmantes, y volvía a dormirme.

Era como estar muerta en vida, en una vida que ya no vivía salvo los momentos en los que disfrutaba de charlas cortas con April y Noah. El resto del tiempo vivía atrapada en mi propia cabeza y en una preocupación constante. ¿Qué pasaría con la casa tras mi muerte? ¿April volvería a San Luis o decidiría quedarse? ¿Dónde viviría Noah?

Se las habían arreglado bien entre los dos para ocuparse de Waterly Inn ahora que yo no podía hacerlo. Se llevaban bien, lo sabía, y trabajaban en equipo, igual que habíamos hecho él y yo durante los últimos años. Tenía claro que de no haber sido por ese muchacho, el hostel llevaría mucho tiempo cerrado. Además, a Noah le gustaba April, y presumía que a mi hija también le gustaba él. Me agradaba saber que habían sido capaces en muy pocos días de resolver sus diferencias, culpa mía todas, y que la vida seguía su curso ahí afuera, solo deseaba que fuera así siempre, y rezaba mucho por ello, le pedía a Dios bendiciones para mi familia y que no se me llevase de este mundo con esa inmensa y agónica incertidumbre.

La otra gran incógnita en aquella ecuación en la que nos encontrábamos era Olivia. ¿Qué sería de mi nieta, esa gran desconocida? Así que, aquella mañana, en una de sus tantas visitas, le pedí a mi hija que le dijera que deseaba verla.

No era muy consciente de lo que pasaba fuera de las cuatro paredes de aquella habitación, pero notaba que esa jovencita no tenía demasiado contenta a mi hija con su comportamiento. Cuando mi enfermedad me lo permitía, podía escuchar conversaciones tras la puerta que me habían dejado preocupada.

Olivia no era consciente de lo mucho que su madre la quería, del esfuerzo titánico que había supuesto criarla sola siendo tan joven, y quería que se hiciera cargo de ello. Cada minuto de vida que me quedara, quería aprovecharlo para que la vida de mi hija fuera mejor de lo que era ahora. Se lo debía.

Escuché que alguien rodaba el pomo de la puerta y me esforcé en abrir los ojos. Me gustaba hacerlo, era mi manera de comprobar que aún seguía en este mundo y que no vivía en un sueño perenne.

Era ella, Olivia. Con su extraño aspecto fúnebre, una fachada que sería propia de alguien a quien la vida le ha dado un palo, pero no para una joven sin preocupaciones reales. Sin embargo, así era mi nieta y esa era su forma de expresar su rebeldía adolescente. No iba a juzgarla, haciendo aquello no iba a conseguir congraciarme con ella, y la vida me había enseñado que, si no tienes nada bueno que decir, lo mejor es callar.

—Hola, abuela. —Tenía el rostro oculto tras una capucha y las manos metidas en los bolsillos de aquella sudadera negra con un dibujo horrible de un demonio con los ojos ensangrentados.

—Qué alegría verte. —Esbocé una sonrisa. A mis músculos les costaba reaccionar y el más mínimo movimiento suponía una tarea tediosa para mí, pero merecía la pena.

—Mi madre me ha dicho que querías verme.

—Así es, ¿por qué no te sientas?

—Te cuesta hablar, no quiero molestarte mucho. —Noté que se había visto obligada a visitarme y que deseaba escabullirse cuanto antes.

—No lo haces, he sido yo quien ha pedido que vengas.

—Está bien. —Sacó las manos de los bolsillos y se sentó en el butacón.

—Puedes quitarte la capucha, no puedo ver esa cara tan bonita que tienes.

—Estoy bien así. —Tenía la mirada gacha y podía entender el porqué.

—Sé que no te gusta verme así, que es impactante para una chica joven como tú. Pero solo quiero verte un segundo, luego podrás ocultarte de nuevo.

Olivia hizo lo que le pedí. Estar moribunda tenía sus ventajas, la gente solía hacer lo que le pedías por compasión. No era mi ideal de vida, pero había que sacarle el lado bueno a las cosas.

—Me gusta tu pelo, incluso con esos mechones violáceos.

—Gracias, me costó mucho que mi madre me dejara hacerlos.

—Me imagino, pero una madre siempre hace las cosas lo mejor que puede o cree. Y sé lo que estás pensando sobre lo que te acabo de decir, que yo no soy un buen ejemplo de madre, por eso sé lo que te digo.

—No he dicho nada.

—Que no lo digas no significa que no lo pienses. ¿Qué tal en el instituto?

—Bien, hay buena gente por aquí.

—La hay, pero también hay algún que otro capullo.

Conseguí que Olivia se riera con aquella palabrota.

—Entiendo que te refieres a mi padre, ¿no es cierto?

—Entre otros, pero ya sabes que no puedo decirte quién es sin el permiso de tu madre. Es algo que le pertenece a ella contar, es su vida, no la nuestra.

—Pero mi vida no existiría sin él, por lo tanto, también es mi derecho saberlo.

—Y lo sabrás, estoy segura de ello, pero primero debes estrechar la relación con tu madre. Yo también he tenido tu edad, y no somos especialmente amables con los que nos quieren. No sabría decirte el porqué, pero es algo que va implícito con la edad.

—Yo quiero a mi madre.

—Lo sé, no me cabe duda, pero no está mal demostrarlo de vez en cuando.

—Eso es difícil cuando tu madre hace cosas que no están bien y que te molestan.

—¿Como qué? Cuidarte, alimentarte, sacarte adelante sola...

—No, como liarse con tíos que no debe. —Aquello me pilló por sorpresa.

—No estoy al tanto de la vida amorosa de tu madre, pero, en cualquier caso, es suya. ¿Qué te molesta de esa relación, acaso es un mal hombre?

—No, no es un mal tío. Es más, hasta hace poco, creía que era el adulto más guay que conocía.

—¿Entonces?

—Entonces, nada, no pueden liarse y punto.

—Olivia, cariño. ¿No crees que ese «y punto» deja poco margen? Tú no puedes manipular lo que tu madre siente por ti para arrastrarla a la infelicidad. La vida sin amor no tiene mucho sentido.

—Y lo entiendo, pero no con él. —Olivia se cruzó de brazos con el semblante ceñudo.

—Sé que no debería preguntarlo, que no es cosa tuya desvelar ese dato y que es algo que tendría que decirme mi hija si ella quiere, pero... No tengo mucho tiempo y no quiero morirme sin saber quién ocupa el corazón de mi hija. —De nuevo moví mis funestos hilos. Eran tan persuasivos.

—Te lo puedo decir, no me importa.

—¿Y a tu madre?

—A ella seguramente le molestará que te lo diga. —Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—Entonces será mejor que te calles.

—Es Noah —desveló deprisa antes de que yo pusiera otra objeción.

Noah, mi Noah. Cuando Olivia pronunció su nombre, la alegría que sentí hizo hasta que me doliera el corazón. Si existía un hombre bueno, para cuidar de mi hija y mi nieta en este mundo, ese era él.

—¿Qué tiene de malo Noah? —No entendía qué hacía que Olivia no viera con buenos ojos esa relación.

—Son hermanos, es asqueroso.

—No lo son, querida. No se han criado juntos siquiera. Noah llegó a mi vida hecho ya un hombrecito y no se han conocido hasta ahora.

—Pero la gente habla.

—La gente habla de muchas cosas, pero eso no debería ser impedimento para que tú marques a tu madre y la prives de ser feliz. ¿Quieres acaso cargar con eso de la misma manera que lo he hecho yo todo este tiempo?

—Tú no lo entiendes. Son tus hijos y vas a defenderlos.

—Independientemente de que me una un vínculo con ellos, y te repito que no son hermanos, no veo qué hay de malo en que dos personas buenas se quieran y deseen estar juntos.

—No quiero seguir hablando del tema. Además, apenas te sale la voz, abuela.

—Estoy bien, ¿qué cosa peor que esta puede pasarme ya? Olivia, sé que tienes un gran corazón ahí dentro, aunque te empeñes en teñirlo de negro. El primer día, me llamaste «abuela», te salió de dentro, sin juzgar. Sé que harás lo correcto y que lo harás por mí y por tu madre. Es la mujer que más te quiere en el mundo, no lo olvides.

—No prometo nada, no puedo hacerlo.

—Pero lo harás, lo sé, mi instinto de abuela me lo dice.

Olivia volvió a colocarse la capucha y se incorporó. Se acercó por primera vez a mí, lo suficiente como para ver el color de sus ojos azules como el mar de cerca. Me dio un fugaz beso en la mejilla y se apartó.

—Hasta otro rato, abuela.

—No tardes en volver.

Asintió deprisa y se marchó.

47

April

Volví a Waterly Inn con las manos vacías y muy preocupada. Llevaba tanto tiempo sin salir de compras que me había dado de bruces con el hecho estremecedor de que había aumentado dos tallas desde la última vez. Sabía que me había ensanchado, la bruja de mi barriga era un buen indicador de ello, pero en parte achacaba el estrechamiento de todo mi vestuario a la maldita secadora.

La ropa de las tiendas no estaba hecha para mí, la de jóvenes me sentaba mal y la de mayores era demasiado anticuada, parecía una señora en toda regla, y yo no quería parecer una señora en toda regla. Quería estar guapa y también sexi.

Olivia, sin embargo, no tuvo ningún problema para agenciarse unos tejanos pitillo negros, una camisa ajustada negra a su vez, y un vestido para Nochevieja que no tenía ningún detalle, más que, por supuesto, también era negro. Abrir su armario era comparable a ir a un entierro plagado de gente de luto.

No quise desanimarme, me probé unos vaqueros ceñidos y una camiseta moderna, pero parecía una colegiala obesa, y volví a dejarlos junto a toda esa ropa que no era para mí.

Cuando paseé la mirada por los expositores de lencería, traté de imaginarme con esas prendas minúsculas, delicadas y sensuales, solo vi a una mujer con cuerpo de patata envuelta en tiras de satén. ¿Cómo iba a ponerme aquello y sentirme bien conmigo misma? Estaría más ridícula que un elefante con bragas e iba a estar avergonzada todo el tiempo, tratando de ocultarme de los ojos de Noah.

Él, por su parte, se separó de nosotras tan pronto llegamos al centro comercial y, cuando volvimos a juntarnos para ir al aparcamiento, cargaba con cuatro voluminosas bolsas. No quiso decirnos qué había comprado, así que supuse que debían ser regalos. Yo le había comprado un detalle. Había observado que llevaba un reloj de pulsera bastante viejo y decidí que uno nuevo de esos deportivos con un montón de botones que nadie sabe para qué sirven podría gustarle y serle útil. A Jacinta le compré unas zapatillas de ir por casa muy monas y a mi hija un conjunto de ropa interior de encaje negro que vi que se detenía a mirar más de la cuenta. Pensé que le gustaría tener ropa interior bonita y que le quedaría bien, a diferencia de a mí, que todo me quedaba fatal. Debía hacerme una lista de propósitos de año nuevo que incluyera quitarme de encima todos los kilos que me sobraban. Sin embargo, tendría suerte si no sumaba tres más a mi báscula personal antes de que acabara 2.014.

Durante el trayecto de vuelta, el mohín torcido de Olivia se acentuó. Noah estaba de muy buen humor y, cuando más parloteaba él, más agrio era el gesto de mi hija. No dijo una sola palabra y se limitó a responder con bufidos exasperantes.

En el hostel nos esperaba una ajetreada cuadrilla de decoradores navideños. Todos estaban involucrados en una cosa u otra. Se percibía un ambiente tan festivo que incluso se te llegaba a olvidar por unos momentos que la Navidad no era tu fuerte, o que en una habitación de esa casa había una persona muriéndose. Experimentaba continuamente esa sensación agridulce en mi pecho y sabía que al resto les sucedía un poco lo mismo, aunque no lo demostrasen.

Dorotea apareció sonriente en el vestíbulo con una jarra colmada de ponche y nos sirvió un vasito a cada uno. Olivia lo miró en su mano con recelo y luego me miró a mí, esperando confirmación. Llevaba alcohol, pero beber un poco tampoco la iba a convertir en una adicta. Asentí con la cabeza y sorbió apenas, tras olisquear el brebaje. Me reí cuando vi la expresión que puso. Estaba fuerte, pero no dudó en darle un trago más osado.

Aquella noche volvimos a hacer el acostumbrado resopón en el salón, era como una tradición prenavideña pasar más tiempo reunidos como una gran familia. Lamenté de nuevo que mi madre no pudiera disfrutarlo esta vez, estaba convencida de que otros años había sido el alma de la celebración. Siempre alguno de los presentes la mencionaba en algún momento de la velada y aquello sumía al grupo unos instantes en un denso silencio, hasta que alguien levantaba una copa y decía: «Por Grace». Entonces brindábamos y volvía a comentarse lo buena anfitriona que era mi madre. Aquello me hacía sentir una nostalgia difícil de definir, y aún más difícil de digerir. Se me paraba en la garganta y hacía una bola que tardaba unos cuantos segundos en tragar. Entonces levantaba la vista y mis ojos buscaban sin pensarlo a Noah, casi siempre me estaba observando y dibujaba una sonrisa igualmente complicada a mi sentimiento de melancolía. Nos comprendíamos.

En la cocina tuve un momento a solas con Jacinta.

—¿Qué tal ha ido la tarde en Springfield, los tres? —me preguntó metiéndose un bombón en la boca.

—Bien, pero Olivia sigue siendo un hurón. Está insoportable.

—No dejes que te condicione y vive la vida.

—Mi vida es ella.

—¿Ah, sí?

No quise extenderme. Ella no podía entenderlo porque no tenía hijos, de ser así, podría comprender la situación en la que me encontraba.

—Hazme caso. —Me guiñó un ojo.

—Lo intento, pero está siendo más complicado de lo que pensaba.

—¿Ser mujer es complicado? —Jacinta soltó una amarga carcajada—. ¿No me digas?

—Ser madre de una adolescente que no te comprende y empezar una relación con un hombre después de toda una vida sola lo es, y mucho.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. —Jacinta me sonrió y se metió otro bombón en la boca. A este paso no solo sería yo la que iba a terminar el año con tres kilos más—. Y lo será, créeme.

—¿Sí? —Seguía teniendo mis dudas.

—¿Hay algo más que yo no sepa?

—Estoy hecha un adefesio. Me ha dado un ataque histérico al ver que no había ropa para mí. ¡Ni unas míseras bragas, por Dios! Y casi destrozo la tienda entera.

—Eso no es posible —dijo riendo.

—Pues lo es. No me he comprado nada.

—Te miras con malos ojos y eso no es positivo. La clave es aceptarse y el resto viene solo. Mírame a mí.

La miré. Llevaba un vestido beige que parecía un camisón de abuela. Era horrible, pero ella lo llevaba con garbo.

—Tú eres la persona con más confianza del mundo —le repuse.

—Eso no es cierto, pero me acepto. Además, Noah no piensa lo mismo que tú. A ese hombre le gustas mucho, veo cómo te mira todo el tiempo. Me resulta tan tierno que hasta me entran ganas de hincarle el diente.

—Y a mí. También tengo ganas de hincarle el diente —me reí.

—Pues adelante. Nada te lo impide.

—Yo misma me lo impido. Siempre encuentro un pretexto para echarme atrás.

—No te presiones tanto. Las cosas pasan cuando deben pasar.

—Lo sé. —Me invadió una culpa atroz.

Salí de la cocina decidida a dejar que las cosas pasasen de una maldita vez. Me disculpé con los presentes, diciendo que estaba hecha polvo, y subí a mi habitación. Cuando llegué, le escribí un mensaje a Noah, que respondió enseguida. Le pedí diez minutos.

48

Noah

Me había pedido diez minutos, pero le di quince. Deseaba estar con ella a solas más que nada en el mundo y una gran parte de mí se sentía culpable por ello, sin embargo, no había podido hacer nada por evitarlo. Nadábamos como salmones contracorriente, pero nuestros instintos dominaban y nos obligaban a seguir hacia delante. De repente estaba colado por April igual que un adolescente, de un modo intenso, desmedido e irrazonable. No pensaba en otra cosa que no fuera ella y estar con ella.

Tan pronto puse una excusa para marcharme, volé hasta su habitación. Tuve especial cuidado al pasar junto a la puerta de Olivia, no tenía por qué esconderme, pues no hacía nada malo, pero tampoco era necesario que se enterase de nuestros encuentros y que montase un pollo que les pusiera el punto final incluso antes de empezar.

—Hola, April Chase —le susurré tras cerrar la puerta. Estaba tumbada en cama y cubierta con el edredón hasta la barbilla—. ¿Querías verme?

Me acerqué con sumo cuidado mientras ella me observaba con atención. Se había soltado el pelo y la melena castaña lucía brillante extendida sobre la almohada. Estaba preciosa.

—Hola, Noah Connors. La verdad es que sí —me dijo casi con impaciencia.

—Pues aquí estoy —dije parándome junto a la cama. Tenía el corazón desbocado y la sangre palpitaba en mis venas en todas direcciones.

—Tengo un sitio para ti guardado —dijo, tocando el colchón.

—¿En serio? —Siguiéndole aquel juego que se llevaba, dije—: Muchas gracias. ¿Ha empezado ya la película?

—Todavía no, pero está a punto.

—Bien —dije sin moverme y esperé a que volviera a hablar.

—¿Por qué no te pones más cómodo y te tumbas a mi lado?

—Está bien, me quitaré las botas. —Me senté en el borde del colchón y empecé a desanudar los cordones.

—Y los calcetines —apuntó.

—¿Y nada más?

April sonrió, entre coqueta y vergonzosa. Resultaba encantadora.

—Si quieres puedes quitártelo todo.

—¿Todo? ¿Estás segura?

Se descubrió un hombro y lo encogió. Vi que no llevaba nada puesto y una vibración cálida se agitó en mi entrepierna.

—Sí, así estarás en igualdad de condiciones.

—¿Estás segura? —insistí.

—¿Lo estás tú? —me preguntó con sus bonitos ojos verdes clavados en mi rostro.

—No he estado tan seguro de nada en mi vida. Quiero estar contigo, April, pero solo quiero estarlo si de verdad tú estás segura de que quieres estarlo.

April asintió y por un segundo pensé que se echaría atrás mientras se mantenía en silencio. Su indecisión me conmovía y a la vez me resultaba terriblemente sexi. Luego se incorporó y dejó que el edredón se deslizara hasta su estómago. Sus grandes senos coronados por unos pezones rosados y desafiantes quedaron expuestos ante mis ojos. La cálida vibración allí abajo se acentuó y noté que empezaba a ponerme duro. Tuve que contenerme para no abalanzarme sobre ella y besárselos, pero estaba deseándolo. Sentía la necesidad acuciante de introducirlos en mi boca y rendirles absoluta devoción.

—Eres preciosa, April —le dije y ella sonrió levemente—. Me quitaré la camiseta.

April asintió y esperó pacientemente a que terminase de descalzarme. No quería ir tan despacio, pero los dedos de pronto no

me respondían y tuve que esforzarme para controlarlos y que terminaran aquella maniobra tan simple cualquier otro día. Cuando terminé me puse en pie y ante ella me saqué la camiseta por la cabeza. Me detuve a mirar su expresión y ella me devolvió una sonrisa. Asintió como indicándome que prosiguiera, y eso hice. Me desabotoné el vaquero y bajé la bragueta. Antes de tirar de las caderas para deshacerme de este, volví a mirarla. April observaba fijamente el punto por el que mi erección cubierta con la tela de los calzoncillos asomaba. Levantó los ojos y asintió mientras su mano descubría parte de su pubis desnudo, indicándome que estaba preparada.

Me quité los pantalones y me erguí ante ella. April me observaba como una leona. Había tanto descaro y admiración en la expresión de su cara, y su sonrisa era tan sexi que, para cuando me deshice de los calzoncillos, había perdido todo el pudor.

Mi erección despuntaba osada bajo la tenue luz de la lamparilla de la mesita de noche, la agarré con una mano y la levanté para mostrársela. Noté el deseo en sus ojos, en su boca, que se entreabrió para dejar salir su lengua. Se relamió el labio inferior y suspiró hondo.

Levantó el edredón a su lado para indicarme que me metiera en la cama. Avancé de rodillas sobre el colchón y me tendí sobre ella. Nuestras pieles desnudas se tocaron de lleno, sentía su cuerpo caliente bajo el mío cubriéndolo por completo. Mi boca se pegó a la suya y comenzamos a besarnos con besos minúsculos hasta que las lenguas se unieron a la fiesta y los besos se tornaron más profundos. Noté las manos de April rodeándome la espalda, acariciándola en pequeños círculos en el hueco donde terminaba mi columna vertebral. Deslizó más abajo las manos y las colocó sobre mis nalgas, las apretó pegándome más a ella, a la vez que abría las piernas para encajarme en el vértice de sus muslos. Comenzó a moverlas por mi piel friccionándolas y dirigiéndolas en un vaivén que dirigía mi erección al centro de sus piernas.

Cuando la cabeza de mi miembro acarició por primera vez la suavidad de su sexo mojado, una descarga de placer viajó directamente hasta mis huevos y me hundí un poco en ella, sin

llegar a entrar. Seguimos besándonos y acariciándonos un buen rato, jugando a aquel juego de follarnos sin llegar a hacerlo mientras mis manos viajaban por toda su cuerpo, trazando cada curva y cada recodo y nuestros sexos se restregaban a la merced de nuestras necesidades.

Abrí los ojos de golpe y vi que me estaba mirando. Me perdí en sus ojos verdes.

—No sé cuánto aguantaré —le dije—. Hace mucho desde la última vez—. Dios —susurré. Ardía de deseo y ni siquiera estaba dentro de ella—. ¿Estás bien?

Asintió.

—Estoy mejor que bien. —Cerró los ojos y gimió cuando introduje la mano entre los dos y le acaricié el clítoris. Estaba hinchado y caliente, y tan húmedo que al trazar círculos en su contorno se me hundían los dedos en su interior.

—¿Quieres seguir?

—No pares de hacer eso. Sigue, por favor —me pidió entre gemidos.

Seguí follándola con los dedos, contemplando su expresión de absoluto éxtasis y guiándome por sus gemidos complacientes. Le acaricié el sexo observando su cuerpo revolverse y contonearse, hasta que se tensó entera en un orgasmo y comenzó a gritar de puro gusto, pidiéndome que parase y que no lo hiciera, las dos cosas a la vez. No paré de darle placer y, cuando su cuerpo se relajó, abrió los ojos y me sonrió. Estaba preciosa, con la tez ruborizada.

—¿Te ha gustado? —le pregunté, aunque imaginaba la respuesta.

—Ha sido maravilloso. ¿Puedo hacer yo algo por ti?

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿El qué? —Sonríó con picardía.

—Solo tienes que dejar que te ame, April, y lo haré, te amaré como te mereces. —Volví a aplastar mi boca contra la suya, a la vez que mi miembro colisionaba contra su entrada. Empujé para abrirme espacio entre sus muslos. Su sexo caliente me recibió con timidez.

—Tengo condones —susurró casi con vergüenza—. En la mesita.

Me aparté para abrir el cajón y coger uno, me lo puse ante su atenta mirada.

Y entonces lo hicimos. Tras volver a envolverla con mi cuerpo, la apreté contra mí y nos besamos un buen rato. La besé de arriba abajo. Cada nervio de mi cuerpo estaba encendido. En cuanto la penetré se quedó paralizada. Le agarré las nalgas y entré hasta el fondo de su ser. Seguí bombeando dentro de ella para buscar mi propio clímax. Nuestros jadeos y gemidos rebotaban en la pared del cabecero y se deslizaban sobre la almohada y entre la ropa de cama, erizándonos y sumiéndonos en un placer absoluto.

—Había olvidado lo fabuloso que podía ser el sexo —dije, besándole los labios.

—Dios —jadeó—. Dios. No pares, Noah. No pares nunca. Esto es el paraíso.

—Y es solo el principio —dije.

Bajé el ritmo hasta convertirlo en una tortura deliciosa. Apoyado en los brazos, entraba y salía lentamente de April mientras ella me observaba con esos ojos de color verde que amenazaban con llevarme a otro mundo. Sin apartar las miradas seguí embistiéndola hasta arrancarle un gemido más intenso aún que el anterior. Y otro, y otro. Yo también estaba en el paraíso. Me sorprendía que tras tanto tiempo de sequía estuviera aguantando tanto, pero ya no podía más. Iba a estallar y se lo dije:

—Voy a correrme.

—Hazlo, córrete.

—Tú conmigo.

Aumenté el ritmo, moviéndome cada vez más deprisa, hasta que finalmente April empezó a retorcerse gimiendo y se corrió. Yo también me corrí.

Me quedé tumbado sobre ella hasta que sus jadeos se aplacaron, luego rodé sobre la cama y la envolví con mis brazos, April descansó su cabeza sobre mi pecho. Se quedó dormida al instante. Yo permanecí despierto un rato más, presa de la felicidad. April Chase y yo estábamos hechos para estar juntos.

49

Olivia

Esa semana fue ajetreada y nevosa. No dejó de caer nieve hora tras hora del día y la noche e incluso anunciaron en la radio local que si no dejaba de nevar podrían cancelar la función de Navidad del instituto. Todos los del grupo de teatro estaban nerviosos, llevaban tiempo ensayando y con los preparativos del *El Grinch* y aquello era toda una contrariedad. Miraban al cielo y rezaban para que Dios le diera al botón de stop en su máquina climatológica. Evan estaba incluso más nervioso que el resto y se movía frenético todo el tiempo. Si le hacía clic en el hombro seguro que saltaba como un muñequito de esos que llevan un muelle insertado en el culo.

—¿Vas a venir a la fiesta de Navidad del Waterly Inn? —El jueves tras el ensayo, me decidí a preguntarle a Evan. Le había invitado el martes y todavía no me había contestado.

—¿Por qué se llama de Navidad, si es antes de Navidad? No lo comprendo. —Puso los ojos en blanco y resopló.

—No sé, se llama así.

—Ya, ¿quieres que vaya?

—Claro, por eso te he invitado.

—¿Y no será porque en realidad lo que quieres es que vaya Dylan?

—Dylan también es amigo mío.

—Ya me he dado cuenta de ese detalle.

—Si no supiera que es imposible, pensaría que estás celoso.

—¿Celoso de Dylan? ¡Por favor!, ¡¿por qué habría de estarlo?!

—No lo sé. Dime ¿qué te molesta de que él y yo seamos amigos?

—No me molesta nada, pero pones ojitos cuando lo ves y me dan ganas de potar.

—¿Así? —Parpadeé tontamente y me reí.

—No, más bien así. —Evan puso cara de cordero degollado.

—No, en serio, ¿por qué no te parece bien?

—Dylan no es para ti.

—¿Por qué no?

—No es el tipo de chico que se pirra por una chica, ¿sabes? Y no pienses que contigo será diferente. Sabe cómo seducir a una chica y lo usará contigo hasta que consiga lo que quiere.

—¿Y qué crees que quiere de mí?

—Lo que todos los chicos.

—¿Sois tan básicos que no os llegan las neuronas para pensar en nada más?

—Básicamente sí.

—Pues vale, no me importa, ¿y si yo quiero lo mismo?

—¿Quieres tirarte a mi hermano?

—¿Y qué pasaría si fuera así? —Clavé mis ojos en su cara.

Evan me sostuvo la mirada durante unos segundos, finalmente habló cuando yo estaba a punto de decirle que mejor lo dejábamos estar.

—Perderías la oportunidad de que tu primera vez fuera con alguien especial.

—¿Tan mal piensas de tu hermano?

—Sé cómo es Dylan. Y hablando del rey de Roma... —Evan dejó de hablar cuando una mano me palmeó el hombro. Me volví y allí estaba Dylan, tan guapo como siempre.

—¿Necesitas que alguien te acerque a casa?

—Pues estaría bien, el señor Connors se ha ido ya —dije pensando en cómo Noah se escabullía todas las tardes a toda prisa, seguramente para encamarse con mi madre. Trataban de ocultarse, pero sabía que lo estaban haciendo a todas horas, como conejos. Era vomitivo.

—¿Te llevo? —Dylan me ofreció la mano. Miré a Evan fugazmente y noté que su expresión se enfurecía.

—Sí, gracias —le dije pero rehusé cogerle la mano—. ¿Te vienes? —le pregunté a Evan cuando ya había dado un par de pasos

—No, gracias. Tengo cosas que hacer aún. —Impostó una sonrisa y me dio la espalda.

—Déjalo, está celoso —dijo Dylan tirando de mi brazo.

—No entiendo por qué.

—¿Por qué va a ser?

Me encogí de hombros y Dylan me acarició la barbilla ladeando la cabeza con sus ojos fijos en los míos. Las piernas se me hicieron gelatina.

—Porque le gustas.

—¿Yo?

—Claro, tú. No voy a ser yo. Sería demasiado raro, somos tíos y además hermanos.

—No entiendo.

—¿No entiendes que le gustes a Evan? ¿Por qué?

—No sé, pensaba que él era gay.

Dylan se quedó paralizado por unos segundos, luego explotó en una sonora carcajada.

—Pero ¡qué graciosa eres! ¿Gay? ¿Evan, gay? ¿De dónde te has sacado esa idea? Si vieras su arsenal de porno no pensarías eso.

—No sé, lo pensé —dije casi avergonzada.

Dylan volvió a reírse con todas sus fuerzas.

—En serio, me parto contigo. Ahora entiendo que esté tan cabreado. La tía que le mola piensa que es maricón.

Nos detuvimos en la puerta para ajustarnos las chaquetas.

—Yo no le molo.

—Claro que no —dijo ayudándome a recolocarme el gorro. De nuevo el suelo tembló bajo mis pies cuando se detuvo unos instantes a acariciarme la mejilla. Ese era el efecto Dylan en mí—. Ni yo estoy deseando besarte otra vez.

Salimos del instituto y corrimos bajo la nieve hasta su coche aparcado. Dylan entró y enseguida me abrió el seguro para que pudiera subir. En cuanto me senté se abalanzó sobre mí y me besó en la boca. Sus manos no tardaron ni diez segundos en acomodarse en cada una en una de mis tetas. Para eso tenía él dos manos y yo dos tetas. Dios fue muy justo al crear al hombre y la mujer. Me gustaba lo que me hacía sentir cuando me acariciaba, se me ponían duros los pezones y me provocaba pequeñas descargas eléctricas que se desplazaban veloces estómago abajo hasta concentrarse entre mis piernas.

El viernes, el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad y día de la función del instituto, amaneció por fin despejado y el auditorio se convirtió en una locura desde primera hora. Los preparativos finales para la representación nos tenían al cien por cien concentrados y por todos lados se veía a estudiantes parafraseando en voz alta los textos de la obra, trabajando entre bambalinas con los decorados o dando los últimos retoques al vestuario. En San Luis había asistido a las funciones que hacían los del grupo de teatro de la Academia, pero nunca me había involucrado, siendo una simple espectadora dispuesta a silbar y abuchear a los actores a la mínima. Ahora, sentada en un rincón del escenario, devorando un sándwich de pavo y queso con mahonesa mientras observaba el ajetreo reinante, no entendía el porqué.

Era divertido y te hacía sentir parte de algo más grande. Allí todos eran compañeros e iguales dentro de sus diferencias, y la sensación era bonita. Noah tenía razón cuando me dijo que aquello podría gustarme, era un imbécil, pero tenía razón. Me gustaba mucho, muchísimo. La atmosfera en aquel instituto era distinta. No estaba enrarecida por el dinero que tenían los padres en las cuentas bancarias ni por discriminaciones ridículas por ser uno mismo. Me gustaban mis nuevos amigos, sobre todo Evan, con quien había tenido un vínculo especial desde el principio, la gente del grupo de teatro y, por supuesto, Dylan. Dylan, a decir verdad, me tenía loca.

Evan apareció de pronto hecho un basilisco.

—Esta peluca es una mierda —dijo echándome el matojo de pelo gris en el regazo.

La aparté de mi sándwich con una mueca y luego unos pelos que se habían quedado pegados al pan.

—No será para tanto, seguro que está bien —le dije poniéndome en pie.

—Mi madre no se entera, le enseñé una jodida foto del alcalde Augustus May y la ha peinado de tal forma que ahora parezco el drácula ese que parece que tiene un culo implantado en la cabeza.

Me reí y me agaché a recoger la peluca, le di un par de vueltas en las manos observando el extraño volumen que tenía en la parte de atrás.

—¿Le ha puesto relleno?

—Hombreras —respondió con asco.

—¿Hombreras? —le pregunté sorprendida.

—Sí, eso que se pone para realzar los hombros. Estaban muy de moda en los ochenta —subió los ojos al techo—, pero afortunadamente dejaron de llevarse.

—Ya, entiendo. Ven —riendo, le ofrecí la mano—, vamos a ver si tiene solución.

Resopló pero vino conmigo a los camerinos. Lo hice sentarse frente a un espejo y le coloqué la peluca. Estaba muy ridículo, pero le quedaba bien, aunque era verdad que parecía la del drácula ese del culo en la cabeza. En general, era muy distinto a Dylan, pero tenían ciertos rasgos en común, como la barbilla un poco partida, que en otros hubiera supuesto lo mismo que tener un culo de mono directamente insertado en el mentón, pero no en su caso, y el color de los ojos, azules claritos casi cristalinos. Si te parabas a mirarlos un rato tenías la sensación de que podías sumergirte en ellos y bucear. Me puse delante y le alcé la barbilla. Evan tuvo que abrir las piernas para que pudiera acercarme y sus muslos de alguna forma envolvían los míos.

—Veamos —dije apartándole unas ondas de la frente, que tenían tanta laca que incluso se te quedaban pegadas a los dedos cuando tratabas de maniobrar con ellas. Traté de no pensar en sus piernas tocando las mías—. Puf —bufé.

—¿Qué?

—Está complicado, tu madre la ha cagado pero bien. ¿Crees que acabó con los suministros de laca del condado?

—Creo que utilizó pegamento extrafuerte.

—Eso parece —dije forcejeando con los mechones para cambiarlos de posición—. Podrías comprar otra y empezar de nuevo.

—La pedí por Amazon, no llegaría hasta la semana que viene.

—Bueno, vamos a intentarlo. —Metí los dedos entre los mofletes que formaban las colinas de cabello en la parte trasera y traté de rebajar el volumen, sin mucho éxito. Cuando terminé con aquella maniobra, me detuve a mirar el resultado. Solté una carcajada.

—¿Qué ocurre? —Evan me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Nada —respondí con la boca pequeña.

—Aparta. —De un manotazo me retiró a un lado para mirarse en el espejo—. Dios, ahora soy el jodido Luis XV.

—¿El de Maria Antonieta?

—No, ese no, el que vino después.

—¿Cómo sabes quién es?

—Estudié Historia Europea el curso pasado. No me preguntes por qué.

—¿Para qué? —Lo miré sorprendida.

—Te he dicho que no hagas preguntas.

—Voy a intentarlo de nuevo —dije y volví a ponerme manos a la obra—. Probaré a quitar las hombreras.

—No las toques. Vas a cagarla más.

—Imposible —dije ya con una de aquellas almohadillas en la mano—. Lo siento —me disculpé mostrándosela—. ¿Esto se lo ponía la gente en los hombros? ¡¿Para qué?!

—¡Yo qué sé! ¿Qué tal ahora?

Me acerqué para asomarme al gran hueco despeluchado que había quedado tras quitar la hombrera y negué con la cabeza. Aquello no tenía solución.

—Mucho mejor —respondí riendo.

—A ver. —Evan volvió a apartarme para observarse en el espejo. Soltó un grito.

—¿Qué pretendes?

—Ayudarte. Oye, ¿por qué no probamos con tu pelo? Tienes una buena mata. —Le arranqué aquel matojo blanco de la cabeza y le revolví el cabello castaño.

Evan subió sus manos a mis caderas y sentí un hormigueo extraño en el estómago. Éramos amigos pero nunca profundizábamos demasiado el contacto. Me aparté de prisa, tanto que él se dio cuenta.

—Perdona.

—No pasa nada —dije casi avergonzada, pero había sentido algo—. Oye, ¿vendrás mañana a la fiesta? Todos los demás ya me han confirmado que vendrán.

—¿«Todos» incluye a Dylan? —Noté de nuevo ese tono recriminatorio en su voz.

—Sí, él ya me dijo que vendría.

—Entonces, ¿para qué te hago falta en esa fiesta?

Respiré hondo, muy hondo. No entendía a qué se debía su mosqueo, lo de que yo le gustaba estaba descartado desde el minuto uno.

—Eres mi amigo, ¿no?

—Lo soy.

—Por tanto, debes venir. Es tu obligación de amigo asistir a esa dichosa fiesta.

—Me la pintas tan bien —ironizó.

—Venga, si no venís vosotros, más que una fiesta parecerá un velatorio. —Me mordí la lengua, aquello no había sido muy correcto, dadas las circunstancias en la casa.

—Está bien, iré, ya que insistes. ¿Hay algún protocolo en cuanto a vestimenta?

Ladeé la cabeza y sonreí de forma torcida. Era gay, supergay, un chico que se preciara de su masculinidad no diría jamás eso en voz alta, pero no dije nada. A Evan le molestaba que le hiciera esos comentarios porque todavía no estaba preparado para salir del armario.

—No. Solo ir con ropa.

—No pensaba ir en gayumbos.

—Mejor no —me reí—, a alguna vieja se le podría caer la faja de la impresión. —De nuevo volví a morderme la lengua, esas mujeres eran majas y no estaba bien que las despreciara llamándolas «viejas», aunque lo eran, pero no en el sentido despectivo de la palabra.

Las horas siguientes pasaron veloces, ensayaron, comimos, ensayaron otra vez, los actores se vistieron y maquillaron. A las cinco y media todos estábamos casi preparados para el inicio de la función. Los asientos poco a poco se habían ido ocupando y ahora el auditorio estaba a reborar y un gran bullicio resonaba en las paredes del patio de butacas. Antes de acudir a mi posición entre los telones, fui a ver a Evan y le ayudé a terminar de arreglarse. Al final, habíamos decidido hacer algo con su propio pelo y polvos de talco. El resultado no era tan espectacular como aseguraba el tutorial de You Tube, pero había quedado bien, al menos no parecía un drácula carcamal con la nariz respingona. Le deseé «mucho mierda» y me dirigí como una flecha hasta el escenario.

La función fue bien, no tan bien como aseguró Noah cuando acabó y nos felicitó, pero bastante bien, la verdad. La gente de Waterly aplaudió con ganas y no hubo tomates que terminasen aplastados contra los decorados de Villa Quién convirtiendo el pueblo navideño en un posapocalipsis zombi. Los del grupo, sin embargo, estaban pletóricos y yo acabé por contagiarme de aquella sensación fantástica de estar en la cumbre del mundo.

Cuando dijeron de ir a celebrarlo a Naties no dudé en unirme a ellos y se nos hicieron las tantas, bueno, no las tantas, solo las once de la noche. Pero para mí aquella hora de llegada era lo más, mi madre debía estar drogada a polvos si me dejaba salir hasta esas horas sin montarme un pollo. Pensándolo bien, tal vez, lo de Noah no estuviera tan mal y esas vacaciones navideñas que acababan de empezar pudieran convertirse en las mejores de mi vida. No estaba en San Luis, no estaba con mi mejor amiga Bri ni con mi todavía novio Blaine, pero me encontraba en Waterly y aquello no estaba tan mal después de todo.

50

April

Acabábamos de hacer el amor y me sentía de maravilla, tanto que incluso empezaba a pensar que la Navidad me estaba sentado divinamente. A la primera vez que Noah y yo habíamos estado juntos, le habían precedido muchas más a escondidas. Algo que aumentaba el morbo y las ganas de escaparnos para dar rienda suelta a lo que ambos sentíamos, satisfaciendo nuestras necesidades, que no eran otras, que fundirnos a cada momento que teníamos oportunidad.

Todo el miedo y la inseguridad que había tenido al respecto se habían esfumado. Noah era el hombre más dulce y atento del mundo y, aunque no tenía mucho donde comparar, sabía que lo era. Me hacía sentir la mujer más guapa del universo, la más deseada y la más amada, pese a que todavía no nos habíamos dicho las palabras mágicas que determinan que una pareja está total y completamente entregada al amor que se procesa el uno al otro, yo me sentía así. Y me bastaba.

La fiesta de Waterly Inn empezaba a tomar forma y sentido. Veía el mundo que me rodeaba de otro color y, aunque no era muy fan del rosa, este había teñido todo lo que veía y sentía a mi alrededor. Además, era uno de los deseos de mi madre, quizá el último, y celebrarla era una necesidad para mí.

Me encontraba sola en mi habitación, rememorando los últimos besos que Noah y yo nos habíamos regalado antes de que bien temprano se marchara a hurtadillas de mi cama.

Tenía que ponerme en pie, si quería que todo el despliegue que se iba a montar ese día en la casa se pusiera en marcha bajo mis

peticiones. Todo tenía que salir perfecto, quería tener el control y que mi madre se sintiera orgullosa de mí otra vez. Era importante para ella y por ende también lo era para mí.

Me di un baño, aunque no me hubiera importado portar el olor de Noah en mi cuerpo un poco más. Pero entendía que ese tipo de aroma no sería agradable para el resto de la casa.

Noah había avisado al médico para que visitara a mi madre esa mañana y quería estar presente. Era preciso saber cuál era su estado, antes de moverla, y si era conveniente sacarla de su habitación esa noche para que estuviera presente en la fiesta.

Miré el reloj. Eran cerca de las diez de la mañana. Me había quedado dormida en cuanto mi amante había salido por la puerta y había perdido la noción del tiempo completamente.

Bajé todo lo rápido que pude y me sentí aliviada de haber llegado justo a tiempo, pues el doctor acababa de entrar por la puerta.

—Buenos días —dije al punto que las mejillas se me sonrojaron al ver a Noah. Era algo que me sucedía muy a menudo en los últimos días.

—Buenos días, April. —Sus ojos brillaron cuando se cruzaron con los míos y lo vi endemoniadamente guapo.

El doctor me saludó y siguió su camino en dirección a la habitación de Grace y le seguimos.

El estado de mi madre se había mantenido estable desde el día del encendido del árbol. Y, aunque pasaba la mayor parte del tiempo dormida, en los momentos de lucidez podías hablar con ella y resultaba reconfortante.

El médico la examinó. No había mucho que hacer, salvo comprobar la saturación de oxígeno y las constantes vitales.

—¿Cómo la ve, doctor? —le preguntó Noah.

—Bien, dentro de la gravedad. Está saturando bien dentro de lo que cabe, pero...

—¿Pero? —No me gustó ese inciso final.

El doctor negó con la cabeza.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —dije con el corazón en un puño. No sabía qué significaba esa negativa y, fuera lo que fuera,

no quería que mi madre lo oyera.

Le di un beso en la frente a mi madre y le prometí que volvería más tarde. No estaba segura de que pudiera oírme mientras dormía en ese estado semiinconsciente, pero me gustaba pensar que sí, y los tres salimos al pasillo.

—Díganos, doctor. —Sabía que tenía algo que decir y además poco alentador.

—Su madre está estable, señorita Chase, incluso podría alcanzar una leve mejoría, pero, si se diera el caso, significaría que el final está cerca.

—He oído hablar de eso. Como que el cuerpo gasta todas las energías que le quedan para disfrutar de un último momento —comentó Noah con la voz apagada.

—Así es. No creo que le quede mucho. Está saturando a un nivel bajo, pero creo que podrán sacarla si ella quiere a disfrutar un poco fuera de esa habitación. Cualquiera cosa, no duden en avisarme.

—Descuide —dijimos casi a la vez.

Nos despedimos del doctor y nos quedamos solos en la entrada.

—Buenos días, otra vez. —Noah achicó los ojos y me acercó a él por la cintura.

—¿Te has vuelto loco? —dije entre risas, mirando a nuestro alrededor por si alguien pudiera descubrirnos.

—Sí, pero por ti. No puedo reprimirme más o me volveré aún más loco si cabe.

—Pues yo guardo todavía un poco de cordura. —Le di un beso fugaz en los labios y me separé de él.

—Tienes razón. Está mal estando Grace como está.

—Ahora me has hecho sentir peor. —Golpeé su brazo con el puño—. Iré a verla.

—Está bien, mientras te prepararé un café.

—Yo y mi estómago te lo agradecen.

—En ese caso también calentaré un bollo de canela para ti.

Me hubiera gustado decirle algo jocoso respecto a calentar aquel bollo, pero me contuve y me marché a ver a mi madre.

Era muy tarde y no había visto a nadie deambular por la casa haciendo lo que esperaba que estuvieran haciendo. Pero las

decoraciones estaban prácticamente terminadas, salvo el árbol, que era cosa de esa noche.

Los inquilinos no eran mis esclavos, la fiesta en cierto modo se organizaba para ellos, bastante era que colaboraban como la gran familia que eran y no podía pedir más.

Yo misma me había ofrecido a preparar la comida que degustaríamos esa noche, excepto el ponche, eso era tarea de quien mejor lo hacía, Dorotea.

Grace

La estaba esperando. Había escuchado al doctor y había sentido el beso que mi hija me había dado antes de marcharse para hablar con él fuera de mi habitación. Sentí que mi final estaba cerca.

No les gustaba hablar con el médico delante de mí para no alterarme, pero ya nada podía hacerlo, yo misma sabía más que el doctor, pues la muerte corría por mis venas a sus anchas. El ser humano es una máquina perfecta, capaz de adivinar y reconducir tu mente hacia lo que se le avecina. Cuando estaba sana, sabía reconocer cuándo las cosas iban a ir bien y cuándo lamentablemente sería todo lo contrario. Ahora solo esperaba lo que ya sabía hacía algún tiempo y ese miedo que sentía entonces se había esfumado, era en contradicción una dulce espera.

La puerta se abrió de nuevo. Era April. Mi preciosa y maravillosa hija. La que tuve y volvía a tenerla en mis brazos. Con su visita había hecho posible que me fuera en paz y en calma, además, ya no debía preocuparme por ella después de que mi existencia se borrara del mapa, pues Noah estaría con ella.

Todavía no me lo había contado y tampoco esperaba que lo hiciera, pero yo lo sabía por Olivia que, lejos de incomodarme con aquello, me había llenado de dicha y apagado el último rescoldo de preocupación por qué sería de ellas después.

Se sentó a mi lado e intentó peinarme con los dedos.

—April —dije sin abrir los ojos.

—Mamá, ¿cómo te sientes?

—Ahora muy bien, hija.

—Me alegro. Hoy es la fiesta.

—Lo sé, siento no poder abrir los ojos. Me pesan demasiado.

—No lo hagas, no es necesario.

—April.

—Dime.

—Dejarás que cuide de ti.

—¿A quién te refieres?

—A Noah. Dime, ¿dejarás que lo haga?

—Ya lo hace. —No pude verlo, pero supe que sonreía.

—Sé que lo hace y que tú deseas también cuidar de él. No dejes que nadie te lo fastidie, por mucho que esa persona signifique para ti. Te mereces ser feliz y no haces mal a nadie, el amor es bonito, el amor es único y solo te pertenece a ti.

—Por lo que dices, intuyo que Olivia te ha contado algo.

—Sí, así es. Y también que la idea de que así sea no le agrada, pero tu hija crecerá y saldrá del nido. No puedes dejar de vivir la vida que te mereces por su causa. Los hijos son lo primero pero, si son egoístas, hay que enseñarles a respetar las decisiones que sus padres toman y que no les producen ningún daño. ¿Lo entiendes?

—Eso intento, mamá, eso intento.

—No te rindas, no dejes de intentarlo. Siempre has estado ahí para ella, y lo seguirás estando, pero piensa también en tu felicidad.

—Lo cierto es que volver aquí me ha hecho muy feliz.

—Me alegra saberlo, volver a casa siempre sienta bien. Y quiero que sepas que, de no haber tomado aquella decisión, no hubieras tenido un lugar al que volver.

—¿Qué quieres decir?

Carraspeé antes de seguir hablando, la boca se me secaba mucho cuando llevaba mucho tiempo dándole a la sinhuera.

—Sus padres me amenazaron. Si te quedabas y decidías llevar a término el embarazo, recalificarían los terrenos y nos expropiarían.

—¿Podían hacer eso?

—Por supuesto que podían y aún pueden. Es gente de pueblo, pero poderosa e influyente en la política de la zona, y lo siguen siendo.

—¿Crees que mi regreso pone en peligro la propiedad?

—No, nadie sabe de aquello, aunque te parezca raro.

—Me di cuenta de ello. Algunas personas me hacían en Francia.

—Intenté salvar tu casa por todos los medios. Era de tu padre, y sé que, aunque se fue muy pronto, lo querías mucho, incluso más que a mí.

—No digas eso, os quería a los dos. —Sentí que la voz de mi hija se quebraba.

—¿Y ahora, me quieres?

—Claro que te quiero, eres mi madre. Y sin saberlo me has protegido todo este tiempo. Sin ti no tendría lo que ahora tengo. Si no hubiera sido así hoy no tendría una familia con la que disfrutar de estas cosas y tampoco tendría a Noah.

—Hay hilos que jamás se rompen, conexiones que permanecen imperturbables en el tiempo y, cuando ese hilo se tensa, te hace volver a tu hogar, a tus orígenes, a lo que verdaderamente importa.

—Mamá... —Una lágrima cayó en mi mano.

—No llores, April. Mi enfermedad era necesaria para que todo esto fuera posible.

—No puedo alegrarme de que te vayas para siempre.

—Te entiendo, pero no me voy para siempre. Nos volveremos a ver, y siempre estaré en tu corazón.

—Vamos a organizar la mejor fiesta para ti esta noche —dijo sorbiéndose la nariz.

—No creo que pueda estar allí con vosotros, pero dejad la puerta abierta de mi habitación para que pueda oírlos.

—Sí puedes, el doctor ha dicho que...

—El doctor no sabe realmente cómo me siento.

—Si lo prefieres podemos cancelarla.

—No, eso no me haría más feliz ni cambiará nada. Quiero que disfrutéis y quiero sentir que esta casa sigue viva.

—Gracias por haber hecho eso posible, mamá. —April me abrazó, sentí el calor de mi hija después de mucho tiempo sobre mi cuerpo. La electricidad de dos seres que estuvieron conectados desde el día que una madre concibe a un hijo recorrió mi cuerpo, dándome permiso para descansar en paz. Con la certeza de que parte de mí, seguiría viviendo en mi hija y en cada rincón de esa casa. Y que ella y Noah, cuidarían el uno del otro.

Noah

Estaba siendo una época agridulce para mí. La enfermedad de Grace se envolvía con la bonita sensación de estar enamorado de nuevo. La Navidad siempre había sido la mejor época del año en esa casa y en cierto modo eso seguía siendo así, habiéndoseme adelantado el regalo de Navidad en forma de mujer, April. Aunque lo intentara, en muchos momentos me era difícil reprimir una sonrisa o una muestra de cariño, sentía que le faltaba el respeto a Grace, pero, si no lo hacía, sentía que me faltaba el respeto a mí mismo.

La quería, aún no se lo había dicho, pero era así. No era un simple deseo, quizá un poco de necesidad, pero lo que sentía era real. April me complementaba, llenaba los vacíos que la vida había dejado en mi corazón, y sus problemas podían trasladarse a los míos. Éramos un puto desastre, pero juntos las cosas parecían menos. Era difícil no quererla a mi lado, por y para siempre.

Era consciente de que, en poco tiempo, un gran cambio en nuestras vidas, teñiría todo nuestro mundo de un gris taciturno. Y que, tal vez, April tuviera que tomar decisiones que me dolería tener que aceptar.

No habíamos hablado del tema, yo mismo me había obligado a no ahondar en esos terrenos, no por el momento. Pero sabía que su vida, y la de Olivia, estaba en San Luis, y que tarde o temprano deberían volver. Yo era una contrariedad en sus planes, o quizá no, pero no quería saberlo, no por ahora. Prefería disfrutar, aunque sonara mezquino admitirlo dadas las circunstancias en Waterly Inn, pero lo estaba haciendo. Y, aunque a veces pensara que no estaba

bien ser tan feliz mientras Grace se moría, me merecía serlo de una maldita vez.

Desde mi infancia me había tocado perder, como si mi destino estuviera escrito y mi corazón preparado para superar todos los golpes que me daban en la cara y en el pecho. Mi madre, Marshia, mi padre y ahora Grace. Pero la vida siempre te sorprende y esta vez el golpe vino acompañado de un buen vendaje, April.

—Qué bien huele eso. —April entró en la cocina y me sorprendió mientras sacaba el bollo de canela del hornillo.

—Son de ayer, pero calentito ni se nota.

—¿Cuándo los hiciste? —April me miró con sorpresa.

—No los he hecho yo, los traje Dorotea del pueblo.

—Ya decía yo. Era imposible compaginar tantas cosas. —En sus ojos se notó la picardía con la que había dotado esas palabras.

—Te noto valiente y decidida. ¿Ya no tienes miedo de que te pillen coqueteando conmigo?

—Quizá ya no me importe tanto.

—¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?

—Mi madre.

—¿Grace? —No entendía muy bien el porqué.

—Lo sabe, Olivia se lo dijo.

—Y entonces, Grace te ha dicho que me ataques sexualmente siempre que puedas... —bromeé.

—No me ha dicho eso exactamente, pero algo parecido.

—Entiendo que se ha alegrado de que tú y yo estemos juntos.

—¿Lo estamos? —Me sonrió tras decir eso, algo que me brindó un alivio inmediato.

—Si no lo estamos, me gustaría.

—¿Eso es una declaración formal para definir lo que tenemos?

—Es una declaración más que formal de decirte que quiero estar contigo en todas las situaciones posibles. En la cama, en un supermercado, de pie frente a la chimenea y contigo en la cocina compartiendo un café como ahora.

—Es una propuesta interesante, aunque lo de ir a la compra no es mi fuerte —dijo, regalándome una de sus preciosas sonrisas.

—Estoy loco por ti.

—Yo diría que estás loco a secas, pero también remueves cositas aquí dentro. —April se señaló el centro del pecho.

—¿Qué tal has visto a Grace? —Tenía que cambiar de tema o acabaría lanzándome sobre ella para comérmela de la misma forma deliciosa que ella estaba desmigando ese bollo de canela para metérselo en la boca.

—Mal. No creo que pueda levantarse de la cama para asistir a la fiesta, y así me lo ha expresado ella. Me ha pedido que sigamos adelante y que dejemos la puerta abierta para escucharnos.

—Me siento mal por ella y por todo. Me siento mal de ser tan feliz cuando ella está así.

—Mi madre está tranquila. Su cuerpo le ha dado una tregua y hemos hablado. Cree que su enfermedad ha hecho posible mi regreso y todo lo que ha traído consigo mi vuelta, que en cierta forma ha sido necesario, y se siente dichosa con eso.

—Grace nunca ha sido egoísta.

—La Grace que recuerdo, no, y la que he visto ahora, me ha demostrado que yo también me equivoqué en muchas cosas y que solo intentaba salvarme.

—Me alegra que ambas hayáis encontrado la paz que necesitabais. —Le tendí la mano y ella me la acarició paseando sus dedos por los míos.

—Tú también has sido clave en todo esto. Me lo pusiste fácil desde el principio, a pesar de mi testarudez.

—Eras un bonito reto. —Me incorporé para darle un beso y ella hizo lo mismo, sin miedo. Hasta que se sobresaltó por algo.

—¿Has escuchado eso? —preguntó apoyándose en la mesa con las manos y dirigiendo la mirada hacia el pasillo.

—No.

—Alguien ha dado un golpe a una puerta.

—Lo siento, no he escuchado nada —mentí. Sí lo había escuchado y podía imaginar quién era la responsable de tal portazo.

Olivia

Asco vomitivo. Eso era lo que sentía en ese momento.

Ver a mi madre besándose con Noah en la cocina no era plato de buen gusto.

Hasta ese día, se habían reprimido de comportarse de ese modo delante de la gente y, aunque no era lo ideal, me conformaba con que no mostraran lo salidos que estaban delante de todo el mundo.

Cuando se lo conté a mi abuela, la cosa no había salido tal y como yo esperaba. ¿Era la única en esa casa que veía esa relación asquerosa?

Me encerré de nuevo en mi habitación. Esa mañana me había hecho la remolona más de lo normal para no tener que ayudar a montar la dichosa fiestecita. Pero a eso de las once, las tripas me habían rugido tan fuerte que me vi obligada a salir para echarme algo a la boca.

Más que saciar el hambre, me habían amargado la existencia una vez más con sus ñoñerías. ¿Acaso los adultos no sabían controlarse?

Cogí mi móvil y escribí un mensaje rápido a Dylan. Era el único que me entendía en esos momentos. Cuando alguien llamó a la puerta.

—Olivia, soy mamá. ¿Puedo pasar? —preguntó. Por primera vez pedía permiso antes de meter la cabeza.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Lo haré igualmente, y lo sabes.

—Entonces ¿para qué preguntas? —Bufé aburrida.

—¿Todo bien? —dijo asomando la cabeza con una sonrisa.

—Todo lo bien que podría ir cuando tu madre es...

Me contuve de decirle lo que me apetecía soltar por la boca. Aquello supondría un gran castigo que no me apetecía acatar. Aunque no me había atrevido a decir aquello, a mi madre el gesto de la cara le cambió y entró en mi habitación cerrando con poco cuidado la puerta.

—¿Se puede saber qué narices te pasa conmigo, Olivia? ¿Tan mala madre he sido para ti, que te crees con derecho de insultarme de esa manera?

—No te he insultado.

—No has podido hacerlo, pero eso no significa que no quisieras o que no pienses lo que te has reprimido de decir.

—Tú eres la que no se reprime en esta casa. Te he visto con ese besándote en la cocina.

—Ese tiene nombre y ese ha sido un gran apoyo para mí y sobre todo para ti.

—Que ha sido un apoyo no me cabe la menor duda.

—¿Intentas hacerte la graciosa conmigo? Pues te advierto que no voy a consentirte ni una más, ¿me oyes? Yo también tengo derecho a ser feliz.

—Nadie te ha dicho que no lo seas.

—Con tu actitud y tus imposiciones haces que me replanteé mi felicidad, y no es justo. He sacrificado mi vida por ti desde el día que naciste. Nunca he sentido el apoyo y el cariño de nadie, salvo el tuyo hasta el día que te convertiste en una adolescente, incluso olvidando lo que es que tu hija te dé un beso.

—Por eso te los das en la cocina, ¿para recordar lo que son?

—Eres muy injusta y egoísta.

—Tú eres la egoísta, que antepones tu felicidad a la mía.

—No te hago ningún mal, Olivia. No te he abandonado para irme con nadie a besarme en cocinas. Se trata de compaginar ambas felicidades, la tuya y la mía.

—La mía es que seas una madre normal.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy?

—Me da asco lo que haces. —Giré la cara y evité mirarla.

—¿Te crees que a mí no me da asco algunas cosas que haces tú? Me da asco que siempre quieras ir de negro, me da asco que no estudies, que te hayan expulsado y que fumes esa mierda que fumas.

—Ya te dije que no era mía.

—Olivia, ¿aún piensas que soy idiota? Tengo una nariz que hasta el día de hoy no ha perdido la capacidad de oler.

—Vale, puede que yo también te dé asco. Ya estamos en paz.

—No, tú no me das asco, te equivocas. Me da asco que te eches esa porquería a la boca y a tus pulmones y que a la larga te va a quemar las neuronas.

—Tú tampoco has sido perfecta. —Era un reproche fácil y trillado, pero me estaba quedando sin argumentos.

—No lo soy ni pretendo serlo, pero intento hacer lo correcto y no joder a las personas a las que quiero.

—A mí me estás jodiendo desde el día que me obligaste a venir aquí.

—Eso no es cierto, sabes que no lo es. Aquí has hecho amigos y tienes mucha más libertad de entrar y salir que en San Luis. Incluso has podido volver al instituto y has hecho cosas que allí jamás hubieras hecho. Y, aunque te cueste admitirlo, las has disfrutado.

—Puede que algunas sí, pero otras no. —Me estaba desarmando lentamente y me jodía.

—Esas otras cosas de las que hablas, no son cosas tuyas, son mías. Y te repito que tengo derecho a disfrutar de mis sentimientos, soy una adulta responsable que merece por una maldita vez pensar un poco en ella misma.

—Te felicito por ello, y te invito a pensar fuera de mi habitación. Me gustaría estar sola.

—Te gusta estar sola un rato, Olivia, pero, si hubieras estado tan sola como lo he estado yo todo este tiempo, no dirías lo mismo.

Aquellas palabras me calaron hondo. Estar solo o sentirse solo era una mierda, sobre todo cuando tenías un problema. En mi instituto nunca había sido una chica popular, incluso se metían conmigo a veces. Cuando Blaine se acercó a mí por primera vez, sentí que el cielo se abría encima de mi cabeza. Estar con él y sus

amigos hacía que esa soledad que me invadía fuera mucho más llevadera, aunque debía admitir que las compañías no eran las mejores.

Mi madre se acercó y me dio un beso en la mejilla que muy seguramente no me merecía y que tampoco rechacé. Tal vez estaba siendo demasiado injusta con ella por el tema de Noah.

54

Noah

En la cocina de Waterly Inn no cabía ni un alfiler y no solo por las personas que estábamos allí congregadas colocando en bandejas los dulces que yo me había ofrecido a preparar, también por los utensilios que se apilaban en la encimera, mesa y fregadero.

April tenía la cara roja, estaba deliciosa bufando mientras removía una salsa de arándanos casera, tanto o más sabrosa que ella. Estaba disfrutando mucho de verla en esa tesitura. Tan emocionada y cabreada al mismo tiempo, tal vez arrepentida de haberse proclamado la anfitriona de la fiesta.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —Alzó la mirada hacia mí, dándose cuenta de que la observaba divertido.

—Nada, me encanta verte cocinar.

—Pues a mí me gustaría que hicieras otra cosa, como por ejemplo ayudar a poner la mesa. Las gemelas están solas en el salón colocándolo todo.

—Sí, mi sargento. —Hice el saludo militar sin poder evitar esbozar una sonrisa, antes de salir a echar una mano.

A las siete estaba todo dispuesto. Habíamos decidido colocar un tablero con caballetes, elegantemente cubierto por un mantel de motivos navideños, en un extremo del salón compartido para ofrecer la comida a modo de bufé.

En años anteriores, Grace había preferido que todos nos sentáramos a la mesa, pero April quería hacerlo todo menos formal y distendido, y a todos les pareció bien. Al igual que descartar la invitación a personas ajenas al Waterly Inn, a excepción de los amigos de Olivia.

Habíamos asado dos pollos de tamaño medio, decidimos que un pavo sería demasiado y que ya lo comeríamos en Navidad, y trinchado de tal manera que la gente se pudiera servir fácilmente con unas pinzas. Puré de patatas, guisantes, ensalada de col y dos salsas, arándanos y la tradicional gravy. Y para animar un poco más el cotarro, una gran fuente de ponche de huevo con ron y mis deliciosas galletas de jengibre.

Cuando todo el mundo estuvo listo para empezar a engullir la comida con unos villancicos de fondo, April y yo decidimos entrar a ver a Grace.

—Podéis empezar, volveremos en unos minutos —dijo April a los allí presentes.

—No, querida, esperaremos a que volváis —dijo con pena Dorotea. Pues la alegría se nos iba a todos cada vez que recordábamos el estado de Grace.

—¿Mamá, yo puedo ir?

—Puedes hacerlo, le alegrará verte.

Olivia miró a sus amigos, recibiendo la aprobación de quedarse solos un momento y los tres abandonamos la celebración.

Me alegró que quisiera acompañarnos a su madre y a mí, quizá empezaba a suavizar su postura. Los últimos días no habían sido fáciles, Olivia me trataba con una hostilidad que no sabía si sería capaz de soportar por mucho tiempo más. Yo era un adulto capaz de aguantar la inmadurez de los alumnos, pero cuando sus problemas son contigo y tú intentas por todos los medios conectar con esa persona para aliviar su malestar, sin éxito, tus propios ánimos se van mermando, y Olivia era una muchacha de mucho carácter.

Grace estaba dormida, o eso parecía. Comprobé la saturación en el pulsioxímetro y había bajado con respecto a esa mañana, pero se mantenía estable.

—¿Crees que podrá oírnos? —me preguntó April, agarrando mi mano en presencia de su hija, algo que me agradó.

—No lo sé, vamos a pensar que sí.

—¿Puedo acercarme? —preguntó Olivia, que se había quedado rezagada tras nosotros.

—Claro que puedes —le dije.

Sin pensarlo mucho, se acercó a Grace y la miró unos instantes sin poder reprimir un suspiro. Había esperanza para esa rebelde y no pude evitar sonreír. Después nos sorprendió a ambos cuando besó la frente de Grace.

—Descansa, abuela —dijo en voz baja, antes de volver a nuestra posición—. ¿Puedo volver a la fiesta?

April asintió y Olivia besó la mejilla de Grace antes de salir de la habitación.

—¿Te han cambiado a la niña? —bromeé.

—No, pero hemos tenido una conversación en la que por primera vez en mucho tiempo he hecho de madre.

—Me alegro por las dos. Aunque parezca absurdo, los niños y adolescentes necesitan normas y saber quién manda en ciertos casos. Les ayuda a sentirse protegidos y no preocuparse por cosas que no les pertenecen a esa edad.

—Lo sé. —April suspiró volviendo la mirada hacia Grace—. Olivia se ha despedido de ella, ¿crees que nosotros también deberíamos hacerlo?

—Sí.

Durante unos minutos cerramos la puerta y nos despedimos de ella. La vida de Grace se estaba acortando a pasos agigantados, incluso sus labios empezaban a tener un color violáceo, pero me consolaba ver que al menos se encontraba tranquila.

Cuando volvimos a la fiesta, intentamos cambiar el gesto e infundir calma. El señor Jefferson alzó su sombrero en cuanto nos vio aparecer en señal de respeto y April sonrió e indicó que comenzara la fiesta.

La tradición era darse el atracón mientras se iba decorando al árbol del salón con el colofón final de poner el ángel en la copa, un acto que se reservaba cada año para una persona diferente. Era muy divertido y entrañable compartir la tarea, y tener las manos y la boca ocupadas ayudaba a no pensar mucho. La sala recobró de nuevo el aire festivo que había tenido la cocina durante los preparativos, y pronto la música dejó de oírse bajo el barullo de voces.

Olivia y sus amigos se aprovisionaron, cargando hasta los topes sus platos con pollo y canapés, y se recluyeron en la esquina del piano, con un vaso de ponche sin alcohol en las manos, seguramente con la intención de no mezclarse mucho con los adultos, no fuera a ser que les contagiásemos algo de vejez.

Olivia

La fiesta no era lo que yo esperaba, sin embargo, no sé por qué había pensado que aquello iba a ser una fiesta en el sentido literal de la palabra. Tendría que haber rebajado mis expectativas hasta niveles negativos y haber supuesto que aquella «fiesta» iba parecerse más que nada a un baile de jubilados. No había tenido la desgracia de ir a ninguno, pero debía ser muy similar el ambiente. La media de edad, descontando a mis amigos, era de cincuenta años y la música que sonaba conseguía que quisieras arrancarte las orejas a mordiscos. Me arrepentía de haberlos invitado, sobre todo a Dylan. Muy probablemente pensaba que yo era tan muermo como mi fiesta. Lo observé, mientras devoraba el pollo sin levantar apenas la vista del plato, y pensé que al menos la comida era buena y los pasteles tenían una pinta estupenda.

Evan, Carol y Judy charlaban sobre la emisión en enero de la nueva y ya anunciada última temporada de *Glee*. Yo también la veía. Durante años, mi madre y yo habíamos compartido sofá frente a la tele semana tras semana, pero desde que Finn había muerto ya no era lo mismo y la serie poco a poco se había ido a pique. Traté de seguirles el hilo de la conversación, pero estaba tan pendiente del gesto de Dylan que me costaba un mundo.

Desvié la mirada y me fijé en mi madre, sonreía, pero se veía triste, como si aquella fiesta no fuera con ella y solo se dedicase a vigilarla en plan profesor en los bailes del insti. Noah, a su lado, tenía la misma pinta, pero a él ese semblante le debía venir de vocación. No se me escapó que, aunque no estuvieran cogidos de

la mano o abrazados de ningún modo, la proximidad entre ellos era casi íntima.

El resto estaba entretenido zampándose la comida a dos carrillos y bebiendo ponche de lo lindo, a la vez que iban colgando adornos en el árbol junto a la chimenea encendida.

Noté que mi madre me hacía un rápido gesto con los ojos para que colaborase, pero yo pasaba de hacerlo, tal vez de no estar Dylan lo hubiera hecho, pero estando él allí, vamos, ni loca. Volví la cabeza y traté de centrarme en la charla de mis amigos. Seguían hablando de lo mismo y Dylan se mantenía un poco apartado en silencio y con cara de aburrido. Seguro que estaba deseando largarse.

Ojalá se terminase pronto aquella fiesta, pero mucho me temía que la espera iba a ser larga. Los inquilinos del Waterly tenían grandes dosis de aguante nocturno y más si iban puestos hasta las cejas de ponche de Dorotea, ya me había dado cuenta de ese detalle las noches anteriores.

—¿Qué tal? —Me atreví a acercarme por fin a Dylan. Mi madre me vigilaba y no quería darle pie a que se pensara nada raro, bueno, raro no, que no pensara que entre él y yo había rollito. No deseaba tener ese tipo de charlas con mamá, ya teníamos bastante con propio rollito.

Terminó de masticar el último trozo de pollo tranquilamente antes de responder, vamos, que se tomó su tiempo.

—Está fiesta es un coñazo.

—Lo sé. —Sonreí débilmente—. No debí invitaros a esta fiesta —entrecomillé con los dedos la dichosa palabra para hacerle saber que era de su misma opinión.

—Es la fiesta más aburrida a la que he asistido jamás.

—Y yo —bufé—. Pensaba que vendría más gente, pero al final se ve que han decidido no invitar a nadie más, aparte de los de la casa.

Asintió con una de sus sonrisas medio torcidas, mientras sus ojos recorrían mi cara poniéndome nerviosa.

—Es por mi abuela. Está muy enferma... Mi madre no quería tener mucho jaleo, así que... —Me encogí de hombros.

—No importa —dijo y eso me tranquilizó un poco. No sé por qué necesitaba estar a la altura de Dylan, y la dichosa fiesta me había hecho bajar unos cuantos puntos de golpe—. ¿Crees que podríamos darle un poco de alegría al ponche? —Cogió el vaso que había dejado sobre la repisa del piano y lo olfateó antes de darle un sorbo. Dibujó una mueca de asco, aunque no estaba malo, solo que era *free*.

—¿Te refieres a ponerle alcohol?

—A eso mismo, ¿crees que podría ser?

—No sé, supongo —dudé. Tal vez podría escabullirme hasta la cocina y añadirle un chorro de brandy del que usaban para cocinar, pero no sabía si eso arreglaría el ponche o terminaría por joderlo más.

—¿Lo harías?

—No sé si conseguiré algo.

—Prueba.

Le cogí el vaso y me dirigí a la cocina. Vigilé mis espaldas mientras hacía el trayecto. Quería contentar a Dylan, pero no quería que mi madre se mosquease conmigo y fastidiarle más aquella fiesta sin sentido. Por suerte, pude llegar a la cocina, añadirle un buen chorro de brandy al ponche y volver sin que nadie pareciera alertarse de mis intenciones.

—Oli, está de muerte —me dijo Dylan tras probarlo.

—¿En serio? —Tenía mis dudas. El brandy olía que apestaba.

—Claro. ¿Quieres probarlo? —me preguntó.

Miré recelosa hacia mi madre y Noah, pero estaban distraídos con la decoración del abeto. Estaba quedando fabuloso. Nunca había tenido un árbol de Navidad tan grande y aquel era bastante impresionante.

—Vale —dije valiente. Dylan me pasó el vaso y le di un buen trago. Estaba vomitivo. No sabía qué tipo de alcohol llevaba el que hacía Dorotea, pero desde luego no sabía igual.

—¿Te gusta?

—No, no mucho —dije devolviéndoselo—. ¿De verdad te gusta a ti?

—Todo sea por superar esta fiesta —bromeó antes de darle un trago.

—Bueno, lo siento, de verdad.

—Ya te he dicho que no importa. ¿Hasta cuándo tenemos que estar aquí?

—Hasta que termine, supongo.

—¿Y por qué no nos vamos a otro sitio? Tampoco somos tan necesarios. Mira qué bien se lo pasan —ironizó señalando con la mano a los adultos congregados alrededor del árbol colgando adornos como si fueran chiquillos.

—¿Adónde?

—Al viejo taller de Grayson. Mis amigos están allí.

—No sé. —Me apetecía ir con él, pero no sabía si a mi madre le iba a parecer bien.

Como si fuera capaz de leerme el pensamiento, dijo:

—Iremos todos y le pediré personalmente permiso a tu madre.

—No hace falta que hagas eso —deseché su ofrecimiento deprisa.

—¿Entonces?

—Voy a preguntarle. ¿Los demás querrán venir?

—Me extrañaría mucho que no quisieran hacerlo —dijo riendo y me indicó con un gesto de la mano que fuera a pedirle permiso. Me acerqué al grupo junto al árbol y le toqué el hombro a mi madre.

—Mamá, mis amigos y yo estamos pensando en ir a otro sitio —le dije sonriendo—. La fiesta está genial, pero... Pero... —eché un vistazo a mis colegas—... Mis amigos se aburren. Lo siento, sé que te gustaría que me gustase, pero...

—Te entiendo perfectamente. Esta fiesta no parece casi una fiesta, además, no estamos ninguno muy animado que digamos —me contestó—, supongo que sí que puedes irte. No pasa nada.

—¿Sí? —pregunté ilusionada.

—Sí, sí —asintió—, claro, ¿dónde vais a ir?

—No sé, a Naties, supongo, pero no vendré tarde —le aseguré.

—Claro que no, a las once te quiero aquí.

—Por supuesto.

—Y no vengas sola. Que te traiga algún amigo o llámame e iré a por ti.

—Claro. No hay problema. Estaré aquí a las once en punto. Gracias, mamá. —Me acerqué a su mejilla y le di un beso, agradeciéndoselo de nuevo.

—Ha llegado el momento del remate final —anunció en ese momento Noah con grandilocuencia.

Mi madre me aferró la mano para retenerme a su lado. No tenía la menor idea de qué estaba hablando y ella tampoco. Nos quedamos ambas mirando a Noah esperando que dijera qué era eso del remate final.

Se acercó a la chimenea y regresó con una caja de madera en las manos. Era la primera vez que veía esa caja.

—En esta casa hay una tradición que se repite año tras año desde hace mucho tiempo. Esta noche es especial para los habitantes de Waterly Inn. Es nuestra forma de ser una familia antes de que empiecen las Navidades, porque luego siempre falta alguno y ya no sería igual. —A Noah se le formó un nudo en la garganta y carraspeó duramente para proseguir. Aquella explicación se debía más que nada a mamá y a mí, pues debíamos ser las únicas que no estaban al corriente de los pormenores de esa tradición—. Cada año nos juntamos frente a este árbol, que adornamos entre todos, y dejamos para el final el privilegio de decorar la copa. Año tras año hemos ido turnándonos ese gran honor. Y este año todos queremos que seas tú quien coloque el ángel en el árbol —concluyó dirigiéndose a mi madre

—¿Yo? No, yo no puedo hacer eso. Según me dijo Dorotea, este año le toca a Jacinta —le repuso mi madre, quien al parecer sí que parecía estar al tanto de la tradición.

—Pero ella te ha cedido el puesto. —Mamá miró a Jacinta y ella asintió con una sonrisa.

Noah le tendió la caja de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó mi madre abriéndola.

—Es el ángel del árbol de Waterly desde hace muchos años.

—Pero... ¿Cómo es posible? —Mi madre estaba mirando paralizada el contenido de la caja. Era un ángel de cartón piedra

bastante feo, la verdad sea dicha, pero ella estaba conmovida.

—Dios mío, este ángel lo hice yo con mi padre cuando era pequeña. No sé ni cómo ha aguantado tanto tiempo. —Mi madre tenía lágrimas en los ojos.

—Grace siempre lo ha guardado como algo muy valioso, porque lo es —dijo él con una mirada tan intensa y emocionada que incluso yo que no me conmovía con casi nada sentí ganas de llorar.

—Gracias, Jacinta, por cederme el honor, ha sido un detalle precioso, pero si no te importa me gustaría que fuera mi hija quien lo pusiera este año. Es su primera Navidad en Waterly. —Mi madre se encaró conmigo y me ofreció la caja. Negué débilmente con la cabeza, pero ella insistió—: Olivia, sería un honor para mí... Y para todos. —Miró al resto de inquilinos del hostel confirmando sus palabras—... Que fueras tú quien lo pusieras.

—Gracias, mamá. —Tenía las lágrimas al borde, pero no quería llorar delante de toda esa gente, sobre todo de mis amigos—. Está bien, lo haré —accedí cogiendo la caja con determinación y mirando de frente al ángel. Tenía los ojos ligeramente bizcos y el pelo tan amarillo que parecía la cáscara de un plátano maduro. Desvié la mirada a mis amigos, quienes se habían acercado al árbol, Dylan se mantenía un poco más atrás, pero también estaba observándome con una sonrisa torcida y terriblemente sexi.

Saqué con cuidado el ángel de la caja y subí los peldaños de la escalera para colocarlo en la copa. Me entretuve unos segundos enderezándolo mientras sentía que todos los ojos de la sala estaban pendientes de mí, también los de Dylan. ¿Estaría mirándome el culo? Volví la cabeza un instante para comprobarlo y, obviamente, así era. Mis ojos se cruzaron también con los de Evan, que me sonrió, tenía la mirada lacrimosa y me pregunté el motivo. Cuando di por terminada la maniobra, todos en el salón aplaudieron, como si se tratara de una gran hazaña o algo así, pero supongo que, en el fondo, para ellos sí lo era, de hecho era *un gran honor*. Esperaron a que bajase de la escalera para brindar y esta vez sirvieron champán para todos, aunque a los jóvenes solo nos pusieron un dedo con el fin de que no se nos subiera a la cabeza.

56

Olivia

No estuvimos mucho más en aquella fiesta, tras zamparnos unos cuantos pastelitos y terminar con las reservas de bombones, decidimos marcharnos al viejo taller de los Grayson. Judy y Carol estaban muy emocionadas, era la primera vez que iban a ir a ese sitio, y no dejaron de parlotear como gallinas mientras nos encaminábamos hasta el coche de Dylan. Las chicas nos sentamos atrás y Evan delante junto a su hermano, de momento yo no tenía reservado el sitio de honor en aquel vehículo.

En cuanto nos pusimos en marcha, Dylan puso la música a todo volumen y el coche se llenó con la canción que sonaba en el reproductor, una de Radiohead que me gustaba mucho. Me paré a pensar un poco en lo que decía. Siempre que la escuchaba, algo que ocurría con mucha frecuencia, pues me gustaba no solo mucho, sino muchísimo, lo hacía. Me sentía identificada en la parte en la que el cantante se refería así mismo como un gusano raro, sin nada especial que ofrecer, yo también me sentía un poco así, rara y sin encajar la mayor parte de las veces.

Cuando llegamos al taller, aquello no parecía ni de lejos una fiesta. Se trataba de una vieja edificación de madera, tétrica y oscura, típica de las pelis donde ocurren cosas siniestras y de esas que invitan a salir corriendo en dirección contraria. En el aparcamiento había cuatro coches aparcados, pero no había ni un alma viva por en medio. Aun así, recorrimos deprisa la distancia hasta la puerta. En cuanto nos acercamos, el sonido desde el interior nos alcanzó, había música y se oía bastante barullo dentro del edificio.

Dylan abrió la puerta y se hizo la luz y el ruido. De alguna forma habían conseguido iluminar aquel antro, no se podía describir con otra palabra, con cuatro o cinco sucias bombillas amarillentas colgadas de las paredes. Habría más de veinte chicos y chicas, sentados en unos sofás viejos, bebiendo cervezas, o de pie bailando o charlando. Nadie reparó en nuestra presencia. Carol y Judy se separaron enseguida al ver a alguien que conocían del instituto y Dylan avanzó hasta el grupo del sofá para saludarlos. Evan y yo nos quedamos junto a la puerta. No me gustó que Dylan tardase como en esfumarse.

—Bienvenida a la tortura de asistir a una auténtica fiesta de Waterly —me dijo Evan con sorna, haciendo referencia a un comentario que había hecho su hermano en el trayecto.

No dije nada y me dediqué por unos segundos a observar las caras de los presentes. A la mayoría los conocía de verlos por el insti, pero eran algo mayores y nunca había hablado con ellos.

—Menudo fiestón —ironicé.

—¿Nos tomamos algo? —me propuso, supongo que para entrar en calor.

—¿Algo con alcohol? —pregunté esperando que su respuesta fuera un no.

—Para eso hemos venido, ¿no? Es lo que hacemos los adolescentes cuando los adultos no nos ven —contestó, y es cierto que había varios «no» en su respuesta, pero ninguno era el que yo deseaba oír.

—¿Eso es lo que haces tú? —dije dudando.

—Claro —me contestó con vehemencia y enlazó su brazo con el mío para acercarnos a una mesa de plástico bastante cochambrosa, donde había más de dos docenas de latas de cerveza, varios refrescos y un par de botellas de ron y ginebra—. ¿Qué te apetece? —me preguntó cogiendo una lata de cerveza.

—No sé, no tengo claro lo que me gusta.

—¿Cerveza? —Me ofreció la que tenía en la mano.

—Vale —dije, sabiendo que no iba a beber ni un solo trago.

—Hola, soy Isaac. Encantado de verte por aquí. —Un chico se nos acercó y me ofreció la mano y una sonrisa.

—Hola, soy Olivia —dije algo cohibida por su descaro.

—Lo sé, he oído hablar de ti y te he visto por el instituto. ¿Qué pasa, tío? —Le golpeó con el puño a Evan en el hombro a modo de saludo.

—Genial —le respondió—. Isaac puede decirse que es el mejor amigo de Dylan y un vecino insoportable —me informó.

—Encantada de conocerte. —Le sonreí. Estaba bien conocer a los amigos de Dylan, pero hubiera estado mejor que fuera él quien me los presentara.

—Venid con nosotros. —Nos indicó el sofá donde Dylan se había sentado y charlaba entre dos chicas.

Me asustaba un poco mezclarme con esa gente. Mis habilidades sociales no eran como para tirar cohetes y no quería provocar un rechazo inmediato en las amistades de Dylan. Pero fui.

—Olivia Chase —dijo Dylan en cuanto me vio sentarme en una silla de plástico junto a Evan—. Te presento a Dolores, Rachel, Stu, Brandon e Isaac —me fue señalando con el morro del botellín de cerveza a cada uno de ellos. Todos me saludaron con un «hola» o algún gesto de bienvenida y yo fui haciendo más o menos lo mismo—. A mi hermano ya lo conocéis —concluyó antes de retomar la charla con las dos chicas con las que lo había visto hablar segundos antes.

Estaba claro que no pensaba hacerme ningún caso. Fue bastante obvio, así que decidí hacer igual. Me centré en hablar con Evan mientras fingía dar tragos a la lata de cerveza.

La situación una hora más tarde se había desmadrado bastante. La gente había bebido más de la cuenta y algunos se habían lanzado a bailar en algo que podría llamarse pista de baile, pues era una zona despejada de sillas. Los que no bailaban jugaban a emborracharse y los pocos que no hacían una cosa u otra se estaban morreando, como por ejemplo la pareja que tenía delante.

—Odio que la gente haga eso —me comentó Evan volviendo a sentarse a mi lado, llevaba otra lata en la mano y si no me fallaban las cuentas era la cuarta. Su voz era de borracho y su semblante también. Tenía los párpados medio caídos y una sonrisa de bobo

esbozada en la cara como si estuviera disfrutando mucho de esa fiesta.

—Solo se están besando —le repuse echando un vistazo a la pareja. La verdad es que los lengüetazos que se estaban dando eran tan ruidosos que podía escucharlos a la perfección desde mi posición.

—Deberían prohibir los morreos en público, son algo... Asqueroso.

—Si fueras tú quien participara, puede que no te parecieran tan asquerosos.

—Puede.

Me asaltó una duda en ese momento, Evan y yo hablábamos mucho, a todas horas y de muchas cosas, pero no habíamos tocado en profundidad el tema de sus relaciones, aunque suponía que era virgen.

—¿Has besado alguna vez a alguien? ¿Así, con lengua?

—Claro. Muchas veces.

—¿Y qué pasa, que no te gustó?

—Sí, pero eso no quita que estos dos sean vomitivos —dijo haciendo una mueca de asco.

Volví a mirarlos y tuve que reconocer que tenía bastante razón. Más que besarse se estaban lavando las caras mutuamente.

Empezaba a estar bastante harta de aquella fiesta, mis amigos parecían estar pasándose bien, pero yo no. Había esperado que Dylan me hiciera más caso, pero se había limitado a lanzarme miradas mientras tonteaba con sus amigos.

—Me voy —dije de pronto, decidida.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Tú sola?

—Llamaré a mi madre o a Noah y vendrán a por mí. Si quieres venir, te llevaremos.

—No, estoy bien, me quedo, lo mismo incluso encuentro alguna tía con la que morrearme —dijo burlón antes de darle un trago a la lata.

—Vale. Nos vemos mañana o hablamos o lo que sea. —Me puse en pie, le besé la mejilla y fui donde Judy y Carol bailaban para avisarlas de que pensaba marcharme y ofrecerles venirse conmigo, pero ambas rehusaron mi ofrecimiento mientras sus cuerpos se tambaleaban al ritmo de la canción que sonaba. Solo me quedaba decírselo a Dylan, pero visto el caso que me había hecho desde que habíamos llegado allí, suponía que también me diría que no.

Me acerqué a él pensando en qué decirle exactamente, pero me vio antes de llegar y vino a mi encuentro.

—¿Te lo pasas bien? —me preguntó.

—Sí, tanto que me marchó ya —ironicé.

—Parece que esta fiesta se queda pequeña para una chica de ciudad como tú.

—No es por eso, Dylan, pero no está siendo lo que yo esperaba.

—¿Y qué esperabas? Tiene todo lo que una fiesta debe tener: gente, bebida y música.

—Sí, supongo que no es la fiesta, que soy yo que no sé amoldarme bien a ambientes nuevos.

—Quédate un poco más, te prometo que te lo pasarás bien a partir de ahora.

—¿Piensas quedarte conmigo para comprobarlo? —dije con retintín a ver si lo pillaba.

—¿Eso es lo que quieres?

—Hubiera estado bien por tu parte hacerme un poco más de caso, ya que me has invitado a venir.

—Bueno, no estabas sola, pensaba que lo estabas pasando bien con Evan y tus amigas.

—Y así es, pero quiero irme.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Quieres llevarme?

—Claro, ¿lo dudabas, Olivia Chase?

—Y dime, Dylan Robbins, ¿estás en condiciones de conducir? —Alcé la barbilla.

—Por supuesto, apenas he bebido.

Podría haber puesto alguna objeción a aquella afirmación suya, lo había visto beberse al menos tres cervezas durante la última

hora, pero si lo hacía, pondría en evidencia que había estado muy pendiente de sus movimientos y no quería hacerlo, así que le dije:

—Entonces, sí.

—Ve saliendo, puedes esperarme en el aparcamiento. Cojo mi chaqueta y voy.

—¿Es que no quieres que te vean salir conmigo?

—Me da igual —respondió y, como prueba de ello, se volvió hacia sus colegas y les gritó—: Voy a llevar a Olivia a su casa. En una hora estoy de vuelta.

Hice unos cálculos mentales rápidos: quince minutos para ir, otros quince para regresar, ¿y la otra media hora? Vaya, así que pensaba alargar un poco la despedida. Eso me gustó, aunque el hecho de que prácticamente me hubiera ignorado la hora anterior no me hiciera ninguna gracia, pero... Bueno, es verdad que yo estaba con mis amigos, tampoco íbamos a ser la típica pareja pelmaza de inseparables. Me gustaba tener independencia y que él tuviera la suya.

Entramos en el coche e hicimos casi sin hablar el viaje, la música sonaba fuerte y yo vigilaba un poco inquieta el horizonte de carretera que alcanzaban las luces de los faros. Dylan parecía controlar bastante, pero sabía que las personas ebrias tienen los reflejos más lentos, así que estaba atenta al peligro. Lo cierto es que no respiré con tranquilidad hasta que el coche se detuvo en un pequeño desvío de la carretera que llevaba a Waterly Inn. No obstante, me duró poco. Casi inmediatamente, empecé a sentir nervios y me puse a respirar de nuevo deprisa ante la situación que se estaba planteando entre nosotros dos y su Dodge Challenger rojo parado en medio de la oscuridad de ese lugar.

—¿Qué haces? —le pregunté—. ¿Por qué hemos parado aquí?

—Me gusta este sitio —respondió recostándose en su asiento, tras detener el motor—. En noches sin nubes creo que puede verse hasta la última estrella del firmamento.

—Es verdad —dije, sonriendo más relajada, mientras me acercaba al salpicadero para otear el cielo a través de la luna delantera—. Es una maravilla cómo se ve el cielo en Waterly por las noches. Una gran ventaja de este pueblo frente a San Luis.

—Tú sí que eres una maravilla. —Sentí su intensa mirada clavada en mí.

—Gracias —dije algo ruborizada. Seguía sin encajar demasiado bien los halagos, pero me gustaban, sobre todo si venían de la boca de Dylan.

—¿Tan mal te lo estabas pasando en esa fiesta?

—Bueno, no tan mal, pero esperaba que me hicieras más caso.

Asintió y ladeó la cabeza, lanzándome una de sus sonrisas torcidas que se me antojaban tan sexis.

—Ahora estoy aquí, a tu entera disposición.

—Ya. —Evité mirarlo y volví a centrar mi mirada en el cielo, porque removía muchas cositas dentro de mí—. Pero me da la sensación de que no quieres que la gente sepa que estás conmigo.

—No estamos juntos.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría, pero tenía razón, no lo estábamos. Nos habíamos enrollado varias veces, pero en ningún momento me había pedido salir, salir, así que era verdad que oficialmente no estábamos juntos.

—No me gusta ser tu chica de quita y pon —le repuse.

Dylan soltó una sonora carcajada.

—No eres mi chica de quita y pon. Me gustas, Oli, mucho, ya lo sabes, pero...

—Pero ¿qué? —Me encaré con él.

—No sé... —Dylan alzó las manos y empezó a recomponerse el pelo. Me parecía que no se le había movido ni un solo cabello de la cabeza. Estaba perfecto, como siempre. Respiré hondo, procurando serenarme, esperando que me explicase qué era yo para él con exactitud—. ¿Por qué no vienes conmigo al baile de Nochevieja?

—¿Al baile de Nochevieja?

Dylan sonrió burlón.

—¿Sabes lo que es un baile y lo que es Nochevieja?

—Claro que lo sé, idiota, era más bien una pregunta al aire —le repuse deprisa.

—¿Vendrás?

Asentí con la cabeza. A continuación, desvié la vista hacia los campos nevados.

—Qué noche más bonita, ¿verdad? —murmuré.

—Sí, muy bonita. Pero hace frío. ¿Por qué no te acercas un poco y entramos en calor?

Lo miré fijamente, al tiempo que sentía cómo crecía una presión en mi pecho, y me acerqué.

—Me encanta besar tus labios —dijo antes de presionar los suyos sobre los míos.

Poco después estábamos besándonos intensamente, su cuerpo aplastaba el mío contra el asiento y sentía todo su peso encima de mí. Los besos eran urgentes, apasionados y con un montón de lengua. Las manos de Dylan pasaron pronto a la acción y amasaron mis tetas por encima del abrigo durante un buen rato, hasta que empezó a desabrocharme los botones para poder tener un acceso más directo. Le ayudé a quitármelo y luego él hizo lo mismo con su chaqueta. Volvimos a juntar las bocas y enredamos las lenguas, mientras sus manos me acariciaban los pechos.

Me animé a hacer lo mismo y empecé a tocarle los abdominales por encima del suéter. Se notaban duros y planos y me aventuré a experimentar un poco más, metiendo la mano por debajo del suéter de lana y tocando su piel. Estaba caliente y me gustaba acariciarlo. Dylan hizo lo mismo e introdujo la mano por debajo de mi camiseta para poder tocarme las tetas por encima del sujetador. Comenzó a recorrer con los dedos el borde del encaje hasta que consiguió apartarlo y entonces hizo lo mismo con mis pezones. Un remolino de sensaciones excitantes me invadían mientras nos besábamos y acariciábamos, me gustaba sentir las reacciones que experimentaba mi cuerpo. Una palpitación de necesidad creció exponencialmente entre mis piernas y me apreté contra su cuerpo para apaciguarla. Dylan respondió restregando su muslo justo en la zona en la que sentía un calor creciente y excitante. Empezamos a jadear mientras seguíamos besándonos, tocándonos y restregándonos.

Una de las manos que acariciaba mis pezones comenzó a descender por mi estómago, me abrasaba la piel a su paso y aceleraba el ritmo de los latidos en mi entrepierna. Se entretuvo unos instantes en la cintura de mi pantalón y trató de entrar. Bajé la

mano y se la detuve. Aquello me gustaba, pero no quería pasar de ese punto. Dylan paró sus besos y me sonrió.

—Tranquila, me gustas mucho —me dijo.

—Y tú a mí, pero no quiero ir más allá.

—De acuerdo —dijo y volvió a besarme. Seguimos besándonos mientras nuestras manos exploraban por encima de las cinturas, hasta que su mano se introdujo de golpe dentro de mis pantalones y alcanzó mi sexo. Me quedé paralizada y en un principio no supe reaccionar esta vez. Dylan comenzó a mover sus dedos y cuando sentí que uno de ellos entraba en mí, bajé la mano para apartarla, pero no pude hacerlo. Tenía fuerza y la ejerció en ese punto. Empecé a removerme, pero su peso encima me impedía apartarme. Giré la cara y le dije:

—Aparta, no quiero seguir.

Dylan no pareció escucharme, hundió la boca en mi cuello mientras su mano seguía tocándome. Ya no me gustaba lo que me estaba haciendo sentir.

—Quita, Dylan.

—Solo un poco más —me pidió mientras aplastaba su dedo dentro de mí.

—No, no quiero.

—¿Por qué? —Su mano se detuvo.

—Porque no quiero.

—Te gusta, lo sé. No es nada. Solo son unas caricias. Déjame tocarte —insistió, pero yo no las sentía como tales. Ya no.

—Te he dicho que no. —De algún modo conseguí sacar su mano de mis pantalones.

Dylan se apartó de golpe y me miró atónito, como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

—Te he dicho que no —repetí, recolocándome el jersey.

—Pensaba que eras otra clase de chica, más moderna —dijo él en actitud desdeñosa. Parecía estar ofendido, cuando la ofendida era yo.

—Y yo pensaba que un chico que va a misa sabría comportarse con una chica. Llévame a casa, por favor —le pedí fijando la mirada en el frente.

—No.

—¿Qué? —Lo miré incrédula.

—Que no.

—No pienso hacerlo contigo, Dylan, nunca —le informé para que le quedase del todo claro, si no se lo había dejado ya. De haberse comportado de otro modo esa frase hubiera tenido otro final, como «de momento», pero, tras comprobar que Dylan no era uno de esos chicos que sabían encajar un «no», ya no me apetecía seguir estando con él. Ni ahora ni nunca.

—Baja de mi coche.

—¿Qué? —Miré alrededor. Hacía un frío insoportable y la oscuridad era aterradora, sin embargo, el peligro no estaba en el exterior, sino dentro de ese coche.

—Baja —me ordenó.

Quitó el seguro, abrió la puerta y salió afuera. Mientras me ponía la chaqueta a toda velocidad, él me observó desde su asiento con gesto imperturbable. Luego nos quedamos mirándonos fijamente a través de la ventanilla, él me brindó su sonrisa torcida, que en aquel momento ya no me pareció tan sexi, sino más bien perversa y asquerosa, y yo levanté el dedo corazón de mi mano derecha y se lo mostré. Acto seguido puso en marcha el motor de su Dodge y salió derrapando, levantando una nube de nieve tras de sí.

Me quedé plantada en medio de aquel lugar oscuro e inhóspito, aterrada y sola. Pensé en llamar a mi madre para que viniera a por mí, pero deseché la idea pronto. Seguro que me echaría una buena bronca y con razón. Había sido una completa idiota, yo sola me había metido en la boca del lobo y yo sola tenía que salir de aquello.

Había sido horrible, nunca había sentido tan invadida mi persona y la impotencia de no saber bien cómo reaccionar, pero estaba orgullosa de mí. Sin embargo, me eché a llorar y no podía parar.

En algún momento mis piernas recuperaron el movimiento y empecé primero a andar y luego a correr. Recorrí unos cien metros sin apenas tocar el suelo y entonces empecé a sentirme cansada y me entró flato. Aflojé la marcha y acabé andando por la carretera, pero el flato seguía fastidiándome, así que acabé por inclinarme

hacia delante y sostener mi costado derecho mientras avanzaba a paso de tortuga.

Durante mi penoso recorrido por aquella carretera que conducía a mi casa, no dejé de llorar ni un segundo y me parecía que mis lágrimas podían estar cristalizándose sobre mis mejillas a causa del duro frío. Aceleré de nuevo el paso hasta llegar al aparcamiento de Waterly Inn y comprobé, al ver las luces encendidas en el salón, que todavía estaban levantados y seguían con su fiesta.

Me planté delante de la puerta principal y me tomé unos instantes para recuperar el aliento y la compostura con la esperanza de no se dieran cuenta de mi alterado estado.

Conseguí sobrepasar la barrera de la fiesta sin que nadie se percatara de nada y me despedí de todos hasta el día siguiente de forma apresurada.

Una vez entré en la seguridad de mi dormitorio volví a desmoronarme en lágrimas sobre la cama, y lloré mucho. Mucho más de lo que había llorado jamás.

Olivia

Lo oscuro molaba en mi mundo inventado, en la realidad no molaba tanto.

La casa azul se había teñido de negro. La gente había dejado a un lado las sonrisas de la noche anterior, que, aunque conscientes entonces de que mi abuela se encontraba en un momento crítico, todavía seguía allí, presente, viva. Sin embargo, ese día ya no era así.

La parca había entrado a hurtadillas por la noche para llevársela para siempre, mientras nosotros, ajenos a ese momento, dormíamos. Mi abuela se había quedado dormida también, pero había olvidado cerrar los ojos.

Mi madre estaba triste, mucho. La observaba deambular de la habitación de Grace al salón con los brazos cruzados, como queriendo reconfortarse a sí misma, aunque todos le brindaban un abrazo y un beso en la mejilla. Todos menos yo. Y no es porque no quisiera hacerlo, es que estaba paralizada. Nunca había vivido de cerca la pérdida de un ser querido y, aunque mi abuela había estado presente tan solo un breve espacio de tiempo en mi vida, había acabado queriéndola.

No sabía exactamente el preciso momento en el que sucedió eso, pero así era. Quizá en la última conversación que tuvimos o, tal vez, el primer día que la vi y mis ojos se cruzaron con los suyos, pero lo cierto era que nunca la odié por nada. No la conocía, no sabía de qué manera juzgarla, solo me permití conocerla. Aunque me mostraba distante y apática con la situación, había algo que me carcomía por dentro. Ahora ya sabía qué significaba aquello de la

llamada de la sangre y lo mucho que llegaría a dolerme perder a mi propia madre.

Me acerqué a ella y posé la mano sobre su hombro. Se volvió hacia mí y me dolió ver el sentimiento que desprendían sus ojos. La abracé fuerte, muy fuerte, queriendo retenerla para siempre entre la calidez que envolvía ese momento y ella me correspondió, apretándome contra ella y besándome la frente.

No dijimos nada, no hacía falta, tan solo nos hacíamos falta.

Noah se estaba encargando de los trámites pertinentes en esos casos. Estoicamente, tomó el rol, aunque se le veía igual de afectado. El dolor nos vuelve pequeños, frágiles. A veces rotos. La ausencia nos invade. Y, aunque tengamos a la fe como aliada, hay días largos y noches eternas en las que esta parece no ser suficiente. Pero Noah era un hombre fuerte, eso me había demostrado siempre y lo seguía haciendo. Admiraba la entereza y determinación con las que manejaba aquella situación tan triste. Yo, de ser él, seguro que estaría derrotada y no sería capaz de pensar con claridad, y mucho menos organizar nada.

Nunca se había rendido conmigo y tampoco con mi madre, y le estaba agradecida por ello. Me sentía en la obligación de aceptar que mi madre lo necesitaba en su vida, tanto o más que yo la necesitaba a ella. Mi abuela ya no estaba y me había pedido que permitiera ser feliz a mi madre, y eso iba a hacer. Quizá no con palabras, pues no me salía decirlo sin soltar alguna bordería, pero sí con gestos y hechos.

Caminé hasta la recepción y vi a Noah sentado al otro lado, en el pequeño despacho, hablando por teléfono. Parecía sereno, pero sus manos acariciaron su nuca varias veces en un intervalo corto de tiempo. Se percató de algún modo de que alguien lo observaba y se giró para comprobarlo sin soltar el auricular del teléfono, pues estaba esperando una respuesta al otro lado. Nos miramos. Yo le sonreí levemente y él me devolvió el gesto.

Estaba acostumbrada a tener cierto protagonismo en la vida de esos dos adultos, y no para bien. Había sido una egoísta de mierda y el sentimiento de pérdida, que pululaba por el ambiente ese domingo, me había dado un guantazo directo en la cara,

mostrándome lo jodida que es la vida y lo tonto que es el ser humano desperdiciándola.

Ya no era una niña, no podía comportarme como tal. Estaba cerca de cumplir los dieciséis y no podía dejarme vencer por mis propios sentimientos y apartar a un lado los de los demás como si no estuvieran allí, porque cuando te pasa algo malo, como lo que me había pasado con Dylan, te puedes ver solo y eso no es nada guay.

Mi abuela había muerto rodeada de los suyos, pero, si mi madre no hubiera dado su brazo a torcer, lo hubiera hecho sola. Era verdad que tenía a Noah, pero no a su hija y a su nieta, y su corazón hubiera dejado de latir con un vacío enorme imposible de llenar en la otra vida.

Quería a mi madre, la quería tanto, que pensar en perderla me ahogaba, porque verla destrozada me estaba matando.

Subí a la buhardilla y contemplé los cuadros de mi abuela. Cuando llegué a Waterly, esa parte creativa que había heredado de ella estaba dormida, aletargada en mi interior sin pretensiones de salir algún día o quizá nunca.

Recordé aquella pintura negra sin sentido. Fue fácil que viniera a mi memoria, pues seguía en el caballete para recordarme lo vacía que estaba por aquel entonces, ahora me parecía mucho tiempo, y lo llena de cosas buenas que me sentía en este momento. También en lo capaz que era de hacer cosas fantásticas con un pincel, pues, aunque estuviera feo reconocerlo, los decorados de los que me había encargado habían quedado estupendos.

Cogí uno de los pinceles y medité unos segundos antes de dar el primer brochazo a ese lienzo oscuro, aunque lo único que tenía claro era que ese cuadro estaría dedicado a mi madre y a mi abuela.

58

April

Estaba siendo muy duro, más de lo que creía.

Dicen que cuando alguien espera la muerte de alguien, la recibe de otra forma, como si te preparases para ello. Pero no era así para mí.

Yo no había tenido tiempo de asimilar nada ni de pasar tiempo con mi madre. Me la encontré ya enferma, muy enferma. Y ahora estaba enfrentándome al hecho de no verla más y la imposibilidad de recuperar el tiempo perdido. Lo único que me consolaba era haber dejado en calma su corazón y también el mío.

La habíamos encontrado esa mañana, sumida en un sueño eterno y una sonrisa de calma en los labios. Había recuperado la piel tersa que siempre había lucido y se veía guapa y feliz. Descansaba en paz después de luchar contra la enfermedad, merecía ese descanso, aunque los vivos de manera egoísta esperábamos que luchara un poco más para disfrutar de una presencia que en realidad no lo era.

Las gemelas Stevens, el señor Jefferson, Dorotea y Jacinta llenaron la casa de flores de Pascua. A mi madre le encantaban y el salón estaba repleto de maceteros elegantes que la funeraria había puesto a nuestra disposición.

Noah no quería hacer un funeral largo y yo tampoco, la verdad. Mi madre había estado mucho tiempo enferma y además no se trataba de una muerte repentina, así que podía acelerarse el sepelio y lo agradecí. Pedí expresamente que no se sirviera nada de comer durante el velatorio y tampoco en la recepción de después. No era muy amante de esa tradición que no dejaba de resultarme algo

tétrica. Sabía que no iba a poder evitar que la gente trajera comida de sus casas, pero no tenía intención de ofrecerla como si aquello fuera un bufé. Me resultaba insultante que mi madre no hubiera podido comer decentemente durante tanto tiempo y el día de su muerte la gente comiera ensalada de pollo a dos carrillos.

Waterly era un pueblo pequeño y Eleanor Thornberry, la misma buena amiga que me llamó para comunicarme el estado de mi madre, se encargó de ir avisando a los más allegados. La única familia que tenía mi madre era yo. Era hija única y nunca conocimos a ningún pariente por parte de mis abuelos. Venía de una familia algo desestructurada y durante mucho tiempo solo nos tuvimos la una a la otra, excepto cuando no nos tuvimos ni siquiera en cuenta. Pensar en eso me seguía doliendo y me martirizaba por dentro, pero ahora estaba aquí, despidiéndola, acompañándola en esa triste transición de la vida, y no me arrepentía de ello, al revés, me sentía orgullosa de ella y de mí.

—Sube a cambiarte, yo iré atendiendo a los primeros —me dijo Noah.

—Gracias por encargarte de todo, no podría haberlo hecho sin ti.

—No tienes que darme las gracias. Además, estaba casi todo previsto.

—Lo imagino, y me duele no haber venido antes.

—No lo sabías hasta que Eleanor te avisó. No te culpes más por eso. —Besó mi frente y me instó a subir a darme un baño y cambiarme. El funeral duraría toda la mañana y parte de la tarde y él también necesitaba refrescarse un poco.

Cuando entré en la buhardilla, no esperaba encontrarme a Olivia esparciendo colores vivos sobre aquel lienzo que hacía dos semanas había pintado de negro.

Estaba entregada a su actividad y no se percató siquiera de que había entrado en la habitación.

—¿Qué haces? —dije tras ella, sobresaltándola.

—¡Qué susto me has dado! ¿Cómo estás, mamá?

—Estoy bien. Triste, pero lo llevo. ¿Y tú? —Me preocupaba más cómo estuviera llevando ella todo aquello. Pese a que no era una

niña pequeña, Olivia nunca había vivido un momento como ese antes.

—Me siento rara. Pero estoy bien.

—Define rara.

—No sé cómo describirlo, pero creo que he sufrido una dosis de madurez. Como si la muerte de la abuela me sirviera de punto de inflexión entre lo que está bien y lo que está mal.

—Eso que dices es muy bonito y dignifica la figura de tu abuela. Es como si su muerte no fuera en vano.

—No lo es. Por lo menos para mí.

—Y para mí tampoco. Me he dado cuenta de lo importante que era para mí.

—Eso puedes trasladarlo a lo que siento yo hacia ti y lo importante que eres en mi vida, mamá. No puedo concebir que no estés, me aterra la idea de perderte.

Era la primera vez que escuchaba a mi hija decir algo con tanta coherencia y tan sentimental a la vez. Logró emocionarme, aunque en ese momento era fácil sacarme una lágrima por menos de nada.

—Ven aquí. —La obligué a acercarse para abrazarla como antes lo había hecho ella conmigo—. Nunca vas a perderme, ¿me oyes? Siempre estaré a tu lado, en lo bueno y en lo malo, como hasta ahora. Eres mi vida y no dejaré que nada ni nadie te dañe.

—Lo sé, yo tampoco quiero dañarte a ti.

—Eso es imposible, tú nunca podrías hacerme daño con nada.

—Sí puedo y te lo he hecho. Sé que no he sido la hija perfecta y que te lo he hecho pasar mal. Soy una inepta y una egoísta.

—Eres joven e impulsiva, es lo normal a tu edad. Y, además, tienes un gran corazón que sabe reconocer sus errores y los enmiendas.

—Lo siento mucho, mamá. —Aquellas palabras me llegaron adentro y me hicieron pensar que igual yo también había sido demasiado dura con ella.

—Yo también lo siento, pero a partir de ahora hablaremos más, solucionaremos nuestros problemas, exponiendo nuestros puntos de vista, y encontraremos la manera de solucionarlos.

—Me parece un buen trato. No quiero jamás dejar de hablar contigo, mamá.

—No lo consentiría, hija, no lo consentiría.

—De hecho, tengo algo que contarte. —El tono de su voz me alertó. Me separé de aquel abrazo y la miré intentando adivinar por sus ojos si se trataba de algo serio.

—¿De qué se trata?

—Es algo que me ha pasado con un chico.

—Me estás asustando. — Y así era. Aquello me recordó a lo que me había pasado a mí con un chico hacía dieciséis años.

—No es lo que piensas.

—No he pensado nada —mentí.

—Sé que lo has hecho, te conozco. Pero puedes estar tranquila.

—¿Vas a decírmelo ya?

—Igual no es buen momento. No es tan grave. Puedo esperar a que las cosas en la casa se calmen.

—Me dejas preocupada.

—No lo estés, estoy bien. Son cosas de... Adolescente.

—Eso no me tranquiliza, pero aceptaré que me lo cuentes cuando estés preparada. —Besé su frente y presioné levemente su brazo con mi mano para infundirle tranquilidad.

—Gracias, mamá. ¿Ha venido mucha gente?

—Cuando he subido acababan de llegar los primeros. Voy a darme una ducha rápida y a bajar. Noah necesita un relevo de obligaciones.

—Puedo bajar yo mientras te vistes.

—Solo si quieres, eres muy joven para llevar esa responsabilidad.

—No me importa, quiero hacerlo.

—En ese caso, límpiame esa mancha de color rosa de la cara. Pensaba que no te gustaba ese color.

—Sí me gusta, ahora me gustan muchas cosas que antes creía que no me gustaban.

—Anda, ve a limpiarte, a Noah le gustará que le hagas compañía hasta que baje yo —dije sin poder evitar sonreír. Uno de los deseos

de Navidad que había pedido era que mi hija volviera a ser mi hija, como cuando era pequeña y necesitaba estar a mi lado.

59

Noah

No me esperaba que Olivia se encontrara tan cercana conmigo ese día y he de reconocer que supuso un alivio para mí, pues me encontraba especialmente sensible. Aunque había asumido desde hacía meses que Grace nos dejaría, me estaba costando asimilar que ya fuera una realidad.

April me había pedido que cancelara algunas cosas que ya estaban concertadas con el seguro de decesos, como el catering de la recepción después del sepelio. No era muy amante de ese tipo de actos y, aunque Grace no había concretado nada sobre lo que ella deseaba o no, los deseos de su hija prevalecían en ese momento.

Tuve que hacer un par de llamadas esa mañana, estaba sobrepasado por la situación, pero me mantuve entero. Debía hacerlo.

Olivia bajó y acarició mi brazo para darme soporte y se lo agradecí.

—Gracias por hacer esto por nosotras —me dijo colocándose a mi lado, a la vez que saludábamos a los que iban pasando a la sala donde habían colocado el ataúd de Grace, rodeado de sus amadas flores de Pascua.

—Me gustaría decir que es un placer, pero es algo que no pega en un momento como este.

—No, no pega —confirmó ella—. Mi madre bajará enseguida.

—Bien, pero no me molesta estar contigo. Eres buena compañía, aunque yo no sea tu favorita.

—Puede que me arrepienta de decir esto, pero... Me gustas, Noah. Siempre has estado ahí para mí y para mi madre. Y, aunque

la idea de que seamos una especie de familia no me encantaba, ahora ya no me importa tanto.

—Me alegra mucho que digas eso, en otro momento hubiera dado un salto de alegría, pero esas señoras de ahí no lo verían bien si lo hiciera ahora. —Señalé con la mirada a la señora Sandra Gavin y su hermana Betty.

—¿Qué llevan en las manos?

—Comida, si me haces el favor, atiéndelas y guarda eso en la cocina. Tu madre no quiere que la gente coma mientras tu abuela esté aquí presente.

—¿Y eso por qué?

—Grace no podía comer, lo hacía por una sonda, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Ve, por favor —le dije con delicadeza.

—Está bien —accedió dócilmente o con resignación, pero lo hizo.

La gente entraba sin parar, Grace era una mujer muy querida en la comunidad, siempre dispuesta a echar una mano en las asociaciones locales con lo que podía, pues su situación económica no le permitía soltar grandes cheques, pero siempre aportaba su talento con las manualidades o en cuestiones organizativas y se apuntaba a cualquier acto en el que pudiera colaborar.

—Lo siento enormemente, señor Connors. —Había perdido la cuenta de a cuánta gente había estrechado la mano esa mañana. Pero aquella visita requería de una especial atención y me esforcé por ser amable.

—Alcalde Taylor, gracias por venir.

—No podía faltar. Grace era una vecina distinguida y todos vamos a sentir su pérdida.

Olivia apareció con dos bandejas perfectamente cubiertas de papel de film.

—Voy a dejarlas en la cocina —dijo después de saludar con la cabeza al alcalde.

—Espera, quiero presentarte. Este es Rick Taylor. El alcalde de Waterly.

—Un placer conocerle, señor Taylor.

—El placer es mío. ¿Y esta jovencita tan guapa quién es?

La voz de April retumbó tras nosotros, sorprendiéndonos a los tres.

—Es mi hija —dijo, dando especial énfasis en las dos últimas palabras—. ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí?

—Mamá, ¿qué haces? —Olivia no entendía nada, incluso se sonrojó por la actitud de su madre. Yo también lo hice, pero até cabos de inmediato y me mantuve al margen por el momento.

—April, April Chase. —El alcalde la escudriñó estrechando los ojos.

—¿Cómo te atreves a venir a esta casa, Rick?

—Eso mismo podría decir yo de ti.

—Esta es mi casa y Grace era mi madre. Estoy segura que tu presencia aquí tampoco sería de su agrado.

—Me temo que te equivocas. Tu madre siempre fue muy solícita conmigo y mi familia.

—Siento vergüenza de haber siquiera rozado tu piel ese día —le dijo acercándose a Olivia y agarrándola por los hombros para apretarla contra su pecho.

—Así que esta chica es...

—No es nada tuyo, ¿me oyes? Esa palabra te queda demasiado grande.

—Mamá, ¿este es mi padre? —Olivia los miraba a ambos sin saber qué hacer aparte de sostener aquellas bandejas con dificultad.

—No, cariño, tú no tienes padre.

—No, princesa, no lo tienes, yo solo me acosté con tu madre una vez y todos en el pueblo sabemos lo mentirosa y mala hija que es la señorita Chase.

—Rick, ten cuidado con lo que dices. —Me vi en la obligación de intervenir. Por muy alcalde que fuera no iba a consentir que le faltara al respeto a April.

—¿Vas a defenderla, Noah? ¿Acaso te ha engatusado para que le echés un miserable polvo como hizo conmigo?

—Estoy a punto de faltar al respeto a la memoria de Grace dándote un puñetazo, así que, por favor, sal de aquí antes de que

los periódicos locales se hagan eco de un escándalo. —Me puse delante de Olivia y April para instarle a salir cuanto antes de nuestra casa.

—Más te vale tener la boquita cerrada, Chase —amenazó a April, apuntándola con el índice.

—Por favor, vete —alcé un poco la voz, aunque nadie pareció percatarse de lo que allí estaba sucediendo.

Rick salió de prisa y entró en su flamante Mercedes negro, dejándonos a los tres con un amargo sabor de boca.

—Mamá, ¿soy hija del alcalde? —Olivia tenía lágrimas en los ojos.

Cuando April asintió, confirmándole que así era. Las bandejas cayeron al suelo y Olivia corrió escaleras arriba como alma que lleva al diablo.

60

April

La rabia me invadía por dentro. Aquel impresentable de Rick había herido a mi pobre hija, pues a mí era difícil que a estas alturas me sorprendiera con sus impertinencias.

No era justo que se mostrara así ante ella, porque aunque él no podría calificarse como padre, no tenía derecho a hablar así de mí delante de mi hija. Yo no estaba en Waterly para pedirle nada, ni siquiera sabía que se había hecho con la alcaldía del pueblo, no seguía su vida desde hacía años y no me interesaba en lo más mínimo.

Lo que sí me preocupaba era esa amenaza de que mantuviera la boca cerrada. Mi madre me había advertido hacía unos días de que su familia y él seguían siendo gente influyente en la zona y por su cargo político eso parecía.

—Lo siento, si lo hubiera sabido habría controlado mejor esta situación —me dijo Noah, visiblemente afectado.

—No es culpa tuya, es mía. He querido preservar con tanta fuerza la identidad de ese impresentable que la bomba ha estallado en mi propia cara.

—Deberíamos ver cómo está Olivia, debe estar en estado de shock.

—Tranquilo, iré yo. Creo que le debo una explicación.

—Está bien, cualquier cosa me avisas.

—Descuida. —Noah besó mi frente y me acarició la mejilla con dulzura. Siempre que lo necesitaba me reconfortaba sin necesidad de palabras.

No me molesté en llamar a la puerta. Simplemente abrí y entré con los brazos cruzados. La culpa me carcomía por dentro. Me había pillado desprevenida y con las defensas en el suelo y no había sabido reaccionar.

—Siento mucho lo que ha pasado.

—Yo también lo siento y lo que es peor, siento asco de ser la hija de ese tío. —Olivia flexionó las rodillas y se las abrazó, hundiendo la cara entre ellas.

—Eres mi hija, ese hombre no se merece una hija como tú, ¿me oyes? Y siento mucho no haberte dicho la verdad todo este tiempo.

—Ahora entiendo que solo querías protegerme. Entiendo perfectamente que no quisieras que fuera a buscarlo y que me partiera el corazón.

Me acerqué a ella y me senté a su lado y le acaricié la espalda.

—Finalmente no he podido evitarlo, pero estamos juntas en esto y no dejaré que ese asqueroso vuelva a acercarse a nosotras.

—¿Todos los hombres de este pueblo son así de capullos?

—Todos no, pero debe ser que el agua de este lugar acaba afectando a las neuronas —intenté bromear sin mucho humor.

—¿Recuerdas que había algo que necesitaba contarte?

—Sí.

—Pues... Tiene relación con eso que te he dicho.

—¿Tiene que ver con Evan?

—No, él es de los pocos normales que existen por aquí. Es Dylan.

—¿Qué sucede con él?

—Ayer, durante la fiesta...

—¿Os besasteis? —Era la primera vez que hablaba abiertamente con mi hija de esos temas y, aunque no me agradaba especialmente conocer los detalles de la vida amorosa de mi hija, era preciso establecer esa confianza para asegurarme de que no hacía ninguna tontería.

—Sí, pero no solo ayer, eso no es lo importante —dijo evitando mirarme directamente.

—¿Pasó algo más? —Mantuve la calma, aunque por dentro la sangre me corría a toda velocidad.

—No, porque pude evitarlo. Pero ese tío no entiende lo que es un no por respuesta.

—¿Te hizo algo? Dime que te hizo y juro que iré a hablar con sus padres...

—No quiero que vayas a hablar con nadie. No pasó nada, tan solo lo intentó. —Estaba segura de que pasó algo más y que mi hija estaba intentando salvar la situación de algún modo.

—Aun así no me parece bien lo que hizo. No puede ir forzando a las chicas y alguien adulto debería decírselo.

—No debería habértelo contado.

—No digas eso. Tienes y debes de contarme esas cosas. ¿Lo entiendes?

—Quiero irme de aquí, mamá, quiero volver a casa. —Olivia rompió a llorar.

—Ven aquí. —La insté a acurrucarse conmigo en la cama y la abracé contra mi pecho.

—No quiero que me señalen por el pueblo como la bastarda del alcalde, y no quiero ver a Dylan nunca más.

—No eres la bastarda de nadie, además, es un secreto que nadie sabe y nadie debe saber jamás o corremos el riesgo de perder Waterly Inn.

Olivia paró de llorar de golpe y se separó de mí para mirarme fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—Es algo largo de contar y no es el momento. Pero su familia amenazó a la abuela: si contaba lo de mi embarazo, recalificarían los terrenos de Waterly y perderíamos la casa —dije con gran pesar.

—Pero esta es tu casa, nuestra casa. ¿Qué pasará con la gente que vive aquí?

—Que podrán seguir haciéndolo mientras nosotras estemos lejos de aquí, como hasta ahora. ¿Acaso no has oído su amenaza? Creo que lo mejor será irnos mañana.

—¿Sabe Noah algo de las intenciones de ese tío?

—No, y no quiero que lo sepa. No le digas nada, ¿me oyes? —Olivia asintió—. He de marcharme ahora. Iremos al cementerio a las cuatro.

—¿Pasa algo si me quedo aquí? La abuela lo entendería.

—Puedes quedarte. —Le sonreí acariciándole la mejilla. Para Olivia estaba siendo un día muy duro. Lo estaba siendo para todos. No veía la hora en que todo terminase y pudiera meterme en la cama y llorar a gusto, de verdad, hasta quedarme vacía y seca por dentro.

61

Noah

A la mañana siguiente me desperté muy temprano con la sensación de que una enorme losa permanecía posada sobre mi pecho, aplastándome el corazón e impidiéndome respirar con naturalidad. El día anterior había llorado a ratos, cuando la situación se tensaba en ciertos momentos en los que algún amigo me brindaba palabras de ánimo o rompía a llorar. Pero no fue hasta la tarde, de camino a casa, dejando a Grace enterrada en el blanco y helado cementerio local, cuando me desmoroné completamente. Hasta ese momento había tratado de mantenerme entero y llevar el dolor estoicamente, pero, en cuanto puse un pie en la casa y sentí lo sola que se había quedado al dejarnos Grace, no pude más y simplemente estallé.

Aquella noche nadie cenó en la cocina y no hubo copas y risas en el salón, pese a que a todos sabíamos que eso es lo que le gustaría a Grace, pero ninguno tenía ganas de fiestas y nos metimos en nuestros dormitorios para acurrucarnos entre las sábanas y dejar salir la tristeza y el dolor de su pérdida infinita durante esa larga noche. Por primera vez en varios días dormí solo, April había decidido pasar esa noche con Olivia y lo entendí, aunque, siendo egoísta, hubiera preferido sentir su calor arropándome mientras trataba de conquistar el sueño. Algo que en principio supuse difícil, en realidad, fue bastante sencillo. El cansancio pudo conmigo en cuanto descansé la cabeza en la almohada e hice un par de respiraciones hondas.

Nada más entrar en la cocina, sentí de nuevo la sensación de vacío, mi rutina establecida durante meses se había visto de pronto

truncada y a eso sumaba encontrarme de vacaciones navideñas. Mucho tiempo libre por delante, sin embargo, pensé, que estando April y Olivia allí, sería agradable organizar cómo llenar esos días. Grace ya no estaba, pero la vida seguía en Waterly Inn pese a ello, y yo había encontrado en su hija y nieta un bonito motivo para seguir adelante sonriendo contra el viento.

Me hice un café y decidí salir a dar un paseo por el bosque para despejarme. Estuve fuera como mucho una hora, recorriendo un camino invisible que me sabía de memoria hasta que decidí volver a casa. Al llegar al aparcamiento me quedé parado. April estaba introduciendo su maleta en su viejo Ford Explorer y no entendí por qué estaba haciendo aquello.

Me acerqué a ella, afrontando en mi mente esa decisión repentina que ella parecía haber tomado sin yo tener ningún conocimiento.

—Buenos días. —Mi saludo la sobresaltó, visto el pequeño bote que dio, y se volvió hacia mí. April también había llorado. Sus ojos seguían hinchados y rojos a pesar de las horas de descanso.

—Buenos días, Noah. —Con su respiración se escapaban pequeñas nubes de vapor.

—¿Te marchas?

April bajó la cabeza y borró deprisa con la mano una lágrima.

—Sí —contestó. Lo había supuesto, pero que lo dijera en voz alta me dolió mucho.

—¿No pensabas despedirte de mí? —dije atónito.

—Claro, iba a esperarte, pero no sabía dónde estabas. ¿Estás bien?

—No, en absoluto. No estoy nada bien, y menos ahora que llego y me encuentro con esto. ¿Por qué te vas?

Recapacitó unos instantes, supongo que buscando las palabras oportunas, las que hicieran menos daño, las que entraran sin romper órganos vitales, pero de nada le iban a servir. Sentía que me estaba rompiendo por momentos allí mismo, frente a ella y bajo aquella fría mañana de diciembre.

—Por diferentes motivos, supongo —dijo sin precisar, intentando no ahondar en la cuestión.

—Pero ¿por qué exactamente? ¿Es por tu madre? ¿Es por mí? ¿Es por Olivia? ¿Es por ti?

Se notaba que April no quería seguir hablando del tema, pues se dio la vuelta y cerró el maletero. Antes de hacerlo pude comprobar que la maleta roja de Olivia ya estaba en el interior.

—Por nada de eso y por todo a la vez, Noah. Lo siento. Vine aquí para estar con mi madre y ella ya no está. Siento que debo irme.

—Pensaba que entre nosotros había algo, algo especial, duradero, para siempre, pensé que decidirías quedarte conmigo — me atreví a decir, abatido.

Caminamos unos metros en silencio.

—Entre nosotros hay algo especial, te lo aseguro, pero no puedo quedarme, no es mi lugar, no es mi hogar —dijo y, por la forma en que lo dijo, me dolió más de lo que habría podido imaginar.

Ya casi habíamos llegado a las escaleras del porche, pero me detuve y la estreché entre mis brazos. La besé. Cuando nos separamos, ella clavó la vista en el suelo. Le envolví las mejillas con las manos para obligarla a alzar la cabeza y mirarme de nuevo a los ojos.

—No te vayas, April, por favor. Sin ti será demasiado duro. No podré con todo yo solo. Te necesito aquí. Te necesito en mi vida.

Bajo aquella tamizada luz gris vi que le empezaba a temblar el labio inferior. Mi labio también comenzó a temblar y, de repente, me di cuenta de que iba a echarme a llorar. La miré a los ojos, consciente de que no podría contener las lágrimas por mucho tiempo.

—Te quiero, April —declaré—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

No era la primera vez que decía esas palabras a una mujer y, en parte sentí cierta sensación de culpabilidad al pronunciarlas, ya que durante mucho tiempo había pensado que no sería capaz de decírselas a nadie que no fuera Marshia. Sin embargo, me había enamorado de nuevo, y otra vez sentía que iba a perder a la mujer de mi vida.

Tan pronto pronuncié las palabras, ella bajó la cabeza y rompió a llorar, con el cuerpo apoyado contra el mío. La rodeé con mis brazos, queriendo consolarla, queriendo consolarme. Quería impedir a toda costa su marcha, pero no sabía qué más podía decirle para hacerle cambiar de opinión.

April siguió llorando contra mi pecho durante lo que me pareció una eternidad.

—Por favor, no trates de convencerme —me dijo—. Por favor...

—¡Pero ¿por qué?! —le exigí, pensando que había algo más que yo no sabía.

Ella lloró más.

—Lo siento —susurró entre sollozos—. No puedo quedarme. Lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? —le pregunté, desesperado por comprender qué era lo que tanto la angustiaba—. ¿Es por Olivia? ¿Es por lo de su padre? Me da igual ese tipo, es un imbécil, podemos con eso y con cualquier otra cosa. —Estaba buscando frenéticamente el motivo, confundido y asustado. No quería perderla.

April necesitó unos minutos para calmarse y dejar de llorar. Al final, alzó la vista y me miró a los ojos. Me besó con suavidad, apenas rozándome los labios, luego deslizó un dedo por mi barbilla.

—No puedo quedarme. Confía en mí. Es mejor así —dijo, pero sus palabras me sonaron como un lamento—. Vendremos de visita, de vez en cuando, lo prometo. Y podemos ser amigos, si quieres... Pero no puedo quedarme a vivir aquí.

—¿Por qué no? —exclamé, sin comprender nada.

—Porque es lo mejor para todos —dijo al fin, con una gran serenidad.

—¿Lo mejor es que no estemos juntos? ¿Dejar tu hogar, esta casa que es tuya? ¿Vivir en San Luis, tú y Olivia, las dos solas? ¿Trabajar en un hotel y llegar a duras penas a fin de mes? ¿Eso es lo mejor para todos? No lo entiendo, April. No sé en qué es mejor todo eso que quedarse aquí, a no ser que... —Me resistía a creer que la única verdad era que ella no me amaba, no tanto como yo la

amaba a ella, pues yo no podía asimilar su marcha y ella tenía muy claro que iba a hacerlo.

Una triste sonrisa afloró en sus labios.

—Lo siento, Noah, pero la decisión está tomada.

Se deshizo de mi abrazo y echó a andar. Me quedé un rato más mientras la observaba entrar en la casa y luego tratando de encajar el golpe.

62

April

Cuando nos alejamos en coche por el camino de entrada y vi por el espejo retrovisor a Noah parado en el porche, el corazón se me encogió de tal manera que me costaba respirar. De nuevo me tocaba renunciar a esa casa, a una vida más tranquila y al amor, por conservarla. No podía permitirme quedarme allí y que el impresentable de Rick cumpliera la promesa de cargarse el hostel y utilizar esa propiedad para otros fines, tras recalificar los terrenos.

Olivia tampoco podía ser víctima de aquello y mucho menos vivir con la presencia de ese impresentable en el pueblo. Sabía que conocer la identidad de su padre y las duras palabras que había soltado por su boca la habían roto por dentro.

Pero yo también lo estaba, estaba destrozada. Sentía como si solo mi pellejo estuviera el volante del Ford, una carcasa vacía, porque todo lo de dentro se estaba quedando en el porche de Waterly Inn. Noah se había convertido en poco tiempo en una parte muy importante de mi vida de una manera arrolladora. Y ahora, casi me iba la francesa para evitar que mi alma se rompiera en pedazos. No me había despedido de Jacinta ni del resto de inquilinos. No me apetecía dar explicaciones, quizá desde el cobijo de mi casa de San Luis me fuera más fácil conversar a través del teléfono. No quería que las emociones me jugaran una mala pasada y que pudieran ver lo mucho que me dolía dejarlos allí, ajenos a mi vida, cuando en realidad sentía que eran una parte fundamental de ella.

La imagen de Noah se desvaneció, quedando sumido a microscópicos puntitos, volatilizando de golpe su preciosa imagen. Dios mío, cuánto lo quería, lo quería tanto que mi cuerpo respondía

de tantas maneras posibles en su presencia y miles de otras cuando no lo tenía a mi lado.

Unos minutos sin él habían sido suficientes para que empezara a notar la añoranza y el dolor de no verlo cada día. Pero no me iba de vacío. Me llevaba sus besos, sus caricias y sus abrazos. Las risas y las confidencias. Había metido en la maleta el olor de su pelo, el sabor de su piel y el sonido de su voz.

Esperaba que él se quedara con el recuerdo de nuestra historia de amor, que ahora era insostenible, pero quizá en otra vida, en otro tiempo, fuera posible. Esperaba que entendiera mi adiós precipitado, pero inevitable, y que hiciera un hueco en su corazón donde vivir para siempre.

Por mi cabeza habían pasado imágenes de nosotros construyendo un hogar y paseando nuestras arrugas por el lago y, sin embargo, una vez más la vida me demostraba lo mucho que todo puede cambiar en muy poco tiempo.

Tenía mucho que agradecer a Noah por enseñarme cuánto se puede llegar a amar a alguien y lo poderoso que puede ser ese sentimiento. Aprendí a besar el alma del que quieres y a conocer la intimidad con el mísero roce de unos labios. Entendía que para quererlo tanto, antes tenía que aprender a amarme a mí misma, y lo mucho que Noah me había ayudado a conseguirlo. Estaba triste, pero enormemente agradecida, porque ahora mi forma de entender el amor había cambiado tanto o más que había crecido yo durante el tiempo que habíamos estado juntos.

A pesar de la despedida, había salido reforzada de lo nuestro, con más confianza en mí misma y más ganas de comerme el mundo, aunque fuera lejos de Waterly, y esperaba que a él le hubiera ocurrido lo mismo.

—¿Estás bien, mamá? —Olivia se mostró preocupada. Había hecho un gran esfuerzo por no llorar, pero las lágrimas se me escapaban solas y resbalaban de manera dramática por mis mejillas.

—Se me pasará, solo es cuestión de tiempo.

—Siento todo lo que ha pasado, en parte creo que es mi culpa.

—Tú no tienes culpa de nada, ¿me oyes? No quiero oírte decir eso, ni siquiera que lo pienses ni un segundo.

—No hubieras pensado en venir hasta aquí si yo hubiera sido una buena chica, una buena hija.

—Tú no has provocado nada de lo que ha sucedido, ni la muerte de la abuela ni lo de Noah y tampoco que el innombrable se presentara en casa y dijera todas esas cosas.

—Sé que todo eso no es cosa mía, pero fui el detonante para que decidieras venir. —Olivia estaba abatida. Seguía teniendo los ojos rojos e hinchados debido a lo mucho que había llorado en las últimas horas y mi reflejo era bastante parecido.

—No, no lo eres, hubiera venido de todas formas. Grace era mi madre a pesar de todo —dije autoconvenciéndome a mí misma de que eso hubiera sido así, aunque Olivia hubiera sido una buena chica como ella decía.

—Aun así, lo siento mucho. Nunca te he puesto las cosas fáciles.

—Tú has sido siempre la cosa más fácil y maravillosa que entró en mi vida. No lo olvides.

—Gracias, mamá. Gracias por todo. Te prometo que a partir de ahora me portaré bien.

—Solo quiero que seas responsable, pero que seas tú misma siempre. Yo también siento haber sido demasiado dura contigo, pero sé que las cosas van a cambiar entre nosotras. Así que el regreso a Waterly Inn no ha sido en vano.

Olivia

Mi madre estaba muy triste, aunque intentaba que no se le notara, volviendo a nuestra rutina y pasando por alto hablar de Waterly y todo lo que habíamos dejado allí que, lejos de ser cosas materiales, eran cosas que pesaban mucho más en nuestros corazones.

Yo, a pesar de haberme mostrado reticente a estar allí, había sido feliz. Y ahora, de nuevo en nuestro cutre piso de San Luis, pensaba en lo mucho que me gustaría estar allí de nuevo, escuchando el bullicio y respirando el amor que se concentraba en aquella casa, nuestra casa.

La Navidad iba a ser triste, lo tuve muy presente en cuanto pusimos un pie en nuestro apartamento. Fue como si el jefe de mi madre hubiera percibido por ondas magnéticas que estábamos de vuelta, pues una hora después de haber deshecho las maletas la llamó para ver si ya estaba disponible y si podía hacer un turno doble en el hotel. Ella no dudó en decirle que sí, como si volver al trabajo fuera a curar las heridas de su corazón. Pobre mamá.

—He de irme, te dejo dinero en la cocina para que pidas una pizza para cenar —me dijo, envolviéndose a toda prisa el cuello con la bufanda.

—Acabamos de llegar, mamá. ¿Crees que vas a borrar de tu mente a Noah yéndote a trabajar como si no hubiera pasado nada? —le reproché tristemente.

—Esto no tiene nada que ver con Noah. La vida sigue y esta casa no se mantiene del aire. No puedo perder mi trabajo, ya me he tomado demasiado tiempo libre.

—Me has prometido hace unas horas que las cosas iban a cambiar entre nosotras.

—Y van a cambiar, pero tengo que trabajar, Oli. Debes entenderlo.

—Está bien, pero podrías haber esperado un poco. —Me sentía mal. No me apetecía quedarme sola, yo no tenía nada con lo que ocupar mi mente, salvo WhatsApp y, a decir verdad, no me apetecía hablar con nadie en ese momento.

—Volveré tarde, no me esperes despierta. —Besó mi frente y salió del apartamento como si le faltara la vida.

Miré a mi alrededor, todo era tan impersonal, tan falto de vida, que sentí un ahogo en el pecho. La Navidad se respiraba en las calles, incluso en la programación de la tele, pero aquel piso parecía ajeno a la felicidad de las demás familias.

Siempre habíamos sido dos, dos almas juntas contra las adversidades, sin embargo, ahora que había conocido lo que era compartir las penas y alegrías con más gente, esa individualidad me sabía a poco.

Lo que antes era todo, ahora era nada.

Rebusqué en los armarios de la cocina algo que echarme a la boca mientras veía la reposición de un capítulo especial de Navidad de *Glee* en la televisión.

Había poco donde elegir, mi madre nunca había sido de guardar reservas para emergencias y haber estado fuera de casa había limitado todavía más la variedad de la despensa, tan diferente a la de Waterly Inn, siempre a rebosar de cosas ricas. Un paquete de Froot Loops al fondo de estante superior era la mejor opción entre un tarro de harina y una bolsa de uvas pasas.

Comprobé la fecha de caducidad y, para mi suerte, estaba dentro del plazo de consumo preferente. Me tiré en el sofá y comprobé la hora en el móvil. Vi que Evan me había enviado un mensaje, pero no me molesté en abrirlo. Muy seguramente querría quedar conmigo más tarde y me vería obligada a decirle que me había marchado de Waterly. No quería dar explicaciones. No tenía ganas de nada. Solo de llorar y sumergirme en mis penas. El capítulo de *Glee* era

perfecto por tanto pues iba a servirme de excusa para llorar a moco tendido.

Cuando ya me había comido un tercio de la bolsa, alguien llamó al timbre de abajo. Mi madre siempre me había advertido de los peligros de contestar al telefonillo cuando estaba sola en casa, pero ya no era una niña pequeña, estaba aburrída y un poco de emoción extra no me vendría mal en ese momento.

Apagué el televisor. Era algo que solía hacer para atender otras cosas con mayor concentración y el telefonillo del portero automático era extrapolable a un teléfono convencional.

—¿Quién es?

—¿Olivia? —respondió una voz de mujer que parecía conocerme.

—Eso depende, ¿quién eres tú? —Utilicé un recurso peliculero, tantas horas de tele me habían servido para algo.

—Soy Jacinta.

—¿De verdad? —Aquella mujer siempre me había parecido una chalada, pero me alegró muchísimo que fuera ella, aunque, por otra parte, me inquietaba el pensar qué narices estaba haciendo allí.

—De verdad. ¿A cuántas Jacintas conoces?

—Solo a una que viste raro —reí.

—Pues esa soy yo. ¿Vas a abrir o vas a dejar que muera congelada?

Pulsé con emoción el botón de apertura y esperé apoyada en el marco de la puerta a que la visión de aquella mujer se hiciera real en el rellano.

A los dos minutos, como era de esperar, una Jacinta jadeante tras subir tres tramos de escaleras se hizo visible a mis ojos con un abrigo de colorines y un gorro de lana espantoso.

Se paró frente a mí y con un gesto serio me dijo:

—¿Creíais que huir de esa forma os iba a librar de una buena reprimenda por mi parte?

—No hemos huido.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llamáis los de ciudad a marcharse sin decir nada a los amigos? ¿Dónde está tu madre? —Me hizo a un lado y entró en el apartamento buscando con los ojos a mi madre.

—No está, se ha ido a trabajar.

—¿Y esa es la excusa?

—¿Qué excusa? —No entendía a qué se refería con eso.

—A volver con tantas prisas.

—¿Y tú qué? ¿Nos has seguido acaso?

—A parte de mis sueños, no he seguido a nadie en mi vida salvo que sean personas que me importen y que importen a otra persona que me importe —declaró poniendo los brazos en jarras.

—¿Te importaría repetirlo? —No me había quedado nada claro lo que había dicho.

—¿Qué coño se os pasado por la cabeza para marcharos de esa forma, dejando a todo el mundo devastado y sin entender nada, en especial a Noah?

—No puedo decirlo. —Me crucé de brazos mientras la veía observar con detenimiento nuestro apartamento dando vueltas sobre sí misma. No hacía falta hacer mucho más para llevar a cabo un recorrido turístico por aquel cuchitril.

—En ese caso, esperaré aquí a que vuelva tu madre. —Se quitó el horrendo abrigo y se sentó en el sofá—. ¿Puedo? —preguntó señalando el paquete de Froot Loops.

—Todo tuyo.

—Este piso es un asco comparado con la casa que habéis dejado en Waterly —dijo volviendo a echar un vistazo rápido a su alrededor.

—Puede, pero es nuestra casa. —La defendí, era una mierda, pero era nuestra mierda.

—Te equivocas, esta casa pertenece a un capitalista especulador que os cobra un alquiler astronómico. No es vuestra. Vuestra casa es grande y azul y está a unas dos horas en coche de aquí.

—¿Cómo has venido y quién te ha dicho dónde vivíamos?

—En mi nave espacial y, aunque la gente ya no las use, las guías telefónicas dan información muy valiosa.

—¿Te gustan? —Jacinta parecía disfrutar de aquellos cereales de colores.

—Unos más que otros, pero no me gusta ser selectiva.

—¿Eso va con segundas? —Podía leer entre líneas lo que intentaba decirme.

—Eso va, a que tú, jovencita, has hecho una selección personal de qué personas pueden o no entrar en la vida de tu madre. Y eso, está mal.

—En eso te equivocas, Jacinta. Y supongo que ha sido Noah quien te ha dicho eso.

—Mira, sé que no soy nadie para darte lecciones. Seguramente pienses que soy una lesbiana chalada, no me ofende, todo el mundo lo piensa. Pero te diré, que hay veces que uno piensa de manera egoísta y con el tiempo se da cuenta de que ha hecho un daño irreparable a alguien al que quiere mucho.

—Te puedo asegurar que volver aquí no ha sido para nada un acto egoísta —me defendí. Jacinta estaba cabreada conmigo pues se pensaba que yo era culpable de nuestra marcha acelerada.

—Eso es lo que tú piensas ahora. Yo también he tenido tu edad, pero anteponer tu felicidad a la de tu madre, cuando ella no hacía nada malo, es algo de lo que te arrepentirás tarde o temprano.

—No me importa que mi madre y Noah sean... Novios.

—¿Ah, no? —Mis palabras parecieron sorprenderle.

—No, si tanto te preocupa. Ese no ha sido el motivo que ha hecho que mi madre decida volver.

—Y entonces, ¿cuál es?

—Ya te he dicho que no puedo decírtelo.

—Y yo que esperaré a que vuelva tu madre. No he venido hasta aquí con la que está cayendo para irme sin conseguir nada.

—Volverá tarde, me ha dicho que no la espere despierta.

—Pues tendré que pasar la noche aquí, a menos que me echés a la calle.

—No voy a echarte a la calle. En el fondo me alegra que hayas venido.

—No me lo había parecido.

—Si te soy sincera, creo que volver a San Luis no ha sido tan buena idea.

—¿Y eso por qué?

—Nunca había vivido un sentimiento de pérdida y, desde que he vivido allí, siento que hay muchas cosas que duele perder. No sé si me he explicado bien.

—Creo que sí, que te he entendido.

—Volver ha sido una decisión dura, sobre todo para mi madre. Ha vuelto al trabajo nada más poner un pie en la ciudad, como si volver a la rutina fuera a borrar de un plumazo todo lo que hemos vivido y sentido en esa casa. Y puedo decir, con toda mi verdad, que lo ha hecho para no romper la vida de la gente que vive allí, como tú.

—¿Qué podría suponer que ella se quedara para que ocurra algo como eso?

—Eso es lo que no puedo decirte, me hizo prometer que no lo diría.

—En ese caso haces bien en no decirlo. Es tu madre y lo entiendo. Espero que quiera abrirse a mí, somos amigas, o eso creo.

—Lo sois, mi madre habla muy bien de ti. Además, nunca había tenido una y la vi feliz por ello. —Le sonreí sinceramente.

—Me alegra oírte decir eso. —Jacinta se levantó del sofá como un resorte, pensé que iba a irse y la idea me entristeció. Tenerla allí era como tener un trozo del Waterly Inn en San Luis—. ¿Has cenado? Y no me digas que esos cereales que saben a plástico son comida porque no cuele.

—No saben a plástico y sí son comida.

—No, no lo son. Así que prepararé algo decente con lo que celebrar que la tía Jacinta ya está en casa.

—Pues buena suerte —le deseé riendo, a sabiendas que no encontraría nada en la cocina para tal fin y que acabaríamos pidiendo una pizza.

La presencia de Jacinta en mi casa y las conversaciones que tuvimos sobre la vida y su particular forma de verla me enriquecieron mucho. Muchas cosas en las que antes no había reparado, no sé si por mi edad, o porque simplemente no me importaban lo suficiente, ahora parecían cobrar sentido. Incluso el hecho de haber vuelto por culpa de ese idiota de Rick Taylor. Le

estábamos dando el gusto de volver a controlar nuestras vidas cuando ni siquiera tenía cabida en ella.

¿Cómo alguien que no había estado presente nunca y que no sentía ni el más mínimo remordimiento, tenía tanto poder sobre la nuestra? Era inconcebible. No podía permitirlo. No. Ya no. No merecíamos ser unas infelices por culpa de ese papanatas nunca más, mi madre no se merecía pagar semejante castigo otra vez, ella no había hecho nada malo, solo darme la vida. Una vida que ahora apreciaba y que deseaba vivir rodeada de otra gente que nos quería.

64

April

El trabajo no me había servido de nada, salvo para dejarme molida físicamente, el destrozo mental ya lo llevaba yo de serie.

Peter había estado poco amable, como, si encima de todo, me estuviera haciendo un favor regalándome un turno doble cargado de huéspedes exigentes en fechas navideñas. Huéspedes que nada tenían que ver con los que había dejado en el Waterly Inn en manos de Noah, las mejores manos que podría haber encontrado para tal fin. Pero sabía que tarde o temprano tendría que tomar decisiones sobre qué hacer con mi maravillosa casa azul. No podía relegarlo a vivir una vida allí para siempre. Noah era guapo, joven y estupendo, y no tardaría en volver a enamorarse. Desearía entonces vivir su propia vida y, aunque la idea de no formar parte de esa idílica vida familiar me dolía, era mejor infundirme dosis de realidad que estar lamiéndome las heridas una larga temporada.

El frío me dio en la cara cuando salí del hotel, dispuesta a llegar a casa y echarme en mi cama hasta medio día.

Eran las siete de la mañana, vísperas de Navidad. Hacía el tiempo típico en San Luis un día de diciembre, temperaturas rondando el cero y cielos nublados. Aun así, la gente más madrugadora ya se encontraba en las calles para preparar la velada en sus casas. Los comercios abrían sus puertas a las seis de la mañana para facilitar a los clientes las últimas compras hasta la hora en la que todas las familias se reunían en sus casas para celebrar la Nochebuena y esperar la llegada de Santa Claus.

Yo no le había escrito una carta, pero sabía lo que quería, tan solo ser feliz y poder volver al Waterly Inn sin miedo a que Rick

Taylor nos echara de allí como ratas solo por el simple hecho de haber tenido una hija que llevaba sus genes. Una hija, por otra parte, no reconocida, y de la que muy poca gente sabía que era fruto de un mal polvo entre él y yo, un detalle, además, del que no pensaba a hablar con nadie más por nada del mundo. No tenía esa necesidad, no quería reprochar nada y mucho menos después de tanto tiempo. Pero el miedo se apoderaba de mí y, pese a que no me gustaba reconocerlo, en muchas ocasiones de mi vida había sido una cobarde.

Dejar a Olivia sola en casa ese día había estado mal, era consciente de ello, pero perder mi trabajo si pensábamos quedarnos en San Luis era un acto mucho más irresponsable por mi parte.

Cuando entré en el piso, apenas reconocí donde me encontraba. Ya no sentía que aquel era mi sitio, pero debía comenzar a habituarme de nuevo.

Estaba oscuro y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, percibí que en el sofá dormía alguien tapado hasta las cejas. Otra vez Olivia se había quedado dormida viendo la tele hasta horas intempestivas. No quise encender las luces para no despertarla.

Me acerqué a mi hija y la arropé un poco más. La manta se había movido de un lado y la metí entre su cuerpo y el hueco del sofá para luego acariciar su espalda. Me hubiera gustado decirle que mamá ya estaba en casa, pero me limité a besar su frente con ternura antes de irme a la cama.

—Nunca pensé que este momento llegaría, pero has conseguido ponerme cachonda —dijeron cuando había conseguido andar tres pasos sigilosos hasta el pasillo.

—¿Jacinta? —Reconocí su voz de inmediato y sobre todo esa forma tan espontánea de expresarse.

—La misma, creía que no saldrías nunca de ese hotel del demonio.

Encendí las luces al punto que ella se incorporaba.

—¿Qué haces tú aquí?

—Gracias, yo también me alegro de verte, aunque seas una mala amiga que sale a hurtadillas de su propia casa. ¿En qué

estabas pensando, April?

—Lo siento, lo siento mucho, pero es difícil de explicar.

—Para ti siempre todo es muy difícil, pero no lo es, solo son palabras. Muy diferente es que quieras darme esa explicación o no y no sé qué podría impedírtelo puesto que somos amigas.

—Lo somos, pero hay cosas que prefiero dosificar o simplemente omitir.

—Claro, entiendo que compartir las penas es perjudicial para la salud y que es mucho mejor guardarlas dentro hasta que la cosa no tenga remedio o sea demasiado tarde —me dijo apartando la mirada.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Un buen rechazo hace reaccionar a la gente que está completamente bloqueada, como lo estás tú ahora y como lo está Noah.

Escuchar su nombre hizo que el corazón me diera un vuelco.

—Él no tiene nada que ver con esto.

—Pues no es lo que piensa. Está hecho polvo pensando que ha hecho algo mal, que no lo quieres o vete tú a saber.

—Sí que lo quiero, lo quiero mucho, Jacinta, lo quiero tanto que volver aquí era la única forma de no romperle el corazón.

—Perdona si dudo de eso, porque es difícil de entender. ¿De qué manera alejarte de la persona que quieres puede aumentar su dosis de felicidad?

—Perder el Waterly Inn no creo que le hiciera feliz ni a él ni a nadie de esa casa.

—¿Y quién ha dicho que vayas a perder el Waterly Inn y mandarnos a todos a la indigencia?

—Rick Taylor.

—¿El alcalde Taylor? ¿Te refieres a él? —preguntó con tirantez y yo asentí—. No entiendo nada, April.

—Rick es el padre de Olivia.

—¿Ese estirado? ¿Creía que tenías mejor gusto? —dijo con indiferencia, como si aquella noticia no le sorprendiera lo más mínimo.

—Lo tengo, créeme, pero no puedo volver atrás en el tiempo.

—¿Y qué mosca le ha picado a ese desgraciado después de tanto tiempo? Creía que ese tema lo había solucionado Grace.

—¿Lo sabías? —Me quedé atónita.

—Lo sabía —confirmó con una sonrisa helada—. ¿Quién crees que avisó a la señora Thornberry para que te llamara? Grace y yo hablábamos de muchas cosas desde que llegué, siempre sentí cierta conexión con ella y noté que guardaba un dolor grande en su corazón. Mi poder de persuasión y mi encanto natural bastaron para que me lo contara todo.

—¿Y Noah lo sabía?

—No, solo Grace y yo, y ahora tú. Y te diré que no deberías preocuparte por ese tarado y su familia de pedantes. Su mujer no puede tener hijos y enterarse de que su maridito tiene una hija oculta no le sentaría demasiado bien, además de manchar el buen nombre de los Taylor. Él tiene mucho más que perder que tú, por lo menos en cuanto a reputación se refiere.

—No me fío de lo que sea capaz de hacer ese impresentable. Además, yo jamás usaría a mi hija con tales fines.

—Perro ladrador poco mordedor, hazme caso. Pero, si necesitas ayuda, yo sé cómo acojonar a ese cabronazo para que te deje en paz de una maldita vez.

—¿A qué te refieres? —La miré intrigada.

—Una sabe cosas, cosas que de salir a la luz harían que se le cayera el pelo y se quedara más calvo que una bola de billar. Una carta anónima bastará para que se mantenga lejos del Waterly Inn y de vosotras.

—Me da miedo lo que dices.

—No deberías tener miedo, con mandarla desde otro distrito postal, no podrá demostrar que hemos sido nosotras.

—¿Qué sabes de él? —quise saber.

—Aparte de que es el padre de Olivia, que pasa algunas noches con una tal Carolina y que se quedó embarazada y la obligó a abortar, a cambio de una remuneración económica bastante suculenta para que cerrara el pico, nada más. Esa mujer no tenía nada con lo que poder chantajearla como a ti, tú puedes perder tu casa, pero acostarse con ella le ha costado un poquito más caro.

—¿Ese hombre no sabe lo que es un condón?

—Es uno de esos machos que se creen el gallo del corral. Tú deberías saberlo. ¿Por qué te crees que te mantuve alejada de ese impresentable?

Ahora empezaba a atar cabos. Jacinta había pasado por alto decirme el nombre del alcalde y había hecho cualquier cosa el día del mercadillo para que no lo viera.

—¿Y cómo sabes esas cosas?

Jacinta reflexionó por unos segundos antes de responderme.

—Porque esa mujer es mi hermana —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, ¿por qué crees que vivo en Waterly? Me encanta ese pueblo y es cierto que me ayuda a inspirarme, pero fui allí por mi hermana, para echarle una mano cuando me enteré de lo del embarazo y finalmente decidí mudarme. Me ofreció quedarme con ella en su casa, pero preferí instalarme en Waterly Inn, alejada de sus encuentros con ese cerdo de Rick Taylor. No me gusta lo que hace, pero es parte del acuerdo que firmó con él tras el aborto.

—Lo que me dices es horrible. ¿Cómo sigue acostándose con él? —Me encontraba asombrada y asqueada. Maldito hijo de perra.

—Mi hermana es viuda y tiene dos hijos, pero la gente hace lo que sea para salvar a su familia. Y ahora te toca a ti hacer algo para salvar la tuya, ¿no crees?

—Sí, mamá, yo también lo creo. —Olivia nos sorprendió apareciendo en el salón.

—¿Te hemos despertado? —le pregunté.

—No, no podía dormir y no he podido evitar escucharos. Y creo que deberíamos volver, este ya no es nuestro sitio, mamá, por fin puedes volver a tu casa, la que es tuya de verdad y empezar una nueva vida. Yo jamás voy a decirle a nadie que ese idiota es mi padre porque no lo es. Noah podría serlo si él quiere y tú también.

No sabía cómo reaccionar ante eso. Miré a Jacinta y luego a Olivia.

—¿Estás segura?

—Estoy segura, mamá.

—¿Entonces a qué estamos esperando? Es Nochebuena y no se me ocurre mejor regalo para ese hombre tuyo que vosotras —dijo Jacinta poniéndose en pie y llenándonos a las dos de ilusiones renovadas.

65

Jacinta

Mientras April descansaba un rato, Olivia y yo recogimos lo imprescindible hasta que encontrasen el modo de trasladar todas sus cosas para instalarse definitivamente en la casa azul.

Me sentía bien, realmente bien de haber hablado y contado la historia de mi hermana, a pesar de que era secreto de sumario. Soltar aquella bomba pensaba que me iba a crear remordimientos de consciencia, pero no fue así. Ese maldito Rick me tenía tan cansada y cabreada que no podía consentir por un día más que siguiera destruyendo vidas a costa de sus caprichos de cama.

El Waterly Inn se había convertido en mi hogar, en mi refugio particular. Me sentía parte de él, y la reciente y triste marcha de Grace había dejado un hueco que solo April y Olivia podían llenar.

Ya habíamos sufrido demasiado como para seguir haciéndolo y más aún por miedo a perderlo todo, porque no hay nada perdido mientras sigues luchando por mantenerlo, y eso íbamos a hacer.

El alcalde Taylor iba a recibir por escrito la verdad de su vida, los secretos que guardaba y las cosas terribles que había hecho para salvar su feo culo.

Y luego estaba Noah. Ese chico se merecía ser feliz, la vida se lo debía, ¡jajajaj!

Me gustaba pensar que yo era como esas hadas de los libros que escribía, que tenía poderes mágicos para echar un cable a aquellos que lo necesitaban. Era consciente de que eso no era posible, pero sin magia de por medio se podían hacer muchas cosas, y yo había aportado ese granito de arena a esa causa. Una causa tan loable como el amor en todas sus formas. El amor por un

hijo, el amor por una casa, el amor por un hombre y el amor por los amigos.

Un par de horas después, ellas iban delante de mí por la interestatal rumbo a Waterly; yo las seguía con una gran sonrisa esbozada en la cara. Vaya sorpresa se iban a llevar todos, en especial el chico más guapo de la casa. Aunque los hombres no eran mi predilección, debía reconocer que Noah era atractivo, y no solo por su físico, también por su corazón. Esa era su mejor baza. Esa belleza que no vemos por fuera y que descubrimos más tarde cuando compartimos una taza de café y un delicioso bollo de chocolate, y que transforma totalmente la visión que tienes delante y convierte a esa persona en el tío más bueno que has visto jamás.

Sé que Grace, desde ese lugar lejano pero cercano a la vez, también sonreía. Recordé una de nuestras últimas conversaciones, en la que me contó cómo fue su historia de amor con el padre de Noah.

—Cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida empiece lo antes posible —afirmó entonces y yo sabía que había mucha verdad en sus palabras.

Y eso mismo estábamos haciendo, más bien, April. Pues volvía a Waterly apenas veinticuatro horas después de haberlo abandonado para que el resto de su vida, dejando plantado al hombre de su vida, ese mismo que la estaba esperando más pocho que una manzana asada. Estaba eufórica deseando ver su reencuentro con ella en una de los días más mágicos del año.

Y es que el amor nos vuelve locos, nos transforma, nos hace dudar, es como una droga que altera la realidad y no nos deja pensar con claridad.

El ruido de un beso no retumba tanto como el de un cañón, pero su eco dura mucho más. Y se notaba que los besos que Noah y April se habían dado a escondidas habían impactado tan fuerte que habían detenido su tiempo, y ese tiempo no era otro que el de estar juntos.

Noah

Tan solo había pasado un día sin ella, un día que me había parecido eterno. Como si la añoranza se hubiera magnificado, rompiendo toda la calma que antes sentía cuando la tenía cerca, como si me costara respirar sin su presencia o sin la certeza de que me la iba a encontrar recorriendo aquella inmensa casa. Y es que ya no estaba allí, tan solo me había cruzado con el señor Jefferson esa mañana y durante la tarde con Dorotea. Las gemelas se habían marchado poco después que April a pasar la Navidad a casa de su tía Betty en Michigan.

Y Jacinta, Jacinta había desaparecido sin decir nada, pero ella solía hacer esas cosas y volvía como si nada al cabo de unos días. Nunca daba explicaciones de dónde o con quién había estado, aunque la había escuchado hablar alguna vez con una tal Carolina y suponía que era algún ligue que tenía escondido en alguna parte.

Iba a ser una noche triste. Grace ya no estaba entre nosotros, su hija y su nieta tampoco. Con su muerte no solo se había ido ella, se había ido todo, y no encontraba el sentido a seguir en aquella casa.

Podía asegurar que quería a April con locura, que la importancia que había adquirido en mi vida era crucial y que sin ella no hubiera conseguido derribar ciertas barreras, pero no estaba seguro de que yo fuera el hombre apropiado para ella y con el que quisiera pasar el resto de su vida.

Me sentía preocupado por lo que hubiera podido transmitirle a ella y a Olivia, de cuáles eran mis intenciones y de si lo había hecho bien, o si lo había hecho mal. La incertidumbre se unía a todos mis males.

Tan solo me quedaba el consuelo de que, si el destino quería que volviéramos a juntarnos, lo haríamos, y mientras tanto, deseaba que fuera feliz.

—¿Todo bien, señor Connors? —El señor Jefferson entró en la cocina y no me dio tiempo a ocultar una lágrima atrevida que se escapó sin poder evitarlo.

—Todo lo bien que se puede estar un día como hoy después de todo lo que ha pasado.

—En la vida todo llega, todo pasa y todo cambia.

—Lo sé, pero es reciente.

—¿Qué te duele más? —me preguntó mirándome fijamente, algo que no era propio de él.

—Es difícil medirlo, me duele todo por igual.

—Igual no he formulado bien la pregunta. Quizá sea más acertado preguntarte qué haría que sonrieras esta noche y mañana, pasado y el resto de tu vida.

—En ese caso la respuesta ahora mismo sería ella.

—¿April?

—Sí, April.

—Si piensas que estás solo, estás equivocado. Mira a tu alrededor —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Ahí no hay nadie —dije tras echar un vistazo rápido que bien sabía iba a ser improductivo.

—De momento, muchacho, pero no dejes de mirar por si acaso —me repuso antes de irse con ese halo de misterio que siempre lo envolvía.

67

April

En los últimos kilómetros de viaje sentía que la carcasa que horas antes había conducido vacía en sentido contrario se iba llenando de una serena emoción y bonitas expectativas. Era como si un jarro invisible de energía positiva estuviera vertiendo felicidad directamente sobre mi cabeza. Sonreía y cantaba unos villancicos que sonaban en la emisora local acordes con la fecha en la que nos encontrábamos. Si el día de antes ese mismo trayecto me había parecido triste y sombrío, hoy lo veía resplandeciente, como si ese positivismo estuviera a la vez lavándome los ojos con matices brillantes. No tenía dudas sobre lo que me iba a encontrar al llegar, sabía que el hombre de mi vida iba a estar esperándome y sabía que podría hacer frente a cualquier adversidad si su mano estrechaba la mía.

Miré fugazmente a Olivia, con los auriculares puestos, tecleaba a la velocidad del rayo mensajes en el móvil. Aparté la mano un segundo del volante para retirarle el auricular de la oreja izquierda y le hablé:

—¿Estás segura de que esto es lo quieres?

—Claro.

—Piensa que no es solo por unos días, es para siempre, para toda la vida.

—Ya lo sé, mamá.

—Quiero que lo sepas y lo entiendas, es un traslado definitivo y vas a dejar atrás a todos tus amigos de San Luis.

—Mamá, por favor. —Puso los ojos en blanco.

—Solo quiero asegurarme.

—Hoy en día no se pierden los amigos, el contacto sigue, para eso están las redes sociales y el móvil. Quiero vivir en Waterly, te lo prometo.

—¿Y ese chico del que me hablaste? —Ese asunto me preocupaba. No habíamos vuelto a hablar de ese tema, pero eso no quitaba que lo fuera que había pasado estuviera allí enturbiando nuestro regreso.

—¿Dylan? —Olivia hizo una mueca de asco.

—Sí, Dylan.

—Dylan no importa. Soy mayor y sé lo que me hago. No tienes que preocuparte.

—Pero lo hago, confío en ti, mucho, quiero que lo sepas, me has demostrado que has madurado mucho y que puedes ocuparte de ti misma perfectamente, el problema es que no confío en los demás.

—Lo sé, pero eso es algo con lo que te toca vivir. Es un daño colateral de ser madre: sufrir por los hijos. ¿Comprendes?

—¡Dios! —La miré asombrada—. Alucino contigo, ¿cuándo has crecido tanto?

Oli se encogió de hombros e hizo ademán de volver a ponerse el auricular para regresar a su mundo adolescente.

—Te quiero —le dije deprisa antes de que se cortase aquella conversación.

—Y yo a ti, mamá, ya lo sabes. Aunque no te lo diga todos los días, así es.

—Gracias por decirlo de todos modos.

—De nada.

Rebasamos el cartel de bienvenida de Waterly y lo leí feliz en mi mente. Ese pueblo era mi hogar, así lo sentía. Y la casa azul era mi casa y sus huéspedes mi familia. Tomamos el desvío norte para dirigirnos hacia mi querida casa azul, la más bonita del mundo, donde los sueños se hacían realidad. Por unos segundos, mis pensamientos se oscurecieron al pensar que esta vez mi madre no estaría esperándonos, pero, sin embargo y a pesar de no estar presente en cuerpo, su espíritu permanecería vivo dentro de nosotras por mucho tiempo, para toda la vida y hasta el fin de nuestros días.

Estaba pendiente de la carretera, pues parecía que había vuelto a nevar en las últimas horas y la quitanieves todavía no había pasado por esa zona, cuando Olivia soltó un grito. Di un respingo que por un instante me hizo perder el control de volante.

—¡Me has asustado! —la reñí.

—¡Pita, pita! —me gritó.

—¿Qué?

Olivia se abalanzó sobre el volante para tocar el claxon repetidas veces.

—Para, para —volvió a gritar con impaciencia—. Para el puto coche.

—Esa boca —la reprendí.

—Mamá, ese era Noah.

—¿Qué?

—Joder, mamá, el coche que acabamos de cruzarnos —dijo con la cabeza girada hacia la luna trasera.

—¡¿Qué?! —Pisé el freno hasta el fondo y mi viejo Ford, en lugar de pararse, se deslizó unos cuantos metros hacia delante. Por suerte, no terminamos estrelladas contra un árbol de la cuneta.

Jacinta corrió más o menos la misma suerte, pero su coche sí terminó empotrado contra el culo del mío, lo que hizo saltar mi airbag. Por unos instantes me quedé aprisionada contra el asiento hasta que el globo comenzó a deshincharse. Me volví rápidamente hacia Olivia para asegurarme de que se encontraba bien y me la encontré riendo.

—Joder, mamá, ahora sí que la has liado gorda —me dijo entre risas.

—Ha sido por el hielo —me lamenté—. ¿Estás bien?

—Sí —se rio—, ¿y tú?

—No, el airbag duele —respondí tocándome el pecho donde había impactado ese maldito chisme con mayor fuerza—. Espero que Jacinta esté bien.

—Lo está —aseguró Olivia mirando a través de la ventanilla—, pero su coche creo que no —añadió antes de estallar en una carcajada.

Me volví y vi a Jacinta dando pequeños brincos mientras maldecía junto al morro de su coche. Al verla así, no pude evitar reírme a pesar de la situación.

Salimos del Ford para encontrarnos con ella.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté comprobando fugazmente los daños de su coche y el mío.

—Sí, pero estos dos no. Han decidido tener una relación muy íntima —dijo y soltó una sonora carcajada.

Olivia y yo la miramos y estallamos a su vez. Y así nos encontró Noah, que al parecer había escuchado los pitidos o nos había visto al cruzarnos.

Su Toyota negro venía en sentido contrario y se detuvo en el arcén. Estaba sorprendido, asustado, emocionado, feliz y apenado a la vez. Su cara era un completo poema cuando bajó del coche.

De pronto, al verlo, dejé de reír, por unos instantes se me había ido todo de la cabeza, pero fue ver su rostro y recuperar la memoria al instante. Tragué un nudo que se había creado repentinamente en mi garganta y Olivia me aferró la mano. La miré y ella me hizo un gesto con los ojos para que reaccionara. Me había quedado tan paralizada que se me había olvidado hasta respirar. Me apretó la mano obligándome a hacer algo, pero no era capaz de mandar un sencillo mensaje de movimiento desde mi cabeza a mis piernas. Jacinta me dio una palmada en el hombro y la miré también, alzó las cejas. No debía haber más de veinte o treinta metros desde el coche de Noah hasta donde nos encontrábamos nosotras, sin embargo, parecía que el tiempo se había ralentizado y que los segundos eran minutos, y todo sucedía con extrema lentitud.

—Mueve el culo, mujer —me instó Jacinta y entonces empecé a andar, luego corrí, casi me caigo por la maldita nieve, pero recuperé la estabilidad y avancé, mientras él venía hacia mí.

—Noah, yo... —le dije cuando estábamos apenas a unos metros y él negó con la cabeza. Sonrió e iluminó mi mundo.

—No digas nada.

—Pero quiero decirlo, necesito decirlo. Nunca debí irme —traté de disculparme de nuevo.

—Pero has vuelto, eso es lo que importa. Tan solo he estado un día sin ti y creía que me iba a volver loco.

—Fue una estupidez, un acto cobarde, pero tengo una explicación.

—No importa en este momento. Solo importa tu regreso a Waterly Inn y que te quiero. Me da igual cualquier otra cosa que pudiera hacerte dudar, porque, sea lo que sea, no ha podido alejarte de mí. —Sus manos me envolvieron la nuca y me pegó a sus labios. Nos besamos mientras sentía que el cielo se abría sobre nosotros, el calor de su cuerpo llenaba el mío, su sabor inundaba mi boca y su amor colmaba mi alma.

De fondo escuché los vítores y aplausos de Jacinta y Olivia, y pensé que eran la mejor melodía que podía sonar en aquel momento de absoluta felicidad.

Me separé apenas para poder decirle a Noah lo que tanto deseaba que él supiera.

—Yo también te quiero y te querré para siempre, Noah Connors.

Epílogo

Olivia

Diciembre de 2019, cuatro años después...

Mi madre estaba junto a mí organizando las fuentes de canapés, pavo asado y pasteles que íbamos a servir en la fiesta de Navidad del Waterly Inn. Había un gran bol de ponche bien cargado de ron a un lado, hecho con la famosa receta de Dorotea y muchos vasos para que los invitados pudieran abastecerse a su antojo. Llené un par y le ofrecí uno a mi madre, quien se estaba limpiando una lágrima con el puño del suéter.

—Ha quedado preciosa —le dije, queriendo animarla. Esa fiesta, pese a que era una tradición, siempre le traía recuerdos tristes, aun así, cada año la organizábamos con todo su protocolo en memoria de mi querida abuela Grace.

—Sí, está genial. —afirmó terminando de recolocar una fuente de patatas asadas—. Gracias por tu ayuda.

—De nada. Me encanta —dije observando el gran abeto todavía desnudo junto a la chimenea encendida—. ¿Cuándo llegarán Jacinta y Selby?

Mi madre consultó el reloj de pared y dijo:

—Estarán al caer. Me dijo Jacinta ayer que llegarían sobre las seis.

—Genial, tengo muchas ganas de verla y contarle un montón de cosas.

—¿Tengo que ponerme celosa? —Mi madre frunció el ceño.

—Ay, mamá, hay cosas que las madres es mejor que no sepan —le repuse arqueando las cejitas.

—Recuerda que yo esas cosas también sé hacerlas.

—Ya, sí, no entremos en detalles, es un poco aaarg... Pero ya imagino que al menos dos veces sí las habrás hecho.

—Por supuesto, una cuando te concebí a ti y la otra para hacer a Gracy. Sé me da bien, no tienes más que mirar el resultado. Soy muy buena en eso.

—No sigas, por favor —le pedí impostando una mueca de angustia—. ¿Por qué duerme tanto? —protesté. Había llegado hacía tres horas y la desagradecida de mi hermana había estado durmiendo todo ese tiempo.

—Es un bebé.

—Ah, ya lo sé, pero podría haberse despertado. Soy su hermana mayor y he venido expresamente desde San Francisco para estar con ella. Quiero que me conozca y me quiera. Si se pasa durmiendo todo el tiempo cómo va a recordarme. Voy a ser una completa extraña para ella, y no quiero, no quiero, me niego. Tengo que ser su persona favorita.

—Tranquila, lo serás, le hablaré de ti mucho para que no se le olvide que tiene una hermana universitaria en el otro lado del país.

—¿Por qué tuve que pedir plaza tan lejos? —me lamenté.

—Porque la Escuela de Arte de California es una facultad estupenda y te mereces la beca que te dieron para poder estudiar allí.

—Pero os echo tanto de menos —volví a lamentarme.

—Y nosotros a ti, pero bueno... —chasqueó la lengua—... Para eso están las redes sociales y el móvil, ¿verdad?

Me mordí el labio nerviosa y giré la cara sin contestar, en busca del vaso de ponche que había dejado en la mesa. El estribillo de un villancico llenaba el salón. Tomé un sorbo de ponche, intentando calmar la sensación de nervios que tenía en la barriga. Mientras bebía, saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón para comprobar los últimos mensajes. Cuando vi el que estaba esperando, los nervios dieron saltos mortales y temí vomitar el ponche en el suelo. Dejé el vaso sobre la mesa y me dirigí al porche.

El clima en el norte de Illinois era muy distinto al de San Francisco y el frío, que había sentido nada más salir del Toyota de Noah y poner un pie en el aparcamiento de Waterly Inn, todavía no me había abandonado. Crucé los brazos sobre mi pecho y miré insistentemente hacia la ventana, como si aquello pudiera acelerar la vida allí afuera. Salí al porche y fijé con impaciencia los ojos en el camino de entrada

—¿Estás bien? —Noah subió las escaleras cargado de troncos y se detuvo al verme allí parada con la vista concentrada en el camino.

—Sí, ya está todo listo, solo falta que lleguen los invitados.

—¿Esperas a alguien? —Noah ladeó la cabeza y me sonrió. Me encantaba su sonrisa. Era tan tierna y encantadora. Noah era un buen hombre, el mejor hombre que podría haber encontrado mi madre.

—La verdad es que sí —le respondí y acto seguido volví a mirar hacia el camino. Creía haber oído un motor.

—Bueno, espero que no tarde mucho, o te quedarás helada.

—No, está al caer. Ya me ha enviado un mensaje diciendo que venía.

Noah asintió y me dio un beso en la mejilla antes de entrar en la casa.

Mientras seguía esperando, pensé en la primera vez que lo vi, en mi llegada al instituto, en su recibimiento y en lo que él había hecho por mí. Pensé en las veces que me había acompañado hasta mi casa y en cómo siempre me hacía sentir especial y mejor. Pensé en las veces que habíamos quedado para estudiar en mi casa o escuchar música o simplemente charlar para contarnos nuestras cosas. Pensé en nuestras citas que no eran citas en Naties y las veces que compartimos una hamburguesa, un refresco o un batido entre risas y miradas cómplices. En nuestras interminables conversaciones por WhastApp hasta la madrugada, en lo bien que me hacía sentir, y sobre todo pensaba en algo que me dijo antes de irme a la universidad. A medida que todas esas imágenes inundaban mi mente, me fui quedando sin aliento, y la cosa no mejoró mucho cuando vi su coche entrando en el aparcamiento.

Miré a Evan a través de la luna delantera, luego alcé la vista hacia el cielo blanco tomando aire y después miré a mi alrededor, procurando mantener la compostura. Volví a mirar a Evan. Volví a inspirar hondo, muy hondo. Él me sonrió y yo le devolví la sonrisa, sin poder dejar de pensar en cómo era posible que me hubiera terminado enamorando de mi mejor amigo, Evan Robbins. Solo me faltaba atreverme a confesárselo y que él sintiera lo mismo que yo.

Evan

Estaba deseando encontrarme con Olivia. Solo habían pasado tres meses desde la última vez que nos habíamos visto, aquel día de finales de agosto que la llevé al aeropuerto de Jacksonville para despedirme de ella, pero sentía que había sido una eternidad. Me había acordado con mucha frecuencia de lo que le susurré al oído mientras nos abrazábamos frente al control de equipajes: «Será muy duro, Olivia, no puedo vivir sin ti» y tenía grabado en la mente su gesto cuando nos separamos. No supe interpretarlo, o no quise, pero ninguno de los dos volvió a mencionar aquello.

Nunca habíamos estado tanto tiempo separados y, pese a que hablábamos cada día para ponernos al corriente, no tenerla cerca y sentir el calor que emanaba su cuerpecillo delgaducho se me hacía insoportable la mayor parte del tiempo, porque yo no pensaba en otra cosa que no fuera ella. La llevaba conmigo a todas partes, en los libros, en mi agenda, en mi cartera, en mi móvil, en mis bolsillos, cualquier cosa me recordaba a ella, tal vez porque la tenía dibujada en mi mente.

Creo que quise a Olivia Chase desde el primer instante, aunque esa vez no fui consciente de ese sentimiento embrionario, fue tal vez unos días después, cuando la encontré camino del instituto vestida de novia cadáver y hablé con ella por primera vez. El caso era que, tras cuatro años seguía perdida y absolutamente colgado por ella, nunca había hallado el momento adecuado para decírselo, siempre había algo o alguien por el medio, o tal vez eso solo eran excusas estúpidas y, en realidad, estaba tan cagado de miedo que nunca encontraba el suficiente valor, quizá porque tenía pánico a perderla, o puede que porque no quería que se viera obligada a decirme que no y eso enturbiara la relación tan especial que teníamos.

Resumiendo un poco, estaba locamente enamorado de mi mejor amiga y no sabía cómo cojones podría resistir más tiempo con la incertidumbre de saber o no saber si ella sentía algo especial por mí. Tal vez nunca me atreví porque siempre pensé que era un

imposible, hasta ese mensaje. Estaba loco con ese mensaje, lo leía y releía mil veces al día, tratando de buscar todos los significados posibles a esas cinco palabras.

Faltaban dos días para la tradicional fiesta de Navidad de Waterly Inn y Olivia me envió un mensaje, bueno... Siempre lo hacía, es decir, ella siempre me invitaba. Le dije que sí, claro, ¿cómo iba a perdermela? Nos dijimos adiós, hasta mañana, te quiero (no ese tipo de te quiero), muchos besos y tal, pero al cabo de unos minutos, cuando yo había apagado la luz y había centrado todos mis esfuerzos en tener un sueño (a ser posible erótico) con Olivia como protagonista, sonó otro mensaje. Lo miré y allí estaba:

«No puedo vivir sin ti.»

Solo cinco palabras, joder, solo cinco, tuve que releerlo para cerciorarme bien. Solo cinco jodidas palabras, pero encerraban tantas cosas. ¿No puedes vivir sin mí? ¿Sin mi amistad? ¿Sin mi compañía? ¿Sin mi cariño? Por Dios, que fuera solo sin mí y por mí.

Estaba tan nervioso mientras hacía el trayecto que tantas veces había recorrido a pie o los últimos tres años en coche que las rodillas me bailaban solas. La vi parada en el porche. Preciosa y helada de frío, con un suéter rojo demasiado ceñido y el cabello rubio suelto hasta los hombros. Sentí que se me encogía el corazón dentro del pecho y me fallaba la respiración, sonreí a duras penas y ella me brindó una sonrisa radiante.

Tuve que esforzarme para no salir corriendo del coche y abrazarla contra mi pecho hasta escuchar que se quejaba, porque era lo que deseaba hacer con toda mi alma, pero debía mantener una cierta compostura. Me apeé del coche y anduve despacio hacia el porche; ella bajó los escalones. Nos miramos a los ojos unos segundos y Olivia se lanzó a mis brazos. La estreché con todas mis fuerzas, hundiendo la nariz en su cabello. Dios mío, ese olor me había acompañado todo aquel tiempo separados (y no hablo metafóricamente, era un hecho consumado, había comprado su perfume para rociar mi almohada de mi cama en la residencia de Yale).

—Evan, cuántas ganas tenía de hacer esto —dijo con la boca pegada a mi pecho.

—Y yo, pero ya estamos juntos otra vez.

—Te noto más grande —dijo, tocándome los bíceps.

—Acabamos de vernos y ya me estás insultado.

—¡¿Perdona?! —se rio—. Solo estoy diciendo que estás más corpulento.

—Insistes en ello, eres la peor amiga del mundo, Olivia —le dije burlón.

—Me refiero a que te has puesto cachas. ¿Has estado haciendo ejercicio?

—Un poco —afirmé—, en la residencia hay un gimnasio y me paso por allí después de clases.

—Seguro que ahora ligas mucho. Estás hecho un bombonazo.

—Sí, hay varios tíos que ya me han tirado los tejos —bromeé y ella soltó una carcajada cargada de sarcasmo.

—Nunca me lo vas a perdonar, ¿verdad?

—Verdad —afirmé rotundo mientras me entretenía más de la cuenta en observar las motitas amarillas que tenía en los iris azules. Me encantaban esas motitas y también me encantaba pincharla. A veces todavía bromeábamos sobre lo cansina que era al principio insistiendo en mi condición homosexual—. ¿Entramos?

—Claro, me encanta que hayas venido —me dijo aferrándome la mano y echando a andar.

—¿Y adónde iba a ir, si no? Nunca me perdería la fiesta de Navidad de Waterly y su famoso ponche caliente de huevo. Luego podríamos ir a Barney's. Me han comentado Carol y Judy que pensaban ir esta noche a tomar algo.

—Claro, tengo muchas ganas de verlas también, pero sobre todo tenía ganas de verte a ti, Evan, te he echado tanto de menos.

Olivia se detuvo en seco y me obligó a detenerme a su vez. Volvió a encararse conmigo y me miró a los ojos. Su mirada era tan intensa que no pude evitar emocionarme un poco. ¿Quería ver lo que no había? Puede ser, de esperanza dicen que también se vive. Yo había esperado mucho, había tenido toda la paciencia del mundo con Olivia, quizá al fin llegaba mi recompensa.

—Y yo a ti, creo que te lo habré dicho como un millón de veces estos tres meses.

—Pero Evan, yo te echado de menos de verdad. No sé si me explico —dijo con cierta timidez.

—¿Se puede echar de menos de mentira? —le dije sacándola de quicio.

Ella llevó los ojos al cielo y bufó, desesperada.

—No sé, pero... —Se mordió el labio inferior y dibujó una sonrisa vergonzosa. Nunca se la había visto antes, bueno... Estoy mintiendo, nunca se la había visto dirigida hacia mí.

—Pero ¿qué, Olivia?

—¿Alguna vez te has preguntado por qué tú y yo nunca hemos bailado juntos?

No me esperaba esa pregunta, pero entendí lo que quería decirme con ella.

Asentí, inquieto.

—Últimamente pienso mucho en eso —matizó ella.

Podía ver que Olivia aún tenía algo más que añadir, así que permanecí callado.

—Nunca me has pedido bailar en un baile, ¿por qué?

Y en ese momento, decidí que era el momento de lanzarme.

—Bueno, supongo que no lo he hecho porque bailar una canción lenta es casi como tener sexo en vertical —razoné. Era una respuesta bastante buena. Supongo que dejaba vislumbrar cuáles eran mis sentimientos por ella. Vi que Olivia reflexionaba sobre mi respuesta.

—Sí, tienes razón —admitió finalmente—. ¿Y eso no estaría bien, verdad? Porque somos amigos.

—El problema no es que seamos amigos, Olivia —le dije serio.

—¿Y cuál es el problema?

—No es un problema en realidad, es simplemente una tesitura importante, pero lo cierto es... Olivia... Que yo no quiero que seamos solo amigos.

Suspiré aliviado, sin creer que realmente hubiera sido capaz de decirlo, todavía preguntándome cómo era posible que lo hubiera hecho. Pero tampoco había costado tanto y había supuesto una completa liberación. Eso sí, había tenido que mirar al suelo para reunir el valor suficiente. Cuando levanté los ojos, ella me estaba

mirando sonriendo. Los ojos le brillaban y no supe si era por la emoción o por el jodido frío que hacía.

—¿Me concedes este baile? —me preguntó, ladeando la cabeza.

—¿Aquí?

—Sí —asintió sonriendo—, aquí y ahora. Tú y yo. Quiero tener sexo vertical contigo, Evan, y también... Horizontal, pero eso más adelante.

Si un jodido coro de ángeles hubiera empezado a entonar en ese instante una balada celestial no me hubiera extrañado en absoluto. El momento era perfecto. La miré sobrecogido por la emoción y me decidí por fin a hacer lo que siempre había querido hacer con ella. Le envolví las mejillas con mis manos y la besé con todas mis ganas.

FIN